

48

Ref. 245

Llorente 1

Biogr.

JESUS ALONSO SENTANDREU

Pza. Vta. Iborra, 9-8.ª

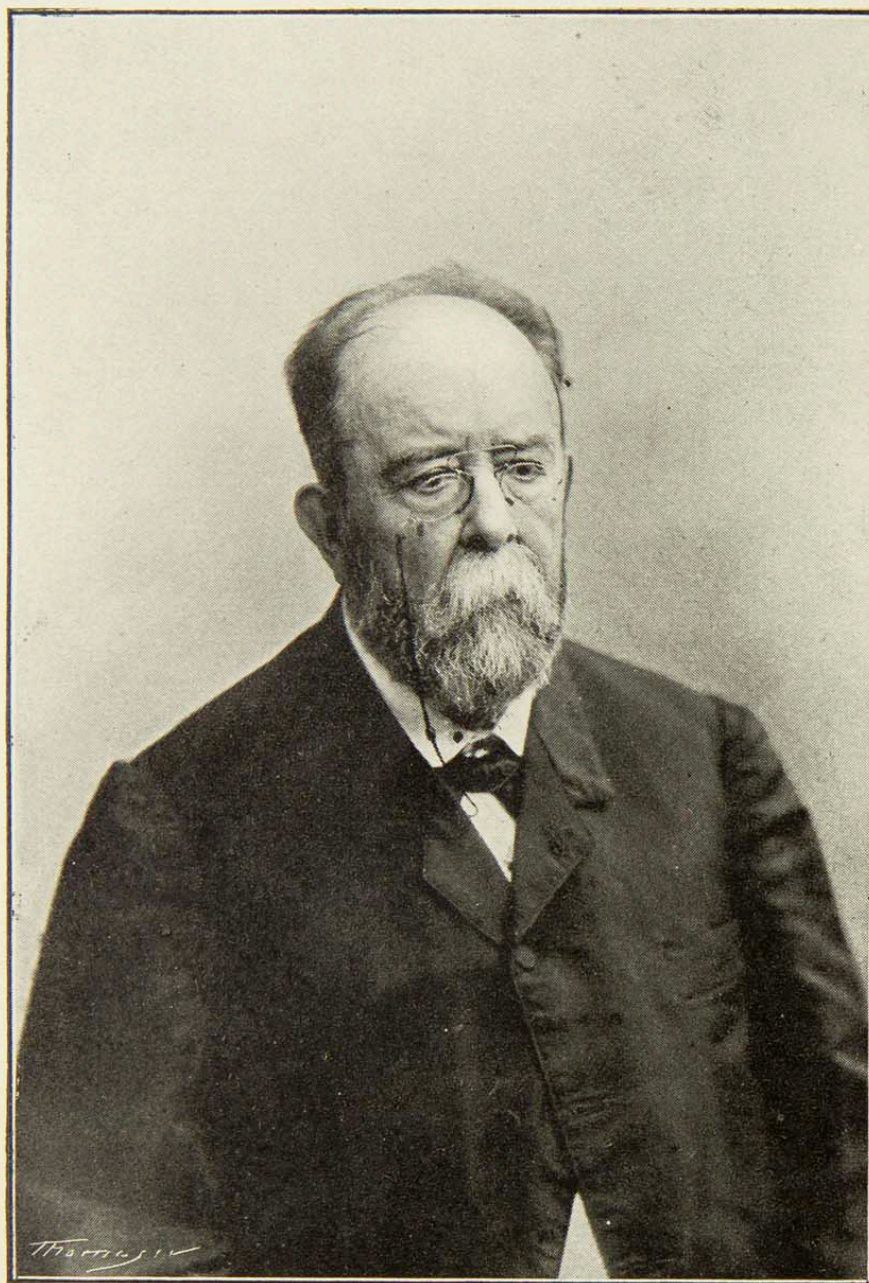
VALENCIA-3 Spain

TEODORO LLORENTE

SU VIDA Y SUS OBRAS

Tip. EL ANUARIO.—Diputación, 344.—F. GRANADA Y C.^ª
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

Tip. EL ANUARIO.—Diputación, 344.—F. GRANADA Y C.^ª
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)



J. A. Santandreu / 511



TEODORO LLORENTE

SU VIDA Y SUS OBRAS

FLORILEGIO DE SUS POESÍAS



F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES

344, DIPUTACIÓN, 344
BARCELONA

|| MESONERO ROMANOS, 10
MADRID

ES PROPIEDAD

INDICE

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
I.—Instantánea	9	Llorente, periodista	47
II.—Llorente, poeta castellano.	12	Llorente, historiador	56
Llorente, poeta valenciano	23	Llorente, político	64
Llorente, poeta cosmopolita	36	Llorente, en su retiro	69

POESÍAS CASTELLANAS, ORIGINALES

Saludo	79	El ave de Juno	133
La sirena	83	Dos templos	137
El ramo de rosas.	86	Diálogo á media voz	138
Las montañas.	89	En el tranvía	141
Nuevo Endimión	93	Los presentes.	143
Tu ventana.	94	Á la gran duquesa Carolina de	
La luz.	95	Sajonia Weimar	145
La sombra	99	Un ramo de claveles y azu-	
Transfiguración	103	cenas	148
Aun hay poetas	104	Dos años después	150
Á la alondra	107	¡Abandonada!.	152
Una lectura en el Ateneo.	109	Abril	153
Pájaros espantados.	112	Musa pedestre.	155
Un sueño	113	El pájaro disecado	158
Romántica	116	El idilio del zapatero	160
La melancolía.	119	Á veces inquieto, duermo	163
Canto epitalámico	121	Sobre la estrecha losa.	165
La valenciana.	124	La luna de miel	167
Los niños valencianos	127	No te pido románticos amo-	
Cuando escribo azorado	130	res	171

POESÍAS VALENCIANAS

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
La reyna de la festa.	177	Cansó de les empaperadores de	
A ma filla María.	189	taronges.	222
Primaverat.	183	Lo rosari de la viuda.	225
A María Santíssima.	187	Cartes de soldat.	230
Cansoneta amorosa.	193	Pro patria.	234
La barraca.	195	Ma filla Irene.	239
Les dos montanyes.	199	Missa de alba.	241
Plany de la teixidora.	202	La barca nova.	246
Cant á la patria.	205	Intima.	254
A Francesch Vinyas.	210	El llibre de missa de la meua	
El tabalet.	212	mare.	257
Vora'l barranch dels Alcadins.	215	Mal ensomni.	261
Les glories de Valencia.	217	Testament.	265

TRADUCCIONES

Goethe		Victor Hugo	
La copa del rey de Thule.	271	Mi niñez.	296
La visita.	273	El niño griego.	301
La cortina.	275	El mar y la fuente.	303
Schiller		Longuellow	
El anillo de Polícrates.	276	¡Excelsior!	304
El reparto del mundo.	280	Teófilo Gautier	
Byron		El obelisco de la plaza de la	
Recuerdos.	282	Concordia.	306
Simpatía.	284	Alfredo de Musset	
Lamartine		Lucía.	310
El lago.	285	A Pepa.	313
La ventana de la casa paterna.	288	Uhland	
El caracol de mar.	289	Macías, el enamorado.	315
Alfredo de Vigny		José Antram	
El cuerno de Rolando.	291	A una criada antigua.	317

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Leconte de Lisle		Cátulo Mendes	
Una puesta de sol	320	El león	348
		El niño y la estrella	350
Baudelaire		Verlaine	
Elevación	323	Mi sueño familiar	352
Paisaje	325	Cansancio	353
		Paseo sentimental	354
Enrique Heine		Aicart	
Loreley	327	La alborada	355
Ensueño.	328		
Mis canciones.	329	Richepin	
El mensaje	330	Al amor de la lumbre.	357
Teodoro de Banville		Guy de Maupassant	
Pentesilea	331	Las ocas.	359
Carducci		Bourget	
La leyenda de Teodorico.	334	Tarde de verano.	361
Sully-Prudhomme		Lemaitre	
Mi prometida.	338	El Don Juan, íntimo	363
El búcaro roto	341	León Dierx	
Ernesto de Hervilly		Lázaro	366
En el jardín	342	Rostand	
Coppée		La capilla	368
Para no envejecer	343	Los nenúfares.	370
Recuerdos de Dinamarca	346		

NOTAS BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS

Teodoro Llorente: su nacimiento; su familia; su educación.	377	Llorente en la escuela.	381
		Llorente en la Universidad.	385
		Llorente y Querol	388

VIII

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Primeras traducciones de poe- tas extranjeros.—Poesías se- lectas de Victor Hugo . . .	393	nes de Llorente	421
Primeros versos valencianos de Llorente	396	Dificultades que ha encontrado la renovación de la poesía valenciana	423
Llorente y D. Mariano Aguiló. . .	397	Llorente y los poetas catalanes. . .	426
Cuándo, cómo y por qué fué Llorente periodista	400	El <i>felibrige</i> y la cigarria de oro. Mistral y Llorente	431
El periódico <i>Las Provincias</i> . .	403	Llorente en las luchas políticas. . .	434
Nuevas traducciones	409	Primer homenaje de Valencia á Llorente	439
La traducción del <i>Fausto</i> . . .	411	Las bodas de oro de Llorente con la poesía valenciana . . .	446
Traducción de las poesías de Heine	414	Bibliografía	449
Opinión del señor Menéndez y Pelayo sobre las traduccio-		Títulos y condecoraciones . . .	454
		La familia de Llorente	455



TEODORO LLORENTE

SU VIDA Y SUS OBRAS

I

Instantánea

Poeta, literato, periodista, historiador, político, es Llorente el trabajador incansable, el luchador tenaz; mezcla singular del vate soñador enamorado de sus ideales, y del activo combatiente en la prensa cotidiana, que en las agitaciones de la vida real encauza la movediza opinión de las muchedumbres, inculcándoles la más sana doctrina de la moral pública y del bien social.

Poeta, su creadora fantasía vuela por el espacio infinito, dejando tras de sí una luminosa estela de dulzuras, encantos y bellezas, regalo del entendimiento, fortaleza del ánimo, deleite del espíritu.

Periodista, en la masa viviente, en la continua lucha por la existencia de pueblos y de hombres, en la etnología y en el saber filosófico, integra la doctrina que diariamente aplica á la cadena indefinida de los sucesos.

Contraste psíquico, que es en Llorente una compensación, casi una armonía. A las rudas fatigas del periodismo, erizadas de abrojos, sirven de consuelo y de alivio los gratos recreos de la poesía, y dando á este concepto cuerpo y forma, diría que tan útil ponderación de condiciones intelectuales se revela y aparece hasta en su propia figura.

No es el tipo del errante trovador, que cantó glorias y amoríos en los castillos roqueros de los tiempos medioevales. No es tampoco el poeta melenudo de las épocas, más cercanas, del romanticismo, flaco, enteco, trágico, sombrío, con «una levita de menguada faldamenta, tenazmente abrochada hasta la nuez de la garganta», que con tan fino gracejo satiriza *El Curioso parlante*. No; ni tampoco su aspecto denuncia, por algo de delicado y femenino, al tierno cantor de los epitalamios, de los idilios y de las elegías.

Talante reposado, porte agradable, figura robusta, de tranquilo é isócrono andar, severo en el vestir, ocultos por la poblada barba los rasgos más salientes de su rostro, asoma la viveza de su mirada á través de los cristales de sus inexcusables lentes, dando á su fisonomía el aire severo de un hombre grave, mitigado por el aire de bondad que domina el conjunto. Llano sin vulgaridad, afable por naturaleza, cortés sin ceremonia, digno sin altivez, sincero sin ficción, tiene su trato, en los comienzos, dejos de frialdad, pronto desvanecidos por el atractivo de su amena conversación. No labró en su alma galería ni socavón la envidia, y cuando la emulación ó la malicia hicieron presa de sus obras ó de sus hechos, para la injusticia tuvo indulgencia; para la malicia halló disculpa.

En la vida pública es el austero pensador, sometido siempre á las inspiraciones de su conciencia, dueño de su pensamiento, firme en sus convicciones, entusiasta del progreso, campeón de la paz, amigo de la libertad, defensor del orden, insensible á los asedios del interés, espejo de personal abnegación, indiferente al atractivo de los cargos oficiales, desdeñoso del esplendor, la pompa y los honores. Ni el favor muy señalado, que de las Musas recibiera, ni la lisonja de sus amigos, ni el aplauso de la crítica, ni sus repetidos triunfos literarios, ni su influencia política y social le deslumbran ni le engríen.

En la vida privada, en la intimidad de su hogar, fué

el hijo cariñoso y obediente, que honró á sus padres; es el fiel esposo de la mujer elegida para compañera de su vida por su amor (un amor que le infundió quizás sus mejores inspiraciones, á él, poeta antes que todo); el jefe feliz de una familia, con cuidadoso esmero educada, que crece y se desarrolla entre mutuos cariños y embelesos, recibiendo el favor del cielo por sus prendas morales y cristianas.

Tal es el hombre. Esbocemos ahora su obra.

II

Llorente, poeta castellano

A mediados del pasado siglo, estrenóse en el Teatro Principal de Valencia un drama intitulado *Delirios de Amor*, original de un estudiantillo, apenas adolescente, cuyas producciones poéticas eran aún de pocos conocidas. Un *succés d'estime* animó las felices disposiciones del joven principiante, y los viejos literatos que frecuentaban las librerías de Cabrerizo y de Ferrer de Orga, anunciaron la grata aparición de un nuevo astro en el horizonte visible de la poética valenciana. Llamábase el estudiante Teodoro Llorente; contaba diez y siete años, y desde los catorce, niño aún, frecuentaba el trato de las Musas (1). Poéticamente nos lo cuenta él mismo.

Iba con ella al trasponer el día,
Henchida el alma de inocente gozo;
La juvenil edad sólo cubría
Mi tierno labio con ligero bozo.
De los almendros las enjutas frondas
Flores vestían, blancas cual armiño,
Lazos fingiendo de menudas blondas.
Ella era muy hermosa; yo, muy niño.
Su júbilo brotaba en frescas risas;
La alondra remedábala insolente,
Y acariciaban á la par las brisas
Su frente pura y mi nublada frente.

(1) La primera poesía de Llorente lleva la fecha de 1850.

Ella buscaba entre las ramas nidos
Alzando el brazo de marfil desnudo;
Volaban los jilgueros escondidos,
Y yo la contemplaba triste y mudo.

.....

.....

Y la florida rama de un manzano
Ella arrancó del triste y tosco leño,
Y así me dijo, asiéndome la mano,
Con voz que aún dulce escucho cuando sueño:

—«¿Los pétalos no ves, blancos y rojos,
De estas bellas y frágiles corolas?»
Y en el suelo clavaba yo los ojos,
Cual si estuviera meditando á solas.

—«Rama negra y sin vida, helada y seca,
Era este ayer, juguete del invierno;
Y hoy el áspero tallo un soplo trueca
De flores mil en ramillete tierno».

Dijo, y como los pájaros del cielo,
Comenzó su canción, indiferente,
Venturosa y tranquila. Yo, del suelo,
Alcé los ojos á mirar su frente.

El sol se hundía en el brillante ocaso,
Y yo, naciendo á vuestra luz ¡oh amores!
Sentí dichoso lo que siente acaso
La seca rama al desplegar las flores.

—

¡Qué simbolismo tan bello y qué revelación tan exacta de los propios sentimientos del poeta, es este sencillo y delicado cuadro! *Ella* es la poesía, que aparece, joven, muy hermosa ya, cuando el autor es casi niño, y le inspira la revelación de «los amores», es decir, del anhelo del espíritu por todo lo bello, lo puro, lo bueno, lo poético, por todo lo que lo eleva y lo dignifica, el culto de la hermosura ideal. Eso es el florecer

del alma humana. Por eso el autor titula esta poesía *Florescencia*.

Llévale á Llorente su prematura fantasía á idealizar la Naturaleza, siguiendo en este camino á los grandes poetas de la humanidad, y en su primera juventud le place vagar por montes y por valles, y halla su inspiración *En el campo*.

¡ El campo! Un perro fiel y una escopeta.
¡ Horizontes sin término delante!
¡ Los ojos, para verlo, del poeta!
¡ Para poblarlo, el alma del amante!
¡ Ni senderos ni límites, ni guía!
¡ A mis errantes pasos campo abierto!
¡ Campo abierto á mi suelta fantasía,
Que en florido jardín trueca el desierto!

Resueltamente definidas sus aficiones, la poesía es su afán, su religión, su amor, la ley suprema de su entendimiento. Sus sueños la personifican, le dan cuerpo, y con ella convive. Así lo declara en sus *Amores de poeta*:

En pobre cuarto de quinto piso
Tengo, lectoras, un paraíso.
Coja una mesa, rota una silla,
Una ventana donde el sol brilla;
En ella, tiestos llenos de flores,
Libros y plumas, ¡ y mis amores!
Grato es el libro, la luz es bella,
Pero más dulce que todo es ella,
La innominada, la misteriosa,
La que idolatro como á una diosa.

Y dice luego á sus lectoras, pidiéndoles que no tengan celos de aquella misteriosa amada:

Quien largas noches conmigo vela,
Quien me acaricia, quien me consuela,
Quien de mis libros las hojas vuelve,
Quien mis amargas dudas resuelve,
Quien á otros mundos mis pasos guía,
Es vuestra hermana: ¡ la Poesía!

Con el rodar de los años crece y se agiganta el estro del poeta. Soñador é idealista, se envuelve unas veces en tenues y blanquísimas nubes para elevarse al cielo y contemplar las caóticas tormentas en el apocalíptico chocar de las estrellas, y altivo y soberbio otras, pretende someter á las tiranías de su inspiración hasta la luz del astro-rey, que vivifica los mundos de nuestro sistema planetario.

Envuelto del ocaso en la penumbra,
Al sagrado pavor no se doblega
Mi espíritu, que al cielo audaz se encumbra,
Y quizás á soñar mi audacia llega
Que por mí sólo el firmamento alumbra
La baja tierra á sus fulgores ciega.

Así, se indigna y truena cuando oye y lee que la poesía desaparece del mundo; que la ola invasora del naturalismo, trayendo ecos de Condillac y de Tacherol, se encrespa gozosa porque el escarpelo, en sus incursiones escrutadoras por el cuerpo humano, no ha tropezado todavía con el alma, y el modernismo dominante escarnece la métrica, altera el ritmo y abomina del consonante. «*Aun hay poetas*» grita, y son sus estrofas una explosión de entusiasmos ardorosos; una exaltada defensa de la poesía y de sus ínclitos sacerdotes:

¿No existen ya poetas? ¡Y aún arde la esperanza!
¿No existen ya poetas? ¡Y aún late el corazón!
¿No existen ya poetas? ¡Y en vaga lontananza
Aún brillan los reflejos de plácida ilusión!

Y por entre los vigorosos versos de su hermoso canto, desfilan purísimas doncellas, enamorados donceles, madres abnegadas, tiernos infantes, heroicos guerreros, nautas atrevidos, tribunos ardientes, excelsos artistas, sabios y caudillos, apóstoles y santos, las glorias del mundo, y á la vez las maravillas de la naturaleza. Todo, todo eso es poesía; y poesía suprema es el amor, y poeta inmortal el corazón. Y para formar este poeta sus estrofas, la naturaleza le da imágenes, colores y armonías, y hace que á los latidos del pecho humano responda la flauta de Pan.

Los rayos de la aurora, las nubes del ocaso,
La sombra perfumada del húmedo vergel,
La luna, que en las ramas del bosque se abre paso,
El ruiseñor amante que oculto canta en él;

La brisa que gimiendo los árboles orea,
Las olas que en la arena suspiran al morir,
La trémula campana de la remota aldea,
Los ecos de los montes que la hacen repetir;

La rosa que circuyen enjambres zumbadores,
La fuente que los ciervos buscan de par en par,
Los astros y las aves, los vientos y las flores,
Los bosques y las playas, el cielo, el sol, el mar;

Son las eternas rimas ¡oh niña dulce y pura!
Que para las estrofas de su íntima canción,
Combina en asonancias de singular dulzura
El inmortal poeta, que es nuestro corazón!

Esta nota característica de su inspiración está precisada por él mismo. Era Llorente amigo íntimo, compañero inseparable, mejor aún, hermano de otro excelso poeta valenciano, de Vicente W. Querol. La mutua admiración, el profundo cariño que enlazaba sus almas no doblegaba, sin embargo, ni sometía las distintas y casi opuestas direcciones de su respectivo pensamiento. En Llorente la pasión dominante era el amor, en el que creía hallar la mayor felicidad.

Soñaba Querol con la gloria, sublimaba el heroísmo, y ensalzaba la fortaleza, el valor y la fe. Cantaba Llorente con la dulce inspiración de Virgilio, de Petrarca y de Garcilaso; rugían en Querol los acentos vibrantes de Homero, del Dante y de Quintana. El uno era el poeta del idilio, el otro el poeta de la epopeya; Llorente cantaba la belleza y Querol cantaba la idea.

Intentaba Llorente atraer á su campo á Querol, y todavía en la alborada de su carrera (1858) le dirigía una sentida epístola, pintándole los encantos del amor, sus ternuras y sus consuelos en el transcurso y hasta en el apagado ocaso de la existencia:

Algo de otra región el alma encierra
Que infunde en ella sueños delirantes;
Las glorias de la tierra
Para saciar su afán no son bastantes;
Amor, no más, te volverá la calma;
Sólo puede llenar al alma el alma.

Y concluía de este modo su persuasiva invitación:

Poeta, que profundo
Sientes de un vago bien el dulce anhelo,
Rinde el alma al amor. ¡Hijo del cielo,
Aun hay un cielo para ti en el mundo!

Rápido y más que nunca firme en su tendencia, contestábale Querol en otra carta, que ella sola pudiérale conquistarle merecida fama de insigne vate. Eran para Querol los sueños de Llorente «Sombra de un día».

... ..
Ensueño embriagador de la esperanza;
... ..
Relámpago que muere en nube obscura;
... ..
Fuego que brilla un punto y desaparece...

Llamaba á su amigo á la realidad, y así le aconsejaba:

Desecha esa dulcísima mentira;
Vuelve en ti de tu loco devaneo;
Rompe de tajo la amorosa lira
Y empuña al fin, la trompa de Tirteo.

No creía en el cielo del amor, que Llorente le brindaba, y le llamaba así á su campo:

¡ Adelante, con ánimo valiente
Y con la fe del sabio!

¡ Siempre adelante! y si en la triste lucha
El ánimo decae enflaquecido,
Esta palabra de consuelo escucha
Que sonará en tu oído:
«No temas nunca abandonar la tierra
Cubierta siempre para ti de duelo,
Que cuantos bienes te brindó y encierra,
No bastan, no, para forjarte un cielo».

Ni vencido ni vencedor hay en este singular torneo de dos grandes poetas. En ambos arde, con viva llama, el fuego de la inspiración, aférranse los dos á su ideal, y al distinto concepto que de la vida tienen. ¿Cuál de ellos acierta? Quizás los dos; pero, ¿quién se atreverá, en tan eterno pleito, á pronunciar *l'ardua sentenza*?

Escribía Llorente los versos en su lozana mocedad por un impulso irresistible de su espíritu; brotaban de muy adentro, y puede decirse que eran nacidos por generación espontánea. Nada más lejos de su ánimo que ser un profesional de la poesía. Hoy, el muchacho que ha compuesto una cuantas coplas, está ya obsesionado por la idea de reunir las y publicar un volumen, por chico que sea, adornado con todos los posibles primores tipográficos. Nuestro poeta, aunque se celebraban en Va-

lencia sus versos, nunca tuvo tal propósito. Insertábanse algunos de ellos en las Revistas literarias de entonces, por exigencias de amigos suyos que se los pedían. Por no desairarlos, permitió de mala gana que se leyesen (él nunca los leyó) en Academias y Ateneos. Parecíale que había algo de profanación en dar al público los íntimos sentimientos que inspiraban sus poesías. Pero esto sólo se refería, por una contradicción aparente, á sus composiciones en castellano. Cuando las escribió en lengua valenciana, puso el paño al púlpito, como suele decirse, para darlas á conocer.

La razón de esta conducta está explicada en el prólogo que puso al frente de su libro *Versos de la Juventud*, que no apareció hasta hace muy pocos años. Dice así:

«Me han pedido varias veces algunos amigos que reuna y publique mis poesías castellanas originales, y me había resistido siempre á su afectuosa solicitud. ¿Por qué, me decían, habiendo dado usted á la estampa, en repetidas ediciones, sus versos valencianos, niega la luz á los que ha escrito en el idioma nacional? El caso es muy diverso, les contestaba: mis versos valencianos (buenos ó malos) contribuyeron algo á una empresa, cuya importancia no puede negarse, á la obra de la *renaixensa*, al resurgimiento literario de la que dulcemente llamamos nuestra lengua materna, y de su poesía. Orgullo tengo, y creo dispensable este orgullo, en haber ayudado, por poco que sea, á ese movimiento. Mis versos castellanos no tuvieron intención literaria, casi no fueron ni son literatura. Desahogo espontáneo, en mi juventud, de sentimientos propios de aquella dichosa edad, cumplieron su objeto al aparecer algunos de ellos en periódicos y revistas, en hojas volantes, que se llevó el viento al día siguiente, quedando otros, los más sentidos, en la sombra de lo íntimo é inédito. Después, dedicado con preferencia al cultivo de la poesía valenciana, y á la versión de los poetas extranjeros en rima castellana, fueron ya pocas las poesías de mi propio cale-

tre que escribí en esta lengua, más veces por compromiso y sugestión ajena que por echar afuera lo que tenía en lo más hondo. Tampoco esto constituye una obra poética, con carácter y significación propios, digna de formar un todo entre las tapas de un libro». Hubieran quedado, pues, en parte inéditas y en parte dispersas y difíciles de recoger, las composiciones que forman el precioso libro *Versos de la Juventud*, si su autor no hubiera advertido en los amantes de las letras que más de cerca le rodean, el propósito de hacer una publicación póstuma de sus poesías castellanas. Temió que aquella publicación, inspirada por el cariño, no tuviese justa medida, y no encontró más remedio que anticiparse á ella, reuniendo «algo, poco de lo que escribió en otro tiempo, de lo que entonces vivió un día, ó no llegó á vivir la vida de la publicidad». Dejó para más adelante dar otro tomo «de lo mejorcito que compuso en la edad madura», pero sin hacerlo cierto; pues recelaba que por anticuados y fuera del gusto hoy dominante, fuesen recibidos sus versos con severa crítica ó fría displicencia.

Tres años han pasado (1), y esperando estamos la segunda parte de la obra poética castellana y original del vate levantino. No le desanimará sin duda alguna el modo como ha sido recibida la primera: no ha habido para ella más que aplausos. Un tomo podría formarse con los artículos de justo encomio que le ha consagrado la prensa, y que firman los críticos de mayor autoridad. Sobre ese punto de la persistencia y la percepción de la hermosura de estos versos, á pesar de las cambiantes modas literarias, insiste uno de ellos, á quien ningún otro aventaja, y sus palabras van á dar digno remate á este capítulo.

(1) En Mayo de 1906 apareció este libro titulado *Teodoro Llorente. Versos de la Juventud. 1854-66. Librería de Fernando Fe*. Fue impreso en el establecimiento tipográfico de Federico Domenech, Valencia. Lleva al frente un retrato del autor cuando tenía treinta años, primorosamente grabado por Bartolomé Maura.

«La forma de la poesía cambia, es indudable, escribe la condesa de Pardo Bazán (1), y si Teodoro Llorente fuese hoy joven, y empezase á rimar, no lo haría mejor, lo haría de otro modo; expresaría conceptos muy análogos con retórica y poética muy distinta... La retórica de cada poeta, insisto en ello, pertenece á la fecha en que se versifica, á las corrientes que la arrastran: las composiciones que Teodoro Llorente ha reunido en este libro, tienen que ser doblemente notables y dignas de un gran poeta, para agradar como agradan, habiendo pasado tanta agua por el molino. Si los poetas jóvenes de ahora se dejasen sus versos dormidos en un cajón, y los exhumasen al cabo de cincuenta años, aparecerían en ellos, irremisiblemente, flores ya marchitas, imágenes que después se habrían repetido tanto, que no halagarían por su novedad y frescura; en fin, material usado, si es lícito emplear esta palabra. Y los versos juveniles de Teodoro Llorente, acaso por la noble sencillez con que están escritos, porque la retórica no es en ellos sino vestidura que cubre el cuerpo vivo en la poesía, no han adquirido ese tono de rancia vetustez que se nota en los rimadores falsos, cantores de alegrías y querellas no vividas, de amores no padecidos, de entusiasmos artificiales y de desengaños inventados al efecto de rellenar un soneto, ó una canción. Detrás de un poeta verdadero hay siempre un alma, y la de Teodoro Llorente es tan simpática y serena como son sus conmovedores *Versos de la Juventud*.»

Quería terminar aquí; pero no puedo resistir á la tentación de añadir otra cita: uno de los caracteres de Llorente, que más admiran todos, es que en su juventud parecía un literato experimentado y ducho, dominador absoluto de su arte, y en la vejez sus versos son tan lozanos y frescos que parecen obra de un joven. Sobre esto dice el mallorquín Juan Alcover, que también tiene

(1) Artículo publicado en la *Ilustración Artística*, de Barcelona.

la especial condición de ser crítico tan profundo como inspirado poeta:

«El autor (hablo de los *Versos de la Juventud*) anuncia que dará en otro tomo lo mejor que compuso en la edad madura. Pudo publicarlo todo junto sin que la primera época desdiga de la segunda. En el cuadro total se advertirá el avance del poeta, que se remonta y crece, pero siempre es el mismo. El joven era viejo honorario, por la medida, la gravedad, la afinación perfecta, el arte de profundizar su aguijón de abeja en las flores humildes de la realidad; y el maestro, aleccionado por larga experiencia, sigue tan fresco y lozano como en la primavera de su vida.»

Llorente, poeta valenciano

Llorente no pensó nunca que podría ser un gran poeta; pero le tentó sin duda otra gloria, la de ser el poeta de Valencia. Y cuando, por tan distintos conceptos su nombre ha sido enaltecido, ese es el único timbre que le ha satisfecho. Y también es el que más aprecian sus paisanos al querer tributarle ahora honrosísimo homenaje; prescinden de todo lo demás para coronarle como el mejor poeta valenciano.

¿Cómo germinó y floreció en su alma esa poesía?

Entre confidencia y adivinación, yo lo supe, y aquí lo voy á referir, por ser página interesante en la historia literaria de Valencia.

A mediados del siglo anterior, cuando sentía Llorente los primeros soplos de la inspiración, la lengua valenciana, corrompidísima en el uso vulgar, no era instrumento propio para la literatura. Algunos intentos aislados de purificarla, no tuvieron eficacia. Aquel idioma de tan gloriosa historia, empleábase solamente para una poesía popular, ramplona hasta en sus donaires. Aquellos romances chavacanos, aquellos coloquios grotescos y aquellas primeras comedias de rudo gracejo, que divertían entonces, hasta á las gentes cultas, repugnaban mucho al espíritu refinado y exquisito de nuestro poeta. De esos gérmenes, populares en verdad, pero bastardos y groseros, no hubiera nacido nunca *La Barraca* ni *Lo Rosari de la viuda*. Pero en Cataluña comenzaba á florecer *la renaixensa*, aparecían los *trovadors nous*, y cayó en manos de Llorente el libro de versos de Rubió y Ors, *Lo Gaiter del Llobregat*.

Aquel día se sintió poeta valenciano. Con su característica perspicacia vió abierto el camino para crear en Valencia la nueva poesía, y lo siguió con firme paso, buscando y realizando «la restauración íntegra de la gloriosa lengua antigua», como dice el señor Menéndez y Pelayo, y su adopción á una poesía, espontánea y á la vez doctamente aplicada al espíritu valenciano. Tuvo Llorente, en los primeros pasos que dió en esa dirección, un compañero entusiasta, y un guía expertísimo y no menos entusiasta. Aquél era Querol; éste don Mariano Aguiló. Querol conservó toda su vida el amor á aquel renacimiento, pero solamente de un modo circunstancial y en contadas ocasiones escribió lo que él llamaba *rimas catalanas*. Aguiló, uno de los primeros y el más ferviente apóstol de esta lengua y de su poesía, era entonces bibliotecario de nuestra Universidad. Llorente relata de una manera deliciosa en la *Endressa* (dedicatoria) de su primer *Llibret de versos*, como dos estudiantillos, apenas salían de las clases, subían presurosos á la Biblioteca, y buscaban en su salón más recóndito al grave bibliotecario, sumido en el examen de antiguos códices ó libros incunables, y allí, absortos le oían revelarles los entonces aún misteriosos arcanos de una lengua y una literatura gloriosa y común á todos ellos. La semilla caía en terreno abonado, y no se perdió. En Barcelona se fundaban entonces los «Juegos Florales», y al año siguiente los hubo también en Valencia, por iniciativa de Aguiló, aun cuando quedaron interrumpidos al dejar éste la biblioteca valentina. En aquellos Juegos Florales, obedeciendo al carácter bilingüe de Valencia, fueron premiadas la poesía castellana y la valenciana, ésta por primera vez después de algunos siglos de haberse perdido su cultivo. Los premiados fueron Víctor Balaguer y Teodoro Llorente; hermanábanse los poetas del Turia y los del Llobregat, y poco después iba Llorente á la ciudad condal, conocía á los *Capitosts* de la cruzada catalanista, y su poesía *Valencia y Barcelona*, dedicada á Mañé y Flaquer, fué pu-

blicada en el *Diario* autorizadísimo de Brusi, y era como el sello de una fraternidad literaria, que se fué estrechando más y más, hasta el punto de que á Llorente lo consideran hoy los catalanes como uno de los suyos.

Aquella fraternidad de los poetas valencianos y catalanes se extendió mucho pocos años después. En 1868 era presidente de los Juegos Florales de Barcelona Víctor Balaguer. Siempre fué el *Trovador de Montserrat* hombre impulsivo, entusiasta y emprendedor. Quiso que aquella fiesta de la poesía fuese lazo de unión para el renacimiento literario de los pueblos de la antigua lengua de Oc, á un lado y á otro lado de los Pirineos. Y lo fué en efecto. Acudió á Barcelona el glorioso Mistral, el Homero de Provenza, con un grupo de sus felibres. Acudieron también mallorquines y valencianos; Llorente iba al frente de éstos; le acompañaban Querol, Ferrer y Bigné y Labaila. Aquello fué solemne, jubiloso y casi sentimental. Reuníanse los hermanos dispersos y comulgaban en la «llar paterna». Para mayor solemnidad la poesía castellana hallábase accidentalmente representada en Barcelona; allí estaban Zorrilla, Núñez de Arce y Ruiz Aguilera. No eran actores, pero sí testigos benévolos y obsequiados de la unión solemnizada. Teodoro Llorente recuerda aún con emoción el abrazo fraternal en la cúspide de San Jerónimo, miranda mayor de Cataluña, y le place todavía, cuando asiste á alguna ceremoniosa solemnidad literaria, prender al ojal del frac la *cigarra de oro*, insignia de los mayores del *felibrige*.

Desde entonces formaron ya escuela en Valencia los nuevos poetas que rimaban en la lengua de Ausias March, procurando devolverle su perdido lustre, y en ellos aparecía indiscutible la dirección de Llorente. En todos los certámenes literarios se imponía la poesía valenciana al lado de la castellana. Húbolos muy brillantes, como el que se celebró para conmemorar el cuarto centenario de la introducción de la imprenta en Valen-

cia (y en España), y el sexto de la muerte del glorioso rey don Jaime el Conquistador. Estas últimas fiestas, debidas á la iniciativa de Llorente y sus compañeros de *Las Provincias*, atrajeron á su vez á Valencia á los escritores catalanes, mallorquines y provenzales, ratificándose su hermandad y el sentimiento patriótico que inspiraba esta nueva literatura. Hasta entonces sus cultivadores en Valencia no formaban un cuerpo organizado; debióse esta organización á un valencianista muy entusiasta, de algún mérito, como escritor, pero más notable por su entusiasmo, su tenacidad y su firmeza. Constantino Llombart, con insistentes esfuerzos logró crear *Lo Rat-Penat, societat d'amadors de la llengua valenciana*, en 1878. Y desde el primer momento apareció como su porta-bandera, Teodoro Llorente. En su sesión inaugural él llevó la voz con más autoridad que nadie. Para este acto escribió su poesía *Lo Rat-Penat*, que terminaba señalando el objeto de la nueva institución:

¡ Amichs, germans: la patria llemosina
Renaix per tot! Rebrotà la englantina
Del nostre Saber Gay,
Juntemse á la host, de llors ja coronada,
Formant, oh valencians, una maynada
Que no's desfassa may.

Formém una maynada hon sempre encesa
Brille la llum del art, de la sabiesa,
Del seny, del esperit;
Hon parlen tots los llavis una llengua,
Hon tots los cors sense temor ni mengua
Bateguen á un sol crit.

Y en memoria dels avis; en penyora
De la gloria passada y venidora,
En fe de germandat,
Com penó, com estrela que nos guía,
Entre llaus de victoria y de alegría
Alcém lo Rat-Penat...

Lo primero que hizo *Lo Rat-Penat* fué restablecer los Juegos Florales, poética institución que arraigó pronto entre nosotros, que aún conserva la lozanía de la juventud después de treinta años, y que además de su importancia en el orden literario, constituye uno de los más brillantes festejos de la famosa feria de Valencia: como grato recuerdo de mi juventud guardo la memoria del primer certamen. Fué, para mi entusiasmo, como un cuento de hadas, visión de luces y de flores, de mujeres hermosas y de elegancias supremas; de atronadores aplausos á los poetas y oradores, de aclamaciones entusiastas á la gentil reina de la fiesta, en cuyo trono se posaban las palomas, orgullosas de rendirle el homenaje de su elegante saludo. Era Llorente el trovador premiado con la *Flor natural*. Trémulo por la emoción llevó al trono de la gentileza á su hija María, *doncella no esclatada en lo jardí del amor*, cuyas catorce primaveras asomaban risueñas por los negros ojos que iluminaban su moreno semblante.

Los primeros años de los Juegos Florales fueron de brillante florecimiento poético. La semilla había caído en tierra bien abonada. A los poetas sembradores Llorente y Querol, Pizcueta, Labaila, Ferrer y Bigné, Cebrián y Llombart, se unían otros muchos, Víctor Iranzo, Arroyo y Almela, Aguirre Matriol, Puig y Torralva, Pastor y Aicart, José María de la Torre, Bodria, Bonet, Cabrelles, Cester y aún no los cito á todos. Su musa, casi exclusivista, medio épica y medio elegíaca, era el amor á Valencia, el recuerdo de sus antiguas glorias, el dolor de haberlas perdido, el ansia de renovarlas: esta *añoranza* sonaba con frecuencia en las querellas de los

poetas valencianos; pero no tanto como en las más enérgicas y dolientes de los catalanes, y con un carácter que desde el comienzo del renacimiento distinguió á unos y á otros.

Quería *Lo Rat-Penat* que Valencia recobrara su personalidad—pero siempre dentro de la unidad de la patria española; acataba las leyes de la historia; no se revolvió airadamente contra ellas. No encontraba eco en pechos valencianos aquel grito amargo que venía de Cataluña ¡*Ay Castella castellana—no t'hagués conegut may!* En ello influyó mucho Llorente: desde el primer momento se apartó del exclusivismo de sus amigos los poetas de allende el Ebro. Ya en 1865 les censuraba en una hermosa poesía su afán inmoderado de restaurar lo pasado.

¿Per qué, greus y plorosos, germans, jo vos contemple
Cenyit lo front de mústich ciprer, y agenollats
En los ombrívols pórtichs del solitari temple
Hon olvidats quedaren los Deus del temps passat?

.....

Be feu, quant, delitantnos ab falagueres cobles,
Les glories catalanes cantéu, nous trovadors;
Viu esperó fon sempre dels generosos pobles
Les que als seus grans prohómens denéu justes llahors.

Mes no vullgau que tornen de nou los antichs segles,
Puig morts están per sempre los Jaumes y els Borrells;
En los seus fets gloriosos busquéu llisons y regles
Y en conte de plorarlos, tornemse dignes d'ells.

Este espíritu amplio, ajeno á toda intransigencia, lo infundió Llorente á la sociedad de la que fué siempre el supremo representante, y así fué ella mirada en Madrid, donde tantos celos inspiraba el regionalismo, como patriótica institución, muy valenciana, pero á la vez muy española. A sus Juegos Florales acudieron, como *mantenedores*, oradores elocuentes de bien distintas ideas, hombres de letras unos, hombres políticos

otros, Víctor Balaguer, Pi y Margall (representado por Blasco Ibáñez), Nocedal, Cristóbal Sorní, Canalejas, Silvela, Rafael Gasset, el P. Calpena, y todos tuvieron para ella justas alabanzas. Pero entre todas sus manifestaciones de acendrado españolismo, la más elocuente, la más sentida, la que sonó más, fué el magnífico *Cant á la patria* de Llorente (1), en la cual pone en labios de la Musa valenciana estas bellísimas estrofas:

Escolta, oh Patria, oh mare, mos cántichs, que la glo-
 Entre entusiastes víctors á totes bandes du; [ria
 Mon crit de renaixensa, mon himne de victoria,
 Ensomnis del pervindre, grandeses de la historia,
 Tot es, ánima y vida, ¡oh Espanya, pera tú!

Pera tú son les santes memories dels meus avis,
 Los fruyts de ma campinya, les flors de mon jardí,
 L'enginy dels meus poetes, la ciencia dels meus sabís,
 La mel del nou Himeto, que endolsa en los meus llavis
 Aquesta, que't consagre, cansó de amor sens fi.

No la rebujes, Mare, perque la llengua oblides
 Que en los paláus y els temples tan dolça soná un temps:
 Si en eixa parla escoltes tes glories repetides,
 Si canta tes grandeses, si plora tes ferides,
 ¿Qué es lo que tu receles? ¿qué es lo que d'ella tems?

¿No veus, blanques ó grogues, morades ó vermelles,
 Les roses resplandéixer ab diferent color?
 Puix lo mateix aroma, te donen totes elles.
 Les Muses espanyoles son com eixes flors belles;
 Parlém distinta llengua, tenim lo mateix cor.

Esta era la poesía propia del período de propaganda, cuando importaba fijar el sentido del renacimiento valencianista. Esto conseguido, el poeta apóstol pudo pres-

(1) Premiado en los Juegos Florales de 1883.

cindir ya de los solemnes himnos, para embelesarse en la hermosura de los natales campos, en los antiguos monumentos, en las tradiciones, en las costumbres y en las fiestas populares, en todo lo que es típico y característico de nuestro país. Y todo esto lo hallamos vivo y palpitante en los versos de Llorente, y hallamos algo más, que les da especial encanto: las impresiones íntimas de su alma. Menéndez y Pelayo, en el magistral *Preámbulo* que ha puesto al frente de la tercera edición del *Llibret de Versos*, señala de este modo el contenido de esa parte de la producción poética de su autor:

«La vida familiar y humilde con su cortejo de mansas y resignadas virtudes, las alegrías y tristezas de los pequeños, las castas remembranzas del amor conyugal, las lágrimas de la viudez, de la orfandad, y del desamparo, el sacrificio sublime y sencillo por la patria, toda la noble poesía del deber cumplido sin afectación, del trabajo enaltecido sin énfasis, la visión clara y precisa, pero nunca prosaica, de los mil fugitivos accidentes que toda alma, aún la menos compleja, que toda existencia, aún la más obscura, rinde á los ojos del artista puro de corazón é íntegramente humano.» Entre los afectos íntimos tan exquisitamente expresados por el gran poeta valenciano, hay que señalar el sentimiento religioso. Entre sus mejores composiciones figuran las tituladas: *A María Santissima*, *A la Verge de Montserrat*, *El Rosari de la Viuda*, *El llibre de missa de la meua mare*, *Romans de Visanteta quand aná á Saragossa*, y ese sentimiento pone final magnífico á *La Barraca*, la poesía de Llorente más famosa y más admirada por todos, la que, según el maestro don Marcelino «señala el punto culminante y supremo de su arte lírico». En su hermosísimo remate, refiriéndose á la sencilla cruz de madera que corona las campesinas viviendas de los labradores valencianos, cuya vida describe con tanta galanura, exclama:

Y sobre ses victories y fatigues,
 Sobre'l goig breu y el treballar constant,
 Sobre'l camp pedregat ó ple d'espigues,
 Sobre la taula vuida ó abundant,
 Sobre'l ball de la boda desitjada,
 Sobre'l fúnebre llit banyat en plors,
 Estenga eternament la creu sagrada
 Los brasos protectors!

«Versos de este temple, dice el citado maestro, hicieron pocos los ingenios del siglo XIX. Para encontrar alguna vez esta magnánima poesía, cristiana á un tiempo y social, ó como dicen los italianos, *civil*, no bastan el oído armónico, ni la rica fantasía, ni el raudal de la dicción poética: se requiere además aquella autoridad moral, aquel suave y benéfico influjo que ejerce entre sus compatriotas este gran ciudadano de Valencia, que es hoy la personificación más completa de su lengua y literatura.»

Hasta 1885, veintiocho años después de escribir sus primeras poesías valencianas, no se decidió Llorente á publicar el que modestamente tituló *Llibret de Versos*. Aun entonces tenía dudas y temores sobre el éxito de la obra emprendida, y las revelaba en la composición que encabeza el volumen:

¡ Pobre llibret, que vas á mans estranyes,
 Com la mústiga flor que'l vent s'en du!
 ¡ Qui sab, fill de mon seny y mes entranyes
 Lo que será de tu?

De mon matern parlar, que'l mon oblida,
 ¿ Serás l'últim ressó vuit y desfet,
 O espurna que li done foch de vida?
 ¡ Qui ho sab, pobre llibret!

¿ Qui sab, qui sab si les passades glories,
 Que afanyós cantes tú, renaixerán?

¿Qui sab si en negre doll eixes memories
Los temps engollirán?

A esas dudas, contestó Valencia aplaudiendo cada día con mayor afecto la poesía nueva, admitiéndola como cosa propia, y el mismo aplauso ó quizás mayor sonó en Cataluña. Allí miraban la *renaixensa* valenciana como hermana (algunos como hija) de la suya, y ponían al poeta del Turia al lado de los Milá, Aguiló, y Rubió; gloria de su ya triunfante literatura. Pero los críticos más expertos señalaban matices que diferenciaban la poesía valenciana de Llorente, de la catalana. El malogrado Ixart las veía claras. «Tiene Llorente, dice, como cualidad distinta, una franqueza insuperable de dicción, una claridad que llega á la transparencia. Su frase es como una espada de limpia hoja y buen filo; relumbra por lo limpia y corta por lo afilada. Las imágenes, gráficas y pintorescas, como las de toda la poesía catalana, no son, sin embargo, tan ásperas y vigorosas como las de nuestra poesía; son más halagüeñas, de un color más depurado, más fino; se bañan en cierto ambiente de idealidad. Lo propio ocurre con los conceptos, más tiernos también. Por este lado denuncia Llorente su nacionalidad valenciana. La poesía del Turia viene á ser como una transición visible entre la castellana y la nuestra; tiene de aquella más notable tendencia á la cultura de la frase, á su aristocrática suavidad, es más muelle; de la catalana, conserva con la claridad, el espíritu, la gloria histórica por asunto de inspiración; le da carácter propio cierta fogosidad y pompa, bien que esto no se distingue tanto en Llorente como en otros colegas suyos» (1).

Estas diferencias que señala Ixart, entre la poesía de Llorente y la de sus compatriotas los catalanes, no era accidental y caprichosa; era expresión genuina, diversidad étnica é histórica de los pueblos que habitan

(1) *El año pasado*, 1886. Barcelona.

á un lado y otro del Ebro; así lo reconocen los mismos críticos catalanes de hoy, que ven en los versos de nuestro poeta el tipo exacto de lo que debe ser la poesía valenciana.

Muy cerca de cinco lustros han pasado desde la publicación del primer *Llibret de Versos*. Había llegado á su madurez la inspiración y el arte de su autor, su estética y su técnica. ¿Declinarían después? Era de temer; pero no fué así. Llorente, por dentro no se hace viejo; su imaginación es hoy tan viva, su corazón tan apasionado como en su juventud. Por segunda y por tercera vez se ha vuelto á publicar aquel famoso *Llibret*, aumentado cada vez más con nuevas composiciones, de mayor belleza, si cabe, que las primeras, é igualmente frescas y lozanas. Alguna modificación observará, sin embargo, en ellas quien detenidamente las examine. El principal temor que asaltaba á Llorente cuando comenzó á versificar en valenciano, era que la necesaria depuración de este degenerado idioma diese á su poesía un carácter arcaico, que dificultase su comprensión á las gentes poco instruídas. Y algo de esto se achacó, no tanto á sus versos como á los de sus discípulos é imitadores. Quiso evitarlo: les recomendó mucho huir de ese escollo del arcaísmo, y él mismo les dió ejemplo, procurando hacer cada vez más inteligible para todos su lenguaje poético. «Los versos de Llorente todos los entendemos» decían, ha poco, los valencianistas de un grupo, que protestan contra el uso de palabras muy valencianas, pero que, por ya desusadas, tachan de oscuras. A pesar de eso, el autor del *Llibret de Versos* quiere ser cada vez más claro, y dió el tipo de una composición, escrita en el estilo más llano y familiar posible, en el lenguaje más usual y al mismo tiempo perfectamente castizo, en sus celebradísimas *Cartes de soldat*, una de sus mejores obras valencianas, la que más impresión ha producido entre sus paisanos, la que le dió los laureles de poeta popular.

Verdad es que esos versos, escritos en la forma más sencilla, tienen hondo sentido. Devoraban las maniguas cubanas buena parte de nuestra juventud, más que por el hierro, diezmada por los rigores del clima; no sentía el pueblo por aquella guerra el entusiasmo que arrastra las muchedumbres al sacrificio de la vida; importaba fortalecer la noción sagrada de la patria en el espíritu popular, y á ello acudió Llorente con su conmovedora leyenda del soldado herido en el campo de batalla y que muere en el hospital pensando en la aldea en que nació. Y el cura de Benicolet (uno de los pueblecillos más pequeños de la región valenciana), el buen párroco, *capellá de missa y olla*, explica así á su sencillo auditorio aquel concepto de la patria:

«¿Qué es la patria? Prou y massa
Que ho sent, mes ma ciencia escasa
No vos ho pot explicar:
La Patria es la propia casa,
Nostre bressol, nostra llar.

»Nostra mare, nostra dida;
La campana que vos crida
A missa, germans devots;
Esta terra benehida,
Hon serém soterrats tots!

»Lo camp hon la vida's guanya,
Lo riu fecundant que'l banya,
Lo sol, que'l calfa y encén;
Es lo pinar, la montanya,
El pla que á lo lluny s'estén.

»Les viles, que á la redona
Mirém, á quina més bona;
La ciutat, hon té'l palau
Lo Bisbe que ve y vos dona
Bendicions d'amor y pau.

»Y altres mil ciutats, ufanés
Perque son totes germanes,
Y altres montanyes y rius,

Fins les plages llunyadanes
Hon los baixells fan sos nius.

»Y més enllá de la mar,
Altres mons que va encontrar
Espanya, y en sa ribera
Ensempls clavá sa bandera
Y alsá á son Deu un altar.

»Tot lo que á la terra'ns lliga
Y que en ella ho trovém bo,
Per lluny ó per prop que estiga,
Y que meu ó vostre siga,
Fills meus, la Patria es aixó.

»Y tot nostre amor mereix,
Perque tot es lo mateix,
Ones que eixamplantse van,
Lo poble que creix y creix,
¡ Benicolet, que's fa gran! »

¡ Santa y digna de admirarse es la poesía inspirada en tan nobles sentimientos, y el poeta que de este modo realiza la suprema belleza, puede tener la seguridad de que sus versos no morirán! Carezco yo de autoridad para hacer esta profecía, pero la ha hecho quien la tiene, y con sus palabras quiero cerrar este capítulo, que esto sí que será, como frecuentemente se dice, cerrarlo con broche de oro.

Palabras de don Marcelino Menéndez y Pelayo: «El *Llibret de Versos* por sí solo bastaría para impedir ó, á lo menos, para retardar la muerte del habla expresiva y dulcísima en que ha sido compuesto. Y si es ley fatal que esta lengua desaparezca de las márgenes del Turia, todavía los versos de nuestro autor, enlazándose á través de cuatro siglos con los del profundo y sublime cantor de *Na Teresa*, conservarían en la memoria de las gentes los sonos de una lengua que llegó á ser clásica antes del Renacimiento, y que ni el abandono de sus hijos, ni la parodia vil, han logrado despojar de su primitiva nobleza».

Llorente, poeta cosmopolita

El ansia de poesía que sintió Llorente desde su primera juventud, no quedó satisfecha con el estudio tenaz que hizo del Parnaso castellano antiguo y moderno; él y Querol, su compañero inseparable en aquellos tiempos, querían penetrar y abarcar más; querían conocer á todos los grandes poetas del mundo, y á la vez aprendieron el francés, el italiano, el portugués, el inglés y el alemán, sólo para leer en su texto original las obras maestras de su literatura. Los dos genios poéticos de Francia en aquellos tiempos, Lamartine y Víctor Hugo, impresionaron mucho á Llorente. «Quería asimilarme, dice, la poesía del uno y del otro, y con este objeto, por pura fruición propia, sin ulterior propósito, di en traducir sus versos. ¡Qué horas tan deliciosas, y á veces tan intranquilas, huyendo de las gentes, á solas conmigo mismo, pasé ocupado en aquella dificultosa labor! A nadie la daba á entender; temía que la profanasen ojos extraños.»

Vencieron este temor de su modestia los consejos de literatos eminentes, cuyo alto prestigio era recia garantía de su acierto. El sabio filósofo y político valenciano Aparisi y Guijarro, y el preclaro autor de *El Niño de la bola*, obligáronle á publicar cuando fué á Madrid por sus estudios del doctorado, su tomo de *Poesías selectas de Víctor Hugo*, cuyo lisonjero prólogo escribió Castelar. No de envanecimiento sino de estímulo sirvió á Llorente este halagador estreno, y con ahinco explicable por lo que con ello sentía y gozaba, extendió sus profundos estudios á otras literaturas, á

otros grandes é inspirados maestros: Goethe y Schiller, Uhland, Byron, Heine, Alfredo Musset, Longfellow, aparecen, traducidos, ó mejor que traducidos, castellanzados, naturalizados con carta de ciudadanía en España, quince años después, cuando la modesta pero verdaderamente escogida *Biblioteca Selecta*, de Pascual Aguilar, dió á luz las *Leyendas de oro* y las *Amorosas*, que su autor entregó á las prensas por un puro compromiso de amistad, y que compuso rebuscando papeles olvidados de sus juveniles años.

Entonces se vió lo que valía Llorente como poeta traductor. ¡Ardua, penosa y atrevida empresa ésta! ¡Cuántos talentos, al intentarla, naufragaron! Repútase, con generalizado error, cosa llana y fácil traducir obras extranjeras. Así dicen los que otorgan generosa indulgencia á las bárbaras ejecuciones realizadas á mansalva para los folletines y muchas novelas de á cuarto la entrega. Otra y muy diversa es la opinión de los doctos conocedores de las dificultades, á veces insuperables, de acoplar á otra lengua, no sólo el pensamiento de un autor, cuando escribe en verso, sino la expresión, la forma, el tono, y á ser posible, la eufonía que resulta del vocablo, del adjetivo, de la imprecación, de la risa ó del llanto en la obra poética expresados. Esto es lo difícil, y esto es cabalmente la *traducción rimada*, la adaptación del fondo, y de la forma de uno á otro idioma. Por algo «*el estilo es el hombre*»; por algo los sonidos de cada lengua responden á la étnica del pueblo y de la raza. No desdeñaron maestros tan insignes como Schlegel y Tieck traducir al alemán las obras de Shakespeare y el *Quijote* de nuestro Cervantes. Tales inconvenientes explica el religioso autor de *La profecía del Tajo* para pintar en términos razonables la estimación de tamaña obra. «De lo que yo compuse, escribía, juzgará cada uno á su voluntad; de lo que he traducido, el que quisiera ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es

posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante, mas helo pretendido hacer, y así lo expreso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo más».

General y entusiasta fué el aplauso con que se recibieron aquellos dos libritos de versiones rítmicas de Llorente, y lo que á éste le satisfizo más, entre tantos favorables juicios, fué el de don Manuel Cañete, crítico entonces de gran autoridad, y que hizo detenido examen de *Las Leyendas de Oro*. Decía así (1): «Para dar á conocer la índole peculiar de los diversos poetas cuya interpretación se propone, el señor Llorente rompe las trabas que pudieran impedir ó dificultar la realización de tan útil propósito. Mas, no por ello descuida ajustarse á lo que el original reclama, siempre que halla modo de efectuarlo sin menoscabar su belleza. Y á pesar de la variedad de caracteres y de tonos de las poesías que ha vertido al castellano y coleccionado en este libro, conserva en todas ó en la mayor parte el sello que les imprimió su autor, empleando al trasladarlas á nuestro idioma, el metro que más puede contribuir á ponerlas en armonía con el fin á que se dirigen».

Sorprendido por la elegancia y fidelidad con que vierte al castellano *La muerte de Safo*, de Lamartine, añade: «Difícilmente podrá lograrse más fidelidad, no ya en la interpretación de las palabras, sino en la expresión del sentimiento y en el colorido propio de esta elegía. Fuera de que la libertad y hermosura de nuestro romance endecasílabo, la variedad de sus cortes y cesuras, y el enérgico movimiento de los tres interrogantes, y del imperativo verso final, dan en castellano á la conclusión del período mayor robustez y animación».

(1) *La Revista Europea*, Agosto de 1875.

He aquí mejorada, según Cañete, la tierna lamentación del propio Lamartine.

Cuando se publicaron de esta manera accidental en la *Biblioteca Selecta* aquellos libritos de Llorente, tan admirados por todos y que le valieron la proclamación de *Rey de los traductores*, que hizo el Padre Blanco García en su *Literatura Española del siglo XIX*, nuestro poeta se ocupaba en el mayor empeño que se propuso en esta ardua labor: estaba corrigiendo y depurando los ensayos hechos en su mocedad, de la versión de la primera parte de *Fausto* de Goethe.

¡*El Fausto!* Ruedan por el mundo y abundan en las librerías numerosos volúmenes describiendo en todos los idiomas las tres figuras simbólicas de la gran tragedia. El doctor escéptico y cabalístico, hastiado del estudio y acosado por el deseo; ahito de la ciencia, que apagó su fe; en lucha cruel las flaquezas de su edad con las ansias infinitas de un placer entonces presentido; encarnación de una idea que arranca de la alborada de la humanidad, que se dibuja en las fábulas mitológicas y místicas de todos los pueblos, que se revela en la ambición de dominarlo todo, en el afán eterno de la posesión de lo desconocido, de lo sobrenatural, de lo ignorado, de todo cuanto está fuera del alcance de nuestras fuerzas y de nuestros medios. Evocación del genio maléfico, servidor traicionero y sagaz de ambiciones criminales; cubriendo con magias y seducciones su diabólica esencia, es Mefistófeles, sarcástico, ingenioso y burlón, el fantasma terrorífico que oprime el pensamiento humano cuando un oscuro misticismo inclina más á temer las artes del diablo que á fiar en las bondades de Dios. Porque la intervención de los genios maléficos en los negocios de la vida, pregonada por la leyenda, impresiona y asusta á las muchedumbres, sirviendo de medro á los audaces y descreídos. La tierna doncella, ingenua, inocente, modesta, creyente, confiada, víctima de su sencilla candidez, de su fe infantil, arrastrada al deshonor y al crimen por los ma-

lefcios de Satanás, y purificada por el dolor y por la santidad de su alma, es la última creación de la simbólica tragedia concebida por Goethe.

La lucha entre el bien y el mal; el idilio, á la vez drama y tragedia, los cuadros de aquella gigantesca creación, llamada *Noche clásica de Santa Valpurgis*, las audaces evocaciones de la mitología, de las hermosuras griegas, de los amores de Helena y de Fausto, y la muerte del errante Doctor, salvado de las garras diabólicas de Mefistófeles por la conmovedora intervención de Margarita, se desarrollan en escenas, parlamentos y estrofas de tan alto vuelo, de tan significativa intención, juicios y sentencias, que á la vasta cultura científica y literaria de Goethe, á la elegancia y pulcritud de una exquisita y delicada forma enlazan la dificultad de una exacta interpretación del sentido y del alcance que las inspira. De aquí los mayores escollos de la traducción. Quiso Llorente investigar hasta las más recónditas intenciones del gran poeta; leyó y desmenuzó las traducciones francesas, inglesas é italianas; se inspiró en los principales comentaristas, estudió la vida del autor, siguiendo las evoluciones de su pensamiento desde que, fuera en la taberna de Auerbach en Leipzig, fuera en los góticos canalones de la soberbia catedral de Colonia, contempló las figuras de Fausto y de Mefistófeles, cabalgando por los aires; completados con el delicado recuerdo de *Gretchen*, la hermosa doncella de Francfort, que pasó como una visión por la juventud del poeta, y penetrando hasta el fondo de su obra, tan inspirada, tan compleja y tan profunda á la vez, puso manos á su traducción, de tal modo que el texto castellano conservase en lo posible la letra y hasta lo imposible, si cabe hablar así, el espíritu del original.

¿Qué procedimiento siguió para esta versión rítmica y rimada? El mismo nos lo dice en la carta prólogo dirigida á su amigo Querol.

«Mi propósito ha sido dar carta de ciudadanía en nuestra patria literaria á la gran creación de Goethe, y

entiendo que para ello no basta poner en palabras castellanas, elegantes y significativas, lo que escribió en lengua germánica el insigne vate; hay que acomodar la expresión á la índole peculiar de nuestra poética; hay que darle sabor verdaderamente castellano. Tratándose de un poema de forma dramática, no podía ni debía olvidar la enseñanza de nuestro glorioso teatro, de aquel *Fénix de los Ingenios*, de aquel ilustre Calderón, tan admirados ambos por el mismo Goethe. El diálogo escénico está formado en España por esos modelos inmortales, y paréceme que no es impropiedad ni irreverencia seguir, aunque de lejos, sus huellas para sacar á tablas las figuras más famosas del Parnaso alemán. No quiero decir con esto que trate de añadir á la obra traducida galas impropias de ella, sino que en la elección de metros, en el aire y en el tono de las escenas, en algunos giros del estilo, he seguido la escuela de nuestra dramática nacional, para que, como decía al principio, visitan á la usanza española los personajes de Goethe.»

El éxito de la traducción, de este modo entendida y estudiada, fué instantáneo. Convinieron todos en que Llorente había logrado lo que nadie había conseguido, ni siquiera intentado: hacer castellano el poema de Goethe. Si algún crítico quedó sorprendido y algo dudoso de esta novedad, su extrañeza quedó al instante sofocada por la aprobación entusiasta y el elogio general. Y en la misma Alemania, los que allá pueden juzgar bien las versiones de sus obras magistrales al idioma de Cervantes, como Fastenrath, el ilustre hispanófilo, prodigaron las mayores alabanzas á la traducción de Llorente. Dijo de ella aquel docto escritor que ocupa elevado rango, no ya entre las españolas, sino entre todas las extranjeras. En efecto, sólo la del italiano Andrés Maffei puede ponerse á su lado, y aun opinan algunos que ésta no tiene tanto carácter y colorido. Fastenrath dice que si tan buen éxito ha tenido la difícil obra del traductor valenciano, consiste en que éste es «un poeta insigne» y por eso ha podido revestir el

Fausto alemán con los gallardos trajes de los galanes de Lope y Calderón (1).

Aún no habían transcurrido tres años de la publicación del *Fausto* castellano, cuando nos dió Llorente una nueva traducción, de tanta ó mayor dificultad. La obra de otro altísimo poeta germánico, de Enrique Heine, fué por él con igual éxito castellanizada. La empresa era atrevidísima, pero muy atractiva. Habíandase intentado varios ingenios españoles; sólo había triunfado en ella Eulogio Florentino Sanz; pero reduciendo su trabajo á proporciones mínimas, á la versión de ocho ó diez de los brevísimos *lieder* del *Intermezzo lírico*. No es extraño que no pasase adelante: la poesía de Heine, de aparente facilidad y sencillez, es obra de un arte exquisito y difícilísimo. En su pensamiento, todo es claro y luminoso: no hay en él esas nebulosidades que algunos juzgan características de los poetas alemanes; y ese pensamiento suyo tan diáfano, está contenido en una copa de fino cristal, como el de Bohemia, tan primorosa y hábilmente tallada, tan transparente y sutil, que labrarla en otro idioma sólo es dado á otro poeta que con el primitivo autor pueda hombrearse. Por eso, no todos lo comprenderán, pero el experto conocedor ha de estimar que la bellísima traducción de Heine, hecha por Llorente, vale tanto ó quizás algo más, que la traducción del *Fausto*. La condesa Pardo Bazán, tan apasionada del vate de Dusseldorf, que dice de él que ningún poeta le ha causado tan fuerte impresión, después de Salomón, el mayor lírico del mundo, juzga de este modo la obra del traductor valenciano (2).

«El traductor por excelencia del cantor del *Mar del Norte* (y de Goethe) es Teodoro Llorente, que con extraño acierto, primorosa versificación y rara combinación de respeto á lo nacional del poeta y lo castizo de nuestra habla, ha trasladado completo el Heine lírico.

(1) *Das literarische Echo*, de Berlín.

(2) Artículo publicado en la *Ilustración Artística*, Enero de 1909.

Por el mismo sabor castizo de sus traducciones—cosa digna de notarse—ha sido censurado. Sin duda echan de menos en su concienzudo trabajo, algunos germanismos. Un crítico famoso le reprende por haber hecho hablar á Fausto como á un personaje de Calderón. Yo debo decir que el mérito principal de las traducciones de Llorente lo hallo en esa adaptación feliz á la índole de nuestro idioma. Es justamente lo que las distingue de otras versiones estimables, pero que sufren la tiranía del original, se ciñen á él sin flexibilidad, y con un giro, con una frase, revelan que no ha habido manera de fundir el espíritu del poeta en la turquesa de nuestro idioma.»

Publicadas las primeras traducciones de Heine, comenzó en la vida de Llorente un largo período de veinte años, el menos fecundo para su producción poética. Hasta entonces se había negado obstinadamente á salir de su querida Valencia, á dejar el trabajo continuo y fatigoso de su periódico, aliviado por el deleite de su labor literaria. Pero las circunstancias fueron más fuertes que su voluntad, y él, que de la vida pública sólo había tomado la parte que le correspondía en la tribuna de la prensa como director de la opinión, tuvo que figurar en ella de un modo más activo, tuvo que intervenir en las contiendas de los partidos. Fué diputado á Cortes; hizo repetidos viajes á Madrid, y todo ello fué estorbo grave para sus estudios y trabajos predilectos. No podía renunciar en absoluto á la poesía; no podía abandonar su obra restauradora de la literatura valenciana, y de aquella época son algunas de sus mejores composiciones en la lengua materna; pero la minuciosa tarea del traductor hubo de dejarla. Cuando logró, por fin, retirarse de aquellas luchas enojosas, renacieron en él las ansias de la juventud, y después de una nueva edición del *Fausto*, en la que casi nada tuvo que corregir, y de otra de las *Poesías de Heine*, enriquecida con la traducción del *Regreso*, *Nueva Primavera*, *El*

Mar del Norte y algo más (1), nos dió otras versiones tan interesantes y magistrales como todas las suyas, los numerosos versos (más de doce mil) contenidos en el hermoso volumen, artísticamente presentado por los editores señores Montaner y Simón, de Barcelona, y que lleva el título de *Poetas franceses del siglo XIX* (2).

En su proemio, explica así Llorente la génesis de este libro: «Renuévanse en la vejez los amores de la juventud. Tras una vida fatigosa de luchador en el público palenque, cansado, y no sé si decir que también desengañado y arrepentido, vuelvo á lo que fué mi primera ilusión, á mis libros, á mis poetas, á mis ensueños. A los genios de la poesía que llenaron en Francia la primera mitad del siglo XIX con sus obras inmortales, han sucedido nuevas generaciones de amantes del ideal». Traza aquí Llorente un breve pero exactísimo cuadro de la lírica francesa contemporánea, con la sucesión de poetas románticos, parnasianos, simbolistas y modernistas, señala entre ellos, como vates excelsos á Sully-Prudhomme y Coppée, y añade: «Lo que en mi edad juvenil me hicieron sentir y gozar Lamartine, Víctor Hugo y Musset, lo he sentido y gozado de nuevo en mi reflexiva vejez, gracias á estos nuevos poetas, sus dignos sucesores; y pasar del embeleso de la lectura al intento de la traducción, era tránsito natural y fácil para quien estaba habituado á aquella faena. Sin proponérmelo, y casi sin pensarlo, volví á aquel trabajo de treinta años atrás; leí á mis amigos mis nuevas traducciones; publiqué algunas en los periódicos, y al poco tiempo aquella obra había crecido tanto, que me asaltó la idea generadora de este libro. Pensé que es cogiendo y limando las antiguas versiones de los poetas franceses de la primera mitad del siglo XIX, y comple-

(1) Enrique Heine, *Poesías*, traducidas en verso castellano por Teodoro Llorente, y aumentada con *El mar del Norte*, *Nueva primavera* y otras composiciones. Barcelona, 1908, F. Granada y C.^a, editores. Tipografía «El Anuario».

(2) *Biblioteca Universal ilustrada. Poetas franceses del siglo XIX. Traducción en verso castellano por D. Teodoro Llorente. Edición ilustrada.* Barcelona. Montaner y Simón, editores, 1906.

tando las recién hechas de los que han florecido en la segunda mitad, podría formar una Antología de la poesía francesa en aquella centuria, que diese concepto bastante cabal de su índole, tendencias y evoluciones, y que sirviera, no solamente para solaz de los devotos de las Musas, sino para estudio y enseñanza de los que necesitan y apetecen conocer la literatura extranjera».

Este libro, riquísimo tesoro de la poesía por el texto francés y por el texto castellano, no ha sorprendido á nadie, porque ya era bien conocida la magia de las versiones de Llorente; pero ha embelesado y embelesará á muchos, y ha confirmado, aunque no necesitase confirmación, la suprema maestría del traductor. Repitiéronse, al publicarse esta obra, los anteriores elogios de la crítica. Sólo he de citar algo, muy poco, de lo que ha dicho un escritor que en ese difícil magisterio es hoy uno de los primeros. El señor Fernández Villegas, que tanta autoridad ha dado á su pseudónimo *Zeda*, después de explicar lo que debe ser la traducción de las obras poéticas, en las que lo es todo la delicadeza, el perfume, el sentimiento, el *quid divinum*, que constituye el alma de la poesía, resume así su juicio sobre las versiones de Llorente: «Para traducir poéticamente, le es necesario al traductor, no sólo conocer á la perfección su idioma y el idioma en que está escrita la obra que se propone traducir, sino penetrar, por decirlo así, hasta lo más íntimo del alma del autor, y escribir de la misma suerte que éste hubiera escrito en el caso de ser su lengua la lengua del traductor. De este modo tradujo Fray Luis de León á Horacio, Jáuregui al Tasso, Hartzenbusch á Schiller y Teodoro Llorente á Goethe», y pasando á ocuparse del nuevo libro del traductor á quien tanto enaltece, dice: «Así son también las versiones que de los *Poetas franceses ilustres del siglo XIX* acaba de publicar el magistral traductor del *Fausto*. Bien pueden mostrarse satisfechos, los poetas traducidos del noble y elegante ropaje con que Llorente los presenta ataviados ante los lectores españoles. Allí la musa de Lamar-

tine, vestida castizamente á la española, nada pierde de su melancólica gravedad y de su delicada ternura: allí brillan con toda su grandiosa belleza las imágenes de Víctor Hugo; allí puede apreciar hasta el más exigente lector los apasionados arrebatos de Musset, el humor y finura de T. de Banville, el pesimismo un tanto artificioso de Baudelaire, el exquisito sentimiento de Sully Prudhomme, el tedio angustioso de P. Verlaine, el conmovedor altruismo de Francisco Coppée; en una palabra, las cualidades más características de los cuarenta y ocho poetas de la Antología formada por el insigne vate valenciano».

Creí que con la mención y el debido encomio de los *Poetas franceses del siglo XIX* podría dar fin á este capítulo; pero cuando estaba escribiéndolo, llegó á mis manos (¡pasmosa fecundidad!) otro libro de Llorente, también de versiones rimadas de famosos poetas: una segunda serie de las *Leyendas de oro*, la obra que extendió su brillante renombre. Un tercio de siglo ha pasado entre una y otra publicación, y parecen, no ya hermanas, sino gemelas. La misma facilidad, la misma frescura, la misma gallardía en una que en otra. Las *Leyendas* traducidas ahora, son de los mismos excelsos vates que las primeras, y de otros más recientes, y en ellas ha introducido el experto traductor una novedad; ha vertido también al castellano poesías catalanas de los primates de aquella *renaxensa*, de Verdaguer, Guimerá, Apeles Mestres, Collell, Costa y Llobera, Maragall y algunos más, tributo salido del fondo del corazón del poeta valenciano, y que ha sido muy agradecido en Cataluña.

¡Obra admirable, por su mérito, primero, pero también por su extensión y prolijidad, la de Llorente, traductor, ó por mejor decir, castellanizador, de los poetas extranjeros! Si abriese los ojos Federico Balart, ratificaría satisfecho lo que dijo de él, cuando le proclamó:

¡El gran hispanizador
De la Musa universal!

Llorente, periodista

Cuando Teodoro Llorente salió de las aulas de la Universidad, era un abogado perfectamente instruído y preparado, y parecía dispuesto á ser un sesudo y respetable jurisconsulto. Su carrera había sido brillantísima; en ningún examen le faltó la nota de «sobresaliente». Pero este razonable porvenir tropezaba con una dificultad; el entonces ya entusiasta poeta, no se sentía, por dentro, abogado ni jurisconsulto. Para aquella carrera le faltaba vocación. Coincidió con las perplejidades en que se hallaba, el pensamiento de fundar un periódico, que tuvo el opulento banquero don José Campo. Era el futuro marqués hombre de grandes iniciativas, y de muy buen ojo; conocía los estudios y los primeros trabajos literarios del novel abogado, y le entregó su hoja cotidiana, que había de ser órgano del partido conservador en Valencia. Así fué Llorente director de *La Opinión*; así fué periodista. No se equivocó el despierto banquero. En manos de su improvisado director, alcanzó aquel diario gran importancia, y cuando, al cabo de cinco años, trasladado ya Campo á Madrid y ensanchada la esfera de su acción, no le convino sostener el periódico valenciano, Llorente tenía ya ánimos, experiencia y empuje para tomarlo por su cuenta, y realizar la obra que le había sugerido su aprendizaje en la prensa. Era una idea de mucho alcance político y social. Conseguir que llegaran al centro gubernamental de España las palpitaciones, los anhelos y las aspiraciones de las provincias y de los pueblos, informando á los gobernantes sobre su verdadera situación, no conocida

á través de los cristales del caciquismo ó del personal interés, era y es todavía un empeño de singular trascendencia, y ese fué el programa de *Las Provincias*. Algo se consiguió con los esfuerzos de Mañé y Flaquer en *El Diario de Barcelona* y de Llorente en su periódico, tenidos entonces por los dos principales órganos de la opinión pública fuera de Madrid, y en algún caso influyeron sobre la marcha de los negocios políticos, gracias á una constancia, una fe y una sinceridad merecedoras de la gratitud patria.

Con mayor intensidad se sintió su acción sobre los asuntos peculiares de la región valenciana. Iniciador y porta-estandarte, unas veces, favorecedor siempre, de todos los pensamientos que podían ser útiles para la cultura y el progreso de Valencia, acogía con cariño *Las Provincias* cuantas ideas y proyectos beneficiosos para el interés público surgían, y alentaba con los estímulos de la publicidad las aspiraciones de la juventud laboriosa que salía de las aulas, con las naturales ansias de gloria y de provecho. Sin exageración puede afirmarse que, durante un cuarto de siglo residió en *Las Provincias* la dirección de la mentalidad valenciana. Por la noche, y señaladamente uno ó dos días por semana, parecía la redacción del periódico una sucursal del Ateneo, una especie de parnasillo frecuentado por literatos, catedráticos, ingenieros, pintores, jurisconsultos, poetas, políticos, artistas, representación de las fuerzas intelectuales de Valencia joven. Periódicamente, y siempre en las festividades de Navidad y Año nuevo, había cena. Más que las perturbaciones políticas de aquellos tiempos, la proclamación de la república, la guerra civil, la Restauración, la paz, los gobiernos de Cánovas y de Sagasta, nos ocupaban en aquellas reuniones los temas científicos y literarios. Noches inolvidables, que el ocurrente doctor Pepe Pallarés, jovial y chistosísimo levantino, el cual podía ostentar el título valenciano de *Dotor de Secá*, y que tenía en su gracejo toda la intención de los satíricos latinos, llamaba no-

ches legumbres de Cadalso, aludiendo á las codicias del fondista, más generoso de hortalizas que de jamón y perdices. En aquel asomo de Bohemia, siempre presidida por Llorente, brillaban Querol, Ferrer y Matutano, Enrique Gaspar, Velasco y Santos, Pérez Pujol, Liern, Escalante, Ferrer y Bigné, los doctores y catedráticos Francisco Navarro, Serrano Cañete y Campá; Federico Pascual, Félix Pizcueta, Aguirre Mاتيول, Vicente Greus, Pepe Brel, Felicísimo y Pepe Llorente, Aurelio Querol, Benito Fierros, Luis Albert, Enrique Villarroya, el indispensable Domenech, impresor del periódico, y otros varios que escapan á mi fatigada memoria. El donaire del diálogo, la agudeza de la frase; la malicia de la anécdota; la chispeante controversia; la crónica picaresca, la glosa satírica; y el general regocijo que corría *más que las espumas del limitado champagne*, daban á aquella fraternal tertulia un carácter de culta alegría, que dejó en todos nosotros un fondo de mutuo afecto, jamás extinguido. ¡Cuán pocos quedamos ya de aquel parnasillo!

A más serios empeños solíamos también dedicarnos. La lectura de dramas y de comedias, de poesías y de artículos, todo ello inédito; la discusión seria de novedades científicas, políticas ó literarias, y el estudio de propósitos y de proyectos útiles para Valencia, eran temas tratados en el nocturno cenáculo. Muchos de los adelantos que la ciudad y la región han obtenido, se incubaron allí, ó recibieron el apoyo decisivo. De aquel centro de acción nació la primera Exposición Regional, la de 1867. El celosísimo patricio don Vicente Lassala y Palomares, coronel de ingenieros retirado, que quería dar á Valencia vida á la moderna, era uno de los más devotos de *Las Provincias*, y rodeándose de aquella juventud entusiasta, pudo realizar desde la presidencia de la Sociedad de Amigos del País el concurso que tan feliz éxito alcanzó. Un día, el inolvidable Cirilo Amorós, uno de los más asiduos y celosos tertulianos de la Redacción, y que entonces era vicepresidente del Con-

sejo provincial, fué llamado á desempeñar interinamente el gobierno de la provincia. «¡Valencia es nuestra por breves días!», exclamaron los redactores y los amigos del periódico, y algo se hizo; algo importante y que entonces parecía muy difícil: se derribaron las murallas. El intencionado y expertísimo gobernador accidental logró en muy pocos días emprender y terminar un expediente preñado de dificultades burocráticas, y el pico, en su hábil mano, abrió la brecha en nuestros antiguos y ya inútiles muros. Juan Bautista de la Concepción Llovera, aquel bravo y expertísimo piloto, que terminó su vida santamente como ascético cartujo, halló en *Las Provincias* la palanca con que movió la opinión é impuso la reforma del trazado del puerto del Grao, señalando la dirección del dique, llamado de la Providencia. El Ateneo, primero, y *Lo Rat-Penat* después, encontraron en aquel periódico los elementos para su próspera vida. En su Redacción se inició el suntuoso centenario de la muerte del rey don Jaime el Conquistador, y testimonios monumentales de aquel entusiasmo son la estatua ecuestre del Monarca guerrero y legislador, que se admira en la plaza del Príncipe Alfonso, y la fiel traducción que de la historia del Rey Peleador, por el barón de Tourtoulón hizo Llorente (1). Allí nació la idea de restaurar sobre sólidas bases la benéfica institución del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, pronto creada bajo la protección de la Sociedad Económica de Amigos del País, que por las previsoras amplitudes de sus Estatutos es hoy un verdadero Banco de Crédito. De allí salió para el Maestrazgo, donde operaba el Ejército del Centro, cabalgando en un jamelgo, semejante al del caballero d'Artagnan, y con el cargo de corresponsal de *Las Provincias* el infatigable y arrojado Peris Mencheta, que hubo de cambiar algunas veces el lápiz del reporter por la carabina del guerrillero, y dis-

(1) *Historia de D. Jaime I, el Conquistador*, por el Barón de Tournton. Traducción por T. Llorente.—Dos volúmenes.

fruta hoy la posición y los prestigios conquistados por su trabajo. De allí, y para precaver ó aliviar los males de la sequía, salió el pensamiento de otra Exposición, la de máquinas elevadoras de agua, que alcanzó desusado éxito y familiarizó al inteligente labrador valenciano con el vapor y la mecánica, extendiendo su empleo por granjas y campos. De allí, en fin, salieron propagandas, ideas, obras, bibliotecas, instrucción, debates y campañas; y órgano propulsor de tales adelantos fué el periódico *Las Provincias*, alentado y dirigido por Llorente.

Con los artículos de este incansable trabajador podrían formarse gruesos volúmenes, que servirían para escribir sin gran trabajo, la accidentada historia de la España contemporánea. Periodista del corte de Villermessant y de Anatolio France, no son sus trabajos meras crónicas de información, sino razonados análisis y sesudos juicios acerca de cuantos sucesos interiores ó internacionales han ocurrido en los últimos cuarenta años. Así, su periódico consiguió prestigios y renombre, que los de provincias, hoy más que nunca sometidos á la lucha por la novedad y la noticia, difícilmente logran. De ahí los éxitos de Llorente, ni disputados ni discutidos, como experto periodista.

A los prestigios de *Las Provincias* contribuyó mucho su independencia, debida al carácter firme y severo de su fundador. Se había propuesto éste hacer de su periódico un órgano de las doctrinas conservadoras, pero sin sujeción alguna á los bandos militantes. Para sostenerlo, contaba con el público, y nada más. No admitió nunca ayuda ni subvención de ninguna clase, ni del gobierno, ni de los partidos, ni de las empresas que de este modo solicitan el apoyo de la prensa. Y por eso mismo, su voz era escuchada con general respeto, y su voto pesaba en los destinos del país. A los gobernantes que provocaron la revolución de 1868, les advirtió el peligro, y por ellos fué perseguido; triunfante aquel tremendo movimiento, del cual pudo sacar

partido, púsose en guardia para señalar y contener sus excesos con un valor cívico, al que no daba importancia. Fué una campaña muy arriesgada la que entonces sostuvo. La Restauración, á la que había contribuído valientemente, quiso premiárselo: no aceptó los tentadores cargos que se le ofrecieron: contribuir con su periódico á encaminarla bien, fué su único propósito. Lo mismo hizo Mañé y Flaquer: eran uno y otro la personificación austera de la conciencia pública. Estaba sobre el tapete una cuestión vital: ¿qué había de ser la Restauración? Para Mañé, la vuelta al régimen anterior, en lo fundamental; la supresión de lo que la fracasada *Gloriosa* llevaba en su espíritu. Para Llorente, la Restauración había de ser una obra de concordia y de paz. Estos dos opuestos conceptos los sostuvieron en los primeros meses del reinado de don Alfonso XII. En el pensamiento de don Antonio Cánovas ya estaba resuelta la cuestión. El director de *Las Provincias* no pretendió que su criterio hubiera influído en la resolución; pero pudo complacerse entonces y después en el acierto de su dictamen.

Hubo otro caso en que se vió patente este acierto. En la política conciliadora de Cánovas entraba atraer á los liberales, para que sirviesen también á la restaurada monarquía. Logrólo fácilmente. Pero habían pasado cinco años de gobierno conservador, y aquella parcialidad se creía ya con derecho á ocupar el poder, para que quedase establecida la alternativa de los dos partidos gubernamentales. ¿Cuándo había de realizarse este cambio? Asunto era que preocupaba á los políticos é interesaba al país. Llorente lo tenía bien estudiado, y publicó un artículo, que venía á decir: «*Llegó la hora*», y lo demostraba con sobrias pero convincentes razones. Aquel artículo produjo impresión; la prensa de Madrid lo comentó mucho, y se dió el caso de que á los pocos días dimitía el ministerio conservador, y don Práxedes Mateo Sagasta era llamado á Palacio para formar gobierno. Supúsose entonces que

el periódico valenciano había recibido inspiraciones de Madrid; atribuyóse á personajes influyentes la paternidad del famoso artículo. No hubo nada de eso; no hubo más que la perspicacia del director de *Las Provincias*, señalando la necesaria oportunidad de un suceso, que de todos modos se hubiese efectuado; pero que él tuvo el acierto de señalar.

Fuera del orden político, Llorente tuvo el arte de hacer interesante y ameno su periódico. Puede decirse que fué, en España, el precursor de la prensa á la moderna. Hace cuarenta años los papeles cotidianos eran muy distintos de los de ahora; los de provincias eran casi todos insignificantes; en los de Madrid lo absorbía casi todo la política, ó mejor dicho la lucha política. Lo demás les interesaba poco. Llorente comenzó á hacer en *Las Provincias* lo que hoy, con medios mucho mayores, gracias al desarrollo que ha tenido la publicidad, hacen los grandes periódicos, abarcando todas las fases de la vida pública y social. La agricultura, la industria, el desarrollo comercial, el movimiento económico, sobre todo, en lo referente á nuestra región; la ciencia, el arte, la literatura (la literatura en especial), tenían en el periódico de Llorente más parte que las disputas de partido, y esto lo distinguía y lo acreditaba en aquella época. En la crítica literaria, su director fué una autoridad, y un artículo firmado por *Valentino* (su pseudónimo) era mirado como un fallo definitivo en estos asuntos. Otra especialidad, que daba mucho agrado á la lectura de *Las Provincias*, eran las crónicas de viajes. Gusta mucho de viajar Llorente y para relatar sus viajes tiene un don, que si lo hubiera cultivado más, hubiera bastado para darle la fama de Amicis ó Pedro Lotti. Su ojo escrutador se apodera á primera vista de lo que hay de característico en los cuadros de la naturaleza, en la vida de los pueblos, en sus monumentos, en todas sus peculiaridades; y de una manera amenísima, aunque sobria, con toque ligero, pero seguro, lo fija en sus relatos. Sus cartas sobre

las Exposiciones de París de 1867 y 1878, sobre el viaje marítimo del rey don Alfonso XII (1), sus excursiones por Italia y la Provenza, para asistir á las fiestas de los *felibres*, sus repetidas visitas á Barcelona y á los sitios interesantes de Cataluña, Montserrat, Poblet, Santas Creus, San Cugat, Vich, Ripoll y otros puntos célebres por la historia ó la tradición, eran labor gratísima para él, y aún más grata para los lectores del periódico. Y como anteponía á todo el amor á Valencia, su obra principal en este género fué recorrer, conocer y describir el reino de Valencia. Pero, el decir algo de esto, vendrá mejor en el siguiente capítulo, al hablar de Llorente como historiador. Para terminar éste, habré de contestar á una pregunta que me harían sin duda los lectores si á tiro me tuviesen. ¿Cómo pudo ocuparse Llorente en tantas y tan complejas obras? Porque logró la dicha de tener una cabeza muy fuerte, una voluntad de hierro y una actividad asombrosa. La dirección del periódico no era meramente para él una misión directiva; no, no dirigía *Las Provincias*; las «hizo» durante más de cuarenta años. Todo pasaba por su mano; todo lo que, bajo su inspiración, escribían los redactores, tenía que revisarlo. Había que verle en su despacho de la Redacción, pluma en mano siempre, escribiendo, repasando cuartillas, corrigiendo pruebas, tachando, enmendando... Y esto, que le ocupaba varias horas al día, seguía por la noche, hasta las tres ó las cuatro de la madrugada; ¡cuántas veces vió brillar el alba al retirarse á su casa, para volver á comenzar horas después su ruda tarea! Y así, el periódico, entre tantos otros conceptos, era notable y citado con elogio por lo que en términos del oficio se llama «la confección». La confección era la obra pesada y minuciosa de su director. Decíanle sus amigos que esta tarea no era propia de él,

(1) Las cartas sobre estas *Exposiciones* se publicaron formando un volumen en 1879 y el viaje del rey D. Alfonso en el cual le acompañó Llorente á bordo de la fragata *Vitoria* se había publicado de igual manera en 1877.

que debía limitarse á la alta dirección, y él contestaba: —«Es verdad; eso debía ser. Pero no lo puedo remediar; si no lo veo todo, no estoy contento. Es un defecto en mí, pero inevitable».

A nadie extrañará el fervor con que en este bosquejo biográfico hablo de Llorente y de su creación periódica *Las Provincias*. Cuanto digo es, en conciencia, merecido. Pero, si en ello hubiese algún asomo de pasión, sírvale de disculpa este recuerdo grato de mi juventud. El primer trabajo mío que vió la luz (*Transportes fluviales*, 1869), fué publicado en *Las Provincias* por empeño de Teodoro Llorente.

El primer libro mío que se imprimió (*Del Turia al Danubio*, 1875), lo escribí á instancias de Teodoro Llorente para *Las Provincias*. Todavía recuerdo (con ingenuidad lo confieso) la alegría con que leí, en letras de molde, mis primeras cuartillas. Todavía siento la inefable emoción con que vi elogiado mi primer libro por críticos y escritores tan egregios como el mismo Llorente, don Patricio de la Escosura, don Juan Valera, Miquel y Badía, Quintana, Laguna y otros muchos.

Desde entonces, dos sentimientos, nunca debilitados, acompañan en mi alma el nombre de Teodoro Llorente.

La admiración respetuosa al MAESTRO; el cariñoso afecto al amigo. Y con ellos moriré.

Llorente, historiador

«Si la vida pudiéramos rehacerla, si pudiésemos emprenderla de nuevo, yo sé ya á que la dedicaría: á escribir la historia de Valencia. Me marcharé del mundo con el sentimiento de no haber podido realizar esa empresa. ¡Cuánto me ha tentado! ¿Puede darse obra más hermosa que buscar en sus verdaderas fuentes, que ahora empiezan á conocerse, la verdad y la explicación de los sucesos que nuestros antiguos historiadores (apenas si merecen el nombre de cronistas), de una manera tan incompleta, y á veces tan inexacta, nos han transmitido? La historia del reino de Valencia está por escribir, y sería, bien escrita, una obra interesantísima. Desde los tiempos de la expansión colonial de los fenicios y los griegos, hay algo de poema en este golfo valenciano, en donde levantaban los zacintios la acrópolis saguntina y los foccos el hemeroscopio de Diana; aquí toma proporciones épicas y trágicas el drama cartaginés; aquí los últimos soldados de Viriato dan origen á nuestra Valencia. Y dejando aparte la invasión visigótica, y el episodio, algo obscurecido, de la venida y ocupación de los imperiales de Bizancio, y la dominación de los sarracenos, y la hazañosa conquista del Cid, viniendo á lo que nos es más propio y peculiar, ¡cuánto tiene que estudiar la figura gloriosa de don Jaime, nuestro primer rey, sus rápidas conquistas, su gobierno, sus leyes, la constitución de un nuevo Estado, organizado con arreglo á un tipo de razón y de aplicación práctica, con la norma de ideas nuevas y armónicas, sistematizadas por el sentir y el pensar del si-

glo XIII, la época culminante del ciclo medioeval! Y las vicisitudes de las leyes forales, y el influjo primerizo del renacimiento italiano, que hallaba terreno abonado en esta costa levantina, y el estallido político y social, aún más social que político, de las Germanías, muy superior por su sentido al de las Comunidades de Castilla; y siglos después, el apego de Valencia á la casa de Austria, y su hostilidad á la de Borbón, y la ruina de su régimen foral, y el caso estupendo del decreto para que fuese incendiada y borrada del haz de la tierra la ciudad de Játiva, y en el siglo XVIII el surgimiento, en el orden intelectual, del criticismo, primer albor de las nuevas ideas en España, y poco después el asombro del movimiento popular contra los franceses... todo eso, con el análisis del genio valenciano, sus costumbres, sus fiestas, su habla, su poesía, su manera de ser, de sentir y de obrar, ¿no sería labor gratísima, embelesadora, para quien pudiera acometerla, reuniendo todos los antecedentes y las comprobaciones necesarias? A veces pienso que, si el trabajo que he puesto en *Las Provincias* durante cuarenta y tres años, día por día, hubiese podido consagrarlo á esa obra de mis ensueños, algo hubiera hecho.»

En estos ó parecidos términos me hablaba un día Llorente; lo recuerdo muy bien, y es seguro que si las circunstancias, en vez de periodista lo hubiesen convertido en profesor, bibliotecario ó archivero, ó en uno de esos felices mortales que pueden disponer del tiempo y de la vida á su antojo, Valencia hubiera tenido en él su historiador definitivo, sin dejar de tener un gran poeta, pues no son incompatibles una y otra labor. Viviendo como ha vivido, atareadísimo siempre, ha sido, si no su historiador definitivo (¡quién sabe cuando lo tendremos!) el mejor que hasta ahora hemos logrado: no terminaré este artículo sin citar las autoridades que así lo decretaron.

El amor á Valencia le llevó á ese terreno del estudio de su pasado. Cuando inició el renacimiento valencia-

nista, no quiso que éste se limitase á poesías y discursos académicos; quiso despertar el alma valenciana, y pensó que á ello podría conducir estudiarla, no en libros, sino en la realidad, poniendo en conjunción á los intelectuales con el elemento popular, buscándolo en todas partes, en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, y llevando á ese elemento la grata novedad que aquellos proclamaban. Por eso fué el principal promovedor de la *Sección de Excursionistas* de *Lo Rat-Penat*, que á poco de fundarse esta sociedad salió al campo. Tenía esta agrupación su código fundamental en verso.

Som gent honrada, som gent tranquila,
Excursionistes del *Rat-Penat*,
De poble en poble, de vila en vila,
Busquéu memories del temps passat.

Así comenzaba la *Cansó dels Excursionistes*, compuesta por Llorente, quedando explicado que el fin de aquellas correrías, era una investigación histórica. Pero no una investigación fría, seria, y solemne, de eruditos graves y ceremoniosos; *Lo Rat-Penat*, en el que abundaba el elemento joven y entusiasta, llevaba una ráfaga de alegría y regocijo á los pueblos que visitaba, los asociaba á su entusiasmo, encendía en ellos el fuego del amor á Valencia; á todos llamaba, hasta á la mujer.

Valencianetes, les dels ulls negres,
D'estampa airosa, d'infantil peu,
Quant per la porta passém alegres,
No poregoses vos amaguéu.

Vingáu rialleres, portéu la bota,
Que ab bálsem omplin Quart ó Turís,
Y en tant que'n ella quede una gota,
Cantém al nostre gloriós país.

¿No es este un modo hermoso de comprender el patriotismo y llevar al pueblo la poesía?

Llorente no se proponía más que acopiar elementos para un futuro historiador de Valencia, y en esto, *Lo Rat-Penat* fué núcleo fecundo de buenos trabajadores: el canónigo Chabás, Chabret, Serrano y Morales, Cebrián y Mezquita, Balbas, Martí y Grajales, Martínez Aloy, el barón de Alcahalí, Tramoyeres, Bruguera, Almarche, Sanchis Sivera, y otros más, han hecho en nuestros días buena labor; el *Maestro*, como todos llamábamos al poeta valenciano, los animaba y celebraba sus éxitos; pero no podía pensar que también él, solicitado como estaba por tan apremiantes deberes, tenía que hacer, entre tantos trabajos parciales, un trabajo histórico de conjunto. Le depararon esta ocasión sus amigos de Barcelona, al ocurrírseles la idea de ofrecer de nuevo al público, refundida y completada, la obra magistral *Recuerdos y Bellezas de España*, que muchos años antes emprendieron Piferrer y Parcerisa. En aquella obra no llegó á salir el tomo de Valencia; los nuevos editores pusieron empeño en que ese tomo lo escribiese Llorente. Le halagaba á nuestro poeta ese trabajo, por ser tributo rendido á su tierra natal; pero tropezaba con grave inconveniente: la falta de tiempo. Requería la obra gran acopio de elementos, examen de muchos libros y muchísimos documentos, viajes y visitas para completar sus conocimientos *de visu* de la región valenciana, y esto era incompatible con sus ocupaciones habituales y perentorias. Tuvo que declinar la oferta tentadora; pero entendían las personas que estaban al frente de aquella publicación, que sólo Llorente podía describir é historiar el reino de Valencia, como ellos querían, y tanto insistieron, que le doblegaron al fin. Aceptó, y comenzó un trabajo que parecía imposible. Gracias á que se pusieron á sus órdenes todos los eruditos de Valencia, sobre su mesa escritorio cayeron en no interrumpidos aludes cuantos libros se han publicado desde que Beuter y Diago emprendieron los anales de nuestro reino, hasta la época actual, las monografías, memorias y dietarios publicados, y los que

permanecen inéditos, los documentos interesantes, los manuscritos curiosos, todo lo que había recogido el espíritu de investigación. Y por sí mismo, ó acompañado de los entusiastas excursionistas de *Lo Rat-Penat*, registraba los archivos de los pueblos y de las parroquias, casi todos abandonados ó medio destruidos, enfocaba ante el objetivo del fotógrafo monumentos artísticos olvidados, ó restos consagrados por la tradición, y luego en su casa, á la madrugada, cuando volvía de la Redacción, ordenaba, examinaba y exprimía aquélla balumba de antecedentes, para sacar de ellos, como oro purísimo, extraído de carretadas de escorias, la relación amena, elegantísima y atractiva de los dos gruesos volúmenes de su *Valencia*, que forman parte de la preciosa biblioteca que se titula *España: Sus Monumentos y Artes; Su Naturaleza é Historia*.

Es esta publicación una obra que tiene tanto de histórica como de geográfica. Su base es la descripción de las regiones españolas, descripción en que lo pintoresco de la naturaleza es fuente importantísima, y también lo artístico, lo tradicional, lo legendario. Y enlazándose con la descripción, surge la historia, no sólo general de cada región, sino la propia de las localidades más interesantes. Combinar bien estos elementos es la obra del escritor experto, del literato perspicuo; no está al alcance del mero colector de hechos y de noticias. Por eso, la obra de Llorente se distingue por la belleza y claridad de su plan, por lo preciso y lo acabado de su factura. Sin dejarse arrastrar por las fantasías de la leyenda; sin impresionarse con las dudosas consejas de las viejas crónicas, busca la verdad en las pruebas y las justificaciones en los archivos, y cuando son fragmentarias ó incompletas, suple el resto con el análisis racional de las causas y de los sucesos, según es doctrina aceptada por los más eminentes historiadores modernos. La gentil amenidad del lenguaje, la severa corrección del estilo, truecan las arideces del relato histórico en regalada é instructiva lectura, cuyo interés crece

á medida que se devoran las páginas del libro. Dan sus descripciones cuerpo y relieve á los objetos. Si pinta las bellezas de la Huerta valenciana, maravilla de la Naturaleza, según quiere Lucio Sículo, parece que la ilusión nos trae sus perfumes; cuando habla de templos y castillos, pórticos y columnas, parece que la materia toma formas corpóreas, y relieve los monumentos; al evocar recuerdos de combates y batallas, se perciben los ásperos ecos del estruendoso lidiar; si analiza instituciones, cartas-pueblas, leyes y fueros, actas de Cortes y pragmáticas de los monarcas, se admira la ilustración del jurisconsulto; si habla de trajes y costumbres, de la vida, del alimento y del hogar de la familia, de la religión, de las evoluciones sociales, de las prosperidades y de la decadencia, de sus causas y motivos, surgen el sociólogo, el filósofo, el observador, el estadista, y á esto hay que agregar la erudición copiosa, de que no hace alarde, y que tampoco fatiga al lector, porque está relegada á las notas, que al pie de cada página ofrecen, á quien lo busca, un tesoro de antecedentes señalados con lacónica exactitud.

Nadie estudió mejor la etnografía, el carácter propio de la región valenciana; nunca descripción más completa de todo él vió la luz. Así lo declaró por voto unánime la Real Academia de la Historia, cuyo dictamen, inserto en el *Boletín* de aquella docta Corporación, es un minucioso análisis de la obra, que termina de este modo: «En conclusión, el trabajo de don Teodoro Llorente es la mejor historia que se ha escrito de Valencia, y si sus excepcionales condiciones no le hubieren ya otorgado á su autor un lugar preeminente en la república de las letras, el trabajo examinado se lo concedería, como profundo historiador y consumado artista. Las notas con que ilustra el texto, constituyen por sí solas una labor meritoria que revela investigación concienzuda y crítica acertada. Los dibujos y fototipias, que permiten al lector ver la realidad de las cosas, avaloran el trabajo y lo elevan hasta la admiración. Y del estilo no hay que

hablar, pues en él se revela el correctísimo escritor, el periodista incansable, el inspirado poeta y el celebrado Mestre del Gay Saber».

No necesita confirmación este favorable juicio; pero, si la necesitase, se la daría quien tiene, más que nadie, autoridad propia en estos casos, quien ha proclamado gran poeta á Llorente, el maestro Menéndez y Pelayo. Apreciando esta otra fase de su talento, dice: «La importancia y justa nombradía del señor Llorente como poeta, ha hecho que sean menos celebrados los aciertos de su prosa, la cual ha tenido el raro privilegio de no contagiarse ni mucho ni poco con los resabios del estilo periodístico, en que por tanto tiempo se ha ejercitado. Inútil sería recordar otros rasgos de su pluma, cuando tenemos tan á mano los dos hermosos tomos de su obra descriptiva é histórica de Valencia, que es una de las partes más recomendables de la desigual compilación *España y sus monumentos*, y compite con las mejores páginas de Piferrer y Quadrado en sus viajes artísticos y arqueológicos. No hay sobre Valencia libro de conjunto más útil que éste, ni más galana y pintorescamente compuesto, ni que en menor espacio reuna mayor número de sabrosas noticias, depuradas por una investigación asidua y certera, que se disimula bajo la facilidad atractiva del estilo. Si en tal forma estuviesen redactadas todas las historias particulares de nuestra Península y descritas todas sus regiones, no sólo encontraría el patriotismo local suave estímulo y sólido cimiento, en vez de las peligrosas fantasías en que hoy suele extraviarse, sino que, conociéndonos unos á otros, sentiríamos crecer el amor á la patria común, con la estimación de las bellezas de cada territorio».

Llorente ha debido á este trabajo histórico una distinción que aprecia en mucho: es cronista de Valencia. Está en aquella ciudad establecido, desde el siglo XVIII este cargo con carácter oficial: lo otorga el Ayuntamiento. El autor del libro *Valencia* lo desempeña desde 1894, y está prestando un servicio, que él juzga

modestísimo, y que si, en verdad, no es de altos vuelos, como sus demás obras, ha de resultar muy útil, y prueba la incansable laboriosidad de un escritor, que no desdén los más minuciosos empeños. En 1880 comenzó á publicar el periódico *Las Provincias* un *Almanaque*, que regala á sus suscriptores. Ese modesto título es el de un libro, de mucha lectura, que relata todo lo que ha ocurrido en Valencia durante el año anterior, é inserta además artículos literarios, históricos, artísticos, poesías, una verdadera *Antología* valenciana. Para los historiadores del porvenir, y para los que con cualquier objeto busquen alguna noticia de la vida pública de la ciudad del Turia y su provincia, la colección de estos *Almanaques*, que ya forma treinta tomos, será un recurso salvador. Y Llorente es quien, durante tanto tiempo, y aún ahora que dejó las tareas de periodista, formó y sigue formando esos completos y detalladísimos anuarios.

Llorente, político

Si es político todo aquel que se ocupa de la vida pública, político ha sido Llorente desde que salió de la Universidad, y lo es todavía, á pesar de su retiro. Pero si llamamos así, no al que estudia, analiza y juzga esa vida pública, y como un profesor en su cátedra, adoc-trina á las gentes acerca de ella, sino al que interviene personalmente en los acontecimientos, al que toma parte activa en la incesante lucha, el director de *Las Pro-vincias*, á pesar de su gran autoridad en la prensa, repugnó siempre esa acción, no se creyó llamado á ella, resistió cuanto pudo salir de su esfera, y si al cabo de muchos años cedió á la corriente que le arrastraba, fué de mal grado, y con el propósito de salir cuanto antes de aquel enojoso compromiso. Desde que se dedicó al periodismo pensó consagrarse á esta misión, no de un modo accidental como hacen muchos, valiéndose de él como de un puente para pasar á situaciones mejores, sino profesional y definitivamente. Tenía el ejemplo, que quería seguir, de Mañé y Flaquer. Cuando sobrevino la restauración monárquica, á la que habían prestado entrambos tan desinteresados servicios, don Antonio Cánovas quiso asociar á su obra de gobierno á los dos adalides de la prensa conservadora. A Mañé le ofreció con empeño el gobierno de Barcelona, á Llorente el de Murcia. Uno y otro los renunciaron: querían conservar su independendencia para continuar su misión en la prensa. Luego, cuando se reunieron las primeras Cortes del reinado de don Alfonso XIII, lo mismo Cánovas que los que le ayudaban en asentar el nuevo

orden de cosas, quisieron que el periodista valenciano llevase al Parlamento sus prestigios: la ocasión era oportunísima para «hacer carrera política». Llorente contestó con una rotunda negativa á sus reiteradas instancias. Además de ser esa su persistente resolución, no encontraba en los partidos políticos militantes la representación exacta de su ideal. Entendía que un pueblo, por regla general ineducado, como el nuestro, necesita sentir el peso de autoridad directora, pero deseaba procurarle la expansión que exigen las rápidas evoluciones de la vida moderna. Por eso, combatió vigorosamente los excesos y los errores de la Revolución, y no aprobó las que entendía inoportunas severidades de la Restauración. Tardó en hallar la personificación de sus ideas, y como otros muchos, la vió dibujarse en la simpática y severa figura de don Francisco Silvela. El político madrileño y el periodista valenciano simpatizaron mucho antes de conocerse personalmente; su pensamiento seguía la misma dirección, y les atraía y les ligaba con vínculos intelectuales. No se habían visto, y eran ya muy amigos, y se sentían colaboradores de una misma obra. Por entonces, dividido y enguerrado el partido conservador de Valencia por rencillas personales, llegó á tan lamentable estado, que surgió el intento de transformar aquella política, agrupándose con este objeto elementos muy valiosos, simpatizando con las nuevas tendencias de Silvela, y apoyándose en él. Llorente, ajeno á estas luchas de la localidad, fué requerido una y otra vez para que contribuyese á aquella obra salvadora, y por su amor á Valencia, accedió por fin. Siempre le pesó después aquella que consideró flaqueza suya. Pero la obra era buena. ¡Ojalá no se hubiera después malogrado! Los silvelistas de Valencia formaron una agrupación fuerte, respetable, de tal arraigo como pocas veces lo han tenido los partidos políticos en la región valenciana; y cuando, tras un largo período de gobierno liberal, volvieron al poder los conservadores en 1890, Silvela, ministro de la Gobernación, exigió á

Llorente que aceptase la candidatura para ir al Congreso. Oponía el poeta, en mal hora metido á político, su resolución inquebrantable de no ir á las Cortes:—«Será usted elegido, contestaba el ministro, ó juzgaré fracasada toda mi obra en Valencia. Recibirá usted el acta de diputado: después, rásguela usted, si quiere». Cedió Llorente por segunda vez, y vino á Madrid á disgusto, en cumplimiento del deber que creía inexcusable, de secundar la acción de Silvela.

La inesperada disidencia de este insigne político con su jefe el esclarecido don Antonio Cánovas del Castillo, cuyas causas íntimas apenas unos pocos conocemos, señaló nuevos rumbos á la política española. Recabó Silvela cierta independencia de pensamiento dentro de la disciplina de los partidos; halló un medio de progreso en la independencia administrativa de pueblos y provincias, condenó el caciquismo como fuente de corrupción electoral y moral, y proclamando la «selección» como norma de política práctica, abrió horizontes á la esperanza, siempre viva, de mejor gobierno. ¡Cuánta ilusión entonces y cuánto desengaño después!

La disidencia silvelista tuvo en Llorente uno de sus jefes más esclarecidos, y en las elecciones de 1893, en que fué rudamente combatida por el gobierno liberal, entendido para ello con Cánovas, no hubo para esta parcialidad triunfo más brillante que el del director de *Las Provincias* elegido diputado por Valencia. Estaba en situación de alcanzar alto rango en el Parlamento; pero ni siquiera lo intentó. «El parlamentarismo, me decía, tal como es en España, me repugna: todo lo que hay en él de convencional, hiere mi completa sinceridad; la verbosidad oratoria altera mis nervios». Estaba sentado en el Congreso, pero su pensamiento volaba muy lejos, y entre aquella representación artificiosa y la realidad del país que debía representar, encontraba contradicciones, que hacían asomar á sus labios escéptica sonrisa. Venía con frecuencia á Madrid, pero no se de-

tenía más que pocos días. Valencia le llamaba; allí respiraba mejor.

Cuando el abominable asesinato de Santa Agueda privó al antiguo partido conservador de su indiscutible jefe, y nuevas desgracias arrancaron á la patria sus colonias, ocupó el poder don Francisco Silvela, en circunstancias difíciles, aunque muy apropiadas para realizar sus altos conceptos de gobierno á la moderna. La influencia de Llorente en la política valenciana fué entonces decisiva. Jefe de los conservadores, luchó valerosamente para llevar á la práctica sus ideas; pero ¡ay! que no en vano se achacan tristezas á la realidad, y es á todas las cosas humanas aplicable el proverbio alemán que supone la teoría verde y la vida gris. No consiguió el preclaro Silvela plantear sus doctrinas de gobierno regenerador, ni tampoco alcanzaron los trabajos de Llorente organizar las huestes políticas del Turia. Los obstáculos no procedían entonces del pueblo, anhelante de paz y de trabajo; más que nunca sumiso y resignado á sufrir nuevos sacrificios. De otros lados; en regiones más cercanas al gobierno mismo se formaban las tormentas de la eterna pasión humana. No quiso ó no pudo resistirlas el caudillo de las esperanzas, y afligido, desengañado, escéptico, rindió las poderosas armas que su talento y la fortuna pusieron en sus manos. Retiróse Silvela de la vida pública en un discurso, modelo de elocuencia y de sentimiento, cuyo mayor mérito es dejar en la penumbra más de lo que á luz de la tribuna presenta. También Llorente, afectado por las ingratitudes de los que más le debían, hasta del mismo Silvela, por la amargura que produce la esterilidad de los esfuerzos en pro de una noble causa, retiróse á sus antiguas tiendas, tranquilo en su conciencia honrada de haber llenado sus deberes de buen ciudadano. Acrecieron sus prestigios, porque dando ejemplo de personal desinterés, no aceptó las elevadas posiciones á que le daban derecho sus servicios y su valer, ni vaciló un instante en renunciar á la jefatura provincial del parti-

do, cuando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos para realizar sus constantes ideales del bien público. Ejemplo de abnegación que le granjeó, con razón, el general respeto.

Llorente en su retiro

Con la renuncia de Llorente á dirigir en Valencia el partido conservador y su retirada de la campaña política, coincidió un hecho que hubo de clavetear en su ánimo aquellas resoluciones. *Lo Rat-Penat* había acordado celebrar la terminación de su obra *Valencia*, haciendo una nueva edición de *Llibret de versos*, y el Ateneo literario se asoció á la sociedad valencianista para hacer acto público de homenaje al ilustre escritor. Encontró este pensamiento entusiasta acogida en todas las corporaciones de Valencia y en todas las clases, y fué solemne y significativo el banquete celebrado en la Glorieta con este objeto el día 5 de Julio de 1903. Nunca se había visto tan espontánea y completa manifestación de Valencia en honor de un hijo suyo, que por defender en la prensa determinadas ideas, parece que no debía ser simpático á todos. No hubo en aquel caso excepciones. Y de fuera de Valencia, de Madrid, de Barcelona, de todos los ámbitos de la península, recibieron adhesiones valiosísimas, y el gobierno también se asoció á la fiesta apologética. Aquel mismo día recibió Llorente la Gran Cruz de Alfonso XII (ya tenía la de Isabel la Católica) con una carta cariñosísima del presidente del Consejo de Ministros, don Francisco Silvela.

Lo que importa consignar aquí, porque afecta á la vida, y también á la sucesiva labor del poeta festejado, es lo que éste dijo al dar las gracias, respondiendo á los calurosos discursos y á las sentidas poesías que allí se leyeron y pronunciaron. Manifestó que siempre fué un enamorado de Valencia, que procuró servirla cerca de

medio siglo en la prensa periódica, y siempre creyó que cuando pudiese soltar dignamente la espada de aquellos combates y plegar la tienda, aún le quedaría algo que hacer, algo tan honroso como aquella refida contienda, y más satisfactorio.

—«Hay, dijo, muchas cuestiones que nos dividen y separan en distintos campos, y es legítima esa lucha cuando defiende cada cual sus honradas convicciones; pero hay también algo, mucho, que nos une á todos: el amor á España, el amor á Valencia, nuestras madres cariñosas; el amor al arte, el amor á la poesía, que enaltecen y subliman al espíritu humano. Y así como el pobre inválido del ejército, retirado á su aldea natal, toma la guitarra, humilde representación para él de los idealismos poéticos, y forma corro cantando coplas, que encuentren eco unánime en todos los corazones, yo cantaré lo que es nuestro sentimiento común, lo que tiene por emblema nuestro *Rat-Penat*, la fe, la patria y el amor. Al veros aquí reunidos, en esta mesa fraternal, yo me creo ya representante al fin de aquellos nobles y santos ideales, y pienso que la manifestación de hoy puede influir mucho en que dé yo por terminada mi obra de pelea, y comience la obra de paz y de unión, que ha de ser la empresa de mis últimos años, consagrados al bien común y á la gloria de esta Valencia, á la que tanto amo.»

Poco más de un año había transcurrido desde que Llorente habló así, cuando de pronto dejó la Redacción de *Las Provincias*. Cuarenta y tres años había durado su cotidiana y pesadísima labor. Su familia y sus amigos más íntimos le habían rogado varias veces que la dejase. «Mientras pueda, seguiré en ella», contestaba. Creían muchos que se había connaturalizado de tal modo con aquel trabajo, que no lo podría abandonar. No le conocían bien: proseguía tenaz su labor, por un deber que se había impuesto, más que por gusto y vocación. Un día, á comienzos del invierno, sintióse mal de salud; se había agravado un dolor reumático que á

veces le molestaba. El médico le dijo que el alivio estaba en su mano: la vida que llevaba era antihigiénica. Llorente no replicó: envió á decir á su hijo, de su mismo nombre, joven entonces de grandes esperanzas, confirmadas después, su auxiliar en los trabajos del periódico, que no le aguardasen aquella noche en la Redacción. Y no volvió más á ella. La misma fuerza de voluntad que le sostuvo en su larguísima campaña periodística, le puso repentino fin.

Era entonces, y aún lo es, un viejo robusto y sano, con la cabeza tan fuerte y la imaginación tan fresca, como en su juventud. Algún achaque había de tener y sufrir, lo que contribuyó al plan de vida que se trazó entonces. Se le había endurecido el oído, y esto le dificultaba el trato de gentes, y le privaba de asistir á reuniones públicas, á las Academias, al teatro... Pero no le hacía falta: lo que ansiaba, cansado de todo, era la vida del campo, el goce de la naturaleza. Una alquería donde respirar el aire libre, su familia y sus libros: esa era toda su ilusión y toda su delicia. Y á esa vida se entregó. En su casa de Valencia pasa solamente los tres meses del invierno. Apenas brilla el sol primaveral, sale de la ciudad y no se refugia en ella hasta que soplan las frías ráfagas de Diciembre. Unas temporadas en Museros, pueblo cercano á Valencia donde tiene una casa espaciosa con huerto y jardín, y con el alegre y extensísimo panorama de la huerta y del mar; otras, en los hermosos naranjales de la ribera del Júcar, en los que se figura transportado al vergel de las Hespérides; en la risueña playa de Nazareth cuando las brisas marítimas templan el ardor canicular, disfruta del buen tiempo tan duradero en Valencia, y aún le place alternar esta vida apacible con algún viaje por extrañas tierras. Tiene pasión por el mar; navegar es su delicia. Todos los veranos suele embarcarse con su familia en el puerto del Grao; cruza el Mediterráneo, desembarca en Marsella ó en Génova, y de allí toma rumbo para una agradable *tournée*. Es una vida de

filósofo y de poeta, rodeado de un ambiente de paz y de sosiego: una vejez envidiable. No le han faltado á Llorente adversidades y desgracias; ha llorado grandes dolores; pero con espíritu creyente se sobrepone y se resigna á todo. Una de sus últimas poesías comienza así:

Piensan que estoy exhausto, medio muerto,
Y de un dulce vivir siento el calor,
Porque en mi pobre casa tengo un huerto,
Y en el alma un ensueño y un amor.

Ese «huerto» de que habla el poeta es la naturaleza, cuya contemplación le embelesa y le conforta; ese «ensueño» y ese «amor», es, más bien la facultad de soñar y de amar, de ver lo ideal en lo real, y sentir el corazón rebosante siempre de afecto y de ternura, lo cual es ser poeta, poeta por dentro, como lo son todos los poetas verdaderos. Y Llorente no sólo siente y goza la poesía que lleva en el espíritu: su «jubilación», como él llama á su voluntario retiro de la vida pública, es una dicha para las letras españolas. El solaz del campo es para él ocasión ó motivo de fecundísima producción. Desde que lo disfruta nos ha dado nuevas ediciones del *Fausto* y de las *Poesías de Heine*, la copiosa colección de los *Poetas franceses del siglo XIX*, los *Versos de la Juventud*, tardía pero bien llegada compilación de sus poesías castellanas originales, la segunda serie de las *Leyendas de oro*, y recién salida de las prensas la segunda edición, muy aumentada del *Nou llibret de versos*, cuyo preámbulo, que antes cité, escrito por Menéndez Pelayo, es el examen y juicio más completo de la producción literaria de Llorente.

Cuando los cierzos otoñales anuncian la proximidad del invierno, regresa á la ciudad de sus amores el poeta semi-campesino. Entonces puede apreciar mejor cuan grande y cuan sincera es la estimación que le profesan sus paisanos. El viejo y desconsolador proverbio que

afirma *no haber profetas en su propia patria*, se quiebra ante el respeto que inspira el venerado Maestro. Sus «miércoles literarios» congregan á su alrededor, en familiar tertulia, á cuantos amantes de las letras y de las artes encierra Valencia. Allí los vates y los escritores ya encanecidos, que enriquecieron la poesía y la literatura con sus celebrados trabajos; allí la juventud soñadora y entusiasta, ansiosa de gloria y de renombre; allí se mezclan en expansiva concordia opiniones diversas, gustos distintos, estilos opuestos, escuelas contrarias, fundidos todos en la feliz coincidencia de su amor al Patriarca de las letras valencianas, y allí resplandece con el fulgor de sus mejores tiempos, el espíritu vivo y despierto de Llorente, siempre atento á la defensa de cuanto ceda en beneficio de su país natal, resuelto amparador de cuanto extienda la cultura y los adelantos; protector incansable de la mentalidad y la difusión de los progresos intelectuales. Bondadoso é indulgente, halla su apoyo quien para obra de bien lo pide; sabio experimentado, jamás niega su consejo á quien para instruirse lo solicita. Todos le quieren, todos le honran, todos le agasajan, todos le festejan.

Tal suma de voluntades ha encontrado feliz ocasión de revelarse en los mismos días que ahora corremos. Comprometiéndose Valencia en la gallarda empresa de celebrar una Exposición regional, y sucedió lo que siempre ocurre en aquel pedazo de jardín florido, entoldado por el cielo más bello que se ve desde la tierra. Al principio desmayos y recelos acompañados de críticas é ironías por glosa doméstica y callejera; reflexión y convencimiento después, seguido de incertidumbre y sobresalto por si Valencia no se presentaría en el certamen con los esplendores deseados por el anhelo público, y ante esos patrióticos temores, una explosión de energías y de vigor; el rápido despertar de actividades y de inteligencias; planes, ideas, pensamientos, proyectos que surgen y se examinan y se aceptan y se acometen con jamás superada rapidez; emplazamientos que

se nivelan; zanjas que se abren; cimientos que se rellenan; muros que se levantan; edificios que se cubren; pabellones que se decoran; un vértigo de trabajo creciendo y agigantándose á medida que el plazo de terminación se acerca. En esta evocación mágica de programas, de ideas, de realidades, de obras artísticas que formarán la Exposición valenciana, ya famosa antes de abrirse, brota espontáneo un hermoso pensamiento. Presentará la región valenciana con su Exposición el relieve y la muestra de sus producciones, de sus elementos de vida, de su riqueza, de su cultura, de su prosperidad, de su heroico pasado, de su risueño porvenir. Pero no quedará completa la característica de su genio si le falta el rasgo vigoroso de su admiración á las virtudes cívicas del amor patrio; de su entusiasmo por las inspiraciones del talento reconocido; de su respeto á las glorias legítimas de su tierra, de su *gratitud*, en fin, á quien dichoso logró merecerla. Sí; porque *gratitud* es el sentimiento delicado del alma sensible y favorecida; la *gratitud* conserva siempre indeleble la dulce memoria de las acciones nobles, del favor otorgado, del beneficio recibido, que se corresponde con intenso cariño hacia quien nos hizo el bien. *Gratitud*, no es sólo el reconocimiento debido siempre al servicio, que con otro servicio se paga; es un sentimiento más alto, más grande, más excelso, que encadena á perpetuidad el corazón con los dulces lazos del amor más puro. Pues ese honroso trazo de la fisonomía regional, va á simbolizarse ahora en *un homenaje* rendido á quien mejor que nadie y con mayor derecho lo merece; á quien encarna tan supremas cualidades, á TEODORO LLORENTE, al cantor privilegiado y amoroso de nuestra patria chica. Un distinguido é ilustrado periodista, el director de *El Correo*, don Vicente Calvo Acacio, espíritu enamorado de los más nobles ideales, lanzó el pensamiento. Rara vez germinó y fructificó tan rápidamente la semilla de una idea que por acertada y por oportuna resultó una palpación del deseo universal.

La prensa de todos los matices políticos ; Academias, Sociedades, Ateneos, la Diputación provincial, el Ayuntamiento, las clases todas de la sociedad, por unánime aclamación, decretaron la forma del homenaje ; justicié-
ra en su expresión, lisonjera en su grandeza: *la coronación del poeta*. La Gloria, tan avara de sus favores con los vivos que conquistaron con sus obras prez y honor, debió sentirse regocijada por la ocasión de consagrar merecimientos tan legítimos, de premiar con el simbólico laurel una vida entera dedicada á cantar grandezas del suelo patrio. La medalla que perpetuará la brillante solemnidad de la coronación, será en lo futuro un artístico signo material, que así enaltecerá la grata memoria del poeta laureado, como honrará al pueblo magnánimo que otorga generoso á sus más preclaros hijos el supremo galardón de sus favores.

JUAN NAVARRO REVERTER

Madrid, Mayo de 1909.

POESÍAS CASTELLANAS
ORIGINALES

SALUDO

¡ Salud, lector! ¡ Salud, bella lectora!
Un novel trovador
Para sus versos tímidos implora
Vuestro ansiado favor.

Sabed que triste, inútil, vagabundo,
Rico de amor y fe,
Soy de esos que van solos por el mundo
Buscando un no sé qué.

De esos que, lleno de húmedos reflejos
El profundo mirar,
Tienden la vista estática á lo lejos,
A los cielos ó al mar.

De esos que á todos oyen distraídos,
Gente de arisco humor,
Que tiene siempre hirviendo en los oídos
La música interior.

Soy uno de esos locos, que guardado
Llevan dentro de sí
Un tesoro mejor que el codiciado
Metal del Potosí.

Y satisfechos de vivir sin blanca,
Atentos á otro afán,
Pobres hombres al mismo Salamanca
Y á Rothschild llamarán,

¿Os sorprendéis? ¿Os indignáis? ¿O acaso
«Dejémosle» decís,
Y con desdén torciendo el lento paso,
Vuestra marcha seguís?

¿Qué importa? Si alguien oye su ágil trino
Ignora el ruiñeñor;
Canta porque cantar es su destino,
Su delicia y su amor.

Digna mi voz del universo sea,
O á modesto almacén
Resmas para envolver alcaravea
Mis pobres versos den,

Para ajustar al cadencioso metro
Mi anhelo y mi ansiedad,
Vuestra sagrada inspiración impetro,
¡Oh Musas de otra edad!

Decidme si ficción vana y mentida
Mis dulces sueños son,
O aún puede ser verdad lo que á la vida
Demanda la ilusión.

Decidme si el benéfico rocío
Del amor aun vertéis
En este siglo calculista y frío
Del dos más cuatro, seis;

Si en el campo, que inunda de fragancia
Brisa primaveral,
El idilio escapó á la vigilancia
De la Guardia rural;

Si en nuestras calles alineadas queda
Algún negro rincón,
Donde Romeo audaz escalar pueda,
De Julieta el balcón;

Si aún las brujas de Mácbeth en el yermo
Al ambicioso dan
La horrible fiebre que su pecho enfermo
Convierte en un volcán;

Si el Ingenioso Hidalgo el mundo aún sueña
Que su delicia fué;
Si aún en alguna tosca lugareña
A Dulcinea ve;

Si aún Segismundo envidia, al peso grave
Doblada la cerviz,
Del arroyo y el bruto, el pez y el ave
La libertad feliz;

Si, lleno de inocencia y de infinita
Ternura el corazón,
Hace aún rodar su torno Margarita
Cantando su canción;

Si algún viejo doctor, de ánimo exhausto,
Si algún fiero galán,
Vende su alma al demonio como Fausto,
Reta á Dios, cual don Juan.

Decidme si de dulce poesía
Algún rayo vertéis,
Musas, en esta edad prosaica y fría,
Del dos más cuatro, seis.

Y tú, lector, y tú, lectora hermosa,
Si (¡Dios lo quiera así!)
El flojo hilván de mi rimada prosa
Seguisteis hasta aquí;

Si en vuestro pecho, cual tardío germen,
En tierra sin calor,
Los soñadores sentimientos duermen
De la fe y el amor;

Venid, venid, y en delicadas flores
De perfume inmortal,
Los veréis desplegarse á los fulgores
Del sol del ideal.

LA SIRENA

«Alegre niña que con pie desnudo
Huellas jugando la menuda arena;
Del mar no temas el estruendo rudo
Y oye mi blanda voz: soy la Sirena.

Como banda de cisnes de albas plumas
Que en la orilla feliz buscan el nido,
Olas traigo de cándidas espumas,
A morir á tus pies con un gemido.

Y cuando el mar besándolos desmaya,
Por digna alfombra de tu planta breve,
Galante siembra en la amorosa playa
La rubia concha, el caracol de nieve.

Nunca verás marchitas esas flores
De mi eterno jardín: ven á cogerlas;
Y al abrir sus ventallas de colores,
Lluvia caerá de transparentes perlas.

El sol que hacia el ocaso ya declina,
Aún bochornoso en las arenas arde,
Y la tersa llanura cristalina
Riza apenas la brisa de la tarde.

Ven á jugar con las nevadas olas
Que expiran á tus pies, niña hechicera;
¿No estás conmigo y tu inocencia á solas?
¿No está desierta y muda la ribera?

No hay nadie que sorprenda tus hechizos ;
Desciñe el cinto de tu breve falda,
Y libre suelta tus copiosos rizos
Sobre la nieve pura de tu espalda.

Si te avergüenza el sol, niña sencilla,
Yo, porque al sol tu desnudez escondas,
Por velo cuando juegues en la orilla
Te daré las espumas de las ondas.

¿ Ves un peñasco, sobre el mar pendiente,
Que verdes musgos y ovas han vestido?
En sus quiebras, oh virgen inocente,
Del blanco alción sorprenderás el nido.

Allí se abre entre rocas colosales
Fresca gruta que obscura se dilata ;
La inunda el mar, y esconden los corales
En urnas de cristal peces de plata.

Marinas algas y campestre hiedra
Los muros visten, y del techo brota,
Y cae en taza de bruñida piedra
El agua de una fuente gota á gota.

Las ondas que levanta el mar sonoro
Allí mueren en trémulo desmayo ;
Y cuando esconde el sol el disco de oro,
Baña la gruta con su tibio rayo.

Ven á ese albergue que conservo oculto
Entre altas rocas y serenas linfas ;
Allí te aguarda para darte culto
Coro feliz de náyades y ninfas.

No te asusten escollos y corrientes,
Alegre niña de la breve falda,
Pues para hendir las aguas transparentes
Dócil delfín te ofrecerá la espalda.»

*

* *

Calla y desaparece la Sirena,
¿Aun la niña feliz duda y vacila?
Mira la azul techumbre; está serena,
Mira la inmensa mar; se halla tranquila.

Ya descíñe su casta vestidura;
Ya suelta al viento los dorados rizos;
Ya baña el sol sin velos su hermosura;
Ya oculta el mar sus púdicos hechizos.

Ya con la espuma, que nevada brilla,
Audaz juega su brazo de alabastro;
Ya se aleja flotando de la orilla;
Ya no quedan en pos huella ni rastro.

Brillante y tersa está la mar sonora;
Pura y límpida está la azul esfera;
Mas tú, madre infelice, teme y llora;
No volverá la niña á la ribera.

EL RAMO DE ROSAS

Oye: tendremos, cuando seas mía,
Una casa en el campo, y allí un huerto.
Yo, cuando raye el día,
Ya estaré contemplándote despierto.
Habrá en nuestro aposento una ventana
Por donde entren la luz de la mañana
Y del campo y del huerto los aromas;
Y abandonando el nido,
Vendrán hasta el alféizar las palomas
A recoger el grano apetecido.
El ritmo observaré, tranquilo y lento,
De tu pecho dormido;
Buscaré en el espejo de tu frente
Tu puro pensamiento,
Y tu amor en el labio sonriente.
Saldré al jardín por darte una sorpresa;
Cogeré entre las rosas
Las que copien mejor, oh mi princesa,
Tus mejillas hermosas;
Haré un lindo *bouquet*; volveré luego,
Bebiendo á largos sorbos su fragancia,
Y á pasos cortos, reprimiendo el fuego
De mi amor con prudente parsimonia;
Pero con más orgullo y arrogancia
Que Alejandro al entrar en Babilonia.

Pondré sobre tu pecho, tembloroso
Por no alterar tu plácido reposo,
El ramo, aún del rocío humedecido,

Y aguardaré escondido
Tu despertar gozoso.
¡Cuán grande tu alegría
Será al ver aquel tímido presente!
Será aún más grande la esperanza mía,
Que el pago en tus miradas ya presente.
Tú dirás (lo adivino):
—«¡ Oh cuán hermosas flores!
No puede haberlas para mí mejores;
Mas darles quiero superior destino.
Las llevaré á la Virgen del Consuelo
Para que ampare protector el cielo
Nuestros dulces amores.
—No me hubiese ocurrido á mí esa idea,
Yo te contestaré; mas, si lo quieres,
Tan sólo he de exclamar: ¡ cuán buena eres!
Tu voluntad, mi bien, cumplida sea».
Te vestirás gozosa en un momento;
Prorrumpirás después:—«¡ A la capilla!»
Y tomarás con infantil contento
El sombrero de paja y la sombrilla.

Cruzaremos la vega
Y el puente sobre el río que la riega;
Treparemos al áspero collado,
De alhucema y tomillo perfumado,
Donde traza la senda tantas eses;
Y llegaremos á la ermita santa
Que cerca de la cumbre se levanta
Entre viejos cipreses.
Ya te veo ante el ara de rodillas:
La caminata enciende tu semblante,
Que fervorosa humillas;
Rezas por mí á la Virgen, suplicante,
Y tan hermosa cual su imagen brillas.
Yo, inmóvil á tu lado,
No sé si confundido ó admirado,
La honda emoción oculto,

A tu fe y á tu amor rindiendo culto.
Pero, al salir de la iglesuela umbría,
Al contemplarte á plena luz del día,
Bajo el dintel sagrado
Un abrazo te doy bien apretado,
Y aunque ofenda á la Virgen mi osadía,
En tus labios imprimo largo beso.
Pero yo me figuro,
Y tú debes saberlo, de seguro,
Que no se ofenderá mucho por eso.

LAS MONTAÑAS

Para mí son las montañas
Ubres del mundo robustas.
En el seno misterioso
De sus cavernas oscuras
Esconde el volcán su fragua,
Y el río sus frescas urnas.
Sus no acuñados tesoros
Pluto en su fondo acumula
Entre rocas berroqueñas
Para el avariento duras.
En sus negros antros, donde
Interior trueno retumba,
Rayos el cíclope forja,
Y la náyade desnuda
Líquidas perlas destila
En la silenciosa gruta.
Del insensible peñasco
Bajo la corteza ruda
El alma de Pan palpita,
Y por mil venas ocultas
Fuentes y lagos sustenta,
Cerros anima y llanuras.

¡ Cibeles! ¡ Naturaleza!
¡ Madre tierra! ¡ Diosa augusta!
¡ Tú, que respirando vida,
Desceñida la cintura,
Desnudo el seno pletórico,
Suelta del hombro la túnica,

Tus pechos, de savia henchidos,
Al hombre no niegas nunca!
; Más que en el jardín, ufano
Con la efímera hermosura
De las flores que la aurora
Abre y el ocaso mustia;
Más que en los fértiles campos
Donde á las espigas rubias
Rocío dan los sudores
Que humildes frentes inundan;
Más que en los arroyos, donde,
Abatiendo el vuelo buscan
La paloma y el milano
Una gota de agua pura;
Más que en el sereno lago
Que, cual esquifes de plumas,
Doblando el flexible cuello,
Los cándidos cisnes surcan;
En la enaltecida sierra
Que envuelve entre nieblas turbias
Sus faldas, y con su frente
El rayo al cielo disputa,
Poderosa te contemplo,
Y te bendigo fecunda!

Con la majestad austera
De todas sus pompas rústicas,
En las selváticas cimas
Eterna tu silla encumbras.
Pinos que hirió la centella,
Coronan tu sien adusta,
Sobre la cual tiende el águila
Alas, que del aire triunfan;
Embozan, cual amplio manto,
Tu espalda, nubes y brumas;
El relámpago es tu antorcha,
El ronco trueno, tu música.
Sobre las rocas sentada,

Junto á las simas profundas,
Baña tus pies el torrente
Rizando blancas espumas,
Y tu diestra abre los odres
Donde airado el viento zumba,
O del nublado rompiendo
Las sutiles ligaduras,
Vierte en el campo la inmensa
Catarata de la lluvia.

¡ Bien hayáis, cumbres enhiestas ;
Bien hayáis, esfinges mudas,
Que de la tierra y el cielo
Veis en paz las arduas luchas !
Bajo la nieve y la roca
Por vuestras venas circula
La sangre que vida engendra
En vuestras entrañas duras.
Cuando la borrasca lóbrega
En vuestra frente ceñuda,
Bate, cual disforme buitre,
Las alas que al mundo enlutan,
Y el rayo ardiente fulmina,
Que torcido el cielo cruza,
Y al hondo valle tronchados
Los gruesos troncos derrumba,
Ese choque de titanes
Ni me asombra ni me asusta ;
Y en la tremenda batalla
Miro las grandiosas nupcias
Del fuego y el aire leve,
La tierra y el agua pulcra.
Y cuando el sol, desgarrando
Las nubes densas, fulgura,
Luminar del Universo,
Sobre las cúspides últimas,
Y vuestros flancos azules
Con líneas de oro dibuja,

Hacia vosotras, montañas,
Invencible afán me impulsa,
No sé si por alejarme
De la humana turbamulta,
O para ver de más cerca
En las celestes alturas
Lo que mi espíritu en ellas
Confusamente vislumbra.

NUEVO ENDIMIÓN

Nuevo Endimión es el poeta: cuando
Coronada de pálidos beleños
La noble sién inclina,
Y en torno revolando,
Brilla el dorado enjambre de los sueños,
Hiende la cristalina
Esfera azul en nacarado coche,
Y mal ceñida en gasa transparente,
Al vate llega, y su dormida frente
Dulce besa la Reina de la noche.
Mas ¡ay! al punto rápida se aleja,
La faz velando en cándidos cendales,
Y el labio del amado cruel deja
Dulce sabor de dichas celestiales.

¡ Infausto amor! A su ideal amante
Ligan al infeliz eternos lazos;
Y, el corazón ansioso hecho pedazos,
En vano, al despertar, á la distante
Visión extiende los abiertos brazos.
Maldice al sol, y sin reposo aguarda
La pía noche, á su impaciencia tarda;
Y cuando densa inunda
La sombra del ocaso misteriosa
La inmensidad profunda,
Si apiadadas quizás de sus desvelos,
Rasgan las nubes sus opacos velos,
Bella, pura, triunfante, esplendorosa,
Le sonríe feliz la casta diosa;
Mas ¡ay! allá en el fondo de los cielos.

TU VENTANA

Alegre es tu ventana, vida mía;
Tiende entorno la vid verde guirnalda,
Y cuando nace esplendoroso el día,
Los pámpanos que envidia la esmeralda,
Fresca lluvia de aljófares rocía.

Rico en aves, en fuentes y en aromas,
Estrecho valle entre floridas lomas
A los pies yace de la adusta sierra,
Y cual nidos de cándidas palomas
Las chozas son que entre sus pliegues cierra.

Lóbrega selva lejos se dilata
Y de los montes cubre las vertientes,
Y entre las negras rocas se desata,
Cual móvil cinta de cristal y plata,
El sonoro raudal de los torrentes.

Y sobre el verde valle y la pradera,
Sobre las arboledas rumorosas,
Sobre el monte de cúspide altanera,
Cóncava brilla la cerúlea esfera
Do vibra el sol sus llamas luminosas.

Alegre, vida mía, es tu ventana;
Mas, si por mí tu corazón se afana,
Ciérrala al punto, porque sólo enojos
Dan, aunque brillen más que la mañana,
Las luces que no vienen de tus ojos.

LA LUZ

Poeta, pulsa la lira
Y alza la sien soñadora;
Abre los ojos, y admira;
Abre el corazón y adora.
Con alas de águila hiende
Los espacios y desciende
Sobre ti la inspiración;
Yo soy aquel rayo de oro
Que hería el mármol sonoro
De la estatua de Memnón.

Soy la Luz; soy el destello
Que de Dios brilla en la frente;
Soy la aureola de lo bello;
De la vida soy la fuente.
¿Ves esos cielos profundos,
Esos astros, esos mundos?
Todos existen por mí.
Dios, que crearlos quería,
Miró á la extensión sombría,
Dijo una palabra y fui.

Vestido el caos de nieblas
Y agitándose entre brumas,
Batía en mar de tinieblas
Negras olas sin espumas.
Yo, contra el monstruo funesto
Flamígero dardo asesto,
Y en rápida dispersión,
Desgarradas por mis flechas,

Las sombras, jirones hechas,
Barre el airado aquilón.

Rotos los fúnebres velos,
Corónanse de albas lumbres,
Y en los transparentes cielos
Alzan los montes sus cumbres;
Serenos, á sus pies dilata
El mar las olas de plata
Que nadie pudo medir;
Y al són de ignorada lira,
El coro de estrellas gira
En esferas de zafir.

Desde entonces, la alborada,
Incendiando el horizonte,
Baña con su luz rosada
La frente adusta del monte;
Desde entonces también arde
El cielo al morir la tarde
Tinto en sangriento arrebol,
Pues, por luminar del mundo,
En el espacio profundo
Puse la antorcha del sol.

Yo á la luna misteriosa
Doy la claridad tranquila
Que en secreto bebe ansiosa
La soñadora pupila.
Yo á las nocturnas estrellas
Vestí con sus luces bellas,
Y piadosa darles sé
Esos resplandores santos
Que os revelan los encantos
Del amor y de la fe.

Tú, que al ocaso y la aurora,
Sin fatiga y sin enojos,

Cual águila triunfadora,
Clavas en el sol los ojos,
Canta la luz. Los risueños
Siglos de los dulces sueños,
Por Dios, al vate inmortal
El numen dieron, que guía
En la inmensidad vacía
Mi regio carro triunfal.

Canta, canta, hijo de Apolo,
Canta el alba soñolienta
Que en los cristales del Polo
Vierte luz que no calienta ;
El astro que en vuestro estío,
Entre perlas de rocío
Dora la pálida mies,
Y el rojo sol africano
Tostador del polvo vano
Que arrastra el simún después.

Canta la noche estrellada,
Canta el luminoso día,
Canta la tarde bañada
En dulce melancolía ;
Canta las pintadas flores,
A las que vario en colores
Presto brillante matiz ;
Canta las parleras aves,
Que anuncian con trinos suaves
Del sol la vuelta feliz.

Canta, canta á las hermosas,
Si á tanto tu voz se atreve ;
Las de mejillas de rosas,
Las de garganta de nieve ;
Canta sus ojos amantes,
Que destellan deslumbrantes
Vida, fe, dicha y amor,

Porque en ellos puse ufano,
Por hechizo soberano,
Un rayo de mi fulgor.

Y si este mundo no basta
A tus ansias de poeta,
El vuelo tiende entusiasta;
Pasa audaz la vulgar meta.
De los astros sube al coro;
Sobre sus órbitas de oro
Ven, de mis huellas en pos,
Y en la celeste morada
Bebe la luz increada
Que irradia el rostro de Dios.

Verás con impulso blando,
Entre hermosos arreboles,
A tus pies, lentos girando,
Mundos, estrellas y soles;
Y allí las esferas todas
Cantarán las santas bodas
De tu espíritu inmortal
Con la luz que hoy á tu mente
Revela confusamente
Tu ambicionado ideal.

LA SOMBRA

¡ Oh pensativo poeta!
Deja la importuna lira,
Y eleva á Dios la secreta
Voz que en tu interior suspira.
Yo, sobre todas las frentes
Inspiradas ó dolientes,
Las alas siempre tendí:
La Sombra soy, y los sueños
Coronados de beleños
Van siempre detrás de mí.

Yo adormezco en dulce calma
Los párpados fatigados,
Y abro á los ojos del alma
Horizontes encantados;
A Homero, la brilladora
Llama nuestro, que devora
Los alcázares de Ilión;
Y rasgando eternas nubes,
Las guerras de los querubes
Revelo al Ciego de Albión.

Soy para el hombre el reposo,
Soy el plácido sosiego,
Que del vivir fatigoso
Rompe el círculo de fuego.
Huyo de la luz y habito
En el espacio infinito,
Do nadie me arrojará.

Ardan miles de lumbreras ;
Yo de todas las esferas
Seré siempre el más allá.

Cuando el ave vuela al nido,
Y la flor el cáliz cierra,
Y el descanso y el olvido
Y la paz ama la tierra ;
Cuando el labrador cansado
Se inclina sobre el arado
Que su diestra encalleció,
Y oye triste la lejana
Vibración de la campana,
Entonces desciendo yo.

Desciendo al morir el día,
Dormida en el blando coche
En donde el silencio guía
Los caballos de la noche ;
Va esparciendo en torno mío
Sus lágrimas el rocío,
Y con triste majestad
Marcha detrás la tiniebla,
Que inunda el espacio y puebla
De encantos la inmensidad.

Y allá en los bosques umbríos
Llenos de rumores vagos,
Y en las nieblas de los ríos,
Y en las brumas de los lagos,
Vestida de leve gasa,
Triste y misteriosa pasa,
La sombra de una mujer,
Hada, sílfide ú ondina,
Imagen siempre divina
Que el amor hizo nacer.

El amor, que á la importuna
Luz del sol no alza la frente,

Y á quien doy la blanca luna
Por callado confidente.
Mi ala pálida le abriga;
Su paso esconde, y amiga
Tiendo el velo protector
Cuando, con su puro aliento,
En el más feliz momento
La antorcha apaga el rubor.

Tú, vate, que nada ignoras,
De lo que ocultan mis velos;
Tú, que en las nocturnas horas
Abiertos miras los cielos,
En mi silencio profundo
La que no comprende el mundo
Exhala queja febril,
Como sus goces y penas
Cantan en noches serenas
Los ruiñeñores de Abril.

Canta la selva frondosa,
Que para darme guarida
Entreteje misteriosa
Las ramas do el ave anida;
Canta la florida alfombra,
Tendida á su húmeda sombra,
Y la gruta de cristal
En cuyo fondo sombrío
Gota á gota cae del río
El líquido manantial.

Canta los valles que guarda
Del sol la verde colina,
Que protectora la parda
Frente de rocas inclina;
Canta la pajiza choza
Donde fresca sombra goza
El cansado cazador,

Cuando, con su can sediento,
Huye del árido aliento
Del verano abrasador.

Canta la humilde violeta
Entre las hojas oculta,
Y la perla que discreta
En los mares se sepulta;
Canta los dulces hechizos
Que vela con blondos rizos
La vergonzosa beldad;
Canta lo que bello asombra
Al mundo, y busca en la sombra
Un velo á la honestidad.

Canta, y hallarás abiertas
En las horas del misterio
Las maravillosas puertas
De mi halagador imperio;
En sus soledades vastas,
Veladas por sombras castas,
Los prodigios podrás ver,
Que, imponentes ó risueños,
En lo mejor de tus sueños
No llegaste á comprender.

Todo lo que el alma ansía,
Y apetece la esperanza,
Y finge la fantasía,
Y en el mundo no se alcanza,
Yo te lo daré ; oh poeta!,
Si tu inspiración inquieta
De mis huellas vuela en pos,
Hasta el remoto palacio
Donde lleno el vasto espacio
Y oculto la faz de Dios.

TRANSFIGURACION

»¿Por qué los que ayer tímido encendía
El cobarde rubor vagos enojos,
Ceden al resplandor de la alegría
El dulce campo en tus radiantes ojos?

»¿Por qué tu frente, á la que opaco velo
Dió la vergüenza, que el carmín colora,
Hoy, levantada sin temor al cielo,
Brilla, del universo vencedora?

»¿Por qué al medroso labio balbuciente,
Donde la timidez tembló indecisa,
Tentadora brotó y resplandeciente
La que rinde al amor triunfal sonrisa?

»¿Por qué nacen las flores de tus huellas?
¿Por qué al mundo ilumina tu semblante,
Y á tu alrededor gravitan las estrellas,
Y en tu frente se posa el sol radiante?

»¿Por qué miro trocada de repente,
Cual por arte de magia poderosa,
La débil niña en reina omnipotente,
La virgen tierna en soberana diosa?»

Así le pregunté á la niña bella;
Y toda avergonzada y encendida,
—«Calla», me dijo, con los ojos ella;
«¿No ves que triunfo porque estoy rendida?»

AUN HAY POETAS

¡ No existen ya poetas! ¿ Y tú, tú me lo dices,
La niña de ojos claros, la de mejilla en flor,
La que en la frente muestras, serenos y felices
Cual rayos de una aurora, los sueños del amor?

¿ No existen ya poetas? ¡ Y anhelos sobrehumanos
El alma hacia un bien guían, que disiparse ve!
¿ No existen ya poetas? ¡ Y aún alza entrambas manos
Al infinito cielo la perturbada fe!

¿ No existen ya poetas? ¡ Y aún arde la esperanza!
¿ No existen ya poetas? ¡ Y aún late el corazón!
¿ No existen ya poetas? ¡ Y en vaga lontananza
Aún brillan los reflejos de plácida ilusión!

No así en el pecho humano, como en helada tumba,
De amor y poesía muere el ardiente hogar,
No así el sagrado numen vencido se derrumba
Cual frágil simulacro, del sempiterno altar.

Si entre el sangriento polvo que al combatir levanta
La humanidad, el vate con pálida inquietud
Hoy siente que se anuda la voz á su garganta
Y al suelo roto y mudo rodando va el laúd;

Si muere en los espacios, inútil y perdido,
De envejecidas rimas el fatigado són,
Sin que al rumor del viento Desdémona dé oído,
Sin que á los ecos abra Julieta su balcón;

No entristecida creas ; oh niña seductora!
Que se apagó la antorcha del estro celestial;
El hombre aún ama y sufre, y espera, y ansia, y llora;
Pero en el fondo encierra del pecho su ideal.

Eterna luz del alma, que á un más allá le guía,
Visión del infinito, recuerdo del Edén,
En todo noble pecho la hermosa poesía
La aspiración enciende del soberano bien.

Poeta es la doncella que en la naciente luna
Los dulces ojos clava con tímida emoción;
Poetas son las madres que en la ondulante cuna
Mecen al niño tierno con infantil canción.

Poeta es el guerrero que encabritado lanza
En las revueltas haces el volador corcel;
Poeta el navegante que en mar ignoto avanza,
La conocida orilla dejando detrás de él.

Poeta es el tribuno que cual ardiente lampo
Fulmina sus arengas sobre el audaz motín;
Poeta es el errante pastor que cruza el campo
Y al viento da las notas de su cantar sin fin.

Poeta es el artista, cuyo cincel quebranta
El mármol que en su entraña quizás encierra un Dios;
Poeta es aquel sabio que más altos levanta
Los ojos y en los cielos vuela del astro en pos.

Poeta es el amante que con afán profundo
Sólo en dos ojos bellos ve dicha, gloria y luz;
Y el viejo sacerdote que muestra al loco mundo
Con mano descarnada la redentora cruz.

Y el triunfador caudillo, que mira en sus umbrales
Los reyes destronados, que imploran su favor,
Y la inocente niña que coge en los zarzales
Para su negra trenza la campesina flor.

Y es siempre nuestro pecho cual escondido clave
Que vibra al ritmo eterno de incomprensible afán,
Y alegre ó quejumbrosa, risueña, triste ó grave,
Quimérica la flauta respóndele de Pan.

Los rayos de la aurora, las nubes del ocaso,
La sombra perfumada del húmedo vergel,
La luna que en las ramas del bosque se abre paso,
El ruiñeñor amante que oculto canta en él;

La brisa que gimiendo los árboles orea,
Las olas que en la arena suspiran al morir,
La trémula campana de la remota aldea,
Los ecos de los montes que la hacen repetir;

La rosa que circuyen enjambres zumbadores,
La fuente que los ciervos buscan de par en par,
Los astros y las aves, los vientos y las flores,
Las selvas y las playas, el cielo, el sol, el mar,

Son las eternas rimas ¡ oh niña dulce y pura!
Que para las estrofas de su íntima canción,
Combina en asonancias de singular dulzura
El inmortal poeta, ¡ que es nuestro corazón!

A LA ALONDRA

Calla, importuna alondra vigilante,
Que audaz remontas hasta el sol el vuelo:
No despierte á tu voz mi dulce amante,
Soñando que la llaman desde el cielo.

Como en la móvil cuna feliz niño,
Ella el sueño de amor duerme inocente;
Su ebúrneo brazo, que encorvó el cariño,
Da blando apoyo á la tranquila frente.

Extendida su diestra sobre el lecho,
Busca tal vez la mía cariñosa;
Y dormido sonríe, si la estrecho,
El casto labio que humilló á la rosa.

Brisas tempranas los dorados rizos
Que el seno inundan, juguetonas mueven,
Y descubren los cándidos hechizos
Que á profanar los ojos no se atreven.

Leo al pasar sobre su frente pura,
Los pensamientos de su amor risueños;
Y sorprendo temblando mi ventura
En las dulces sonrisas de sus sueños.

Como cubre la luna blanca gasa,
Vela su frente nube pasajera;
Lenta á mis ojos y apacible pasa,
E interna luz su rostro reverbera.

El mudo labio, que entreabrirse quiere,
Deja escapar murmurador gemido,
Y en él confuso y palpitante muere
Mi nombre, una y cien veces repetido.

En un suspiro de amoroso fuego
Por fin el tierno corazón estalla,
Y su labio feliz sonríe luego...
Cállate, alondra vigilante, calla.

UNA LECTURA EN EL ATENEO

A la señorita R. V.

Te oí unos versos leer,
Y vió mi mente confusa
Brillar en un mismo sér,
Con el fuego de la Musa
La gracia de la mujer.

¡ Oh qué embeleso! leías,
Una de esas poesías,
Do arroja el vate el raudal
De las dulces tonterías
Que nunca nos saben mal.

Céfiro, arroyos, flores,
Ecos de agradable són,
Suspiros abrasadores,
Sueños, quimeras, amores,
Sombra, espejismo, ilusión.

Declaro que el pensamiento
Del autor no comprendí;
Bebiendo no más tu acento,
Absorto, calenturiento,
Fijo estaba siempre en ti.

Y aún, al recordarlo, van
A ti, con plácido afán,
Estos pensamientos míos,
Cual corren al mar los ríos,
Y busca el norte el imán.

Pura, serena, sonriente,
Resplandecía tu frente
Con más vida y más fulgor,
Cual lámpara transparente
Que alumbra llama interior.

Tus ojos, de luz febea,
Clavabas en el papel,
Y al rayo que centellea
En sus pupilas, la idea
Parecía brotar de él.

En tu noble pecho hervía
Inspiración celestial:
Y al fin tus labios rompía
Con torrentes de armonía
Su incontrastable raudal.

¡ Tu voz! ¿Quién puede ni sabe
Explicar su vibración?
Potente á la vez y suave,
Gorjeos tiene del ave,
Rugidos del aquilón.

Tenue, cristalina, pura,
Como brisa que murmura
Entre flores del pensil,
Nos recuerda la dulzura
De la canción infantil.

Después, con el triste halago
De indefinible ansiedad,
Aura que gime en el lago,
Nos inspira el afán vago
De ignota felicidad.

O vibrante, apasionada,
Estremecida de amor,
Nos consume y anonada

En la roja llamarada
De un volcán abrasador.

¿Quién pudo á tu blando acento
Dar ese extraño poder?
La magia del sentimiento,
Maravilloso elemento
De tu fuerza y tu valer.

Es que Dios, niña hechicera,
Por tu bien ó por tu mal,
Encendió en tu alma la hoguera
Para cuyo fuego es cera
El corazón del mortal;

Y á cuyo vivo calor
Brotan, quizás con dolor,
Quizás con santa alegría,
El arte, la poesía,
El heroísmo, el amor.

¡Quiera favorable el cielo
Que el inextinguible anhelo,
Que en tu expresión sorprendí,
Nunca en punzante desvelo
Se convierta para ti;

Y no llegues á observar
Que en la prosaica y vulgar
Vida del mísero mundo,
No hay tormento más profundo
Que el mucho sentir y amar!

*

* *

Todas estas fantasías,
Hijas de las ansias mías,
Pasaron por mi alma ayer,
Mientras los versos leías
Que no llegué á comprender.

PÁJAROS ESPANTADOS

En un rincón del huerto
Oigo á todos los pájaros cantar.
Sorprender quiero el magistral concierto;
Me aproximo pausado, con pie incierto,
Y los pájaros echan á volar.

Fantasías, quimeras é ilusiones,
Cantan en mi alma tímidas canciones;
Mas sí, halagado por el dulce són,
Quiero entender su misterioso acento,
Vuelan las cantadoras al momento,
Y mudo se me queda el corazón.

UN SUEÑO

Soñé ; visión extraña!
Que eras la reina tú.
—¿Reina de España?
—No lo recuerdo bien y lo confundo ;
Pero, si la memoria no me engaña,
Creo que te soñé reina del mundo.

Eres tú muy hermosa, vida mía,
Y no te ofenderá mi fiel relato:
En regio alcázar á la luz del día,
Aún más hermosa que eres te veía ;
¡ Mira si aquel ensueño fué insensato!
La corona brillaba en tus cabellos,
Aunque no tanto como brillan ellos ;
Con plácidos asombros
Miré el manto de púrpura y armiño
Cayendo en anchos pliegues de tus hombros ;
Y en tu diestra, tan tierna cual la mano
Sonrosada de un niño,
Resplandecer el cetro soberano.
En tu pecho las placas y las cruces
Eran cual ascuas de encendidas luces.
Bajo dosel de rojo terciopelo
Brillaba augusto tu lujoso estrado ;
Cuatro gradas alzábanlo del suelo ;
Y le daban más gala y más decoro
Al pie de tu sitial, á cada lado,
Fieramente esculpido, un león de oro.

En torno tuyo, consejeros graves,
Con la atención pendiente, reina hermosa,
De tus labios de rosa;
Gentiles-hombres con doradas llaves;
Damas cuya arrogancia
Era pregón de su nobleza rancia:
Venerables prelados,
Ostentando en los hábitos morados
Pectoral de topacios ó rubíes;
Cardenales con ropas carmesíes;
Severos magistrados;
Generales amantes de la gloria,
En cuyos nobles pechos
Cada insignia evocaba una victoria;
Grandes artistas, sabios escritores,
Que bajo el frac lucían satisfechos
Anchas bandas de espléndidos colores;
Con vistosas mucetas
De brillantes matices, los doctores;
Sin bandas y sin cruces, los poetas;
Y al fondo del salón, tus fieles guardas
Con firme puño, inmóviles y erguidos,
Sosteniendo las limpias alabardas.
Fuera, el cañón con ímpetu tremendo
(Aún su tronar retumba en mis oídos)
Juntaba sus solemnes estampidos
De las campanas al festivo estruendo.

Yo, mirándote absorto, me decía,
Dudoso entre el dolor y la alegría:
«¡Cumplióse al fin su favorable estrella!
¡La corona real es digna de ella!
Será feliz; más ¡ay! ¡no será mía!
Aspirar á su amor, fuera locura;
Y si amo bien, primero es su ventura.
En secreto, mi vida á su servicio
Estará consagrada;
Será mi culto adoración callada;

Mi pasión, voluntario sacrificio.
Vivir sólo por ella, ¡ dulce suerte!
Y por ella morir, ¡ dichosa muerte!
¡ También mi porvenir es halagüeño!
¡ También ser puedo venturoso!»

Y cuando

A este punto llegaba de mi ensueño,
Me desperté... ¡ Me desperté llorando!
Amor mío, mis lágrimas dispensa,
Mi egoísmo perdona...
¡ Felicidad, felicidad inmensa,
Sentí al verte sin cetro y sin corona!

¿ROMÁNTICA?

Romántica me llaman: ¿romántica?... ¿Por qué?
Y acaso el ser romántica ¿es malo?... No lo sé.

Arder siento en mis sienes inextinguible fuego;
Latir en mis entrañas quimérica inquietud,
Algo, que es unas veces fatal desasosiego;
Algo, que es otras veces celeste beatitud.
Inmotivado lloro se agolpa á mis pupilas;
Suspiros, á mis labios, de incógnito anhelar;
Y extiende y bate el alma las alas intranquilas,
Cual enjaulada tórtola, ansiosa de volar.

¿Esto es romanticismo?
¿Decís que no? ¿que sí?
A mí me da lo mismo:
Yo he sido siempre así.

Oigo en la voz del viento plegarias y querellas,
Sollozos en las olas que expiran á mis pies:
Ojos parpadeantes contemplo en las estrellas,
Que en mí están fijos siempre con ávido interés.
Pláceme la alegría del campo luminoso,
El cielo reflejándose en el estanque azul,
La majestad solemne y el bienhechor reposo
Del pálido crepúsculo, envuelto en negro tul.
Estremecida escucho la voz de la campana,
Los trinos de las aves, el canto del pastor,
Y al divisar, de noche, la luz que arde lejana,
Rara aventura sueño de novelesco amor.
Cautiva en torre adusta, bellísima princesa;

El paladín gallardo, que á libertarla va;
El monstruo que á su paso deforme se atraviesa,
El rayo que fulgura, el trueno que no cesa;
Detrás de siete muros, la hermosa oculta y presa;
¡Pero él, como ama tanto, todo lo vencerá!

¿Esto es romanticismo?
¿Decís que no? ¿que sí?
A mí me da lo mismo:
Yo he sido siempre así.

Me encantan las historias de lágrimas y flores;
Desdémona inocente tañendo su laúd;
Eloísa, en su celda, soñando sus amores;
Julieta, hermosa y triste, dormida en su ataúd.
Me arrastran de los vates las locas fantasías;
Me siento enamorada de todo lo ideal;
Todas las ilusiones quisiera hacerlas mías,
Encerrar en mi alma todas las poesías,
Como encierra los astros la esfera celestial.
Quisiera ser amada, como Isabel amante
Fué amada por Marsilla, hasta morir de amor;
Ser Beatriz quisiera, si hubiese un nuevo Dante;
Si hubiera un nuevo Tasso, quisiera ser Leonor.
De todos los palenques la reina ser ansío;
Y cual gloriosa Musa, al Genio siempre fiel,
Al paladín bizarro que luche con más brío,
Al que mejor se inspire del pensamiento mío,
Guerrero, sabio, mártir, valiente, docto ó pío,
Cefirle yo el laurel.

¿Esto es romanticismo?
¿Decís que no? ¿que sí?
A mí me da lo mismo:
Yo he sido siempre así.

Mas no penséis por eso que inconsolable lloro
Al ver desvanecida la efímera ilusión;

Ni que, por malograrse lo que insensata adoro,
Me arrojó al hondo abismo, pulsando el arpa de oro,
Cual Safo desdeñada por el infiel Faón.
Tranquila y placentera me adapto y me someto
A la prosaica vida del apacible hogar;
Miel de la Alcarria tomo, si falta la de Himeto;
Sé (me asusta el decirlo...) sé (guardadme el secreto)
Coser, y si es preciso, zurcir y remendar.
Y si mi aguja humilde borda modestas flores
En el sencillo velo que adornará mi sien,
En dulces esperanzas y en sueños seductores
De fiestas bonancibles y púdicos amores,
Deléitome también.

¿Esto es romanticismo?
¿Decís que no? ¿que sí?
A mí me da lo mismo:
¡Yo soy y seré así!

LA MELANCOLIA

A la luz tibia de otoñal ocaso
Entre marchitos árboles torcía
Mi errante senda el caprichoso acaso;
Beldad hermosa y triste hallé á mi paso,
Y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
Eran tu trono, al que dosel y alfombra,
Las enlazadas hiedras
Daban, y un sauce vacilante sombra;
Allí, sentada, al cielo transparente
Levantabas, marcada con el sello
De tranquilo dolor, la augusta frente,
Y brillaba en tus ojos seductores
El que nos dejan pálido destello
Los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreíste
Con la incierta sonrisa
Que deja el alma triste
Entre el dolor y el júbilo indecisa;
Y á mí viniendo con semblante amigo,
Me asiste de la diestra, y apartando
Las mustias ramas, con acento blando,
Cariñosa exclamaste: «Ven conmigo».

Y contigo crucé la selva umbrosa
Y vi morir las luces de la tarde,
Y vi nacer la estrella esplendorosa
Que la primera en las tinieblas arde;
Y respiré feliz el triste encanto
Que halagándonos más que la alegría,
Los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día,
Escalo audaz las pardas
Rocas del monte, y á la obscura umbría
Voy, donde fiel á tu amador aguardas,
Y de tu mano asido,
La senda busco del oculto nido;
Y en donde en breve espacio el bosque cierra
Nuestro horizonte con sus verdes velos,
Evoco los recuerdos de la tierra
Y tú las esperanzas de los cielos.

CANTO EPITALÁMICO

CORO DE DONCELLAS

Medrosa desposada de faz descolorida,
De cuyos ojos cubre la palpitante vida
Con vergonzoso párpado el celestial rubor;
Medrosa desposada, que turban nuestras voces,
Acércate á las aras de un dios que aún no conoces,
¡ Ama con nuevo amor!

Nosotras, tus hermanas, en coros virginales,
Tu pie conduciremos del templo á los umbrales,
Furtiva una mirada lanzando en él quizás;
Y allí, con voz que exalta quimérico deseo,
Daremos á los aires el himno de himeneo,
Que tú no atenderás.

¿ Por qué en el más hermoso de tus hermosos días
Sobre tu ebúrnea frente posó las manos frías,
Helando tus sonrisas, el pálido dolor?
¿ Por qué en senda de flores dudoso tu pie avanza
Y débil, una mano le das á la esperanza,
Y otra mano al temor?

Y más que en tu alegría, ¡ virgen! estás hoy bella:
Brilla en tu risa triste y en tu mirar de estrella
Esa melancolía que el fondo es del placer;
Quizás Dios, que su traje de boda dió á las flores,
La tímida tristeza que place á los amores,
En ti quiso verter,

Aún no entreabierto cáliz el rayo del sol ama;
Las sueltas aves nido que esconde verde rama,
Y bien cerrada concha la perla, hija del mar.
Y el anhelante esposo, que el bien supremo espera,
Los párpados caídos, que la interior hoguera
No logran ocultar.

Hoy pálidos insomnios, hoy tímidos desvelos,
Hoy sombras importunas y misteriosos velos,
Que encubren aún el fondo del entreabierto Edén;
Hoy el temblor que ocultas ¡oh virgen inocente!
Cuando el esposo dándote un ósculo en la frente
Te dice mudo, «¡ven!»

Mañana, disipados ya inútiles sonrojos,
Miel en tus dulces labios, luz en tus claros ojos,
Y el fuego de las rosas en tu mejilla en flor;
Tus no sé si vencidos ó vencedores brazos
Se encorvarán mañana para estrechar los lazos
Tan gratos al amor.

Comprenderás mañana por qué plácido y triste
Brotó de tu alma el vago suspiro que sentiste
Llenar tu pecho siempre sin expirar jamás;
Recordarás sonriendo tu timidez sencilla;
Y un sonrosado infante jugando en tu rodilla
En sueños ya verás.

Verás, entre las flores, brotar rubias espigas;
Verás, en coro alegre tu amor cantando amigas,
Las horas saludarte de un bello porvenir;
Verás sobre tus cielos un astro sin ocaso;
Verás á la esperanza sus puertas á tu paso
De par en par abrir.

¡Feliz tú, cuyos pasos, amor los encamina!
En todas las tinieblas antorcha es él divina;
Hilo de Ariadna en todos los laberintos es;

El es el ramo de oro que abre la oculta puerta
De esa región elísea que vas á ver abierta,
Y que cerrada aún ves.

A su dintel acércate, y la cintura de oro
Que ciñe tu alba veste con virginal decoro,
Conságrale en ofrenda, que aceptará el amor,
Pues ya el ardiente aliento de tu amador arranca
Los pétalos virgíneos de tu corona blanca
Que cae flor tras flor.

Y mientras tu alma sientes nacer á nueva vida,
Medrosa desposada de faz descolorida,
Y elevas á los cielos los ojos de zafir,
Los párpados nosotras bajando ruborosos,
El velo extenderemos con que aman los esposos
Sus dichas encubrir.

LA VALENCIANA

A la encendida flor de los granados
Su labio de carmín vence y agravia;
En sus ojos profundos y rasgados
Aún arde el sol de Arabia;

Pero templan sus luces intranquilas,
Al tímido rubor siempre dispuestos,
Velando vergonzosos sus pupilas,
Los párpados honestos.

En su frente amorosa y al par grave,
Pláceme juntas y fundidas verlas,
La tinta del marfil pálida y suave,
Y la luz de las perlas.

En sus mejillas cándidas y hermosas
Que á la ardiente pasión causan delirios,
La púrpura amortigua de las rosas
La nieve de los lirios.

Brilla en ella la helénica hermosura
Con los hechizos de la hurí morisca;
Es á la vez su mágica figura
Sílfide y odalisca.

En el vergel umbroso la sorprendo,
Hortelana de dulces fantasías,
Entrelazando flores y vistiendo
Las galas de otros días.

Su gran peine dorado resplandece
Como nimbo de luz que nos encanta,
Y una corona espléndida parece
De emperatriz ó santa.

Con dos bucles adorna su semblante
El cabello, que al ébano avergüenza:
Y arrolla en su cerviz uso constante
La interminable trenza.

Un oriental joyel luce en su pecho
Con el tierno fulgor de la esmeralda;
Bien ciñe el talle su corpiño estrecho;
Tersa y hueca es su falda.

Y si, bajo sus pliegues asomado,
El pie menudo á nuestros ojos queda,
Muestra la blanca media el escotado
Zapatito de seda.

El mundo así, con tan gallardo equipo,
La admira, en los jardines soberana;
Y así ha formado el delicioso tipo
De nuestra valenciana.

Tipo que es como flor de todas ellas,
Como ideal de su beldad augusta,
Que al conjunto feliz de nuestras bellas
Se acomoda y ajusta.

Hay algo en la gran dama valentina
De jardinera que las flores ama;
En la pobre y modesta campesina
Hay algo de gran dama.

Otras les ganarán en fortaleza,
En arrogancia, en bríos y en alientos;
Ninguna en pura y celestial belleza,
En dulces sentimientos;

En esa luz del alma que la sombra
Rasga y disipa en la terrena vía;
Y que en la lengua del mortal se nombra
Amor y Poesía!

Tu cantor amoroso ser yo quiero
¡ Angel consolador de nuestras penas!
¡ Ejemplar adorable y verdadero
De las mujeres buenas!

En la ciudad, el pueblo ó la campiña,
En la ancha plaza ó en tu nido oculto,
Matrona ó virgen, viejezuela ó niña,
Yo te rindo igual culto.

Te admiro cuando en huertos y florestas
Claveles coges ó manzanas de oro,
Cuando das con tu ingenio á nuestras fiestas
Artístico decoro;

Cuando ante el ara, inmaculada esposa,
El *sí* pronuncias del nupcial cariño;
Cuando, con tierno afán, madre amorosa,
Meces la cuna al niño;

Cuando hincada en el suelo la rodilla
Y los ojos en lágrimas bañados,
Rezas ante la Virgen sin mancilla
De los Desamparados.

LOS NIÑOS VALENCIANOS

¿Veis jugar esos niños sin sosiego
Bajo el árbol que ostenta pomas de oro?
¿Veis brillar en sus ojos aún el fuego
Que heredaron del moro?

¿Los veis unir la risa con el llanto,
Y á la vez maliciosos y sencillos,
A sus madres dar júbilo y espanto
Adorables diablillos?

¿Los veis vivos, audaces y traviesos
Venir, en fieras luchas, á las manos,
Y abrazarse después súbitos? ; Esos
Son niños valencianos!

Son la explosión vital de jubilosa
Raza que un sol fecundador inflama,
Y con la extraña fuerza que la acosa
Piensa, imagina y ama.

De esas irresistibles energías
Que en su seno infecundas nunca duermen,
Veo en sus infantiles fantasías
El vigoroso germen.

Y sus inspiraciones bienhadadas
Que el dulce fruto rendirán más tarde,
Son la hoguera que en esas alocadas
Cabecitas hoy arde.

Esos alborotados rapazuelos
A cuya frente la esperanza amiga
Da ya la luz de plácidos anhelos,
Serán—¡ Dios los bendiga!—

Los que truecan los campos en verjeles
Mezclando las espigas con las flores ;
Los que la manta orlada de caireles
Tiñen de mil colores ;

Los que hacen suspirar á la sonora
Guitarra en las veladas campesinas,
Los que en la dócil barca pescadora
Tienden velas latinas ;

Los que al ánfora dan gentil contorno,
Y fulgido barniz al azulejo,
Y al ancho plato el oriental adorno
Del dorado reflejo ;

Los *que* á la seda, por mayores galas
Prestan el tono y tornasol más rico,
E irisados fulgores á las alas
Del flexible abanico ;

Los que á un arte aspirando más profundo,
Que todos los obstáculos arrolla,
El nombre alcanzan, que saluda al mundo,
De Benlliure y Sorolla ;

O conquistando la mayor victoria,
Alzando á otro ideal la mente inquieta,
Son, en el alto asiento de la gloria,
Querol ; nuestro poeta !

Y si no alcanzan tan supremas palmas,
Sagrado numen los conduce y guía,
Porque hay siempre en el fondo de sus almas
Algo de poesía.

Hay algo que responde á la hermosura
Del claro cielo que su frente dora,
Y le presta la luz límpida y pura
De una feliz aurora.

Y esas niñas, que en círculo girando,
Las inocentes manos enlazadas,
Dan al aire con són tímido y blando
Infantiles baladas.

Esas que oyendo cuentos y consejas,
La aguja enhebran pulcras y hacendosas,
Y tienen á la vez algo de abejas
Y algo de mariposas;

Las que, en vez de granates y rubíes,
En sus juegos ingénuos y sencillos,
Dos pares de cerezas carmesíes
Convierten en zarcillos;

Las que, obedientes al decoro innato
A la franca expansión de la alegría
Adunan siempre el natural recato,
Serán también un día,

Las que al mundo señala por hermosas
España, entre sus hijas más galanas,
Las dignas compañeras de las rosas,
Las bellas valencianas.

Las que favorecidas por el cielo,
Fieles, castas, benignas y serenas,
Pinté yo, su cantor, como el modelo
De las mujeres buenas.

CUANDO ESCRIBO AZORADO

Cuando escribo, azorado,
Midiendo versos y enlazando rimas,
Tú vienes, de puntillas á mi lado,
Y silenciosa á mi espaldar te arrimas.
El papel que anhelante borronéo
Atisbas por encima de mis hombros,
Unas veces con grato regodeo,
Otras veces con súbitos asombros,
Porque te place, vanidosa mía,
Que con blando aleteo
Gire en torno de ti mi poesía;
Pero si inspiran sueños delirantes
Mis versos locos, de tu amor distantes,
Su audacia te sorprende y contraría,
Como si á las palomas
Que por amigas de tus juegos tomas,
Y arrullan todo el día en tu ventana,
Extender alas de águila les vieras,
Y remontando el vuelo á otras esferas,
Ir á perderse en la extensión lejana.

Desecha esa confusa
Zozobra que te inquieta;
Tú eres mi única Musa,
Por ti, sólo por ti, yo soy poeta.
No temas nunca que los versos míos
Tu pasión firme ultrajen,
Aunque mis soñadores desvaríos
Rindan culto á otra imagen.
Esa, que temes tú, rival odiosa,

Por tu infiel amador idolatrada,
Eres tú, de otras galas adornada,
Y de ti, de ti misma, estás celosa.
Es que en mi ardiente pecho,
Es el ámbito estrecho
Para este amor, en que mi gloria fundo,
Y quisiera con él llenar el mundo.
Quiero, en toda beldad, que idealizada,
Fué por la poesía y por el arte,
Verte transfigurada
Para mejor quererte y adorarte;
Y este soñado encanto
Es el enigma oculto, prenda amada,
En esos versos que te alarman tanto.

Si tu eres Ruth, la espigadora errante
Cuyas blancas mejillas el sol quema,
Boöz yo soy, y por mujer te quiero;
Si eres Ester, la bella suplicante,
Para ceñirte la imperial diadema,
Soy tu amador Assuero;
Si eres Elena y como diosa brillas,
Yo soy Paris dichoso,
Que en triunfador reposo,
Doblando la cabeza en tus rodillas,
Surco en audaz bajel el mar undoso;
Si eres la dama, hermosa cual ninguna,
De la edad de los nobles paladines,
Que en ventana ojival miras la luna,
El trovador yo soy, que en tus jardines
Canta feliz y alcanza su fortuna;
Si eres marquesa, de empolvados rizos,
De Versailles pastora y reina ufana,
Que Watteau por modelo tomaría,
Soy el galán que admira tus hechizos,
Y la diestra, con grave cortesía
Para el minué, temblando de alegría
Te ofrezco, mi discreta soberana.

Y á esas bellas, que en sueños de ventura,
Veo, y que admiro tanto,
¿Sabes tú que les da más hermosura?
¿Sabes tú que les da mayor encanto?
Que encuentro siempre en ellas
Las luces sosegadas y tranquilas
Que arden como dulcísimas estrellas
Con ingenuo candor en tus pupilas.

No temas, pues, idolatrado dueño;
Tú eres mi vida, mi ilusión, mi ensueño.
En todo lo que brilla y resplandece
Contemplar tu hermosura me parece.
Cuando miro una rosa
La hechicera visión se me aparece
De tu faz ruborosa;
Si los blancos y rojos alelles
Se abren, es que sonríes;
Si aromas del vergel me trae el viento,
Es que aspiro tu aliento;
Si descienden las sombras de la tarde,
Es que velan tus párpados caídos
La viva luz que en tus pupilas arde;
Y si amanece el día,
Es que otra vez tus ojos adormidos
Despiertan y fulguran encendidos.
A ti, sólo á ti veo, vida mía,
En cuantas guarda el mundo cosas bellas,
Y te adoro (¡cuán dulce fantasía!)
Con el amor que inspiran todas ellas.

EL AVE DE JUNO

Tengo, lector, en mi casa
Un huertecillo, que está
Entre mercé y señoría,
Entre jardín y corral.
Cincuenta metros cuadrados,
Poco menos, poco más ;
Parque, parterre y glorieta,
Gallinero y palomar.
Arriba, sol y aire libre ;
Abajo, quietud y paz ;
Muchas hojas, algún nido:
¿ Qué mayor felicidad?

Hay en medio una cisterna,
Y fresca sombra le da
El árbol de las Hespérides
(Huyo del nombre vulgar) ;
Las famosas pomas de oro
Luciendo en tal cantidad,
Que á ser el oro legítimo
Valieran un dineral.
De trémulas campanillas,
Tan azules como el mar,
Cubre las cuatro paredes
Una enredadera audaz ;
Y entre modestos arbustos
Yérguese un laurel triunfal,
Diciendo: «¡ Yo soy la gloria!»
«¡ Yo soy la inmortalidad!»

Dos docenas de palomas,
Blancas á no poder más,

Sobre el índigo del cielo
Destacándose al volar,
Algo añaden á este cuadro
De idílico y de ideal,
Mientras escarbando el húmedo
Suelo con pico voraz,
Imagen son las gallinas
De la impura realidad.

Un monarca, un soberano,
En mi humilde vergel hay:
La soberbia ave de Juno,
Es decir: un pavo real.
Sobre hermosa balaustrada
De yeso (no lo digáis,
Pues imitar quiere al mármol,
Y no lo imita muy mal),
Tiene, entre frondas y flores,
El trono su Majestad.
De ligerísimas plumas
Es su corona imperial,
Y si de piedras preciosas
Fuera, no brillara más.
Viste su cuello y su cuerpo
Felpa, como no hay igual;
El cobalto y la turquesa
Sus resplandores le dan;
Y de sus hombros desciende
En deslumbrador raudal,
Cual cascada de colores,
De luz y de claridad,
Un manto, que no tuvieron
Ni lo pudieron soñar
Las princesas ni las reinas
De Memfis ó de Bagdad.

A esa imagen peregrina
Mis ansiosos ojos van,
Y en mi alma, que enamorada
De dulces sueños está,
La aparición del Oriente
Veo surgir y brillar.

Veo al Ganges caudaloso
Torcer el curso feraz
Entre selvas y jardines
De precoz frondosidad,
Donde el bengalí amoroso
Suspira y ladra el chacal.
Veo pagodas de nácar
Donde tienen regio altar
Idolos de bronce y oro,
De marfil y de coral;
Y trigüefías odaliscas
De incomparable beldad
En palanquines de seda
Miro á lo lejos pasar,
Y eunucos negros, armados
De cimitarras, detrás;
Y elefantes con castillos
Que al más bravo asustarán,
Cuyos combatientes llevan
De flechas lleno el carcaj;
Y caballos de Tartaria
Que hace la espuela volar,
Y camellos y jirafas
De galope desigual;
Y vuelven á mi memoria
Con obsesión pertinaz
Los dulces versos de Arolas,
Que en mi juvenil edad
Dieron á mi ardiente espíritu
Erupciones de volcán.

Sueño que soy Amurates,
El vencedor padischá,
Y á mis pies miro á Bizancio,
Rendida á mi voluntad.
Mi fuerte escuadra, del Bósforo
Surca el líquido cristal,
Y mis huestes á su orilla
Deponen las armas ya.
En el jardín del Serrallo,
En glorietas de arrayán,
Hermosísimas esclavas

Buscan la felicidad,
Ofreciéndome en sus labios
La miel del mejor panal.

Para celebrar mis glorias,
Aún no siendo de verdad,
Con blando estruendo la cola
Abre el gentil pavo real,
Y fulgura en aquel cielo
Donde tantos astros hay,
Constelación tan espléndida
Como no se vió jamás.
Quiere dar la voz al viento,
Por mayor solemnidad,
Y suelta... el mayor graznido
De la escala musical,
Trompetazo de borrasca,
Resoplido de huracán,
Explosión desafinada,
Horrenda, descomunal.

*

* *

A un estrecho ventanillo
Que á mi humilde huerto da,
Una vieja retevieja
Asoma la mustia faz
Y airada grita:—«Vecino,
Ya no puedo sufrir más.
Si á ese incivil pajarraco
No sabe hacerle callar,
Para que lo eche de casa
Le envío un municipal».



DOS TEMPLOS

(En el album del monasterio de Piedra)

Ya de rodillas, en las losas duras
De esta casa de Dios, hoy profanada,
El monje austero de cerviz rapada
No eleva su oración á las alturas.

Mas conservando eternas galanuras,
Naturaleza, siempre renovada,
Nos muestra el río, el lago, la cascada,
La caverna, las verdes espesuras.

¡También un templo son! En él yo siento
Brotar del corazón dulce suspiro,
Mis pupilas bañar plácido lloro;

Y es que con inconsciente sentimiento,
Cuando del mundo la belleza admiro,
A su divino creador adoro.

DIÁLOGO A MEDIA VOZ

Ella me dijo:—«Mi señor poeta,
¿Por qué, cuando me miras,
Queda clavada tu pupila inquieta,
Y callas mudo, y trémulo suspiras?
¿Acaso exigen las sagradas Musas
A quien la frente su laurel decora,
Esa melancolía abrumadora
Con que á la vida descontento acusas?
¿O es sino tan fatal, suerte tan fiera,
Que tú me quieras y que yo te quiera?
¿Si el amor la alegría no consiente,
Dónde estará escondida
Esa hechicera hermosa y complaciente,
Que da el mayor encanto á nuestra vida?
Yo te quiero á mi lado
Risueño, decidor, alborozado,
Orgullosa y feliz de tu fortuna,
Por el sol de la dicha iluminado,
No por la luz de ensueño de la luna.
—No me agravies injusta, yo le dije:
Me da tu amor la dicha de los cielos;
Si algo á veces me aflige,
Es que son aún más grandes mis anhelos.
¿Qué quiero? No lo sé. No hay más hermosa
Otra que tú para tu fiel amante;
Ni el altar de una diosa
Pedestal para ti fuera bastante.
Al mirarte tan alta,
Quizás para quererte

El ánimo me falta;
O quizás asustado de mi suerte,
El poderla perder me sobresalta.
¡Mísero y triste es el destino humano!
El bien que brilla en él, brilla lejano.
Mas no de mi firmeza desconfíes;
Aunque lejos lo miro,
Me encanta el sueño á que tenaz aspiro.
¿No eres dichosa tú cuando sonríes?
¡Yo soy feliz también cuando suspiro!»
Frunció el labio de rosa
Con un mohín discreto, y comentario
De mi respuesta vaga y desdeñosa,
Repuso:—«¡Eres un loco visionario!
Te remontas tan bien, y tanto subes,
Que te ocultas y pierdes en las nubes.
La voz del corazón dócil yo escucho,
Y afecto más sencillo me demanda:
Soy infeliz mujer, te quiero mucho,
Y siempre te querré como Dios manda.
Dios manda que constantes nos amemos
En la justa medida,
Sin pretender los júbilos supremos
Que impropios son de nuestra pobre vida.
La diosa yo no soy que te figuras;
Flaca y débil me siento,
Cual todas las humanas criaturas;
Pero me da tu amor fuerza y aliento,
Feliz consuelo á las amargas penas,
Luz en la incierta vía,
Y la franca alegría,
Florecimiento de las almas buenas.
¿Mi amor no te da á ti fuerzas iguales?
Pues juntas nos prometen la victoria.
La vida tendrá males,
Pero será el vencerlos nuestra gloria.
Emprendamos gozosos la jornada;
Si el cielo oculta nubarrón sombrío,

Yo te diré animosa: «En ti confío»;
Tú me contestarás: «No temas nada».
Angosta es nuestra senda y escarpada;
Pero—ya lo verás—en sus ribazos
Brotarán flores bellas.
Conténtate con ellas,
Y no tiendas inútiles los brazos
Por coger en el cielo las estrellas».
—«Tienes razón, le dije, amada mía;
¿Quién á tu dulce júbilo resiste?»
Y al verla, que feliz resplandecía,
Yo también sonreía...
Con sonrisa insegura, helada y triste.

EN EL TRANVIA

Se abrió paso con los codos,
Sin miramiento ni empacho,
Y entró con tan malos modos,
Que al punto dijimos todos:
«Dejémoslo; está borracho».

Era un fornido hombretón,
De congestionada faz,
Que hablaba sin ton ni són,
Mezclando al chiste procaz
La grosera interjección.

Ardían rayos de enojo
En su mirada siniestra,
Y apretaba—¡extraño antojo!
Un ramillete, un manojo,
De lilas, más bien, su diestra.

Diciendo infamias y horrores
Esgrimía aquellas flores
Con manoteo insolente,
Y nos llenaba el ambiente
De efluvios embriagadores.

De pronto, miró el modesto
Ramo, dudoso quizás,
Y dijo, mudando el gesto:
«¡Diez céntimos! ¡No hubo más...!
¡Que se contente con esto!»

Luego, tornando á su idea,
Clamó airado: «¡Voto á brios!
Acabóse esta pelea:
¡Maldita mi madre sea!
¡Y maldito Dios, si hay Dios!»

Desbarrando á troche y moche,
Fin al impío reproche
Puso, gritando triunfal:
«Conductor, detén el coche;
Voy á la Sacramental».

Paró el tranvía, bajó
El borracho, y se alejó
Con paso indeciso y lento.
Noté que, al dejar su asiento,
Un papel se le cayó.

Recogí el papel: decía
Con perversa ortografía
(El recuerdo aún me hace daño):
«A mi pobre hija María,
Enterrada hoy hace un año».

LOS PRESENTES

I

—¡ Si pudiera encerrar, manso y cautivo,
En jaula de oro al trinador bulbul!
¡ Si en su vuelo constante y fugitivo
Pudiera asir la mariposa azul!

¡ Si encontrase en las minas de Golconda
El diamante mayor nacido allí!
¡ Si en el mar de Ceylán puliese la onda
Las perlas más hermosas para mí!

¡ Si la rosa oriental, cuando más arde,
Me prestase su aroma y arrebol!
¡ Si alcanzase la estrella de la tarde!
¡ Si pudiese robar un rayo al sol!

Como en comedia de tramoya y magia,
Donde no hay imposibles por vencer,
O en cuento de Aladino que presagia
Maravilloso triunfo á la mujer,

Cuánto nos dan naturaleza y arte
Te ofrecería en aras de mi amor;
Mas no puedo servirte ni halagarte:
¡ Yo no soy más que un loco soñador!

II

—Vacías, en verdad, tus manos veo;
Mas no te aflija tan amargo afán.
Esos delirios que forjó el deseo,
¿Piensas que para mí nada valdrán?

Flores, pájaros, perlas, luz del día,
Oyéndote dichosa recogí;
Todo lo que ideó tu fantasía;
¡Todo lo que soñaste para mí!

Extasiada en sus vivos resplandores
Quedé, como la abeja ante la flor,
¿Tus sueños, no han de ser deslumbradores,
Si son los sueños que soñó el amor?

No llenarán tus joyas mis joyeros;
No llenarán tus flores mi jardín;
A tu reclamo, estrellas y luceros
No bajarán del celestial confín.

Pero, de éste, ó de aquél, ó de otro modo,
Esos presentes, que mi orgullo son,
Llenarán para siempre, todo, todo,
Todo mi enamorado corazón.

A LA GRAN DUQUESA
CAROLINA DE SAJONIA WEIMAR

REINA DE LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

Señora, eco lejano, que han traído
Los céfiros de Abril halagadores,
Me dice que en Germania, dulce nido
De augusta poesía, os han ceñido
La corona triunfal los Trovadores.

Yo, Reina del amor, no os conocía:
¡Perdonadme la audaz descortesía!
Mi humilde cuna se meció remota,
Y quizás vuestro nombre no sabría
A no estamparlo en su *Almanaque* Gotha.

Pero os contemplo—y la ilusión no miente,—
Bella, joven, de estirpe soberana,
Como el poeta os concibió en su mente;
La sonrisa en los labios y en la frente
El espléndido sol de la mañana.

Saluda alegre el Rhin vuestra presencia;
Las Gracias van delante abriendo paso;
Y amando al arte más que á la opulencia,
Subís al trono de la Gaya Ciencia,
Musa genial del alemán Parnaso.

Veo junto á ese trono fulgurante
Dos figuras surgir: Schiller, henchido
De gozo inmenso el corazón amante;
Y Goethe, que os sonríe, esclarecido
Por nueva luz su olímpico semblante.

Intensa luz, vivificante y pura,
Que irradia eternamente la hermosura,
Que al superior espíritu embelesa;
Que en ninguna beldad brilla y fulgura,
Como en vuestra mirada, ¡ Gran Duquesa!

Más imagino, más vislumbro y veo;
Pero es vana ficción de mi deseo.
Llamado por la voz de vuestra fama,
Acudo, y en el poético torneo
Soy vuestro paladín, sois vos mi dama.

De Aragón, de Valencia, de Castilla,
Traigo ingenio, valor y gentileza;
Traigo lira y espada, como Ercilla;
El alma enamorada de Marsilla,
La pasión de Ausias March y su tristeza.

Las proezas ensalzo, nuevo Homero,
De aquel tan hazañoso pueblo ibero
Que corriendo al Oriente y al Ocaso,
Antes que su valor aventurero,
Acabada la tierra vió á su paso.

Y que, al alzar la coronada frente,
Arbitro de uno y otro Continente,
Ansioso de otra gloria, que no muera,
Con los hijos colosos de su mente
Pobló del arte la ideal esfera.

Digo por qué, sugestionando al mundo,
Don Juan, el burlador inverecundo,

Brilla galán, intrépido y altivo;
Por qué, siervo, señor, rey ó cautivo,
Sueña siempre que sueña Segismundo.

Por qué, cuando cansada, el alma gime
Bajo la prosa insulsa que la oprime,
Su inasequible aspiración se ensancha,
Al admirar risueña la sublime
Locura del Hidalgo de la Mancha.

Atenta me escucháis, ¡cuán grato ensueño!
Suenan en torno aplausos clamorosos,
Miro logrado mi tenaz empeño
En vuestros ojos, para mi amorosos,
De vuestro labio, para mi risueño.

Joven, gentil, valiente, enamorado,
De vos recibo la gloriosa palma;
Y mientras me miráis con dulce agrado,
La blanca mano os beso, arrodillado,
Y estampo en aquel beso toda el alma.

¡Engañosa quimera! Triste y mudo,
Trovador viejo, de temblante paso,
No más en sueños al torneo acudo;
No más desde muy lejos os saludo,
Musa genial del alemán Parnaso.

UN RAMO DE CLAVELES Y AZUCENAS

Un ramo de claveles y azucenas
Me pusiste en la mesa en que escribía;
Dios, remunerador de acciones buenas,
Te pague la merced, dulce hija mía.

Como al enfermo á quien la fiebre mata,
El fresco manantial; cual los fulgores
Del sol al ciego, para mí fué grata
La bendita limosna de tus flores.

Miro, sobre mi mesa amontonados
El viejo infolio, de pesada glosa;
Los libremos del día aún no cortados;
El vulgar expediente, ¡horrenda prosa!

La carta insulsa, el memorial prolijo,
El libelo procaz, de amargas hieles,
Y entre el fárrago aquel, ¡oh regocijo!
Tu ramo de azucenas y claveles.

El me dice: ¡Alegría! ¡Primavera!
¡Efluvios del jardín! ¡Luz de la aurora!
¡Soplo vital que al mundo regenera!
¡Naturaleza siempre creadora!

Mi espíritu rendido bajo el peso
De insoluble cuestión, de acerba duda;
Mi desmayado corazón oprimido
Por la contienda de la vida ruda;

Mi orgullosa conciencia á la que llamo
Y en el trance fatal hallo indecisa,
Cálmanse todos al mirar yo el ramo
Donde has puesto tu amor y tu sonrisa.

Mi sér inunda el bienhechor aroma,
Purificando el alma, y al instante,
Como sol puesto, que de nuevo asoma,
La perdida ilusión surge triunfante.

Brilla á mis ojos plácida alborada,
Y llena con sus trinos hechiceros
Mi fantasía, selva enmarañada,
Un tropel de calandrias y jilgueros.

DOS AÑOS DESPUÉS

Soñaba: un ángel vi que descendía
De las mansiones de la luz serenas,
Y llevaba en las manos, ¡oh alegría!
Un ramo de claveles y azucenas.

—«¡Hija!» grité, y el reprimido llanto
De mis ojos brotaba en largo río;
Ella puso en mi frente ósculo santo,
Y exclamó cariñosa:—«¡Padre mío!

»Desecha tu aflicción; tus duelos calma.
Toma estas flores; te darán consuelo.
¡Para ti, para ti, padre del alma,
Las he cogido en el jardín del cielo!

»Nuncio no son, cual las que amaste un día,
De engañosa ilusión perecedera;
Mensajeras serán, que Dios te envía,
De eterna, inacabable primavera.

»Sea cual la azucena tu alma pura,
Cual clavel encendido, tu fe ardiente,
Y gozarás en la suprema altura
Las dichas que tu espíritu presiente.

»Mucho has sufrido, pero no bastante
Para lograr la palma apetecida:
Cuando se acerque el venturoso instante,
Mi mano encontrarás siempre extendida.»

Dijo, miróme con amor, y el vuelo
Alzó de nuevo silencioso y blando;
Dudoso entre la angustia y el consuelo,
Quedé á la vez sonriendo y sollozando.

¡ABANDONADA!

La tarde de otoño desmaya y se extingue;
Van raudas las nubes, opacas y grises;
Detrás de los vidrios, cual pálida esfinge,
Sentada una hermosa está sola y triste.
El niño en la falda materna sonríe.

La hermosa, callada, con ojos febriles,
Contempla la inmensa llanura sin límites,
Y el largo camino que apenas distingue,
¡Cuál corren las nubes, opacas y grises!
El niño en la falda materna sonríe.

«Por ese camino, Amor se lo dice,
Vendrá presuroso, vendrá fiel y firme.
¿No se oye el galope (ó el alma lo finge)
Del potro gallardo que impávido rige?»
El niño en la falda materna sonríe.

¡No se oye el galope! ¡El viento es que gime!
Extiende los brazos la pálida esfinge,
Las manos crispadas al cielo dirige,
Y exclama con hondo sollozo: «¡Es horrible!»
¡El niño en la falda materna sonríe!

ABRIL

Abriéronse flores mil
En el campo y el pensil;
Mas, moviendo la cabeza,
Digo yo con extrañeza:
«Este no es el mes de Abril.

»Con primaveral fulgor
resplandece el sol, es cierto;
Respira el pecho mejor:
Pero no oigo al ruiñeñor
Que antes cantaba en mi huerto.»

Las violetas y las rosas,
Expertas en estas cosas,
Dicen:—«Abril llegó ya,
Deja tus dudas ociosas:
El ruiñeñor no vendrá.

»Ese que afanoso esperas,
Cantor de tus primaveras,
Estaba dentro de ti.
Las ilusiones postreras
Se lo llevaron tras sí.

»Goza el dulce bienestar
Que te ofrecen á la par
La luz, el aura y la flor;
Mas no esperes escuchar
A tu ideal ruiñeñor.»

*

* *

Doblo la frente abatida;
Cierro los cansados ojos;
Luego, á la estación florida,
Sin reproche y sin enojos
Doy eterna despedida.

MUSA PEDESTRE

Yo soy la pobre Musa de las humildes galas.
Sin florecientes lauros, sin voladoras alas,
Por calles y caminos voy sola, errante, á pie.
Pero aquél que en la vida goce supremo anhela,
Aunque al hallarme y verme mi estirpe no recela,
En sus adentros dice: «¡ Me gusta esa mozuela!
La encuentro un no sé qué».

Jamás canté de Aquiles las tremebundas iras;
Jamás vi, convertidos en abrasadas piras,
Los muros derrumbarse de la vencida Ilión.
Nunca bajé á los negros infiernos con el Dante;
Nunca se abrió á mis ojos el cielo, y arrogante
Vi á Luzbel desplomado de su cenit brillante,
Como en divinos sueños lo vió el ciego de Albión.

Sólo sé las historias y los extraños cuentos
Que al arder en la obscura cocina los sarmientos,
Al masovero inculto narra el pastor cerril;
Lo que canta en las plazas un viejo enronquecido,
La vida de algún santo, la muerte de un bandido;
Lo que junto á la fuente se dicen al oído
Las niñas casaderas cuando florece Abril.

Nunca habité las cumbres excelsas del Parnaso,
Ni en la Castalia fuente llené mi angosto vaso,
Ni en mieles del Himeto mi labio se endulzó;
No me dió Alfión su lira, que alcázares levanta;
Jamás calzó el coturno mi libre y suelta planta;
La máscara severa que en la tragedia espanta,
Mi voz nunca ahuecó.

No sé cómo han de hincharse las líricas estrofas
Para que al cielo vuelen brillantes, aunque fofas,
Cual nubes que el sol tiñe de púrpura y zafir.
No tuve preceptores; no conocí el secreto
Del perfumado idilio ó el madrigal discreto;
Ignoro cuantos versos componen el soneto;
No sé, ni aún con los dedos, sus sílabas medir.

Pero al rebelde niño lo duermo bien temprano
Cantándole un romance vulgar y chabacano,
Que trueca en santos himnos el labio maternal;
Y al carretero tosco, y al burdo campesino,
Dicto en informe copla cualquiera desatino,
Que le aligera al uno las leguas del camino,
Y que le ablanda al otro la costra del bancal.

Yo pulso la guitarra de los fornidos mozos
Que con gaxnate duro, con recios alborozos,
Al pie de una ventana publican su pasión;
De ripios atestados, escribo yo los versos,
Por el sentido, santos, por la dicción, perversos,
Que en los sucesos todos, ó prósperos ó adversos,
Salmodian en la ermita la fe y la devoción.

En la tranquila plaza de la ignorada aldea
Dirijo yo las danzas; por mí asombra y recrea
Algún hambriento acróbata á un público feliz;
Yo, cuando ya cumplido el militar tributo,
Vuelve el soldado alegre al pobre hogar, disfruto
Dándole para gala del brillador canuto
La cinta rozagante de espléndido matiz.

Yo en el alma apagada, indiferente y fría
De aquel que nunca supo lo que es la poesía,
Ráfaga brusca enciendo de luz, vida y calor;
Del que camina á solas, yo soy la compañera;
De aquel que lucha y sufre, de aquel que ama y espera
Yo en los zarzales duros que atajan su carrera,
Abro modesta flor.

¡ Oh tú, genial poeta! Aunque inspirado sueñes,
Bañándote en esferas de luz, no me desdeñes;
Amante, sierva, esclava, me sentaré á tus pies.
Si burlan tus anhelos los númenes que invocas,
Si ves evaporarse tus fantasías locas,
Yo, en la áspera y grosera realidad que tocas,
Te mostraré delicias que no palpas ni ves.

No es ruiñeñor, y ufano canta su amor sencillo
Y alegra las campiñas el volador pardillo;
El cardo, sin dar rosas, florece en el erial;
Por ti en calles y en campos, recogeré canciones,
En los pechos más duros ingenuas emociones,
En la vida más negra te haré ver ilusiones;
Algo, en lo más prosaico, de hermoso y de ideal.

Tú, á mis conceptos vagos é imágenes confusas,
¡ Oh noble favorito de más excelsas Musas!
Del arte soberano darás el esplendor;
Y todos, á porfía, te aplaudirán, maestro,
Al ver, radiante, en ellos brillar tu inmortal estro.
Así al tosco guijarro lo pule artista diestro,
Y el Koh-i-noor fulgura glorioso y triunfador.

EL PÁJARO DISECADO

¡ Me pedís versos! Ya es esa
Para mí vedada empresa.
¿Cantar habéis escuchado
A un pájaro disecado
Que tengáis sobre la mesa?

Erguida en su pedestal
Luce el ave, bien ó mal,
De su plumaje las galas,
Y os mira abriendo las alas,
Con sus ojos de cristal.

Mas no late el corazón,
Ni ha de surgir la canción
Bajo la brillante ropa:
Tiene garganta y pulmón
Llenos de serrín y estopa.

Como el ave disecada
Parezco vivo también:
Aún la frente alzo animada,
Y aún reflejo en la mirada
Amor, orgullo ó desdén.

Aún, fingida ó verdadera,
Brota mi risa quizás;
Aún soy el mismo... ¡por fuera!
Por dentro, que viva ó muera,
Poco importa á los demás,

Males que en mí se cebaron
Las entrañas me arrancaron,
A mi cantar dando fin,
Y en maniquí me trocaron
Lleno de estopa y serrín.

EL IDILIO DEL ZAPATERO

Vive junto á mi casa un zapatero,
Que en la tosca porfía
De la lezna tenaz y el duro cuero
Pasa ocupado el día.

Pero cuando aparecen las estrellas
En la extensión lejana,
Y el pobre ve brillar dos ó tres de ellas
Por la estrecha ventana,

Arrojando ¡ oh placer! el mandil rudo,
Agarra codiciosa
Su mano, aún llena de grasiento engrudo,
La flauta melodiosa ;

Y á la brisa, que pasa mansamente
Por la obscura calleja,
Da un aire melancólico y doliente,
Cual prolongada queja.

Globos de fuego, esferas de topacio,
Astros de luz y de oro,
Pausados giran por el alto espacio
En acordado coro ;

Y húmeda de sudor la sien radiante,
Sin compás y sin pauta,
Hace sonar el músico incesante
La quejumbrosa flauta.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Y mirándose en ellas,
Arboles, do las aves peregrinas
Vierten dulces querellas ;

Títiro, bajo el haya reclinado,
Que al són de dulce avena,
Da el nombre de Amarilis adorado
Al valle y selva amena ;

Flérída, más risueña y más hermosa
Que Abril, de flores lleno,
Blanca como la leche, y más sabrosa
Que fruta en huerto ajeno ;

El dulce lamentar artificioso,
Las razones discretas,
Con que luchan Salicio y Nemoroso,
Menalcas y Dametas ;

Galatea, que arroja en pueril juego
La manzana incitante,
Y entre los mimbres se agazapa, luego
Que la ha visto su amante ;

Cuanto tú, Garcilaso, y tú, Virgilio,
Cantasteis doctamente ;
Cuanto sueña quimérico el idilio
A orillas de la fuente ;

Limpías cabañas entre agrestes lomas,
Honda gruta escondida,
Fuentes y flores, céfiros y aromas,
Luz, aire, amor y vida...

En dulces cuadros, que la dicha puebla
Y un rayo del sol dora,
Hace alegres surgir de la tiniebla
La flauta creadora ;

Mientras que giran en el alto espacio
En acordado coro,
Las esferas de fuego y de topacio
Los astros de luz y de oro.

A VECES INQUIETO, DUERMO

A veces inquieto duermo
Y sueño extraña quimera:
Que estoy gravemente enfermo
Y que eres tú la enfermera.

Ciñe tus sienes hermosas
Con augusta majestad
La toca de las piadosas
Hijas de la Caridad.

Estás callada y sonriente;
Pero clavas intranquilas
En mi abrasadora frente
Las celestiales pupilas.

Tu mano, blanca azucena,
En ella pausada pones,
Y una paz suave y serena
Calma sus palpitaciones.

Se adormecen mis sentidos,
Quiere el alma alzar el vuelo,
Y penetra en mis oídos
Una música del cielo.

Es su ritmo dulce y blando
El compás de mi agonía.
Tú, el rosario desgranando,
Vas diciendo *Ave-María*.

Suena de tu voz ferviente
El eco dentro de mí,
Y muero tranquilamente
Fijos los ojos en ti.

SOBRE LA ESTRECHA LOSA

Sobre la estrecha losa
De mi sepulcro frío,
Turbada y silenciosa
Te inclinarás, bien mío.

Al suelo convertida
La trémula mirada,
Verás compadecida
La cruz allí grabada.

Para tu pobre muerto
Traerás, á manos llenas,
Cogidos en tu huerto,
Jacintos y azucenas.

Iguales, vida mía
A las que yo en tu falda,
Gozoso entretegía
Por darte una guirnalda.

En el sagrado suelo
Esparcirás las flores;
Levantarás al cielo
Los ojos soñadores.

Contemplantas la esfera
Brillante sin agravios;
Una oración sincera
Murmurarán tus labios.

Yo miraré ufanoso
Desde el azul, y al verte,
Disfrutaré gozoso
La vida de la muerte.

LA LUNA DE MIEL

¿Recuerdas dónde pasamos
La feliz luna de miel?
Un lugarón de la Mancha
Nuestro cielo de amor fué.
Se extendía inmenso el campo
Entorno, y la rubia mies
Olas de oro simulaba,
De los vientos al vaivén.
La curiosidad huyendo
De la lugareña grey,
Por las sendas empolvadas
Buscábamos nuestro Edén
En las lejanas colinas,
Donde la sobria aridez
Su rudo imperio ensanchaba,
Y la soledad también.
¡Qué tranquilidad augusta,
Qué misterioso placer,
A nuestras almas amantes
Les daba el desierto aquel!
Entre las ásperas rocas
Solíamos recoger
Flor de espliego, flor modesta,
Pero que huele muy bien.
—«Guárdala, yo te decía;
Zahumerio vulgar es;
Mas, para casos muy críticos,
Otro no existe como él».
Y asomaba á tu semblante
Ruboroso rosicler.

Con los peñascos por trono,
Con el cielo por dosel,
Mirábamos dilatarse
Los campos á nuestros pies;
Hacia espacios infinitos
Las lejanías correr;
Y embelesada nuestra alma
De amor, esperanza y fe,
Engrandecerse sentíamos
Al par nuestro doble sér,
Y de todo el universo
Tú eras la reina, yo el rey.

Hemos visto otros lugares
Hermosísimos después;
Cármenes de Andalucía,
Alamedas de Aranjuez,
París, emporio del mundo;
Pirineos, que la sién
Orláis de nieve, y de flores
Cubiertas las faldas veis;
Valles de Luchón risueños,
Cascadas de Cauterets;
Italia, Florencia hermosa,
Roma augusta, y la que fué
Emperatriz del Adriático,
Y hoy, perdido su poder,
Melancólica nos muestra
Su seductora viudez...
¡ Oh lago azul de Ginebra,
Que el cielo reflejas fiel!
¡ Jungfrau, virgen de los Alpes,
Que tan próximo lo ves!

Embelesado os contemplo;
Pero borrar no podéis
La imagen del tosco pueblo
De nuestra luna de miel,

Con sus casas señoriales
De respetable vejez,
Pobladas de gorriones
Que hacen nido en la pared;
La iglesia y las dos cigüeñas,
Que, atentas á lo que ven,
Están en la torre inmóviles
Sosteniéndose en un pie;
La plaza desierta y muda,
Si no ladran á la vez
Y á mordiscos se pelean
Un podenco y un lebel;
La fuente, á donde las mozas
Por agua van y por ver
A los mozos, que allí acuden
A que les calmen la sed;
El mar de espigas doradas
Que á los bancales dan prez;
Las colinas, que nos dieron
Sobre ellos alto escabel;
Nuestros paseos á solas
En busca de un no sé qué,
Que el corazón anhelaba
Y llevábamos en él;
Y cual galante agasajo,
Según la manchega ley,
En las tardes estivales,
Cuando va el sol á caer,
Las meriendas de cohombros,
Que jamás olvidaré.
Por asiento, agreste margen,
Sobre la hierba el mantel,
En porrones un vinillo
Más valiente que el jerez,
Magras que á gloria trascienden,
Y aceitunas á granel;
Todo servido á la sombra
De cuatro guindos ó seis,

En aquella tierra campa
Pobre y único vergel,
Que la fogosa canícula
Abrasa á más no poder,
Y un desigual barranquillo
Riega alguna que otra vez.

NO TE PIDO ROMÁNTICOS AMORES

No te pido románticos amores ;
Esos fueran ridículos empeños.
Somos los dos constantes amadores ;
Pero pasó la edad de los ensueños.

Tú no eres ya la que fingiera un día
Diosa, por mi bajada de otra esfera ;
Eres algo mejor, esposa mía,
Eres mi dulce y santa compañera.

Los goces que anhelaba delirante,
En otros convirtiéronse más fijos ;
La ideal virgen que adoraba amante
Es hoy la madre augusta de mis hijos.

El hogar, que mi mente enardecida
Soñó, de dicha imaginaria ejemplo,
Une al goce posible de la vida
La paz feliz del venerado templo.

Y esta impresión sagrada y religiosa
Aumenta y diviniza tus encantos,
Pues, al ir á besar tu frente hermosa,
En ella veo el nimbo de los Santos.

Y aunque sueños fantásticos aparte,
De tal manera ante mis ojos brillas,
Que no sé si en mis brazos estrecharte
O caer á tus plantas de rodillas.

*

* *

Eres bendita palma del desierto
Que me das sombra en la árida jornada ;
Eres la única rosa de mi huerto ;
La estrella que jamás miro eclipsada.

En tu amor sin transportes ni delirios,
Encuentro (aún algo tengo de poeta)
Inmaculado albor de blancos lirios
Y fragancia exquisita de violeta.

Es, por tranquilo y apacible y grave,
Cual luz de luna, que por mí brillara,
Si la luz de la luna, dulce y suave,
Fuese, cual la del sol, límpida y clara.

Unir supiste en plácido himeneo
A la felicidad con el reposo,
Y alejando de mí loco deseo,
Casi sin advertirlo, soy dichoso.

Jamás lisonjas de tu labio escucho,
Ni aun en las horas faustas y felices ;
Leo en tus ojos que me quieres mucho ;
Mas nunca halagadora me lo dices.

Y cifras, aunque el premio no recabes,
En mi menor placer tus alegrías ;
Las flores que prefiero, tú lo sabes ;
Y en nuestro huerto alegre tú las crías.

Pero no de tu mano las recibo ;
Más placer para mí tu amor anhela :
Para ofrecirme el dulce donativo,
Se las das á nuestra hija pequeñuela.

Sonar en el salón oigo el piano;
Que recobras tu amor al arte creo;
¡Las teclas pulsa tu adorable mano
Por que á la niña enseñas el solfeo!

A humildes menesteres de la vida
Das los dulces encantos del idilio;
Una Musa por mí desconocida,
En tu vulgar labor te presta auxilio.

En la cocina á veces te sorprendo,
Donde, porque tu obsequio no sospeche,
Te cierras, y animosa estás batiendo
Doradas yemas y espumosa leche.

Y al preparar el postre de mi gusto,
Un grito das de maternal cariño,
Y corres loca con horrible susto
Porque llorando se despierta el niño.

O te encuentro en tu cuarto arrodillada,
Con el rosario en la devota diestra,
Y bajas ruborosa la mirada
Y me dices:—«Rezar es cosa nuestra.

»Tú eres bueno también, pero recelo
Que muchas ansias en rezar no pones;
Para que entremos juntos en el cielo,
Nos valdrán á los dos mis oraciones.»

*

* *

¡Pobre artificio del rimar sonoro!
¡Retórica pomposa, hueca y vana!
Nada sabéis del poético tesoro
Que encierra, cuando es buena, el alma humana.

Al numen que me inspira, en vano impetro
Para loarla en nuestro tosco idioma:
Entre las mallas rítmicas del metro
Se desvanece su exquisito aroma.

Renunciaré á las glorias del poeta
Para amarte mejor humilde y mudo;
Digna es de ti mi admiración secreta
Más que el alarde de mis cantos rudo.

Esos cantos desoye, amada mía,
Deja que vuelen, al azar dispersos:
Hay en tu corazón más poesía
Que en cuantos yo escribí gárrulos versos.

POESIAS VALENCIANAS

LA REYNA DE LA FESTA (1)

Oh Reyna de la Festa, jo no't coneix encara;
Mes sols á tu lloharte mon cant fantasiós vol:
Aixís l'au matinera, quant l'alba el cel aclara,
Com si les glories totes del jorn adivinara,
Avans de qu'l sol ixca, ja está cantant al sol.

Alegra y vergonyosa, poruga y satisfeta,
Com verge desposada que arriba al sacre altar,
Ja, per la má conduida del llorejat poëta,
Y per ceptre una rosa dels verts jardins d'Edeta,
Te veig al trono insigne del Gay Saber muntar.

Y escolte com recorre ton nom, de boca en boca,
Les apretades files en falaguers mormulls;
Y mire com proclamen lo goig que te sofoca,
Quant ja ton peu les grades del alt cadafalch toca,
La flama de tes galtes y el raig de los teus ulls.

Y sent, per fí, dels vitors la popular tempesta,
Que esclata quant t'asentes en la cadira d'or,
Y en mitj de tots, gojosos, te veig triomfar modesta:
Jo no't coneix encara, oh Reyna de la Festa,
Mes ja, ple d'esperances, es teu tot lo meu cor.

¿Serás infantil verge, que en l'ànima amorosa
Encara amagat guarda lo seu desitj incert?
¿Serás amant donzella? ¿Serás honrada esposa?

(1) Esta poesia fué premiada con la *Flor Natural* en los primeros Juegos Florales de *Lo Rat-Penat*, celebrados en 1879.

¿Serás lo capoll tendre ó la esclatada rosa
Que les enceses fulles al sol d'estiu ha obert?

No ho sé, Reyna somniada; mes jo de tu m'ampare,
Com de la image santa lo pelegrí cansat;
Nina, verge ó matrona, esposa, filla ó mare,
Fores y serás sempre, si ho veig be y ho repare,
Angel guardiá, que adora la pobra Humanitat.

Eres aquella Dafne que ab ardorosa flama
Per les tesalies selves Apolo perseguí,
Y que en llorer trocantse, li va donar la rama
Que eternament florida, sa magestat proclama,
Y en lo front dels poëtes reverdirá sens fi.

Eres la misteriosa Rebeca, santa y bella,
Que á l'ombra de les palmes, vora el camí polsós,
Ompli en lo pou simbólich la blanca canterella,
Y els amorosos brassos alsant, tota vermella,
L'acosta al brulent llavi del misatger dijós.

Eres la vergonyosa princesa enamorada,
Que al trovador al vore dins son paláu dormit,
Lo front viril li besa, fugint apresurada,
Y el fa somniar que alguna tendra y sensible fada
Per ell baixá del astres en la callada nit.

Eres divina image que'ls nobles cors abrusa
En flama inextinguible d'un desijar etern;
La que en ensomnis veren, casta y serena Musa,
Petrarca en les arbredes florides de Valclusa,
Y Dante entre les rojes fogueres del infern.

Eres gentil bellesa que'l esperit falaga;
Ninfa en lo bosch ombrívol, y náyade en lo riu;
La encantada donzella que en fort castell s'amaga;
L'atractiva sirena, la enjisadora maga,
Que sempre, á totes hores, nos fuig y nos sonriu.

Eres Fe y Esperansa, Amor y Poësía;
Font, en la baixa terra, de subirans plahers;
Bácul que nos sustenta, brussola que nos guía;
Eres la má que, estesa sempre en la nostra vía,
Nos mostra les dreseres dels horizons darrers.

Jo, que també entre núbols y estreles te contemple;
Jo, que també't consagre cult reverent y sant,
Com lo devot que porta son gra d'incens al temple,
En segura penyora, com profitós exemple,
Vulch dedicarte, oh Reyna, mon humildíssim cant.

L'honor, la gentilesa, la fe, la patria gloria,
Cantarán tot á l'hora famosos trovadors;
Del art les maravelles, dels héroes la memoria,
La passada grandesa, la certa ó ilusoria
Dijosa benhauransa dels sigles venidors.

Y sobre aqueixes palmes y llors, ceptres y glavis,
Entre eixes visions santes, que brillarán sens vel,
En mitj de reys y artistes, conqueridors y sabis,
Aixecaré ta image, lo mitj-riure en los llavis,
Y en tos ulls reflectantse totes les llums del cel.

No ab terrenal bellesa, ab altra molt més pura,
Resplendirás gloriosa, como sol del esperit;
Y te vorá el poeta com simbol y figura
De la belltat aquella que sempre viu y dura,
Y ab sa claror eterna llumena l'infinit.

A MA FILLA MARIA

AL DONARLI LA ROSA DEL PREMI (1)

¿Saber vols, filla meua, quina es aqueixa rosa
Que tremolant de dija, posí sobre'l teu cor,
Y que tu, esparverada, guaytes tota ductosa,
Plena ensempls de alegría é indefinible por?

¿Saber vols y comprendre, cóm entre joya tanta
Que ab los llampechs flameja del or y del argent,
Al trovador pensívol no més atrau y encanta
Aqueixa flor, que sopte desfullará lo vent?

¿Saber vols, oh María, per quin estrany misteri
Avuy es ceptre mágich en ta inocenta má,
Y te dona, entre vítors, lo fantasiós ímperi
Que solament un hora, com ella, durará?

Aqueixa flor vermella, d'espines rodejada,
Que al vent que la mustiga, li dona sa flairor,
Es la mística rosa, simbólica y sagrada,
Es de la poesía la subirana flor.

Es la que en lo desvari de febrosench deliri
La Humanitat inquieta busca per totes parts;
Es lo cálzer puríssim é immaculat del lli
Que al raig d'alba divina floreix entre aspres carts,

(1) La *Flor Natural*, ganada en los Juegos Florales de 1889, la dió el poeta á su hija María, que tenía entonces catorce años.

Es la que tu, en los brassos materns acaronada,
Has vist obrirse en sòmnis de celestials jardins,
De besos y joguines, de llum y de rossada,
De resplendor de estreles, de vols de serafins.

En ton pit, urna intacta de amor y de inocencia,
La pose, como si fora lo més sagrat joyell,
Perque en distintes formes guardant sa pura essencia,
Duren eixos ensomnis eternament en ell.

Floréixer veig aquesta desfulladisa rosa
En les joyoses festes de la paterna llar;
En la uberta finestra de la fadrina hermosa;
Entre'ls ciris encesos del lluminós altar;

En les cançons que entonen, al só de la corbella
Los segadors alegres quant resplandeix lo sol;
En les nits no dormides de la mare novella,
Que clava els ulls ductosos en l'agrunsat bressol;

En la llum resplendent que en lo pervindre brilla
Quant la esperança crédula esqueixa el vel obscur;
En les paraules tendres de la oració sencilla,
En la pau deleitosa del cor honrat y pur.

Ella en paláu magnífich ó en barraqueta pobra,
Allí hon cau la rossada del cel, germina y creix;
Y quant assi en la terra l'home acabá son obra,
Encara entre les lloses del cementir floreix.

¡ Ay filla, filla meua! ¡ Que sempre ab dolsa flama
Brille en la teva vida la porporina flor!
Que't diga á totes hores: «¡ Confía, prega y ama!»
¡ Qué ómpliga de alegríes puríssimes ton cor!

¡ Que en tos ensomnis dolsos de verginal donzella,
En tes delícies castes d'esposa feel y amant,
En tes grates angunies de mare, eixa flor bella,
Com l'incenser del temple, te arome ab perfum sant!

Y com image d'eixa divina florexensa
De tot lo que en nosaltres es pur y bell y bo,
Sobre ton pit, hon sia sa gloria y sa defensa,
Guarda, esfullada y seca, la flor de ma ilusió.

Si en les mundanes lluytes ton seny ductós se cansa,
Si tos peus se detenen incerts en lo camí,
Mirant ses fulles mortes, renaix á la esperansa,
Mirant ses fulles mortes, recórdaten de mí.

Recórdaten d'aquestes aclamacions joyoses,
Que son á ta inocencia y á mon amor tribut;
Recórdaten de aquestes celsties lluminoses,
Hon més que ta bellesa flameja ta virtut.

Recórdaten, recórdat dels teus, que avuy te admiren;
De tos germans, sorpresos d'estos honors reys;
De ta mare y la meua, que una vers altra giren
Los hulls humits, y esclaten les dos en plors iguals.

Y encara que foschs sien tos jorns, y aspra ta vida,
Encara que no puga portar son feix ton cor,
Obrirá altra vegada dins d'ell la Poesía
Sa renadiva rosa, plena de fruyts de amor.

PRIMAVERAL

La giqueta rossa un día
Me va cridar al seu hort.
¡ Primavera, primavera!
¿ Per qué'm dus eixos recorts?

Catorze anys ella contava,
Jo li guanyaba de dos.
De amor, res ella sabía;
Jo, si sabía, era poch.

Aquell jardí, ¡ quina escola
Pera eixa ciencia del cor!
¡ Abril! ¡ qué bona ensenyansa!
¡ Quins mestres, ausells y flors!

En los arbres refilaven
Passarells y verderols;
Sobre les ubertes roses
Volaven els papallons.

Ella estava mes gojosa
Que'ls ausells refiladors,
Més polida que les roses,
Més resplendentá que'l sol.

Per los caminals corría
Llansant crits provocadors,
Y girava'l cap per vore
Si darrera anava jo.

Entre'ls rosers s'ajupía
Baix una pomera en flor;
Y quan jo distret passava,
Movía'l flexible tronch.

Pluja blanca y olorosa
Plovía sobre'l meu front;
Y ella, sortint entre roses,
Ría ab son riure més dols.

Després se posava seria,
Como si fora ja major,
Y en lo meu bras repenjantse,
Me ho comunicava tot.

Me mostrava les flors noves,
Els peixos de vius colors,
Que omplien de or y de grana
El safareig de la font.

Y l'arbre aquell, hont un día,
¡No tingué un altre millor!
Amagadet entre fulles,
Trová un niu de rosinyols.

Me contava l'alegría
Que sentí, cambiada en plors
Quant, á l'endemá, va vórelos,
En la estreta gavia morts.

Y com gotes de rossada
De un lliri blau en las flors,
Li enterboliren dos llágrimes
Els ulls plens de resplandors.

En aquell verger havia
Un bosquet vert y pompós;
Remorejava en ses fulles
Dolsament el ventijol.

De dos arbres, una corda
Penjava, ornada de flochs;
Era aquella agrunsadora
Son més agradable joch.

Dels dos ramals agarrantse,
Acomodá el llauger cos,
Y al ayre's llansá joyosa
Com un ausell que alsa'l vol.

Muntava al cel sonrisenta
Com muntan les ilusions;

Y del cel, també com elles,
Baixava á terra d'un colp.
Embelesat jo la vea
Plé de alegría y de por ;
Quant al passar, la espentava,
Me dia: «¡ Més fort! ¡ Més fort!»

Present tinch y tindré sempre
Aquella hermosa visió ;
Els ulls blaus li espurnejaven ;
Les galtes eren de foch.

El vent sos cabells movía
Y donava á son blanch front,
Com celistia lluminosa,
Voladuries de fils d' or.

Al alenar, dibuixaven
Sos pits los naixents contorns,
Com les onades primeres
Que en la mar l'oraje mou.

Y les falde, bellugantse
En remolins voladors,
Descubrien y amagaven
Los seus peuets juheton.

D'exámetros y pentámetros
Jo estava tot ple llavors ;
Y en tu pensava, Virgili,
Mon primer mestre d'amor.

Me preguntava: Amarilis,
¿Haurá tornat á este món?
¿Omplirán ninfes les selves?
¿Sonará Pan lo flaviol?

Y la ensomniada Amarilis,
Mentres tal pensava jo,
Soltá les mans de les cordes,
Marejada ja del tot.

Estengué'ls brassos al ayre,
Y pera baixar millor,
Quant llansá lo cos á terra,
Se agarrá be del meu coll,

Sentí el dolcíssim contacte
De sos cabells rulls y solts,
El tevi alé de sos llavis,
El bategar de son cor.

Ella, no sabent qué dirme,
Ni sabent qué fer tampoch,
Fugí com fuig un ensomni
Pels caminals plens de flors.

Jo quedí clavat en terra,
Mut, espantat... y dijós,
¡Primavera, primavera!
¿Per qué'm dus estos recorts?

A MARIA SANTISSIMA (1)

I

Santa Mare de Deu, Verge María,
Conhort dels afligits,
Dona á mos rims la dolça poësia
Que té en los camps, al esclatar el día,
La tendra veu dels ausellets petits.

Posa en mon seny, dels astres que't coronen
Les plasentes clarors ;
Y perque bé ta puritat pregonen,
En mos dictats aquell perfúm que donen
En ton altar les desfullades flors.

Y si es que't plau, Senyora benehida,
Més que'ls himnes lo plant,
Perque ma veu ressona adolorida,
Dónali els plors ab que á la mare crida
Quant se desperta l'innocent infant.

Y axís, al só de aquesta citra, que ara
Lo vent sen du y se pert,
La gent, que ouint al Trovador se para,
Creurá escoltar—; dijós jo si ho lograra!—
Ecos llunyans del celestial concert.

(1) Esta poesia fué premiada en el certamen celebrado en Valencia el año 1874 para celebrar el cuarto centenario del establecimiento de la imprenta.

II

Jo't viu sobre núbols que'ls àngels sostenen,
Ton fill en los brassos, blanch llir en la má;
Dels ulls, que les flames de amor diví encenen,
Baixant les polpebres, que'l plor escalfá.

Jo viu com encorves ton front entristida,
Jo viu com tremola ton llavi vermell,
Si escoltes que't criden ab veu afeblida
Los hórfens que ampara ton ample mantell.

En torn del teu trono los cels espurnejen;
Somís á tes plantes, parat brilla'l sol;
Y mentres los húmils querubs te festejen,
Tu mires la terra, vestida de dol.

Y es que'n la divina mansió delitosa
Remembres que'ls hòmens de fembra son nats,
Y més que la Reyna dels Angels gloriosa,
Vols ser tu la Mare dels Desamparats.

III

¿Qui no es desamparat en esta terra?
¿Qui no es, Mare, ton fill?
¿Qui podrà dir en la mondana guerra:
«Por no tinch ni perill».

¿Qui podrà dir, enorgullint la testa:
«A mí no'm cal conhort?»
¿Qui podrà dir, burlant de la tempesta:
«La nau tinch en lo port?»

La Humanitat, ab lo mitj-riure d'Eva,
Creua'l verger florit;
Mes ¡ ay! tu saps, tu saps, ¡ oh Mare meva!
Lo que hiá dins lo pit.

Tu, per lo front que llors triomfals coronen,
Veus los núbols passar;
Tu als ulls, potser, que enveja al Amor donen,
Los veus llagrimejar.

Tu saps hon van gemechs, sospirs y queixes,
Que'l vent del mon sen du;
Puis per afanys filials els reconeixes,
Y els arreplegues tu.

Y persó es natural que á tu s'ampare
Lo pobre cor humá,
Como baix les dolces ales de la mare,
Per secret seny s'apinya la niuá.

IV

A tu clama ab veu dolenta
Tots els jorns lo pelegrí,
Quant, al caure el sol, s'asenta
A la vora del camí;
A tu t'invoca y te crida
Aquell que, al caure la vida,
Sent nafrat y mort lo cor;
Y el dijós, quant entorn guarda,
Y de son be s'acobarda,
Y de sa dija té por.

A tu'l nauger, si en nit trista
Ja no veu més llumenar,

Torna el seny y alsa la vista,
; Blanca estrela de la mar!
A tu la humana sabiesa,
Quant en los ductes tropesa,
Gira els ulls, en pijor nit,
Y á tos raigs veu desgarrades
Les boyres y nubolades,
; Sol etern del esperit!

A tu, pensiva, 's reclama
La verge, quant lo donzell,
Tot ardent en casta flama,
Li posa en lo dit l'anell;
Y després, quant á tothora
L'infant, que riu ó que plora,
Acarona be al seu pit;
Y quant ab tendra smanía,
En los genolls, nit y día,
Agrunsa el bresol, ja vuit.

A tu el pare s'encomana,
Si els fills li demanen pa;
Y el llaurador que en la plana
Lo solch obri y tira'l gra;
Y el presoner que á la reixa
Aguayta y canta sa queixa;
Y el desterrat que va y ve,
Y allá en terres llunyadanes
Creu escoltar les campanes
De aquella vila hon naixqué.

A tu't nomena tot llavi,
A tu t'aclama tot pit;
A tu'l nici y á tu'l sabi,
A tu'l gran y á tu'l petit;
A tu qui á lo mal fa guerra,
Y qui s'agarra á la terra,
Y qui busca un mon millor;

Y qui, en mitj de angunia tanta,
Tot dol plora y tot goig canta,
Entusiaste Trovador.

V

¡ Lo Trovador! ¡ Oh grates memories! Dins ton temple
Penjada l'arpa santa de l'antigor contemple;
Y encara lluny escolte, com cor de serafins,
En lo mitj de un placévol aplech de reys y pobles,
Ressonar falagueres les inspirades cobles
Dels grans vats llemosins.

Com Salomó llohava la Sulamita bella,
Aixís á tu't cantaven, Mare y pulcra Donzella,
Ab cor net y pur llavi, doblat y nu lo front;
Teixint en sa garlanda tos noms, Rosa divina,
Hort clus, Casa daurada, y Estrela matutina,
Y eterna y clara Font!

Jo vullch humil violeta donar á eixa corona;
Jo vullch á eixe gran himne, que sense fí ressona,
Pauruch y tremolantme, juntar ma pobra veu.
Apártat de ma pensa, malavirada Musa
Que encens les negres flames en que'l orgull s'abrusa,
Quant vol esser com Deu!

De cántichs de Sirena pertot omplint los ayres,
Y á les flors de la terra donant celestials flayres,
També mon cor nodrires de falsos afalachs;
També, per la Quimera conduit, en aspra vía,
De la esperansa al ducte, de la fe á la follía,
Vaig caminar á bachs.

¿Qué s'han fet los ensomnis d'amor, tendresa y dija?
Fugiren quantes glories lo cor brunsent desija,

Com fuig en la nit fosca la boscatana llum.
La meva ma, tocantles, cambiá totes les coses;
L'or s'ha fet plom y coure; carts s'han tornat les roses:
La flama, cendra y fum.

A tu vinch, oh Regina, vensut, á trossos feta
La citra; seca y morta ma palma de poëta;
Y entre'ls petits y el pobres, petit y pobre jo,
Vulch al estol juntarme, que vui tos llaus escolta,
Porque mon darrer cántich repetixca altra volta
Ma primera oració.

La oració que ma mare de sa mare aprenguera;
La oració que'ls amostra ma dolsa companyera
Als nostres fills, doblantlos los genolls en son llit;
La que ompli d'esperansa y llum l'ànima pura;
La que obri, oh Mare, á tota humanal criatura
Tos brassos y ton pit.

¡ Ave, María, plena de gracia! ¡ Benehida
Eres tu y entre totes les fembres escullida!
¡ Benehit de ton gremi lo fruyt es, sant y fort!
¡ Santa María, Mare de Deu! Prega, Señora,
Per nosaltres, los pobres pecadors, en esta hora,
Y en l'hora de la mort.

CANSONETA AMOROSA

¿Per qué'm miren tos ulls blaus,
Si no'm vols, dolsa giqueta?
Si'm negues del cor les claus,
¿Per qué'm miren tos ulls blaus?
Ja que'n mon amor no't plaus,
Deixam tu l'ánima quieta.
¿Per qué'm miren tos ulls blaus,
Si no'm vols, dolsa giqueta?

Quant te mire embadalit,
¿Qué'm diu ton joyós mitj-riure?
¿Per qué batega mon pit
Quant te mire embadalit?
Si amor per mi no has sentit,
No m'enganyes, deixam viure.
Quant te mire embadalit,
¿Qué'm diu ton joyós mitj-riure?

Quant de ton amor tinch set,
Canteret sense aygua'm portes...
Res val eixe canteret
Quant de ton amor tinch set.
Mes lo vull á trossos fet,
Com mes esperances mortes.
Quant de ton amor tinch set,
Cánter sense aygua no'm portes.

Mes ¡ay! no, no m'atengáu,
Ulls de cel, llavis de rosa.

Ja que he de ser vostre esclau,
Llavis y ulls, no m'atengáu.
Vostre dols mentir me plau,
Si no'm donéu altra cosa;
Mentiu, y no m'atengáu,
Ulls de cel, llavis de rosa.

LA BARRACA

Com la gabina de la mar blavosa
Que entre'ls jonchs de la plaja fa son niu,
Com lo nevat colóm que'l vol reposa
Del arbre vert en lo brancage ombriu;
Blanca, polida, sorrissent, bledana,
Casal de humils virtuts y honrats amors,
L'alegre barraqueta valenciana
S'amaga entre les flors.

Baix la figuera, hon los aucells del horta
Canten festius l'albada matinal,
Al primer raig del sol obri la porta
Y als ayres purs del cel lo finestral;
Y com la mare cova á la niuada,
Les amoroses ales estenent,
Pobre trespòl de palla ben lligada
La guarda de un mal vent.

Quatre pilars, més blanchs que la azutzena,
Formen davant un pórtich de verdor;
Corre sobre ells la parra, tota plena
De pámpols d'esmeralda y rahims d'or;
A son ombra, lo pa de cada día
Repartix á sos fills lo Trevall sant,
Y en la taula la Pau y l'Alegría
Les flors van desfullant.

A un costat obri'l pou la humida gola;
Y perque tinga perfumat dossier,

La garlanda de flors, que al vent tremola,
Estén sobre'l brocal un gesmiler;
Y per la franca porta may tancada
Les flors despresa y el flayrós perfúm
Adins penetren, en la dolsa onada
Del ayre y de la llum.

Penjen del mur l'aixada y la corbella,
Que á terra fan doblar lo süat front;
Lo pulcre canteret que la donzella,
Encorvant lo bras nu, porta á la font;
Y plena de armon'es misterioses,
La guitarra, que ensemps gemega y riu,
A la llum de la lluna, en les gustoses
Velades del estiu.

Allá dins, entre alfábegues florides,
En lo corral, baix l'ample taronger,
Mormorejant pregaries benehides,
La mare agrunsa á son infant darrer;
Y al cim de la cabanya, fentla un temple,
Santificant sos gojos y dolors,
Obri eterna la Creu, per digne eixemple,
Sos brassos protectors!

Tot riu entorn: va l'aygua cristalina
Corrent entre pomells de lliris blaus;
Sorolla dolsament la mar vehina;
Mouen els arbres ventijols suäus;
Y si el fillet dormit á la mamella
Mira la esposa y calla, ou á lo lluny
Llarga cansó del home, que la rella
Enfonsa ab valent puny.

¡ Barraca valenciana! ¡ Santa y noble
Escola del treball! ¡ Modest bressol
Del que nos dona el pa, laboriós poble
Curtit pel vent y bronzejat pel sol!

Més que'ls palaus de jaspis y de marbres,
Més que los archs-triomfals y els coliséus,
Tu, pobre niu, perdut en mitj del arbres,
Valdrás sempre als ulls meus!

En tu naixqué la hermosa campesina
Que tot lo mon contempla embelesat,
Llauradora ab aspecte de regina,
Plena ensemps de modestia y majestat;
La de ajustat gipó y ayroses faldes;
La que'l foch de la Arabia du en los ulls;
La que clava ab agulles d'esmeraldes
Los negres cabells rulls;

La que la roja fraura, al rompre'l día,
Cull una á una; y en brillant pomell,
Que la mateixa Flora envejaría,
Junta el gesmil, la rosa y el clavell;
La que desfulla la frondosa branca,
Aliment del insecte filador;
La que als rossos capells, cantant, arranca
La sutil fibra d'or.

En tu naixqué, company ben digne d'ella,
Sobri, sufrit, lleuger, fort y llèal,
El que en l'aspre guaret clava la rella
Y obri al aygua corrent fonda canal;
El que sembra el bon gra y el arbre talla,
Y en l'almàcera estráu l'oli més fi,
Y ab incansable peu follejant balla
En lo trull ple de ví;

El que, enflocant son aca voladora,
La joya guanya, que á la novia du;
El que fa refilar á la sonora
Citra, en les nits d'albades, com ningú;
El que, pera defensa de la terra,

Lo vell trabuch despenja del trespol,
Quant per l'horta, donant lo crit de guerra,
Retrona el caragol.

En tu naixqueren y dijosos viuen:
Pera ells, lo món que veuen no es més gran;
Com los ausells que moren hon aniuén,
En tu bressol y tomba trovarán.
Ton lluminós fogar es sa alegría;
A sa dolsa calor son forts y richs.
; Guárdelos be ton ombra, nit y día,
De tots los enemichs!

Guarda als infants, que baix de la porjada,
Ab lo jónech valent juhen sens por;
Guarda á la verge, que en la nit callada
Escolta la cansó que li ompli'l cor;
Guarda á la mare, ardida y jubilosa;
Guarda al pare pensiu, que's cansa ja;
Guarda al pobre vellet, que al peu reposa
Del arbre que plantá!

Guárdalos de la pluja y la tempesta
Pera que dorguen sens ductós recel;
Guárdalos de la fam y de la pesta,
Del foch dels homens y del llamp del cel.
Guárdalos be dels esperits malignes;
De les llengues de serp dels mals vehins;
Guárdalos be de tentacións indignes,
De pensaments rohins.

Y sobre ses victories y fatigues,
Sobre'l goig breu y el trevallar constant,
Sobre'l camp pedregat ó plé d'espigues,
Sobre la taula vuida ó abundant,
Sobre el ball de la boda desijada,
Sobre el fúnebre llit, banyat en plors,
Estenga eternament ta Creu sagrada
Los brassos protectors!

LES DOS MONTANYES

I

En mitj de costeres y timbes, que banya,
Per mil fonts filtrada, la neu perlejant,
Vestida de boyres, hiá un alta montanya,
Y en ella un Gegant.

Pareix á qui mira llunyana sa testa,
Voltat de muralles fantástich castell;
Y el Gegant, lo geni de l'aspra tempesta,
Que trona sobre ell.

Son ceptre es un roure, que als singles arranca;
Sa corona, els núbols, que aturen lo vol;
Mantell de sa esquena, la neu pura y blanca
Dorada pel sol.

Sa veu, vents que xiulen, penyals que rodolen,
Quant negra tronada trontolla els singlers,
Quant fuig de la cova lo llop, y s'envolen
Falcons y esparvers.

¿Per qué, així emboyrada, la Penyacolosa,
En mitj de vint serres aixeca el seu cap?
¿Per qué retruny trista sa veu espantosa?
¡ Ningú al mon ho sap!

II

Allá, en los encesos rostolls de mitjdía,
A la vora-vora del mar adormit,
Hiá una altra montanya, que mostra la vía
Al nauger ardit.

Sos peus encatifen flayroses campinyes;
De murta y baladres vestix sos barranchs;
Y veus á tothora garlandes de vinyes
Muntant pel seus flanchs.

L'oreig dols que agrunsa les líbiques palmes,
Li du ab ses besades lo foch del estiu;
Colomes silvestres adins de ses balmes
Amaguen lo niu.

Lo sol tot lo día son cim emporpora;
La gent conta d'ella prodigis estranys;
Allá, entre sos roques, gentil Reyna mora
S'adorm, fa mil anys.

En dur llit de marbre s'adorm satisfeta,
Ab los ulls mitj closos mirant com se pert
Damunt la mar blava la tendra oroneta
Que vola al desert!

III

En mitj de les roques y timbres que banya
Per mil fons filtrada la neu perlejant,
Contempla á la Bella, que en la altra montanya
S'adorm, lo Gegant.

Com pot, éll enlayra son cap, y ja toca
Al cel, que entre núbols flameja alentorn;
Y encén ses glassades entranyes de roca
Lo foch del mitjorn.

Contemple á la Verge, ses flors, ses garlandes;
Lo sol que bronzeja son pur front de neu;
La mar, que li canta cansons y corrandes,
Besantli el blanch peu!

Y tot quant ovira son cor asedega;
Retors mans y brassos, y ab rabia infernal,
Per segles de segles, retruny y llampega,
Clavat al penyal.

Y no sap la Verge, que allá baix reposa,
Per qué ab ulls de flama, per qué ab veu de tró,
Retruny y llampega la Penyacolosa,
Guaytant al Montgó.

PLANY DE LA TEIXIDORA

La Teixidora canta
Al só de son teler,
Guaytant per la finestra
La immensitat del cel.
La Teixidora canta,
Y entre sos dits llaugers
La viva llansadora
Sense parar va y ve.

«¡ Montanyes regalades,
Que allà á lo lluny vos veig,
Com núbol que se esborra
Y en la blavor se pert!
¡ Montanyes regalades,
que'n vostre sí anaguéu,
Com amorosa mare,
Mon anyorat poblet!
¡ Montanyes regalades,
Ahont vola'l pensament!
A vostres valls florides,
¿ Qui sap quánt tornaré?

»¡ Caseta de mos pares,
Oberta al sol ixent,
Hon lo pa dur y negre
Era menjar del cel!
¡ Devesa, que la escola
De mos jochs vares ser,
Hon cabrits y gicalla
Follejavem ensemps!

¡ Nius penjats en les branques!
¡ Papallones! ¡ Pomells
De arborsos, que arrancavem
Al punjós arborser!

»¡ Matinades alegres
Del estiu! ¡ Nits d'hivern,
Que'l foch de la llar ompli
D'esclafits y llampechs!
¡ Cançons de la verema!
¡ Rahims d'or! ¡ Pámpols verts!
¡ Festa major del poble,
Que'l cor de goig encén!
¡ Balls en mitj de la plasa
Tan ensomiats, y plens
De esperances ditjoses,
O desenganys crudels!

»¡ Fadrí que me miraves
Sense dirme may res,
Y callant t'en anares
Pera servir al rey!
¡ Pare, que assí'm portareu,
Trist y mut, pobre y vell!
¡ Mare, que allá quedaveu,
Ofegant los gemechs!
¡ Dolorosa, entre ciris,
En l'altar del convent,
Que en lo cor, ben clavades,
Set espases portéu!»

La Teixidora canta,
Y entre sos dits llaugers
La viva llansadora
Sense parar va y ve.

«¡ Montanyes regalades
Ahon va mon pensament!

A vostres valls florides,
¿Quí sap si tornaré?
¡Caseta de mos pares,
Oberta al sol ixent,
Caseta de mos pares,
¿Quí sap si't voré més?
Ma vida, presonera
Está d'este teler;
A cada colp, s'envola
Una ilusió y la perch.

»¡ Si fora aquesta trama,
Que'n les meues mans creix,
Grosa manta que als pares
Els guardara del fret!
¡ Si fora la rumbosa
Faixa, que ciny content
Lo soldat, quant al poble
Cumplit y lliure ve!
¡ Si fora la estamena
—¡ Millor aixó pot ser!—
Del hábit que'n la caixa,
Quant muiga, portaré!»

La Teixidora calla;
Baixa els ulls, y cau d'ells
Una brusenta llàgrima
Que entre els estams se pert.

CANT A LA PATRIA (1)

La valenciana Musa, coronada
De tendres flors y palmes immortals,
Portant darrere la brillant maynada
Dels valents trovadors, munta aclamada
A la cadira d'or dels Jochs Florals.

Filla ilustre de reys, hórfa y trista,
Dels paláus oblidada y dels dossers,
Menyspreäda del sabi y del artista,
Nüa-testa y descalsa, jo la he vista
Anar cantant pels camps y pels carrers.

Y al pastor, que en lo mas alegre balla,
Dictarli humil tradicionals cansons;
Contarli al mariner vella rondalla;
Y en barraqueta pobla el bres de palla
Agrunsar ab corrandes y oracions.

La hereua despullada y perseguida
Recobra avui la pórpora real;
Y de la mare el desamor oblida,
Y la ofrena li fa, mal agraphida,
De son seny noble y de son cor lléal.

Alsant los ulls al cel, d'hon la llum mana,
Puntejant l'arpa ab divinal dolsor,
Silenci imposa y atenció demana:
Calléu, oixcáu: la Musa Valenciana
Escomensa lo cant del patri amor.

(1) Poesía premiada en los Juegos Florales de Lo Rat-Penat en 1883.

LA MUSA

Escolta, oh Patria, oh mare, mos cántichs, que la glo-
Entre entusiastes vítors á totes bandes du; [ria
Mon crit de renaixensa, mon himne de victoria,
Ensomnis del pervindre, grandeses de la historia,
Tot es, ánima y vida, ¡ oh Espanya, pera tu!

Pera tu son les santes memories dels meus avis,
Los fruyts de ma campinya, les flors de mon jardí,
L'enginy dels meus poëtes, la ciencia dels meus sabís,
La mel del nou Himeto, que endolsa en los meus llavis
Aquesta, que't consagre, cansó de amor sens fí.

No la rebujes, Mare, perque la llengua oblides
Que en los paláus y els temples tan dolça soná un temps:
Si en eixa parla escoltes tes glories repetides,
Si canta tes grandeses, si plora tes ferides,
¿Qué es lo que tu receles? ¿qué es lo que d'ella tems?

¿No veus, blanques ó grogues, morades ó vermelles,
Les roses resplandeixer ab diferent color?
Puis lo mateix aroma te donen totes elles:
Les Muses espanyoles son com eixes flors belles;
Parlém distinta llengua, tenim lo mateix cor.

¡ Oh Reyna subirana! Tu portes per corona
Les crestes dentellades dels aspres Pirinéus;
A tu lo sol, ponentse, los últims besos dona;
Y confonent les aygües en una mateixa ona,
Dos mars vuiden les urnes pera banyar tos peus.

Les aures llevantines te donen lo bon día
Ab llorers perfumades de Nápoli y Lepant;
Y el ventijol del vespre, que lo Ponent t'envía,
Te repeteix encara los cántichs de alegría
De América, en sa conja de perles despertant.

En una má tu portes, antorja lluminosa,
L'incendi de Numancia, y en l'altre el de Sagunt;
Y ardint en tes entranyes sa flama generosa,
Al cap de vint centuries, Girona y Saragosa
Ab noves foguerades els respondrán de llunt.

Lo vol tu detingueres del áliga romana;
Lo tigre mauritánich, ferit per tu, fugí;
Italia, l'amorosa, va ser ta cortesana;
Y el ferro te rendiren, de bona ó mala gana,
En Breda y Harlem Flandes, y Francia en Sant Quintí.

Tallant tes naus veleres les ones cristalines,
Glorioses agrandaven tos amples horisons;
Y en mars desconegudes, créats per mans divines,
Com tropa de sirenes y de tritons y ondines,
Brollaven illes noves y continents y mons.

Jo tes virtuts admire quant tes victories cante,
Y més en tes desdijes ta gloria he de admirar:
Res pot la sort contraria ferinte y destrossante;
Si caus, cobres en terra més forsa, com Atlante,
Y, gran en Bailén, eres més gran en Trafalgar.

Tos pobles, aixecantse quant la tempesta trona,
Sanch, vida, honra y fortuna te porten per tribut;
De rey, príncep ó compte cenyiren tots corona,
Y d'ella desprenintse, quiscún grat te la dona
Pera aumentar los timbres de ton gloriós escut.

Castella, que la espasa del Cit encara empunya;
Aragó, l'invencible, cenyit d'inmortals llors;
La que al trident fa ceptre, gloriosa Catalunya;
Mallorca, s'afillada, que al mitj de la mar llunya
Sos tres baixells corona de pámpols y de flors;

Navarra, la indomable, la forta montanyesa,
Que'l gigantí cadavre trepija de Roldán;

Asturies, verge forta, jamay per ningú ofesa;
Galicia, que entre boyres, ab ses mans de princesa,
Muny ses llustroses vaques á vora la mar gran;

La senyorial Vizcaya, que obrint la roca dura,
Lo ferro busca, que arma sa destra varonil;
Lleó, que en son emblema son noble cor figura;
La dels ramats immensos llunyana Estremadura,
Que plé d'anyelets rossos veu sempre son ovil;

Córdova, l'amasona, que airosa y satisfeta,
Cabalca'l lleuger poltro dels orientals deserts;
Sevilla, l'adorable, per les tres Gracies feta;
Granada, la odalisca volguda del profeta,
Que eternament anyora sos cármens sempre verts;

La falaguera Murcia, l'alegre campesina;
Y entre belleses tantes, naixcudes d'un bressol,
La flor que es més flayrosa, la perla que es més fina;
Valencia, m'adorada, la de belltat divina,
La que'n lo front du l'alba y en la mirada'l sol!

Tots eixos fills, y totes eixes hermoses filles,
Les mans donantse, ¡oh Patria!, rodejen ton altar;
Entre ells, Mare amorosa, resplandexent tu brilles,
Y totes ses grandeses, ab voluntats sencilles,
Com mereixcuda ofrena, te volen consagrar.

Jo tinch, pera oferirte, flors d'art y poèsia,
Que á tes sagrades plantes dijosa esfullaré;
Les flors que á sa Teresa doná Ausias March un día,
Les que á la Verge santa Corella li ofería,
Y avuy al sol renaixen de Patria, Amor y Fe.

Jo tinch lo foch de vida que l'inmortal Vergara
Ab lo cincell de flames donava al marbre dur;
Y el resplandor que Joanes al Paradís robava,
Y com visió divina, vem llampegar encara
En lo front dels seus Christos, tan amorós y pur.

Tinch, en lo cap de Vives, la lluminosa idea;
L'amor, en les entranyes de Juan Jofré gloriós;
Lo drach del rey En Juame, que ab pasme'l musulím vea;
Y la gramalla augusta del ínclit Vinatea;
Y la esgarrada faixa del Palleter famós.

A la vesllúm daurada de eixes passades glories,
Joyoses esperances ja veig espurnejar;
Y mon cantar profétich, llohant velles memories,
L'himne triomfal entona de superiors victories,
Que en guerres benhaurades, oh Patria, has de alcansar.

Als peus de la olivera, que els pobles agermana,
Jo't veig y et cante, deesa de un renovat Edén,
Omplint la serra d'arbres, de espigues d'or la plana,
De monuments les viles, de naus la mar llunyana,
Y el cel de fum blanquíssim, que un vent de pau estén.

Jo t'veig y et cante, artista, que á la ideal bellesa
Li dones cos y vida, colors, formes y llums;
Y poëtisa, ab la ala pera volar estesa;
Y en mitj del temple auguste, vestal d'ànima encesa,
Que en l'ara eterna cremes los consagrats perfums.

Aquest será mon cántich de gloria y esperansa;
Aquest será mon himne de pau y germandat;
Me servirà la citra de escut, espasa y llansa
En eixes dolces lluytes, en les que'l triunfo alcansa
Qui de fe y entusiasme y amor va sempre armat.

Y si de nou sonara lo crit de mort y guerra,
En una má, febrosa, brandant lo vell Tissó,
Y la Senyera en l'altra, jò escalaré la serra,
Jo muntaré á les trones majors de nostra terra,
Al cap del fort Mondúver, al cim del alt Mongó;

Y allí, ab veu tronadora, «¡Valencia per Espanya!»
Diré: «¡Fills de Viriato, feu mur dels vostres pits!»
Y entre els gloriosos vítors de gent propia y estranya,
Vorás tu com rebroten, quant noble sanch les banya,
Les palmes sempre verdes dels Jaumes y dels Cits.

A FRANCESCH VINYAS

DESPRÉS DE CANTAR LA ÓPERA «LOHENGRÍN»

Vestit ab armadura enlluernadora,
Jove, galán, valent y triunfador,
Solcant la mar, vingueres en bon hora
Portat pel cisne en sa barqueta d'or.

Ta veu, pel dret y la virtut alsada,
Sonava com un cant del Paradís,
Y l'atenía muda, embelesada,
La gent somesa al divinal engís.

¡ Cantor gentil! de ta primer victoria
No apartes may lo pensador esguart:
En Lohengrin y sa somniada historia
Mira lo símbol fantasiós del Art.

Té l'Art un temple en la montanya santa
Que aixeca els cims blavosos lluny del món;
La Musa eterna allí sos himnes canta,
Y el cel, rodant los astres, li respón.

Venen d'allá, per repetir als pobles
Los cántichs immortals, sos misatgers,
Perseguidors dels sentiments innobles,
Paladins dels amors honrats y vers.

Ministres de la santa poësía,
Inflamen ab sa veu los esperits,
Sempre pensant que tornarán un día
A aquell temple sagrat d'hon son eixits.

¡ Dijós artiste! Quant al món encantés,
Recórdat de ta stirpe celestial;
Y sigues, sempre que entusiasta cantes,
Lo cavaller simbólich del Sant Gral.

EL TABALET

Febrós, ple de basques, un pobre agüelet,
Del llit mitj alsanse, li día á son net:

—«Se fa ja tot negre;
Tinch por y tinch fret:
Repica l'alegre
Festiu tabalet.

«Com tu, fill meu, era: vuit anys jo tenia;
Mon pare—¡ sant home!—me va dir un día:
—*Avui vullch donarte mon únich tesor.*
Y al coll me penjava—¡ quin goig y alegría!—
Aqueixe que anyore tabal d'argent y or.

»Prenguí les baquetes ab mans tremoloses;
Així que feriren la caixa ductoses,
L'alegre redoble soná, y llansí un crit:
¡ Quán be repicaven les notes joyoses!
Millor repicava mon cor dins del pit.

»¡ Repichs d'esperansa, de gloria y de festa,
Omplíu, omplíu sempre mon cor y ma testa!
¡ Sonéu á la vora del meu trist capsal!
¡ Sol be que desije! ¡ Sol goig que ja'm resta!
Siau de mon tránsit la marja trionfal.

»Vestit tot de pana, y ab pas curt y noble,
Davant de mí anava l'altiu donsainer:
Quant prop, fent la vía, ja estavem del poble,
Soltava jo als ayres l'alegre redoble,
Y eixia al encontre l'estol bullanguer.

»Les dones cridaven, lladraven els gossos;
Al fi, la donsaina, de tons clamorosos,
Les purnes llansava que inflamen los cors:
¡Quin goig quan creuaven, trionfants y gloriosos,
La plasa enramada de murta y de flors!

»La gent ¡cóm omplía balcon y finestres!
¡Quánts pasos ballaven, seguint als seus mestres,
De flochs plens y randes, los vius tornejants!
¡Y qué moxigangues formaven tan destres,
Als muscles dels jóvens muntant els infants!

»Rumbosos clavaris—Deu paga estes obres—
Bescuits repartien als richs com als pobres;
A vol les campanes sonaven arréu;
Y en mitj aixecantse de dos canelobres,
Sortía del temple pausada la Creu.

»Als nens en los brassos alsaven les mares;
En llargues ringleres formats los cofreres,
Cuberts desfilaven de negres ringots;
Darrere, els que porten la lley en les vares,
Y els tendres acólits, y els vells sacerdots.

»En mitj de garlandes, de lliris y roses,
¡Quánt be resplandien, en andes llustroses,
La Verge divina ó el Sant titular!
¡Y cómo esclataven les traques rabioses,
Y ¡Vitor! cridava la gent al passar!

»Al vespre ¡qué falles! ¡quins balls! ¡qué alegría!
Mesclant llum y fosca, juntant nit y día,
Per l'ayre volava xiulant lo cohet;
Lo món tremolava, lo cel s' encenia;
Y ni un punt parava lo meu tabalet!

»Repica, repica, repica sens treua,
Mon net: es ma gloria la música teua;

Morí mon bon pare; també'l teu morí!
Fill meu, en tes venes, renaix la sanch meua:
Repica sens treua; repica sens fí.

»Repica, y may paren los teus grats redobles;
Encenguen alegres en tots los cors nobles
Lo sant entusiasme que inflama'l cor meu;
Y estenguen gojosos per viles y pobles
L'amor de la terra, la gloria de Deu.»

Així el vell parlava,
Mitj cego y mitj sord;
Lo net repicava
Plorant sens conhort.
De pronte llansava
Un crit agre y fort;
Al avi abrassava,
¡ Y estava ja mort!

VORA'L BARRANCH DELS ALGADINS

Vora'l barranch dels Algadins
Hiá uns tarongers de tan dols flayre
Que pera omplir de aroma l'ayre,
No té lo món millors jardins.
Allí hiá un mas, y el mas té dins
Volguts recorts de ma infantesa;
Per ells jo tinch l'ánima presa
Vora'l barranch dels Algadins.

Vora'l barranch dels Algadins,
S'alcen al cel quatre palmeres;
Lo vent, batent ales llaugeres,
Mou son plomall y els seus tronchs fins.
En ells, millars de teuladins
Fan un soroll que'l cor engisa.
¡Qui ouir pogués sa xillerisa
Vora'l barranch dels Algadins!

Vora'l barranch dels Algadins
L'aygua corrent los camps anega;
En sos espills lo sol llampega,
Y trau l'arrós verdosos brins.
Sona el tich-tach en los molins;
Y al caure'l sol, cassadors destres,
A joca van d'ánets silvestres
Vora'l barranch del Algadins.

Vora'l barranch dels Algadins
Mourá demá les palmes l'ayre,

Li donarán los horts son flayre,
Y sa canturia'ls teuladins.
Lo mas demá guardará dins
Dolsos recorts é imágens belles;
¡Jo no podré gojar ja d'elles
Vora'l barranch dels Algadins!

LES GLORIES DE VALENCIA (1)

Ductosa, conmoguda, capficada,
Viuda afligida y mare esperansada,
Está la Reyna en sa cadira d'or;
Canten los trovadors les patries glories,
Y ella, escoltant les épiques histories,
Estreny al Rey-Infant sobre el seu cor.

Entre l'estol dels inspirats poëtes,
Busquen les nines de sos ulls inquietes,
Hon la bondat entre'l dolor mitj-riu,
Als de cansons pera ella més gustoses,
Y ab paraules sentides y amoroses,
«Cantéu las glories de Valencia», els diu.

«Parleume dels seus horts, hon may s'acaba
L'esplet primaverat; de sa mar blava;
De son cel lluminós y transparent;
De sa historia, brillant com jorn de festa;
Dels prodigis del Rey de la conquesta;
Dels miracles del pare Sant Vicent.

»Parleume de les moltes obres bones
Que donen á sos fills santes corones;
Dels hórfens y dels folls aconhortats;
Parleume de la Verge, á qui m'ampare,

(1) Para los Juegos Florales de *Lo Rat-Penat* del año 1887, S. M. la Reina Regente D.^a Cristina de Hapsburgo ofreció un premio á quien mejor cantara las glorias de Valencia. Lo ganó esta poesía.

De la Mare de Deu, que es també mare
Pera tots los que estém desamparats.»

Digué la Reyna, y de sos ulls despresa,
Una llàgrima, en foch d'amor encesa,
Rodava per ses galtes de blanch llir.
Un trovador, tot coronat de roses,
Les cordes de la cítara armonioses
Puntejant com Orféu, comensá á dir:

—«Com la gentil sirena, que á la vora
De la mar, que l'aclama per senyora,
Entre perles y flors s'ha recolsat,
Dorm Valencia en la playa llevantina,
Y son front hermosíssim illumina
Lo raig primer del sol enamorat.

»La guarden dos gegants: Penyacolosa,
Que ab corona de boyra tenebrosa
Ciny lo tosal rugós, cubert de neu;
Y el gran Mongó, la resplendent montanya
Que'n lo llumínich éther lo cap banya
Y en l'ona clara de la mar los peus.

»Dos rius, amants de s'agrahida terra,
Volquen per ella en la lluntana serra
Entre alegres pinars, les urnes d'or:
Lo Xúquer brau, que ab amorosa furia
S'esparrama en sos camps; y el noble Turia
Que á ses plantes rendit, desangrat mor.

»¡ Valencia meua! ¡ Ramellet de Espanya!
Sols ta grandesa á ta hermosura guanya;
¿Quí contarà tes glories punt per punt?
Quant l'alba apunta de la patria historia,
Ja espanta al mon, com la millor victoria,
La flamerada inmensa de Sagunt.

»Per tu, lo glavi venjador trencaren
Los guerrers lusitánichs y penjaren
L'escut en ton verger anyoradís;
Y l'alarb, ovldant en tes riveres
Los öasis d'acacies y palmeres,
Trová en tu son fantástich paradís.

»Veente en sos brassos afligida y bella,
Lo Cid Campeador, sol de Castella,
Vingué á lliurarte del injust afront.
Tu fores sa gloriosa desposada:
Nostre Jaume, lliurante altra vegada,
La corona real cenyí á ton front.

»Posá en tos muscles, pórpora del poble,
La gramalla civil: en ta má noble
La Senyera triunfal del Rat-Penat,
En ton gran cor la image de María,
Y en tos bons furs un manament que día:
«Virtut y ley, justicia y llibertat».

»Ciutat dijosa y mare benhaurada,
Deu t'ha fet la mercé que més te agrada;
Te otorgá ilustres fills, dignes de tu;
Y pera fer tes glories més completes,
Sabis y sants, artistes y poëtes,
Son or tots porten al capdal comú.

»Sa inteligencia te doná Lluís Vives;
Sa inspiració Ausias-March; Joanes les vives
Llums del art ideal, que adora y creu;
Son cívich heroïsme Vinatea;
Jofré sa caritat, que fort el fea;
Ton sant Apóstol lo temor de Deu.

»¡ Quán gran en ton passat vui te contemple,
Agenollada dintre'l gótich temple,
Pactant tes lleys en respectades Corts,

Donant joyels als trovadors gloriosos,
Filant l'hebra sutil dels capells rossos,
Cullint sucrenyes fruytes del teus horts!

»Gojosa, culta, artística, inspirada,
Corries á la festa, enjoyellada,
Repicant viva lo moresch tabal;
Iglesiés, llonges y palaus basties;
Y per nunciar al mon tes alegríes,
Lo Micalet alsaves colossal.

»Mes, quant sonava la clamor de guerra,
Quant invadia ta volguda terra
Y ta llar profanava l'estranjer,
Per despertarte, y en ta má nerviosa
Posar de nou la espasa victoriosa,
Prou era'l crit d'un pobre Palleter.

»¡ Guarda sempre, Valencia, en tes entranyes
Eixe foch ben encés! Pera que guanyes
Igual victoria en guerregar millor,
Te presenta la pau ses armes noves.
Munta al carro encantat, que llest ja troves,
Y corre á la batalla sens temor.

»Derroca els murs, les serres aportella;
Clava en l'erial perdut fonda la rella;
Busca el riu dins les roques amagat;
Llansa á totes les mars naus voladores;
Fes rugir les triunfals locomotores
Baix l'arch gloriós del túnel asombrat.

»Y quant los himnes de victoria cantes,
Quant los quatre elements besen tes plantes,
Escláus somesos y titans vensuts,
Deposita els llorers als peus del ara;
Alsa ton rostre, illuminat encara
Per la fe antiga y les natals virtuts,

»Y vorás, allá dalt, reyna y senyora
Dels ángels, á la Verge, triunfadora
Del dubte, y del pecat, y del infern,
Que per tu baixa'l front adolorida,
Y com mare amorosa te convida
Ab la esperansa del repós etern.»

Callá el poëta, y en la volta blava
Que son secret dijós li revelava,
Clavá la Reyna son esguart sens por;
Brillá en sos ulls la llum de l'alegría,
Y al Rey-Infant, que contemplatla's ría,
Bresá gojosa, acaronantlo al cor.

CANSÓ DE LES EMPAPERADORES DE TARONGES

I

Ja l'arbre hermós, que dona ses flors blanques
A la novia quant verge va al altar,
Al vent de la tardor que mou ses branques,
Lo fruyt groguench comensa á envermellar.

Plé de dorades pomes engiseres,
Cascún tarongeral sembla un jardí;
Y son del fértil Xúquer les riberes
Un hort de les Hespérides sens fí.

Fadrines no naixcudes pera monges,
Si voléu de la boda guanyar l'or,
Vingáu, vingáu á empaperar taronges,
Y tot empaperant cantéu en cor.

II

L'estol dels cullidors, á llaugers passos
Pel bosch ombriu dels tarongers s'estén;
Ben armats de tisores y cabasos,
Al trench de l'alba lo trevall mamprén.

Molt pronte acurumulla la quadrilla
Muntions d'or pur en mitj dels caminals,
Y al sol d'hivern, que sense flames brilla,
S'ompli l'hort de flayrors primaverals.

Fadrines, les sis toquen los rellonges:
Deixéu el llit; al fret no tingáu por.
Vingáu, vingáu á empaperar taronges,
Y tot empaperant cantéu en cor.

III

Baix la porxada, sobre palla seca,
Assentades en rogle vos veig ja;
Y en mitj, rossa pirámide, s'axeca
Lo fruyt vermell que'l cullidor portá.

Les medidores, ab ses mans de fades,
En muntons separats l'hañ repartit;
Y juntantse cansons y carcallades,
Fan de esta feyna'l joch més divertit.

Nardes, Vicentes y Assuncions y Conges,
Donzelles de vint anys, pomells de flor;
Vingáu vingáu á empaperar taronges,
Y tot empaperant cantéu en cor.

IV

Es la taronja, embolicada y presa
En lo paper subtil, blanch com la neu,
Com lo pit verginal d'una princesa
Que baix la holanda transparent se veu.

Guarda la fusta, á fulles asserrada,
Del néctar agredols lo rich capdal;
No té flor lo jardí més perfumada;
No té'l rebost del rey refresch igual.

Ni monarques, ni bisbes, ni canonges,
En sa taula han vist may fruyta millor.
Vingáu, vingáu á empaperar taronges,
Y tot empaperant cantéu en cor.

V

Les caixes aromátiques espera,
Llansant fum negre, la estrangera nau,
Y s'ompli, al dols tenor de la caldera,
Son fondo ventre de perfúm suau.

A la terra plujosa y emboyrada
Hont engarlanda'l bosch randa de gel,
Porta un glop d'ambrosía, abrillantada
Per la gojosa llum de nostre cel!

Corre, per ell, en les ingleses llonges,
Riu, que's desborda, d'esterlines d'or...
Vingáu, vingáu á empaperar taronges,
Vingáu donzelles, y cantéu en cor.

LO ROSARI DE LA VIUDA

Es la Nit de Difunts, freda y trista.
Dorm lo mas entre'ls roures del bosch.
Está tot quant alcanza la vista
En la terra y el cel, negre y fosch.

Allá dins, á la llum tremolosa
Del vell tronch, que flameja en la llar,
Se congrega callada y paurosa,
La familia del mort á resar.

Acarona la mare endolada
En sos brassos l'infant més petit;
Altres dos, completant la niuada,
De sos peus y sa falda fan llit.

La germana major á la mare
Mira y besa, y esclata en un plor;
Los germans creixcudets, de son pare
S'en recorden, y al punt li fan cor.

Los pastors, los servents de la casa,
Cors de ferro enjamay conmoguts,
Contemplant dolorits lo que passa,
S'agenollen pensivols y muts.

Alsa l'avi, vellet centenari,
Per senyarse, la má, feta un gel;
Y comensa la viuda el Rosari:
«¡ Pare nostre, que estás en lo cell!»

«¡ Pare nostre!» son llavi sospira,
Y afanyós de son mal l'esperit,
Li presenta, hon los térbols ulls gira,
Renovats los torments que ha sufrít,

Veü—y encara la image la espanta—
Tota plena la cambra de llums;
Y el vicari, en la má la hostia santa,
Entre prechs y clarors y perfums;
Y el malalt, que la fe transfigura,
Rodejat de esplendor celestial;
Y ab la destra, que estén, aspra y dura,
Benehint á la esposa lleyal.

Veü després que tots ploren y resen;
Y el cadavre, en lo mitj, cego y sord;
Y els fills créduls, que besen y besen
La má freda del pare ja mort!

Veü la casa nupcial trista y muda;
Lo pou sech; lo celler y el trull vuits;
Veü la ovella, que corre perduda:
Veü los bous, del aladre esjunyits.

Veü penjada del mur la corbella;
Groguinós lo mallol, erm lo prat;
Veü parents y vehins que ab sa rella
Van reduint la paterna heretat.

Veü trucar la miseria á la porta;
Veü la fam, que á les mares fa por;
Veü, rendida, esglayada, mitj-morta,
Que'l pá acapten los fills de son cor!

Les entranyes la febre li crema,
Son pit omplin glopades de fel,
Y prorromp en l'angunia suprema:
«¡ Pare nostre, que estás en lo cel!»

Y de sopte, como llum que més negres
Fa els horrors de la fosca y la nit,
De sa vida los díes alegres,
Veü brillar en son seny aflagit.

¡ Clara font, ahon, ayrosa donzella,
Ella anava, corrent y cantant,
Y allí, omplint la gentil canterella,
L'esperava, de goig tremolant!

¡ Balls joyosos en mitj de la plasa!

¡ Nit de alvades, de música y trons!
¡ Llarch noviage á la porta de casa!
¡ Boda plena de fe y de ilusions!
 ¡ Alta pinta daurada! ¡ Arracades
De esmeraldes! ¡ Agulles de argent!
¡ Sabatetes de seda escotades!
¡ Gipó just! ¡ Mocador transparent!
 ¡ Mas alegre, que riu y blanqueja
Pera rebre á la novia triomfal!
¡ Blau esbart de coloms, que aleteja
Jubilós sobre l'ample portal!
 ¡ Valls cobertes de pámpols y espigues!
¡ Arbres verts á lo llarch dels camins!
¡ Blanchs ramats de les aspres garrigues,
Que sestejen á l'ombra dels pins!
 ¡ Hort ombriu, que Maig ompli de roses!
¡ Cambra oberta al primer raig del sol,
Hon, tot ple d'esperances dijoses,
Junt al llit, ja s' agrunsa el bressol!
 Sobre tota eixa dija passada
Estén ara la mort negre vel;
Y en plors tendres la viuda esglayada,
«¡ Pare, crida, que estás en lo cell!»

«Tu donares, ¡ oh Pare! als meus díes
Benhaurances que no mereixquí;
No vullch altres plahers ni alegríes;
No t' demane ja res pera mí.

A ta santa clemencia me ampare,
Resignada á ma mísera sort:
No te crida la viuda: ¡ es la mare!
Busca auxili; no oblit, ni conhort.

¡ Per lo plor d'estos hórfens, que escalda
Nit y día mon cor maternal!

¡ Per aquest angelet, que en ma falda
Riu encara, ignorant de son mal!

¡ Per aquell que en son llit de agonía
Els besava la front, ú per ú!

¡ Per aquell que sens pena moría
Esperant y creënt sempre en tû!

Dona pau á mon ánima inquieta;
Donam forsa y vigor sempre viu,
Lo vigor que á la pobre oroneta
Dones tu per defendre son niu.

Veja jo, sempre trista y plorosa,
Mos fills créixer, alegres y forts,
Com brancada florida y pomposa
Que trau sava dels tronchs vells y morts.

Y quant mire mon obra cumplida,
Quant la mare de res servirá,
Pren, en pago de tot, pren ma vida;
No la vullch pera mí; prenla ja.»

Aixís, plena de fe y d'esperansa,
Diu la mare, sens por ni recel;
Y la santa oració del cor llansa:
«¡ Pare nostre, que estás en lo cel!»

«¡ Pare nostre!» ab sa veu farfallosa
Clama l'avi, que's va ja del món;

«¡ Pare nostre!» ab sos llavis de rosa,
La donzella infantil li respón.

«¡ Pare nostre!» uns als altres mirantse,
Repetixen en cor els germans;

«¡ Pare nostre!» los ulls aixugantse,
Diuen jóvens y vells, gichs y grans.

Y quant calla eixe crit de amargura,
S'ou, llunyana, en aquell mateix punt,
Altra veu, que més dolsa y més pura,
«¡ Pare nostre!» contesta allá amunt.

Alsa el cap l'afligida matrona;
Ou atenta el dolcíssim concert:

¿ Es sa veu, que en lo cel ja ressona?

¿ Sa oració, que en els ayres no's pert?

¿ Per qué aixuguen els plors ses palpebres?

¿ Per qué brilla joyós son front trist?

¿Qué contempla en les fondes tenebres?
Allá dalt, en la fosca, ¿qué ha vist?
¿Veu que baixa un raig pur de la gloria?
¿Veu obrirse lo cel lluminós?
¿Veu que goja la eterna victoria,
Complagut aguardantla, l'espós?
Obri el llavi plassent lo mitj-riure,
Y al cel alsa plegades les mans:
Ja li es grat lo patir, dols lo viure;
Ja els camins á sos peus son tots plans.
Resplandix en sos ulls brillant flama,
Y ab paraules de amor y de mel,
Al fillet apretant, crida y clama:
«¡ Pare nostre, que estás en lo cel!»

CARTES DE SOLDAT (1)

CARTA PRIMERA

Mare meua, aquesta carta
Está escrita en l'hospital;
Me la escriu una mongeta
Segons se la vaig dictant.

Mare, vui á la matinada
Ham tengut un foch molt gran;
Caiguí en les primeres files,
Lo bras dret atravesat.

Per poch me desangre. Al vorem
Me va dir lo capitá:

*«¡ Bien, muchacho! no te abrazo
Por temor de hacerte mal!»*

Mare, escrigaume, perquè ara
Les cartes me arrivarán:
Digaume tot lo de casa,
Lo de casa y del veynat.

Digaume si la batuda
Del forment doná prou gra,
Si ja veremen les vinyes,
Si están bons los olivars.

Digaume si mes germanes
Festejen, com l'any passat;
Si se aplica ó no se aplica
Mon germanet l'estudiant.

(1) Esta poesía fué premiada en los Juegos Florales de *Lo Rat-Penat* 1896.p e

Digaume si Visanteta,
La cosina, 's casá ja:
No tingáu que dirli, mare,
Que per ella he preguntat.

Digaume si está acabada
La obra del nou campanar:
Si ha segut bona la plega
Pera la festa d'enguany.

Digaume quina es la música
Que los fadrins han llogat,
Y qui durá la bandera
Que á mi'm tocava portar.

No puch seguir, mare meua,
De tant com me dol el bras;
Esta nit dormir confie:
Al vespre me'l tallarán.

CARTA SEGONA

Mare, el capellá de casa
Es un valent, y es un sant...!
Té unes paraules tan dolces,
Que fan riure y fan plorar.

Tots los díes moltes hores
Passa'l pobre á mon costat;
Me fa parlar de la terra;
¡Jo no acabaría may!

Li explique com es lo poble:
Lo riu y l'horta davant;
Darrere'l secá y la lloma,
Y el castellet allá dalt.

La esglesia en mitj de la vila;
Passat lo pont, l'arrabal,
Allá hon viu la Visanteta,
Si encara no s'ha casat.

Seguint son carrer, les eres:
La devesa més enllá,

Hon buscavem nius de merles
Quant els dos erem infants.

Lo bon Pare me pregunta
Per les festes que ahí se fan;
Li conte alvades, coloquis,
Procesons, castells y balls.

Els carros de la enramada,
Els donsainers, tan templats,
Els jochs de la moxiganga,
Els pasos dels tornejants.

La fadrinalla, els cofreres,
Ab los ringots y fanals;
Y entre llums y flors, darrere
La image del Titular.

Les exides xiuladores,
Que'n pluja d'or se desfán;
La traca que ompli la plasa
D'esclafits y trons y llamps!

· · · · ·
Al contarliu, casi plore,
Y ell, los ulls també eixugant,
Me diu que tornaré á casa,
Y que no hu pasaré mal.

Tindrè una creu pensionada,
Me donarán un estanch...
¡Ay, bandera dels fadrins!
¡No la podré portar ja!

CARTA TERCERA

Mare, esta carta la dicte
Combregat y pernoliat.
¡Morir tan llunt de ma casa!
No més tinch eixe pesar.

Vos torne l'escapulari
Que'm donareu mitj plorant:
Mare meua, en vostra cambra
Penjeulo vora'l capsal.

La creu vos enviaria
Que tots diuen he guanyat.
Uns papers falten á vindre,
¡Deu sap quan arrivarán!
Mes germanes, si se casen
Y me guarden voluntat,
Al primer nebot que'm donen
Lo meu nom vullguen posar.
Si el germanet canta misa,
¡El Senyor el fassa un Sant...!
La primer misa que cante,
Que siga per son germá.
A Visanteta, que rese
Per mí, que aixó no es pecat:
Ja que'n vida no'm volia,
En la mort no'm pague mal.
Que per ella sentí plasa,
No ho nomenéu ni ho digáu;
No vull que per mí patixca,
Si ell, que es tan celós, ho sap.
Mare, á la Verge del Carme
Encomaneume, si us plau;
Dos ciris de mitja lliura
Portéu per mí á son altar.
Y ja que'n terra llunyana
Los meus ossos quedarán,
Poséu una rajoleta
En la paret del fosal.
Y la rajoleta diga:
«Preguéu tots per un soldat,
Que al morir llunt de la terra,
En ella estava pensant».

PRO PATRIA (I)

I

Hiá un poble, Benicolet,
Del cual ix un camí estret,
Que atravesa tota l'horta;
Ahon s'acaba'l caminet,
Lo fosar obri la porta.

Eixa porta may tancada,
Té damunt, per signe sant,
Una creu mitj rovellada:
Dos ciprers, que hiá á la entrada,
Dominen tot lo voltant.

Y marquen les humils foses
Altres creus de fusta dins,
Sens més lletreros ni lloses
Que floretes groguinoses,
Rebuig dels camps y els jardins.

II

Es una hermosa y tranquila
Vesprada de la tardor.
¡ Quánta gent ix de la vila!
Gichs y grans, tots van en fila;
Davant, la Creu y el Retor.

(1) También fué premiada esta poesía en los mismos Juegos Florales de 1897.

Du'l Retor el sarpaset,
El llibre y la capa negra.
¿Per qué anubolat é inquiet
Mostra'l rostre satisfet
Que son bon cor sempre alegra?
¿Per qué mentres va resant
Y en lo llatí tropesant,
Una llágrima als ulls brolla
De aquell bondadós y sant
Capellá de missa y olla?
Tots, comares y compares,
Porten el dol en les cares,
Y fins los infants menuts,
Ben agarrats á les mares,
Van formals, pensius y muts.

III

Ja en lo cementeri están:
Se para en mitj lo Retor
Y ample rogle'ls demés fan;
Per tot, ¡qué quietut tan gran!
Allá dalt, ¡quánta claror!
No s'obri ninguna fosa
En aquell camp curt y estret:
Un obrer de vila posa
Una rajola llustrosa
En la negrenca paret.
La rajola este dictat
Porta escrit: «Per un soldat
Preguéu, que morí en la guerra;
Pensava sempre en sa terra,
Y á sa terra no ha tornat».
Resa'l Retor una absolta,
Que'l poble callat escolta,

Clavant en la terra'ls peus ;
Després tus, tus altra volta,
Y aixís comensa:—«¡ Fills meus!»

IV

«A tots vos es ben notoria
La modesta y breu historia
Del difunt que honréu assí:
¡ Que Deu lo tinga en sa gloria,
Puis per la Patria morí!

»¿Qué es la Patria? Prou y masa
Que ho sent, mes ma ciencia escasa
No vos ho pot explicar:
La Patria es la propia casa,
Nostre bressol, nostra llar.

»Nostra mare, nostra dida ;
La campana que vos crida
A misa, germans devots:
Esta terra benehida,
Hon serém soterrats tots!

»Lo camp hon la vida's guanya,
Lo riu fecundant que'l banya,
Lo sol que'l calfa y encén ;
Es lo pinar, la montanya,
El pla que á lo lluny s'estén.

»Les viles, que á la redona
Mirém, á quina més bona ;
La ciutat, hon té'l paláu
Lo Bisbe, que ve y vos dona
Bendicions d'amor y pau.

»Y altres mil ciutats, ufanés
Perque son totes germanes,
Y altres montanyes y rius,
Fins les plages llunyadanes
Hon los baixells fan sos nius.

»Y més enllá de la mar,
Altres mons, que va encontrar
Espanya, y en sa rivera
Ensemps clavá sa bandera
Y alsá á son Deu un altar.

»Tot lo que á la terra'ns lliga
Y que en ella ho trovém bo,
Per llunt ó per prop que estiga,
Y que meu ó vostre siga,
Fills meus, la Patria es aixó.

»Y tot nostre amor mereix,
Perque tot es lo mateix,
Ones que eixamplantse van,
Lo poble que creix y creix,
¡Benicolet, que's fa gran!

»A sa defensa obligats
Estém tots; tots som soldats
De la Patria: qui á Deu prega
Per ella; qui al rey entrega
Imposts, llaugers ó pesats.

»Pero ningú ha mereixcut
Tanta gloria y gratitut,
Ni ha guanyat millor corona,
Que aquell que lluytant li dona
Sanch y vida per tribut.

»Així morí el germá vostre:
Paguemli be lo que feu,
Y que cadascú ho demostre
Resant ara un *Pare Nostre*
Pera encomanarlo á Deu.»

V

Callá'l Retor: per la blava
Volta del cel devallava,
Com hostia dorada, 'l sol;

Un petit ausell cantava
Parant en un arbre'l vol.

Y allí, damunt de la fosa
Comuna, hon la mort reposa,
Seguint usos bons y antichs,
Resaven la oració hermosa
Vells y jovens, grans y gichs.

De sopte, una dona crida:
—«¡ Ay fill de la meua vida! »—
Y cau, com cau el que's mor.
Un gicot s'alsa en seguida,
Y exclama:—«¡ Senyor Retor!

»No m'aguarde per sa casa:
De *musa*, *musæ*, prou hiá;
Pera soldat ja sé masa.
¡ Mare, 'm vaig á sentar plasa!
¡ Jo te vengaré, germá! »

MA FILLA IRENE

No sap ningú, ma filla benamada,
Lo secret nostre, que'n lo cor guardí.
Morta te creuen tots y soterrada,
Y encara vius y alenes pera mí.

Vens amorosa encara tots los díes,
Com benéfica fada, á mon capsal;
Vens amorosa encara com solíes,
Y em desperta ton bes angelical.

Baixes al hort y culls les millors roses,
Tremolosa de goig y de plaher;
Y en la taula en que escrich lo ramell poses,
Que ma cambra perfuma y tot mon sér.

Te veig com fores, pero més hermosa:
Se han tornat raigs de sol tos cabells rulls,
Brilla ton front com alba lluminosa,
Y claritat major ompli tos ulls.

Te veig sempre pensívola y callada,
Y sense dirme res, m'estás parlant;
Tot lo que vols ho llixch en ta mirada,
Y tot es dols y pur; tot es bo y sant.

¿Te torna al món divina Providencia?
¿Te dona el sér mon seny ensomiador?
¿Es ilusió enganyosa ta presencia?
¿Es verdader miracle del amor?

¿Vius encara la vida que ans vivíes?
¿Vixch jo la vida nova que vius tu?
¡No més sé que't contemple tots los díes,
Y que'l nostre secret no'l sap ningú!

MISSA DE ALBA

(RECORTS DEL BON TEMPS PASSAT)

I

¡ Oh m'adorada, mitj dormida!
Obri eixos ulls, hon bech la vida:
Alsa ton cap del dols coixí.
Mostra á ma vista embadalida
Ton rostre hermós de serafí.
Ja los ausells al jorn fan salva,
Y están tocant á Missa de alba
En la ermiteta del molí.

Tot calla encara en l'alquería;
Pero'n los camps, ¡ cuánta alegría!
¡ Quánta claror brilla en lo cel!
Per tot arréu la llum del día
De la foscor exqueixa'l vel.
Queda no més de la estrelada
Perque't vol vore, ¡ oh bella amada!
El del amor gloriós estrel.

La pinta pren, y tu mateixa
Trena, formant doble madeixa,
Tos cabells rulls, com raigs de sol;
Al nen petit dormidet deixa,
Junt á ton llit, en son bressol.

Y alegre, airosa, enamorada,
Ix de ton niu, com cogullada
Que al trench del alba pren lo vol.

Ja del portal lleví la balda.
Lo pa més dur porta en la falda;
Pera els pobrets, bo está bullit.
Pensa en la viuda, á qui li escalda
Los ulls el plor per son marit;
Y en sa gicalla, sempre inquieta,
Que al vore prop la «Senyoreta»
Corre y s'agarra á ton vestit.

Per completar obres tan bones,
Ajunta al pa que als pobres dones,
Les flors que'n l'hort troves primer.
Farém garlandes y coronas
Pera la Verge del Roser.
Ja estás vestida: aném de presa,
Y afrontarás ab ta bellesa
Del sol eixint lo raig primer.

Vine: anirém per les dreseres
Hon los frutals y les moreres
Trémol dosser en l'estiu fan.
Los rosinyols, les cadernerres,
Quan passes tú, refilarán.
Totes les flors encapollades
Al resplandor de tes mirades
Els tendres cálcers obrirán.

II

Prop de la mar, que en la ribera
Dibuixa randes de bromera,
Brodant de blanch l'arena d'or,

L'anomenat molí de Vera
Del moliner eixampla el cor.
Davant s'estén plana abundosa,
Hon camps tots verts de malvarrosa
Tanquen baladres plens de flor.

En lo remans que fa la presa
Naden, alsant coll de turquesa,
Cap d'esmeralda y rogench pit,
Anets, que obrint son ala estesa,
Colpejen l'aygua ab triunfal crit;
Y per l'espill la image passa
De blanchs coloms, que entorn la casa
Volen així que'l sol ha eixit.

Junt al molí hiá una capella,
Hon resplandix, bendita y bella,
La santa Verge del Roser.
Lo llaurador confía en ella
Quant en lo camp fa el solch primer;
Y quant s'allunta en la mar blava,
En los murs blanchs sospirant clava
L'últim esguart lo mariner.

Un arbre gran, om centenari,
Se aixeca en front d'aquell santuari,
Y á la ombra seua's veu un banch.
Les *Hores* resa allí'l Vicari,
Bon sacerdot, de cabell blanch:
Y benehix la Providencia,
Mirant que fa sa omnipotencia
Els lliris blaus sortir del fanch.

III

Ja l'escolá, que las claus porta,
De bat á bat obri la porta

De la ermiteta del molí.
 Rogles formant, la gent de l'horta
 La Missa de alba espera allí.
 Ja entren, ulls baixos, les fadrines
 De les barraques més vehines,
 Y omplin les llanties de oli fi.

Cadira't du la molinera
 Y te la posa en la ringlera
 Que del altar més prop está.
 Los vells, lluhint blanca polsera,
 En los banchs durs se asenten ja;
 Y com no cap, se queda fora
 La jovenalla parladora
 Que com á un joch al temple va.

«¡ Calléu, chavals! ha eixit la Missa»
 Ja sona prou la xillerisa
 Dels teuladins prenint el sol;
 Y el remoreig, tan dols que engisa,
 D'arbres que agrunsa'l ventijol,
 Mentres, batent les ales blanques
 Del cel abaixen, y en les branques
 Els coloms paren lo seu vol.

Tota la gent lo cap inclina
 Perque en l'altar ja se avehina
 Lo moment sant. «¡ Chavals, calléu!»
 La campaneta de veu fina
 Fa la senyal de alsar á Deu;
 Y en la foscor de la capella
 La santa forma—¡ oh maravella!—
 Brilla més blanca que la neu.

¡ Oh del Senyor gloriós imperi!
 Pe'l finestró del presbiteri
 Un rajolí de sol entrá,
 Y el signe sant del dols misteri

Més que lo sol resplandir fa ;
Com si vingués arreplegada,
Per llumenar l'Hostia sagrada,
Tota la llum que'n lo cel hiá.

Totes les mans santificades
El pit colpejen tres vegades ;
Batega'l cor devot y humil ;
Veuen visions, del cel baixades,
Lo tendre infant y el vell senil ;
Y per les galtes engroguides
De aquella viuda, que tu cuides,
Llàgrimes corren fil á fil.

IV

A tots donemlos lo «bon día»,
Y retorném á la alquería,
De Deu portant la bendició:
Ell, que los astres del cel guía,
Nos durá á port de salvació ;
Y ens donará sa forta ajuda
Pera que sempre, oh benvolguda,
Dure com vuí nostra ilusió.

Aném: el sol crema y te posa
Lo rostre encés com una rosa.
¡ Oh mon amor, quán bella estás!
Ara la casa ja es gustosa:
Fresca á ton pler la trovarás.
Y en lo camí de la tornada,
Be pots fingir que estás cansada
Per repenjarte en lo meu bras.

LA BARCA NOVA

En l'arenosa plaja, ahon un jorn Galatea
A l'ona provocava, que á sos peus se desfea,
Una clara y serena vesprada del estiu,
Quant la mar y la terra y el cel, tot brilla y riu,
Asentat jo á la porta d'una blanca alquería,
Bresantme y mitj dormintme, ab ulls distrets llegía
Sense ilusió ni ganes un llibre quansevol.
Un jesmiler servía'm de transparent trespol,
Y si el vent agrunsava ses tremoloses branques,
Sobre'l llibre caía la pluja de flors blanques.
¡ Qué quietut! ¡ Quín silenci! Lo port, prou allunyat,
El vea, sens sentirne lo soroll, á un costat,
Bosch misteriós y negre d'arbres sens flor ni fulla,
Com una selva morta quant l'hivern la despulla;
Enfront, l'arena solta d'or, hon s'afona'l peu,
Que la mar blava enfloca de randes com la neu,
Y hon les naus peixcadores, sense veles ni cordes,
Dormíen, de les aygües als coneguts acordes;
A l'altra má, la plaja, corvantse mar adins,
Y sos contorns perdentse en la verdor del pins;
Y allá, en lo cel, més blanques que les marines bromes,
Com un esbart fantástich de selvages colomes,
Les llaugeres gabines, que'n son intranquil vol
Les grans ales esteses fan resplandir al sol.
¡ Palpitacions inquietes de ubriacadora vida,
Com la olímpica Venus, de les ones sortida!
¡ Immensitat sens terme dels horitzons llunyans!
¡ Ensomnis que ells inspiren, y encara son més grans!

*

* *

¡ Lo jesmiler movía ses tremoloses branques,
Y en mon oblidat llibre plovién ses flors blanques!
Passá'l vicari, jove sacerdot alt y gros;
Duya sotana nova y el casquet negre al tos;
L'escolá, que'l seguía, portava una gran bossa
De domás roig de grana, ben unflada y ben grossa;
Darrere, pipa en boca, y ab los rostres riallers,
Anaven tres ó quatre morenots mariners.
—«¿ Ahon va'l senyor vicari?—Ahon mon deure me
Vingasen, si vol vore batejar una barca». [marca.
Vaig anar. Ja baixava lo sol. De purpra y or
A Ponent encenía's el cel. Grata frescor
Per la plaja, en les ales del viu lleveig, corria;
Millor la mar cantava sa eterna melodía.
—«¡ Miréu! digué un dels homens: allá la barca está;
Estesa té ja l'ala; sembla que á volar va».
Era d'aquella barca lo nom «un bot de peixca»,
Y encara este humil títol pareix que no mereixca.
En mitj de la borrasca, ¿qué es eixa nau? No rés;
Corfa d'anou, hon caben dos tripulants ó tres.
Calafatada estava molt be: clevill ni junta
No's notava en son ventre, tot lluhent de pregunta;
Per dintre, la cuverta, les costelles, los banchs,
Més nets que una patena d'argent, eren tots blanchs.
Omplía'l vent la vela, y la estirada lona
Semblaba, arredonintse, lo pit d'una matrona;
Tenía, á dalt del arbre, un gran ramell de flors,
Y damunt la bandera dels nacionals colors.
Al entorn, en la arena, mullada per les ones,
Una trentena d'hómens, molts gichs, algunes dones;
Y, en la má la trompeta, ben tou de son paper,
Com un gran personage, en mitj, el pregoner,

*

* *

—«Tófol, digué'l vicari: Ja veus, aplegá'l día».
 Al punt respongué Tófol:—«¡ Que Deu benehit sia!»
 Era un home molt magre, menudet, aixerit;
 Del color d'una estatua de coure ben brunyit;
 Al cap y baix la barba, lo cabell blanquinegre;
 Els ulls molt vius: se vea que fon joyós y alegre.
 Son front anuvolava potser ocult pesar.
 Havía segut sempre un valent llop de mar.
 Duya camisa groga de bayeta; la testa
 Núa, com si esperara los vents de la tempesta.
 La faixa d'estám negra li ceñía be'ls lloms.
 —«¿ Quí son, digué'l vicari, padrins? Digaume'ls noms.
 —Jo mateix, si puch serho, contesta Tófol.—¿ Llesta
 Está ja la madrina?—Sí, senyor.—¿ Y quí es?—Esta.
 —¿ Ta filla? Está be, Tófol.—¡ No tinch qui'm vullga
 Avansá la madrina, lo rostre ben encés, [més».
 Baixos els ulls hermosos, y tota avergonyida.
 ¡ Oh Venus, de les ones altra volta surtida!
 ¡ Oh renaixent bellesa! ¡ Oh joventut! ¡ Oh amor!
 La filla benvolguda del pobre peixcador
 Era molt jove encara: setze anys no més tenia.
 En sos ulls brillants duya la llum de l'alegría;
 Era ayrosa y llaugera com volador baixell;
 Dreta com una palma; viva com un ausell.
 Son front avermellaven lo sol y l'ayre lliure;
 Sa boca, gran, estava disposta sempre á riure;
 El cabell, ilustrós y aspre, més negre que la nit,
 Sobre'l tos cargolava's, en dos trenes partit.
 L'escolá de la bossa tragué lo sant Breviari,
 Tragué'l roquet blanquíssim, que se posá'l vicari;
 Al cel alsá la vista lo jove sacerdot;
 Després preguntá;—«Tófol, ¿ quín nom durá aquest
 [bot?...»

Li costá rompre á Tófol; en veu trémola y grosa,
 Com qui gemega y parla, digué:—«¡María Rosa!»
 Y ab la groguenca mánega els ulls se refregá.
 El pregoner als llavis son instrument portá;
 Unflá les rojes galtes; sonora, clara, neta,
 Tragué una sostinguda nota de la trompeta;
 Y de Nort á Mitjdía, de Llevant á Ponent,
 En sonores onades se la va endur el vent.

*

* *

Quant ja no més s'ouía la mar en la ribera,
 El vicari en son llibre llixqué d'esta manera:
 «Escolta, oh Deu, propici nostra humil oració,
 »Y á la nau, ta má santa done la bendició.
 »També á tots los que vaju, fills teus, en esta barca,
 »Com un jorn benehires á tots aquells que'n l'Arca,
 »Del Diluvi lliurantlos, arreplegá Noé.
 »Que ta destra els sostinga, Jesús, com sostingué
 »A Sant Pere, l'Apóstol, damunt de la mar blava,
 »Quant, sens temor ni ductes, á pas ferm caminava.
 »Envíalos un Angel, missatger celestial,
 »Pera que al port els duga, salvantlos de tot mal.
 »Fes que bona en sos tractes la sort pera dells sia;
 »Y que tots á sa casa tornen plens d'alegría,
 »Senyor, que vius y reynes per lo temps infinit,
 »Acompanyat del Pare y del Sant Esperit».

Prengué'l senyor vicari, mullantlo en l'aygua santa,
 Lo sarpaset benéfich, que al Enemich espanta;
 Feu, ben pausat, la volta del modestíssim bot;
 Per l'una y l'altra banda, l'arruixá molt be tot;
 El pregoner altívol, embocá altra vegada
 La bélica trompeta que tant tocar li agrada,
 Y lenta, magestosa, magnífica, triunfal,
 Com himne de victòria, soná la Marja Real!

En aquella humil festa, senzilla y relligiosa,
 ¡ Quán solemne vibrava la música gloriosa,
 Que amaven nostres pares, y doblegar els feu
 Devant del Rey la testa, y els genolls devant Deu!
 Mentres tant, la madrina, de goig infantil plena,
 Confits tirava al ayre; y rodant per l'arena,
 La revolta gicalla, llansava alegres crits,
 Y es disputava á espentes y colps aquells confits.

*

* *

Tots s'en anaren pronte. La nit era vinguda.
 Quedá la extensa plaja deserta, fosca y muda.
 Recolsat en sa barca nova el bon peixcador,
 Aixís á mes preguntes va contestar:—«Senyor,
 Voléu saber ma vida: ben curta es eixa historia.
 Perguí al pare y la mare—¡ Deu els tinga en sa gloria!—
 Del cólera. Contava jo nou anys. Un parent
 Tenía una balandra, ¡ un hermós bastiment!
 Al vorem horfe y pobre, corrent solt per la plaja,
 Me doná un poch d'amparo. ¡ Deu que pagat li hu haja!
 M'embarqué en la balandra... pera servir á tots;
 De la prora á la popa, me duyen á calvots.
 Senyor, á qui la vida guanya en tan dures tasques,
 ¡ Quán poch, quán poch li asusten els vents y les borras-
 ques!

De bon grat, quan fou l'hora pera cumplir la lley,
 Entrí en una fragata, y aní á servir al Rey.
 Vaig vore estranyes terres, de bona ó mala gana;
 Estiguí, de les febres, pernoliat en l'Havana.
 Quan torní del servici, creguí entrar en lo port;
 Me duya de bolina la ratja de la sort.
 ¡ Si vosté l'hagués vista! ¡ Pobra María Rosa!
 ¡ Alta, ben pareguda, bledana, no molt grossa,
 Faënera, incansable, plena de habilitats!
 Les veles recusía, texía els enfilats,

Cantant á totes hores, gojosa y sonrisenta ;
Quant més y més bregava, sentía's més contenta.
Jo entrí en una parella pera peixcar al bou ;
Molt dur lo trevall era, pero deixava prou.
Ella una sort somniava major y més completa...
Tindre propia una barca, mes que fora giqueta.
—«Tófol, me día rientse ; ja vorás, ja vorás ;
»Tindrém una barqueta ; tu'l capitá serás.
»Anirás á la peixca, sense eixir masa afora ;
»Jo, sens perdre't de vista, t'aguardaré á la vora.
»¡ Quín goig, quan, bellugantse, botant tots y caent,
»Omplirán les cistelles peixos d'or y d'argent!»
D'aquelles esperances parlavem nit y día.
Ma muller, de ses feynes, la casa mantenía,
Y gojosos ficavem, al cobrar jo'l trevall,
Billetets de cinch duros en un amagatall.
¡ Vint anys durá eixe aforro! ; Vint anys trevallant masa,
Sens tastar la beguda, y al pá posantli tasa!
¡ Y ara, que aquella santa fora dijosa al fí,
Ara, día per día, fa mitj any que morí!»
Sospirá y seguí aixina: «Perque, al ser vell, m'ampare
Deu me doná una filla, que es igual á sa mare ;
Y pera que m'ajude en lo govern del bot,
Ja que fills me faltaven, m'he afillat un nebot.
Senyor, á dormir toquen. Aquesta matinada
Ben enjorn, la barqueta será á la mar llansada.
Li duré, puis benigne s'ha interesat per mí,
Los primers molls de roca que peixque al volantí.»
S'allunyá aquell bon home: sobre la mar serena,
Vermel·losa, agrandada, sortí la lluna plena ;
Damunt l'aygua adormida corregué un riu de llum ;
Fugí del cel la fosca, com fuig al vent el fum ;
Y devant d'aquell quadro de magestat inmensa,
Mirant la barca nova, ficsa en ella la pensa,
Repassava jo aquella trista historia vulgar,
Y ganes me veníen, molt dolses, de plorar,

*

* *

Asentat á la porta de la blanca alquería,
 Veig les naus que á la vora tornen, al caure'l día,
 Pensant, d'aquella llástima'l cor encara pres,
 Que la *María Rosa* alguna d'elles es.
 Y quant, seguint la plaja, paseje á la ventura,
 Busque y gojós contemple la idíllica figura,
 Que, clavada en la arena, erta, sens moviment,
 Sobre les aygües clares llumena'l sol ponent,
 De la gentil donzella, ensemps llaugera y forta,
 Que'n los ulls la llum pura de l'alegría porta,
 La que acamina ayrosa, com volador baixell,
 Y es dreta com la palma, y es viva com l'ausell;
 La que té'ls rojos llavis sempre disposats á riure,
 Y avermellat el rostre, del sol y l'ayre lliure;
 La dels cabells més negres que negres son les nits,
 Que al tos se caragolen en dos trenes partits.
 La má dreta, per vore millor, oberta posa
 Devant del front, y guayta si ve *María Rosa*;
 Al lluny lo bot que aguarda coneix entre altres mil;
 Perque té, qui be estima, telégrafos sens fil.
 Un jorn de mal oraje, la vaig trovar inquieta,
 Y li diguí en veu dolça:—«¿Qué es lo que tens, Roseta?
 —Tarda á tornar mon pare; ja s'ha amagat el sol:
 Ve forta llevantada, y creix el marejol.
 —¿No més tems per ton pare?»—Se li encengué la cara,
 Y la girá á altra banda, pera que no hu notara.
 Soptadament, portada per lo furor del vent,
 Aparegué la barca, volant més que corrent,
 La vela unflada tota, lluytant ab la mar brava;
 ¡Y com un llamp venía, y allí, molt prop ja estava!
 Ja Tófol amaynava la lona; á son costat,
 En peu, junt á la prora, un gicot molt templat,
 Alsava al cel los brassos, perque Roseta'l vera,

La descenyida faixa servintli de bandera.
Ella, á crits responía, y entendre no poguí
Si son cor bategava pe'l pare ó pe'l cosí.

*

* *

Si ma veu escoltara qui arregla nostres díes,
¡ Oh pobre gent honrada, quán dijosa series!
Casaría'l bon Tófol la filla y el nebot:
Per manar un falujo, deixaría éste'l bot;
Valent damunt el barco, y aplicat á la ploma,
De pilot guanyaría lo cobejat diploma;
Y navegant sens treua, y augmentant son saber,
Capitá de marina mercant podría ser;
El govern obtindría d'un buch de bona marca,
Una hermosa goleta ó algún veler brick-barca,
Y quant al port tornara, haventlo carregat
D'armeles en Mallorca, ó en Marsella de blat,
Tófol, vell, pero alegre, donantli la má dreta
A un Tofolet y l'altra á una nova Roseta,
Y carregant la mare lo menudet al coll,
A esperar lo anirien á la punta del moll.

ÍNTIMA

(En el meu hort de Museros)

I

Com si d'ahir fora, ho estich veent encara,
Y era l'any setanta del sigle passat.
Este bosquet que ombra nos dona als dos ara,
Per nostres mans propies fon llavors plantat.

Amor, ¿te'n recordes? Era temps de guerra;
Allá, lluny, sonaven renills, clans y trons;
Y sotraquejantse cruixía la terra
Al pas de tants d'hómens, caballs y canons.

Tú'm díes clavantme tos ulls amorosos:
—«En mitj d'estes murtes, plantém dos llorers».
Y jo, sens atendre't, ab ulls mitj febreros,
Llegía y llegía los públichs papers.

En foch encenentse tes ninetes blaves,
Y ab lo breu enfado que tan be t'escáu,
Els fulls me prenies, y aixís me parlaves,
Tornant á ton rostre la dija y la pau:

—«Alsa'l cap; contempla la claror del día
Que de goig y gloria omplí'l mon sancer;
Escolta ab quin ritme de dolça armonía
Les palmes agrunsa lo vell datiler.

»Este hort es un temple: son voltes les branques ;
La aucellada, orquesta ; incensers les flors.
Mira volar juntes les colomes blanques,
Exemples donantnos de constants amors.

»Si engulen imperis afraus espantoses,
¿Qué ens cal á nosaltres, lluny d'eixos perills?
¿No sents quin bon flayre fan nardos y roses?
¿No veus quán gojosos corren nostres fills?

»En este hort ombrívol, debaix d'aquest arbre,
Oixquí tes primeres paraules d'amor.
No té fonts superbes, ni estatués de marbre ;
Mes, pera ta esposa, no hiá altre millor.

»Quant més amagada, la dija es més dolsa.
Bell palau nos dona nostre humil verger ;
Tenim á les plantes catifes de molsa ;
Garlandes florides tenim per dosser.

»De allá, de la serra, trosejant la roca,
Pera una montanya pedres nos han dut ;
Alcém la montanya, y si al cel no toca,
Es que fer un altra Babel no ham volgut.

»Vorás tu com pugen ses aspres dreseres
Los quatre fills nostres, llansant triunfals crits ;
Devant dels seus pasos será, com si ho veres,
Gegant Himalaya ; ¡ son ells tan petits!

»També de la serra portém uns pins tendres ;
Com ells, quatre sien, y tinguen son temps ;
Aviat ham de vore ses branques estendres,
Y els infants y els arbres tots créixer ensemps.»

Mentres dolsa, dolsa, tu aixís me parlaves,
Allá, al lluny, sonaven renills, clams y trons ;
Y mirant jo estátich tes ninetes blaves,
Deixava sens ansia tronar els canons.

II

Passá un ters de sigle: la claror del día
De goig y de gloria ompli el món sancer,
Y ab lo mateix ritme de alegre armonía
Agrunsa les palmes el veíl datiler.

Jau baix una llosa Guillén l'emperaire,
Com l'altre emperaire vensut en Sedán,
Y la oberta rosa nos dona igual flayre,
Y els pins que plantarem, mira quín goig fan.

No veem á son ombra fresca y regalada
Com juguen los nòstres infantons senzills;
Avuí baix les branques creix altra niuada,
Flors del amor noves, fills dels nostres fills.

Mirantlos com corren, ton ánima endolsa;
Al repós t'inviten estos antichs banchs;
El cap en mon muscle tranquila recolsa,
Y junts al sol brillen nostres cabells blanchs.

La vida s'emporta lo temps, que may para,
Mes pera qui á d'ella conformarse vol,
Els ayres del vespre son dolsos encara,
Y té hermoses flames al pondre's el sol.

Gojém, resignantnos, d'eixa llum darrera;
Pe'ls ulls que ja's cansen, prou y massa hiá;
La tardor que avansa, femla primavera;
El cor, sempre jove, flors li donará.

La jornada tota vorém ben cumplida;
Poch es lo que basta per l'humana sort:
D'amor una espurna, que alegre la vida,
Un raig de fe santa, que ensucre la mort.

EL LLIBRE DE MISSA DE LA MEUA MARE

I

¡ Llibre de Missa de ma santa mare!
¡ Entre mes llibres tots el més volgut!
Quant, regirant papers, en tu repare,
Te óbrich plorant, y tremolós y mut.

Y trove entre tes fulles esgroguides,
Allí posades per sa propia má,
Les pobres estampetes benehides
Dels Sants, als que al morir s'encomaná.

De la Verge, que plega les mans pures,
Del Christ, que estén els brassos en la creu;
Y pense que en les místiques figures
El bes que ella clavava, encara's veu!

¡ Oh mare, mare meua! El cor tremola
A ton recort felís; y adelerat
Mon pensament, com au que á son niu vola,
Torna dijós á ma primera edat.

II

Era jo infant; en mon llitet dormía,
Y al despertar, com santa aparició,
Te vea á mon capsal, plé d'alegría,
A tu, plena de dija y de ilusió,
17

¡ Dolces memories! Mantellina honesta
Cubria tos cabells, negres y rulls,
Y una mirada, pera mí de festa,
Rellampegava en tos hermosos ulls.

Este llibre portaves y el rosari
En tes mans blanques com capolls de llirs,
Y al abrassarme ab amorós desvari,
Brollaven junts els besos y els sospirs.

Y al beure jo en tos llavis l'ambrosia,
Y al rebre ton abrás de amor inmens,
No sé si imaginava ó si sentía
Claror de ciris y flayror de incens.

Y era que, dantnos profitós exemple
Sumisa y cumplidora com ningú,
De bon matí tornaves ja del temple
A la casa, ¡ altre temple pera tu!

Y en santa fe ton ánima enceníes
Als peus agenollada del altar,
Pera avivar gojosa tots els dies
La flama del amor en nostra llar.

Tu, pera que prenguera en mon cor tendre
Aquell que t'abrasava sagrat foch,
Ton llibre, avans de que'l pogués comprendre,
En mes mans el posaves, com un joch.

Jo girava ses fulles una á una,
Lo front pensívol y el esguart encés;
Quant encontrava un Sant, ¡ quina fortuna!
—«Mare, te demanava, ¿quin Sant es?»

Y em contaves histories, que escoltava
Glantintme'l pit ensemps de joya y por,
D'un cavaller que á horrible drach li clava
La forta llansa, traspasantli'l cor;

D'un penitent, que'n cova d'horror plena
Aguarda al corb amich, que li du'l pa;
D'una donzella, que mitj-riu serena
Al tigre fer que á devorarla va;

D'un frare humil, que ab veu de tro proclama
Per tot lo món lo sant temor de Deu;
D'una reyna, que amor al pobre inflama,
Y fa dols hospital del palau seu.

Per completar després aquella historia
De mártirs, vérgens, penitents devots,
Me mostraves, tot ple d'amor y gloria,
A Deu, allá en lo cel, Pare de tots.

Y quant les negres lletres ja entenía,
Seguint mos ulls en els renglons ton dit,
La pregaria en ton llibre deprenía
Que's grabava per sempre en lo meu pit.

III

De aquell temps en avant, fins á les hores,
¡ Quántes llibres han obert les meues mans!
¡ Quántes llums, de mon seny enlluernadores,
Brollaren d'ells... y que foscors tan grans!

L'arrogancia'm donaren que vuí plore,
Y esgarrant temerari l'obscur vel,
Creguí sens ombres ni misteris vore
L'home, la humanitat, el món, el cel.

Y me mancava l'alenada forta
Quant més alt s'enlayrá mon esperit,
Aliga ufana que, ferida y morta,
Caygué á terra de colp llansant un crit.

Ma pobra mare son llibret de Missa
Ja no'm mostrava com quant era infant;
—«¿Pera qué'l vol? pensava anyoradisa,
Ell, que té tants de llibres y sap tant?»

¡ Mon saber! ¡ Ciencia inútil ó enganyosa!
Ton saber, mare meua, era major;
Sabíes viure alegre y amorosa,
Y en pau morir sens ductes ni temor.

Sabíes lo que no saben els sabis;
Lo que bona, y volguda, y dolsa't feu;
Al prech consolador obrir tos llavis;
Y tancar los teus ulls per vore á Deu.

IV

¡ Llibre de Missa de ma santa mare!
¡ Entre mos llibres tots el més volgut!
A tu, llibret humil, á tu m'ampare,
Y te demane la eternal salut.

Tot lo que en altres llibres deprenguera,
Tot hu donara per lo goig sentit
Quant repassava ma oració primera
Seguint en tos renglons el matern dit.

Y pregue á Deu que'n mon esment penetres
Que repetixques la infantil llisó,
Y que jo trove en les mateixes lletres
De la primera, la última oració.

MAL ENSOMNI

No sé quant temps jo dormia:
Dormia tan quiet y dols,
Que aquell dormir me semblava
La dormida de la mort.

De sopte, en ma capsalera,
Com un terratrémol oixch,
Y escolte una veu que'm crida:
—«Despértat, ja has dormit prou».

M'alse, y les mans freturoses
Porte als ulls, ferits del sol;
Estich d'un riu á la vora;
Veig una ciutat enfront.

¿Será la meua? Me'n entre
Per sos carrers tot febrós:
Reconéixerla voldria,
Y no sé si es ella ó no.

¡El Micalet...! ¡Oh, Valencia!
¡Oh, ciutat dels meus amors!
¿Cóm es que'n tu, casa meua,
Tot está cambiat y nou?

Palaus, pórtichs, columnates,
Arbredes, jardins per tot...
Els antichs monuments busque:
Si ne queden, son molt pochs.

Tot me sorprén, tot ho estranye,
Com si d'altre país fos:
Vestimentes la gent porta
Que conegudes no'm son.

A un que passa, li pregunte
Per tan gran transformació:
Me contempla, y alsa els muscles,
Y s'allunya, y no'm respón.

Passen los gichs de la escola:
Estos m'entendrán millor,
Y els pregunte, y se me riuen
Mirantme com uns badochs.

¿Es ja estranjer en la patria
El parlar que nostre fon?
Ja en mon temps el menyspreaven
Alguns: ¿l'oblidaren tots?

—«Fadrineta valenciana
Que encara en tos ulls de foch
Dus la viva flamerada
Que encengué mon pit un jorn,
»¿Una pregunta en la nostra
Dolsa parla escoltar vols?»
La polida fadrineta
Passa y res me diu tampoch.

M'en vaig als rabals y parle
Als humils trevalladors:
Pero per més que pregunte,
A ma veu están tots sords.

Ixch al camp: ¡qué bledanía!
May el troví tan hermós:
¡Ver paradís serás sempre,
Verger de les pomes d'or!

Guiant una maquinaria,
Obri un gicot amples solchs:
De la llengua que li parle
No entén res eixe gicot.

¡Avant! Vaig de poble en poble,
Malhaurat preguntador;
He aplegat á la montanya;
He preguntat als pastors.

Sense resposta, me'n entre
Per la soletat d'un bosch:

Cau la nit, la óvila canta,
Xiula'l vent, udola'l llop.

Al lluny, una llumeneta
Brilla ab rogench resplandor:
Allá mon pas encamine
Pel mitj d'ombres y negrors.

La claror ix d'una cova;
Penetre en ella paurós;
Una velleta, molt vella,
Está allí calfantse al foch.

Sembla un espectre: li queden
La pell solament y l'os;
Sentada está en una pedra;
Vestida tota de dol.

Acaronat en sa falda
Sosté un infant blanch y ros:
Canta, grunsantlo y dormintlo,
Cants que escoltí en mon bressol.

—«Fill darrer de ma nisaga,
Volgut besnet del meu cor:
Tos avis, mos fills, moriren;
També tos pares han mort.

»Les que m'amostrá la mare,
Jo't cante antigues cançons:
Les cançons que jo te cante
Ningú les canta en lo món.

»De nostra llengua oblidada
Son ja los últims resons;
Eixa llengua dels meus pares
Ningú la sap més que jo.

¡ A lá, non-non!

¡ A lá, non-non!

»Amostrártela volguera,
Tu no m'entens, y t'adorms.
¡ Pobre horfanet!: gents estranyes
T'ensenyarán parlars nous!

»La meua vida s'acaba:
¡ Adéu, petit infantó!
Mon esperit, que s'en vola,
Replegarlo tu no pots.

»La nostra parla volguda
En mos fluixos llavis mor;
Els ayres de la montanya
S'en durán sos darrers mots.

¡ A lá, non-non!
¡ A lá, non-non!»

La velleta centenaria
Baixa sobre'l pit lo front;
Tanca els ulls; ix de sa gola
Un pantaix exgarrifós.

El nen mitj-riu en sa falda;
Ella encar parlarli vol;
Entre gemechs tremolosos
Perdentse van ses rahons.

Res queda ja d'una llengua
Que augusta y gloriosa fon;
Els ayres de la montanya
S' han endut los darrers mots.

Jo sent mon pit que s'ofega
Baix una llosa de plom;
Pense morir, vull alsarme,
Llanse un crit, fas un esfors.

Me he despertat; en ma cambra
Entra ja la llum del sol:
¡ Quina alegría! Ensomniava...
¡ Gracias, Deu! ¡ Ja he patit prou!
¡ Fuig de mon seny, mal ensomni,
Mal ensomni enganyador!
¡ Dolsa llengua dels meus avis,
Jo no vull creure en ta mort!

TESTAMENT

Quant jo muiga, amada esposa,
Si tu vius, y no't fa nosa,
Tancam los ulls, ¡ tos espills!
Si es morta ma companyera,
Lo que ella amorosa fera
Feuho vosaltres, mos fills.

De fe y humiltat en proba,
Amortalleume ab la roba
Del bon Pare Sant Francés;
De corones y garlandes,
De creus, insignies y bandes,
¡ Vanitats!, no'm poséu res.

En les mans lo sant Rosari
Vull portar; l'escapulari
Del Carme penjat al pit:
Y com signe ben notori
De mon dijós desposori,
L'anell d'or ficat al dit.

Quant me porten á la fosa,
Davant, ¡ insignia gloriosa!,
Vaja ben alta la Creu;
Si acompanyarme's dignaren
Los que'n vida m'estimaren,
Tal favor els pague Deu.

Paseume per la capella
De la Verge pura y bella,
Patrona dels valencians ;
Y quant arrive á la porta,
Canten en veu no molt forta
Un *responso* els capellans.

Pera guardar mes despulles,
Baixant á terra les fulles,
No plantéu ningún ploró ;
Plantéu un xiprer, que apunte
Dret al cel, y al cel s'en munte,
Com s'en munta la oració.

La oració, que tota pena
Conhorta, dolsa cadena
Que unix los vius y els difunts ;
Aixó, mos fills, vos demane ;
Que preguéu vos encomane
Sempre agermanats y junts.

¡ Puguéu á Deu que'm perdone,
Y la santa gloria'm done,
Ja que, indigne pecador,
Si molt faltí en esta vida,
Mon ánima malferida
Sempre ha estat plena de amor!

L'amor sant, divina essencia,
Endolce vostra existencia,
Donantvos ditjes sens fí ;
Y quant tranquila y confiada,
Alcéu al cel la mirada,
Enrecordeuvos de mí.

Y vosaltres, els insignes
Trovadors, més que jo dignes
Del que'm donéu dols tribut,

Per traure d'ell la armonía
Que trovar jo no sabia,
Prengáu mon pobre llahút.

La Musa volguda y santa
Que les patries glories canta,
Mare amorosa, el posá
En les meues mans febrores,
Quant, coronada de roses,
Del llarch somni despertá.

Més inspirats y més destres,
¡ Oh nobles amichs! ¡ oh mestres,
Del Gay Saber triunfador!
Feu vibrar totes ses cordes,
Cantant ab triples acordes
La Fe, la Patria y l'Amor.

Cantéu la Fe, llum segura,
Que á la pobre criatura,
Si enfosquix son seny lo mal,
Entre nubolades negres
Mostra'ls resplandors alegres
De son reyne celestial.

Cantéu la Patria, y si á terra
Baixa'l front, en mala guerra
Ferit, digáu á una veu
Que aquell que la desampare,
Fill bort de tan bona mare,
No tindrà perdó de Deu.

Cantéu l'Amor, que agermana
Tota la familia humana,
Que entre tots partix el pa;
Y en nostres vies asproses,
Lliris entre carts, y roses
A pomells, esclatar fa.

Y si la gloria vos dona
La cobejada corona
De un reynat que no te fí,
Penséu ab quánta alegría
Jo en vostre front la voría,
Y enrecordeuvos de mí!

TRADUCCIONES

Goethe

LA COPA DEL REY DE THULE

Hubo en Thule un rey amante,
Que á su amada fué constante
Hasta el día que murió;
Ella, en el último instante,
Su copa de oro le dió.

El buen rey, desde aquel día
Sólo en la copa bebía,
Fiel al recuerdo tenaz,
Y al beber, humedecía
Una lágrima su faz.

Llegó el momento postrero
Y al hijo su reino entero
Cedióle como era ley:
Sólo negó al heredero
La copa el constante rey.

En la torre que el mar besa,
Por orden del rey expresa,
—Tan próximo ve su fin—
La corte en la regia mesa,
Gozó el último festín.

El postrer sorbo el anciano
Moribundo soberano

Apuró sin vacilar,
Y con enérgica mano
Arrojó la copa al mar.

Con mirada de agonía
La copa que al mar caía,
Fijo y ávido siguió,
Vió cómo el mar la sorbía,
Y los párpados cerró.

LA VISITA

Busco á mi amada, y—¡contratiempo grave!—
Cerrada está la puerta;
Mas, ¿para qué me dió secreta llave?
Probaré: ya está abierta.
No hallo á la hermosa en su interior retiro;
Audaz hasta la alcoba el pie resbala,
Y allí acostada en el sofá, la miro;
Calzada está y vestida,
Trabajando quizás quedó dormida...
Sus manos, las agujas y el bordado
Guardan aún, para empezar de nuevo;
Asiéntome á su lado,
Y á despertarla voy, y no me atrevo.

¡Qué plácida dulzura
En su caído párpado y su frente!
¡Qué cariño y ternura
En su risueño labio floreciente!
La gracia en sus mejillas hizo nido,
Y á su pecho inocente
Da el tierno corazón blando latido.
Como en celeste bálsamo bañado,
Todo su cuerpo seductor reposa
En actitud graciosa.
Absorto, embebecido, enamorado,
Cuanto más te contemplo, dulce dueño,
Más me resisto á contrariar tu sueño.

El sueño en su abandono y su descuido
Siempre la falta reveló ignorada

O el defecto escondido ;
Mas contra ti, mi bien, no puede nada.
Entornados están tus claros ojos,
Que desvanecen todos mis enojos ;
Cerrado está tu labio al embeleso
Del dulce mimo y el ansiado beso ;
Flojos penden é inmóviles tus brazos,
Que me encadenan con gustosos lazos,
E inútil yace tu amorosa diestra
En caricias maestra.
Si mi encanto ilusión engañadora
Hija de vano error, hubiera sido,
¿ No lo vería disiparse ahora,
Que ya la venda desató Cupido?

Dos naranjas doradas y una rosa
Dejo en su mesa, y lento me retiro
Con planta silenciosa.
Fínjome ya que despertar la miro
Y que á explicar no acierta
Como entrar pudo el don de los amores,
Cerrada estando la segura puerta.
Esta noche, mi bien, cumplidamente
Con doblados favores
Pagarás mi visita y mi presente.

LA CORTINA

Blandamente la cortina
Se ha movido en su balcón.
Quiere indagar mi vecina
—¡Curiosidad femenina!—
Si estoy en mi habitación.

Quizás se ha puesto en acecho
Para saber si el despecho
Que todo el día sentí,
Lo guardo aún oculto aquí
En el fondo de mi pecho.

Mas tales, de mi vecina
Los pensamientos no son;
¡Es la brisa vespertina
La que mueve en su balcón
La engañadora cortina!

Schiller

EL ANILLO DE POLÍCRATES

Del palacio de Samos en la torre,
Con ojo audaz Polícrates recorre
Campo y ciudad, tendidos á sus piés.
—«Contempla mi fortuna y poderío»,
Dice al egipcio rey: «tôdo eso es mío:
¿Dudaste de la dicha? ¡En mí la ves!»

—«Diéronte su favor los ipmortales»,
Contesta el rey: «los que eran tus iguales
Doblan el cuello á tu poder triunfal.
Mas ¿las huestes no ves, que arma enemigas
La venganza? Dichoso no te digas
Mientras velen los ojos de un rival.»

Dice el sabio monarca, y al instante
Presuroso al palacio y anhelante
Llega, desde Mileto, nuncio fiel;
Y—«¡ Oh señor!» á Polícrates le dice:
«¡ La vencedora sien orna felice
Con gloriosa guirnalda de laurel!»

«¡ Ha muerto tu enemigo! Lanza aguda
Su pecho traspasó. Si tienes duda
De esa victoria, que atestiguo yo,
Toma». Y un saco ensangretado abriendo,
A los pies del tirano, ¡cuadro horrendo!
Una cabeza lívida arrojó.

La frente el docto rey frunce sombría:
 —«¡ Guay de quien loco en la fortuna fía!»
 Diz, y fijos los ojos en la mar,
 —«Inconstante es el Ponto turbulento,
 Exclama, y la tormenta en un momento
 Puede tu escuadra y hueste sepultar.»

Dice así el rey, á quien la dicha espanta,
 Y jubiloso grito se levanta
 De la ciudad y puerto en el confín;
 Cubre la mar un bosque de bajeles,
 Y ceñida la flota de laureles,
 Llega á Samos, cargada de botín.

El filósofo rey grita asombrado:
 —«Favorable hasta el día te es el hado;
 Mas te amenaza burlador quizá.
 Creta en tu daño apresta sus galeras,
 Y pronto, formidable, á estas riberas
 La vengadora escuadra llegará».

Y antes que su discurso el rey acabe,
 Arrastra el huracán rota una nave
 Y otra, y otra después, y cien en pos;
 Y alegre multitud grita:—«¡ Victoria!
 Las naves que de Creta fueron gloria,
 La ira destruye del marino dios!»

Con voz por el espanto estremecida,
 Exclama el rey:—«Colmóse la medida:
 ¡ Tan feliz eres que pavor me das!
 De los dioses por ti la envidia temo,
 Pues de eterno placer goce supremo
 Nadie en el mundo consiguió jamás.

»También dichoso yo juzguéme un día:
 Cuantas loca intentaba mi osadía
 Arduas empresas coronadas vi;

Pero tenía un hijo, único fruto
De mi amor, y su muerte fué el tributo
Que á la desgracia mísero rendí.

»Si contra el infortunio armarte quieres,
Pide que enlacen los divinos seres
En tu existencia al júbilo el dolor,
Pues nunca en paz al fin de su camino
Llega el dichoso á quien brindó el Destino
A manos llenas su fatal favor.

»Y si al cielo el dolor pides en vano,
Sigue el sagaz consejo de un anciano,
Y tú mismo tu mal corre á buscar.
Repasa tus tesoros y preseas,
Y la más rica joya que poseas,
Arroja al seno del profundo mar.»

Temeroso Polícrates responde:
—«Preciosas joyas mi tesoro esconde;
Pero este anillo es el de más valor.
Porque me libren de mayores males,
Lo consagro á los dioses infernales».
Dice, y lo arroja al Ponto bramador.

Y cuando el nuevo sol risueño brilla,
Un pescador, de voluntad sencilla,
Llega al palacio con ligero pie;
Y dice:—«Un pez de extraordinario peso,
Esta noche en mis redes quedó preso,
Y para vos, señor, lo destiné».

Aceptada es la ofrenda, y al instante
El cocinero armado de cortante
Cuchilla, despedaza al animal;
Abre el vientre voraz, lucir el brillo
Ve del diamante, y grita:—«¡Este es tu anillo
Tu fortuna, señor, no tiene igual!»

El sabio rey, con alarmado acento,
«¡ Adiós, exclama, adiós! marchó al momento;
Aparta... ¡ Ya tu amigo no soy, no!
El cielo vengador ansia perderte,
Y compartir no quiero yo tu suerte».
Dijo, embarcóse y á su patria huyó.

EL REPARTO DEL MUNDO

—«El globo es vuestro», á los hombres
Desde el encumbrado trono
Grita Júpiter un día;
«Tomadlo, vuestro es el globo.
»Por los siglos de los siglos
»Gozad de tal patrimonio;
»Mas, como buenos hermanos,
»Repartidlo entre vosotros»
Dice, y con ligera planta
Acuden viejos y mozos,
Y á lo que más les conviene
Echan mano, á cual más pronto.
De su heredad el villano
Traza el ceñido contorno;
El magnate en vasto parque
Encierra los bosques lóbregos;
A granel llena el marino
De la nave el vientre cóncavo;
Y el tonel de añejo vino
Hasta el tope el abad sobrio;
Y por fin llega el monarca,
Y á los unos y á los otros,
Puente y camino cerrando,
Dice:—«El diezmo á mi tesoro».

Ya tienen todos su lote,
Ya hicieron todos negocio.
En esto llega el poeta:
¿De dónde vendrá ese loco?

Ni la más mínima parte
 Resta del botín cuantioso,
 Pues ya nada hay en el mundo
 Que no sea de algún prójimo.
 —«¡ Al más fiel de vuestros hijos
 Desheredasteis tan sólo!»
 Dice á Júpiter el vate,
 Cayendo á sus pies de hinojos.
 —«No me acuses», le replica
 El dios, algo pesaroso.
 «Van siempre tras de las nubes
 »Tu pensamiento y tus ojos;
 »Cuando al general reparto
 »Solicitos iban todos,
 »¿Dónde estabas?—A tu lado»,
 Responde el hijo de Apolo.
 «Embeleso de mi oído
 »Era el estrellado coro,
 »Y mi pupila sedienta
 »Bebía luz en tu rostro.
 »¿ Me castigas porque pío
 »Bienes del mundo pospongo
 »Al éxtasis que me postra
 »En las gradas de tu solio?»
 Júpiter, meditabundo,
 «El compromiso no es flojo»,
 Murmura, «pues ya de nada,
 »Hijo, en el mundo dispongo;
 »Mas si vivir en mi casa
 »Te place, sus puertas de oro
 »Estarán á todas horas
 »Abiertas para ti solo.»

Byron

RECUERDOS

No me recuerdes, no, las dulces horas,
Aunque pasadas ¡ay! siempre queridas,
Cuando en celestes dichas voladoras
Se enlazaron por siempre nuestras vidas.
Ese recuerdo retará al olvido,
Hasta que en doble tumba,
Por la implacable muerte al fin vencido,
Nuestro anhelar sucumba.

Ni yo puedo olvidar, ni tú tampoco,
Aquellos días cuando en blando juego,
Tus rubios rizos destrenzaba loco,
Y tu pecho latía, y poco á poco
Prendía en él mi fuego.
Aún en aquellos éxtasis te admiro;
Tu sereno mirar languidecía;
Tu seno hinchaba desigual suspiro,
Y tu labio, callando, amor decía.
En mi pecho tu frente reclinada,
Centellaban al fin tus dulces ojos,
Luchando en tu mirada
Las caricias y enojos,
Hasta que tierna perdonando agravios,
Tu voluntad, doblada al dulce peso,
Cedía á mi embeleso,
Y ardiendo se buscaban nuestros labios
Cual si expirar quisieran en un beso.

Entonces ¡ay! extática y tranquila
Entornabas el párpado divino,
Velando el globo azul de la pupila,
Y la pestaña oscura
Parecía en tu rostro alabastrino
Pluma de cuervo sobre nieve pura.

Aun soñé anoche, idolatrado dueño,
Que nuestro amor antiguo renacía,
Y fué de aquel ensueño
Más grata la ilusión al alma mía
Que si gozase, al resplandor del día,
Positivo favor de otra hermosura;
A los ojos más bellos,
Que anima la pasión con sus destellos
Vence, aún soñada, tu pupila pura.

No me recuerdes, no, las dulces horas
Que aunque pasadas ¡ay! la fantasía
Renueva encantadoras;
Hasta que envueltos en eterno olvido
Nuncie la losa fría
Que nuestro doble ser yace extinguido.

SIMPATÍA

¿Tú, niña hermosa, llorarás mi muerte?
Repite esas dulcísimas palabras;
No, no, calla; no quiero entristecerte;
Si por mí has de llorar, el labio no abras.

Rauda huyó mi esperanza lisonjera;
Cansada mi alma está, mi sangre fría;
Tú sola verterás cuando yo muera,
Llanto de amor sobre la tumba mía.

Aún ilumina el resplandor del cielo
La tempestad que sobre mí se abate;
Aún ceder miro mi implacable duelo,
Porque tu pecho por mi pecho late.

¡ Oh, bendita esa lágrima vertida
Por el que en vano lágrimas implora!
Esa gota de llanto es más querida
Para quien sufre aún, y ya no llora.

Un tiempo, bella niña, tu ternura
Mi corazón hubiera estremecido;
Hoy rendir ya no puede la hermosura
A este infeliz, á padecer nacido.

.
.

¿Y tú, afligida, llorarás mi muerte?
Repite esas dulcísimas palabras;
Mas, no, calla; no quiero entristecerte;
Si por mí has de llorar, el labio no abras,

Lamartine

EL LAGO

Nuestra insegura nave, que temporal incierto
Arrastra en sus corrientes, á zozobrar quizás,
En los revueltos mares el suspirado puerto
¿No encontrará jamás?

¡ Oh lago! Un año apenas termina su carrera,
Y en esta orilla, adonde volver ella debió,
Sobre el peñón que silla para los dos nos diera,
Me siento á solas yo.

Las olas azotaban, cual hoy, con ronco estruendo
Las rocas que por ellas desmoronadas ves;
El viento arrebatava tu espuma, humedeciendo
Sus adorados pies.

¿Te acuerdas? Una noche bogábamos callados,
Y oíamos tan sólo gemir alrededor
Los remos que cortaban el agua acompasados
Con trémulo rumor.

Y despertó de pronto los ecos adormidos
Voz celestial, cual nunca se oyó sonar allí;
Y aquella voz que fuera tan dulce á mis oídos,
Tan dulce, dijo así:

—«Tiempo, suspende el vuelo ; tened, horas propicias,
El fugitivo curso, tan breve á nuestro amor ;
Dejad que nos ofrezca sus últimas delicias
Nuestro día mejor.

»Bastantes desgraciados os llaman y os imploran ;
Para ellos, presurosas y rápidas volad ;
Llevaos los afanes que amargos los devoran,
Y al dichoso olvidad.

»Mas ¡ ay ! en vano intento la marcha voladora
Parar del veloz tiempo, tan pronto para huir ;
Decíale á la noche, «ve lenta», y ya la aurora
Comienza á sonreír.

»¡ Amémonos ! ¡ Amémonos ! De la hora pasajera
Gocemos, retardando su inevitable adiós.
El hombre no halla puerto, ni el tiempo halla ribera ;
Huye y nos lleva en pos.»

¡ Oh tiempo ! los instantes de goces y alegrías,
En que el amor nos brinda la copa del placer,
¿ Han de pasar tan breves como los tristes días
De acerbo padecer ?

¿ Ni sus ligeras huellas fijar nos será dado ?
¿ Perdidos en tus sombras sin renacer jamás ?
¡ Oh tú, que nos los diste, que nos los has quitado !
¿ No nos los volverás ?

¡ Eternidad ! ¡ Pasado ! ¡ Abismos tenebrosos !
De nuestras leves dichas, decid, ¿ qué es lo que hacéis ?
¿ Por qué los dulces éxtasis que hiciéronnos dichosos,
Volvernos no queréis ?

¡ Oh lago, rocas, grutas, selvas, campos amenos,
Que, renovado siempre, lucís vuestro esplendor!
De aquella feliz noche guardad, guardad al menos,
Recuerdo halagador.

¡ Guárdalo, lago hermoso, en tus embates rudos,
En tu apacible calma, de encanto sin igual,
En los abetos negros que se contemplan mudos
En tu limpio cristal!

¡ En la ondulante brisa que pasa y que se aleja,
En las remotas voces, que suenan á la vez;
En la argentina luna, que en ti vierte y refleja
Su vaga palidez!

Y el viento que solloza, la caña que suspira,
El perfumado ambiente, tan dulce de gozar;
¡ Oh lago! todo cuanto se ve, se oye ó se aspira,
Cual una voz, «amáronse» repita sin cesar.

LA VENTANA DE LA CASA PATERNA

Sobre el albergue en que á la luz nacimos,
Sus brazos una vid tendió lozana;
Los pájaros del cielo sus racimos
Venían á picar á la ventana.

Nuestra madre, extendiendo ansiosas manos,
Las ramas acercaba; nos ponía
En el labio infantil los dulces granos,
Y á las aves después los devolvía.

Faltó la madre; el coro de las aves
Voló; la vid, en el inculto huerto,
Muere; y vencido por mis penas graves
Yo gimo y lloro en el hogar desierto.

Amarillenta vid, que lisonjeras
Me traes memorias de la infancia pura,
Amarillenta vid, antes que mueras,
Sombra te pedirá mi sepultura.

EL CARACOL DE MAR

Niña hermosa, cuando alegre
Recorras la húmeda playa,
Que al mar, con rubias arenas,
Teje primorosa franja,
Tiende la mano, amor mío,
Al caracol de oro y nácar,
Que Venus, para pulirlo,
Echó á las olas amargas.
Anfitrite, en su joyero
No tiene mejor alhaja;
Apenas las frescas rosas
De tus mejillas la igualan,
Y si acercas á tu oído
La espiral que oculta guarda,
Tan vagos clamores oyes,
Que á distinguirlos no alcanzas.

Ora es la bronca tormenta
Que líquidos montes alza,
Y en espuma se deshace
Para morir á tus plantas;
Ora, del bosque sonoro
Las palpitadoras ráfagas;
Ora son voces confusas
Que todas á un tiempo charlan.
¿No piensas tú cuando escuchas
Vibraciones tan extrañas,
Que en el fondo misterioso
Del caracol de oro y nácar,
La inmensa Naturaleza

Todos sus ecos encauza,
Y en el hueco de tu mano
Los concentra y amalgama?
Llévate, mi ángel querido,
Esa joya que el mar labra;
Y cuando aburrida busques
Un juego que te distraiga,
Inclina al bruñido estuche
Tu mejilla sonrosada,
Cierra los límpidos ojos
Y escucha con toda el alma.
Si de los tenues acentos
Que de allí dentro te llaman,
Escuchas uno más dulce,
Que te impresiona y te encanta,
Y que á los bordes expira
De la concha nacarada,
Cual confesión amorosa
Que el labio trémulo apaga;
Si tu candor, al oirlo,
Goza y á la vez se alarma;
Si nuevamente renace
Cuando más débil desmaya;
Si parece que en el fondo
Del pecho rueda entre lágrimas;
Si algo tiene de gemido
Y algo tiene de esperanza...
En descifrar el enigma
No te canses, niña amada;
¡Yo soy, yo soy el aliento
Melodioso que te halaga!
¿Qué música habrá en el mundo
Como el suspiro que exhala
Este fiel corazón mío,
Si de ti, gozoso, me habla?

Alfredo de Vigny

EL CUERNO DE ROLANDO

I

Cuando declina la tarde,
¡ Cuán dulce para mí suena
El cuerno, de grave timbre,
En el fondo de las selvas!
Al toque de media noche,
Que de visiones las puebla,
¡ Cuántas veces desvelado
Atendí á sus notas lentas,
Pensando escuchar las voces
Que anunciaban agoreras
La muerte á los paladines
De las antiguas leyendas!
¡ Oh, mis montañas azules,
Hacia las que el alma vuela!
¡ Peñascos, derrumbaderos,
Torrentes, cumbres excelsas!
¡ Oh cascadas espumosas
Que las nieves alimentan!
¡ Pirineos, donde el trono
Dos estaciones asientan!
¡ Faldas vestidas de flores!
¡ Cúspides, en hielo envueltas!
En vuestros agrestes valles
Es donde hasta el alma llegan
Las lejanas vibraciones

Del cuerno, tristes y trémulas.
A veces, un caminante,
Cuando es la noche serena,
Con sus acentos sonoros
Los mudos ecos despierta,
Y á su compás cadencioso
Añade nota risueña
Alegre cascabeleo
Del rebaño en la pradera.
Al tímido cervatillo
La dulce armonía alienta,
Sube á un peñón, y en su cima
Inmóvil y atento queda;
Y la ruidosa cascada
Saltando de peña en peña,
Une al concierto romántico
Su no interrumpida queja.

Almas de los héroes muertos,
¿Volvéis acaso á la tierra?
La voz del cuerno selvática,
¿Será quizás la voz vuestra?
¡Roncesvalles! ¡Roncesvalles!
¡Lugar de horrible tragedia!
¿Aún la sombra de Rolando
Vaga inconsolable y tétrica?

II

Murieron todos lidiando;
No hubo uno solo que huyera.
Rolando no más resiste;
Olivier está allí cerca.
El Africa embravecida
En el monte los rodea;
Allí los ve acorralados,
Y aún acobardada tiembla.

—«Ríndete, le dice el Moro,

Rolando, tu muerte es cierta.
Todos tus pares cayeron,
Y el torrente se los lleva».
Cual tigre ruge Rolando
Y exclama:—«¡ Si me rindiera,
Sería cuando, con ellos,
Sus aguas turbias y negras
Del Pirineo arrastrasen
A la mar la mole inmensa!
—¡ Ríndete, ó al punto mueres;
Pues ya los montes se quiebran!»

Dice, y del pico más alto,
Arrasando cuanto encuentra,
Baja con horrible estrépito
Una roca gigantesca;
Rebota, y en el torrente
A hundirse va dando vueltas,
Haciendo añicos los robles
Y pinos que lo cubrieran.
—«¡ Gracias! Me abriste camino»,
Grita Rolando; su diestra
Hasta el pie de la montaña
El colosal peñón rueda,
Salta sobre él, y á su vista,
La horrible batalla cesa.

III

Alegres y descuidados,
Como quien nada recela,
Carlomagno y sus magnates
Bajando van de la Sierra.
En el lejano horizonte
Relucen y cabrillean
Las aguas que los dos valles
De Argelés y de Luz riegan.
Los trovadores expertos

Ya sus laúdes aprestan,
Por cantar los verdes sauces
Que el tranquilo Adur sombrean;
El vino francés, chispeante
Brilla en la copa extranjera,
Y risueños los soldados
Con las pastoras bromean.

Cavalgando sosegado
En su pacífica yegua,
Cuyas moradas gualdrapas
Su dignidad manifiestan,
Va el arzobispo Turpino
Con las reliquias á cuestas,
Y á Carlomagno acercándose,
Le dice de esta manera:
—«Señor, ¿veis aquellas nubes
Que fuego interior incendia?
Detened, Señor, la marcha;
No es cuerdo quien á Dios tienta.
¡Por San Dionís el glorioso,
Os digo, y es cosa cierta,
Que ánimas del Purgatorio
Esos nubarrones llevan!
¡Visteis antes dos relámpagos?
¡Ya otra vez relampaguea!»

Cuando el prelado así dice,
El cuerno lejano suena;
El Emperador, la frente
Alza, el cuerpo hacia atrás echa,
Y en seco para el caballo,
Tirando bien de las riendas.

—«¿Oíste?», dice á Turpino,
Y Turpino le contesta:
—«Los pastores son, que llaman
A sus manadas dispersas,
O es Oberón, el enano
Que con las hadas conversa».

Adelante Carlomagno

Sigue, pero la tormenta
 Más que en el nublado cielo,
 Arde en sus fruncidas cejas;
 Ardides teme y traiciones,
 Y mientras en ellos piensa,
 El són del cuerno fatídico
 A su oído otra vez llega,
 Y sólo calla un momento
 Para estallar con más fuerza.
 —«¡ Maldición! ¡ Es mi sobrino!
 ¡ Rolando!... ¡ Dios nos proteja!
 Si está pidiendo socorro,
 No habrá ya sangre en sus venas.
 ¡ Caballeros, volved grupas!
 ¡ Venid, crucemos la sierra!
 Suelo engañador de España,
 ¡ A mis pies de nuevo tiembla!»

IV

Detiénense los corceles
 Al doblar la mayor cuesta;
 Allá abajo, Roncesvalles
 Está envuelto en pardas nieblas;
 Los estandartes del Moro
 A paso largo se alejan.
 —«¿ Qué ves, Turpino, en el fondo
 Del torrente entre las peñas?
 —Dos caballeros; el uno
 Muerto, y el otro aún alienta.
 Los dos están aplastados
 Bajo una roca tremenda.
 Cuerno de marfil empuña
 El más fornido en la diestra.
 ¡ Dos veces nos ha llamado
 Antes que el alma rindiera!»
 ¡ Cuán triste es el són del cuerno
 En el fondo de las selvas!

Victor Hugo

MI NINEZ

I

Bélicos sueños turban mi alma inquieta;
Soldado yo sería,
Si no fuese poeta.

¡ No extrañéis que mi errante fantasía
Vaya en pos de los héroes del combate,
Y al par mi corazón! Cuando por ellos
Lloro, si suerte adversa los abate,
Juzgo sus ramos de ciprés más bellos
Que los lauros del vate.

Dióme, al nacer, contraria la fortuna,
Por pila bautismal casco guerrero,
Viejo tambor por cuna;
Y de movable tienda en los umbrales,
Hizo un soldado, veterano austero,
De una rota bandera mis pañales.
La Musa amante de la lid que estalla
Y el rayo que fulgura,
Condújome entre carros de metralla
Al campo de batalla,
Donde por lecho hallé cureña dura;
Y fué mi encanto la que flota y vuela
Crin destrenzada del corcel altivo,
Y el crujir rechinante de la espuela
Cuando roza el estribo.

¡ Con qué placer miraba la almenada
 Tonante batería;
 El capitán, que con desnuda espada
 La dócil tropa guía;
 La patrulla emboscada
 En un rincón del solitario valle,
 Y aquellos veteranos batallones
 Que desfilaban por estrecha calle
 Con la vieja bandera hecha jirones!
 ¡ Cómo envidiaba al húsar, que orna de oro
 El pecho osado con marcial decoro;
 Al rápido lancero
 De blanco airón y roja banderola,
 Y al dragón, que altanero
 Une en su casco, del corcel la cola,
 A la manchada piel del tigre fiero!
 Y acusaba á mi edad: ¿ Por qué, decía,
 Crecer, vivir en inacción sombría?
 ¿ Por qué dejar pudrir la sangre pura,
 Que en tan rojos raudales correría
 Por la tersa armadura?
 Luego invocaba con febril anhelo
 La guerra, y á los ojos de mi mente
 Temblaba en torno el conmovido suelo;
 Iban caballos y hombres confundidos
 En inmensa legión, y de repente
 Topaban dos ejércitos de frente
 Con grandes alaridos.
 Escuchaba lejano el silbo agudo
 De la bala, el redoble turbulento
 Del tambor, el rodar de los cañones;
 Y veía, con ímpetu sañudo,
 Dejando atrás cadáveres sin cuento,
 Cargar los fulgurantes escuadrones.

II

Antes de conocer lo que es la vida,
Tras la hueste triunfante
Corrí al azar la tierra sometida;
Y los ancianos, con la mente absorta,
Oían el relato palpitante
De mi existencia errante,
Tan llena, y aún tan corta.
Crucé indefenso pueblos subyugados,
Y eran asombro de mi tierna infancia
Sus respetos forzados.
Yo en esa edad que proteger importa,
Protector era, por extraños modos.
Cuando, con la arrogancia
Gentil de la niñez, decía: «¡Francia!»,
Palidecían todos.

Yo visité la de fatal presagio
Isla siniestra, que hizo luego el cielo
Primer escollo del mayor naufragio.
El Alpe, en cuyas cúspides nevadas
Aman parar las águilas su vuelo,
Sintió crujir en ásperas jornadas
Bajo mi pie infantil, su eterno hielo;
Dejé atrás la corriente
Del Ródano, y bajé á la dulce orilla
Del Arno floreciente.
Vi á Roma, Babilonia de Occidente,
Reina que eterna brilla
Entre tumbas y escombros,
Destrozada á sus pies la regia silla
Y hecha trizas la púrpura en sus hombros.
Luego Turín, después Florencia hermosa,
Y Nápoles después, do abril florido
Se detiene y reposa,
Do el Vesubio encendido

Su columna erigió de luz sangrienta,
Cual guerrero feroz, de airado gesto,
Que entre las galas del festín ostenta
Su penacho funesto.

Hogar me dió la conquistada España:
El Vergara crucé, do siempre huraña
La tempestad retumba;
El Escorial, cuando lo vi lejano,
Parecióme una tumba.
Me hizo bajar la frente
Bajo su triple arcada el imponente
Acueducto romano.
Vi las hogueras del vivac inciertas
Ennegrecer el muro—aún lo contemplo—
De ciudades desiertas;
Y vi, forzadas sin temor las puertas,
Hecho cuartel el templo;
Y oí bajo las bóvedas sagradas,
Repetidas por ecos escondidos,
Del soldado sonar las carcajadas
Cual lúgubres gemidos.

III

Volví llevando en la asombrada mente
Deslumbrantes reflejos;
Volví absorto, extasiado, displicente,
Cual si hubiera encontrado allá á lo lejos
La peregrina fuente
Que para siempre embriaga
Al que en ella una vez su sed apaga.
España dibujaba en mi memoria
Castillos, claustros, restos de su gloria:
Sus góticas agujas colosales
Burgos; sus torres la marcial Vitoria;
Irún sus techos de madera oscuros;

Valladolid, sus casas señoriales,
Que por timbres seguros
Cadenas cuelgan en sus pardos muros.
Esos recuerdos, al azar dispersos,
Mi espíritu evocaba,
E iba, en voz baja, recitando versos.
Mi madre, que mis pasos acechaba,
Decía, al verme, con afán profundo
Mezclando la sonrisa y el gemido:
«¡ Es que una hada invisible para el mundo,
Va hablándole al oído!»

EL NIÑO GRIEGO

(De las Orientales)

¡Chio infeliz! Los turcos asesinos
Por tus fértiles campos han pasado.
¡Isla famosa de los dulces vinos!
¿Qué eres hoy? Un escollo devastado.
¡Tú, que bosques, palacios y colinas
En el mar reflejaste; y en la playa
Tus doncellas, en danzas peregrinas
Rodar veías cuando el sol desmaya!

En ti, ni se oye voz, ni se ve gente:
Sólo, entre negras ruinas y despojos,
A tierra dobla la humillada frente
Un niño griego, de cerúleos ojos.
Blanco espino florido, en su espesura
Préstale asiento y sombra regalada,
Y es, como él, otra flor hermosa y pura,
Por el estrago bélico olvidada.

—«Niño lloroso, que descalzo huellas
Este, de dura roca, áspero suelo,
Para enjugarte las pupilas bellas,
Azules como el mar y como el cielo,
Para que luzcan francas alegrías
En su zafiro, que empapó la lluvia
Del inútil llorar, y cual solías,
Erguir audaz la cabecita rubia,

«¿Qué quieres?, ¿qué deseas?, ¿qué has soñado?
Cómo lograr que con gentil decoro
Baje, en sedosos rizos ordenado,
Sobre tus hombros tu cabello de oro,
Que hoy en revueltas ondas encrespadas,
Cubre, libre de peines y tijeras,
Tu frente y tus mejillas sonrosadas,
Como á un sauce sus ramas plañideras?

»Para calmar tus tétricos enojos,
¿Quieres el lirio espléndido que brilla,
Tan limpio y tan azul como tus ojos,
De los pozos de Irán junto á la orilla;
O el fruto de los árboles extraños
Cuya increíble magnitud asombra,
Y al corcel más veloz cuesta cien años
Salir trotando de su opaca sombra?

»¿Quieres el ave de la selva, el ave
De dulce canto y alas de colores,
Que deja atrás con su gorjeo suave,
Al sonoro rabel de los pastores?
¿Qué anhelas? ¿lirio azul, extraño fruto,
O ave canora de pintadas alas?»
El niño hermoso, de cabello hirsuto,
—«Dadme, nos contestó, pólvora y balas.»

EL MAR Y LA FUENTE

Gota á gota caía lentamente
Sobre las aguas de la mar sonoras
Desde las altas rocas una fuente.
Y le dijo la mar:—«Oh tú, que lloras
Esas líquidas perlas,
¿Para qué vienes sobre mí á verterlas?
¿Para qué he de quererte?
Enorme soy, inagotable, fuerte;
Acabo donde empieza el infinito.
¿Piensas quizás que yo te necesito?»

Y al mar dijo la fuente:
—«Lo que no tienes tú, lo que yo tengo,
Sin afán, sin rumor, modestamente,
¡Oh piélago profundo! á darte vengo.
En tus olas amargas y sombrías
No hay una gota pura y transparente,
Buena para beber, como las mías».

Longuellow

¡EXCELSIOR!

Negra descende la noche,
Y entre sombras y entre hielos
Pobre aldea de los Alpes
Cruza gallardo mancebo:
Enarbola una bandera;
La bandera dice: ¡*Excelsior!*

Su frente es pálida y triste;
Su mirar, lampo siniestro;
Su voz, cual clarín de plata,
Que hace resonar los ecos,
Repitiendo á todas horas
En extraño idioma: ¡*Excelsior!*

En apacibles hogueras
Brillar ve plácido fuego;
Arriba, cumbres nevadas,
Cual fantásticos espectros;
Y abre su labio un sollozo,
Y sigue gritando: ¡*Excelsior!*

—«Tente, le dice una hermosa;
La sien reclina en mi seno:
Descansa», y asoma el llanto
A sus ojos hechiceros.
Pero el doncel, sin mirarla,
Marcha suspirando: ¡*Excelsior!*

—«¡ Guárdate bien de las ramas
Que tronchó el rayo al abeto!
Guárdate, dice un anciano,
De traidores ventisqueros». Mas ya en la cima lejana
Oye resonar: ¡ *Excelsior!*

Al rayar la tarda aurora,
Cuando en pausado concierto
Los monjes de San Bernardo
Elevan á Dios sus ruegos,
Suenan una voz desgarrada
Que á lo lejos grita: ¡ *Excelsior!*

Corre el fiel can presuroso
Y en tumba de nieve envuelto
Halla al audaz caminante;
Y aún con sus crispados dedos
Ase la extraña bandera,
Donde estaba escrito: ¡ *Excelsior!*

Helado, inmóvil, sin vida,
Pero siempre noble y bello
Yace el animoso joven;
Y del alto firmamento
Voz dulcísima desciende:
¡ *Excelsior!* clamando, ¡ *Excelsior!*

Teófilo Gautier

EL OBELISCO DE LA PLAZA DE LA CONCORDIA

Desparejado obelisco,
En esta plaza me aburro,
Donde son lluvias y nieves
Plagas que continuas sufro.
A mi aguja, un sol de fuego
Dió resplandores purpúreos;
Hoy palideces nostálgicas
Le da un cielo gris y turbio.
¡Estuviera aún con mi hermano
Formando hermoso conjunto,
En la avenida de esfinges
Del regio templo de Lúxor!
¡Hundiera mi altiva cúspide
En el azul siempre puro,
Y con mi sombra en la arena
Marcara del sol el curso!

Rhamsés, como frágil caña,
Cayó mi tronco robusto;
Cual caprichoso juguete,
París me tomó por suyo;
Y aquí estoy, guardián granítico,
De enormidades y absurdos,
Entre un falso templo griego,
Partenón de nuevo cuño,
Y otro donde dictan leyes

Improvisados Licurgos.
Aquí se erigió el cadalso
De un rey, y en el mismo punto
A la luz doy mis arcanos
De monolito vetusto,
Que con el peso gravita
De cinco mil años justos.
Desvergonzados gorriones
Manchan, por mayor insulto,
Mi erguida cabeza, donde
En tiempos que eran mi orgullo,
El ibis, de alas rosadas,
Posaba el vuelo inseguro.
El Sena, albañal que nutren
Arroyos de cieno inmundos,
Baña mi pie, que besaba,
Dándole humilde tributo,
El Nilo enorme y sagrado,
De las aguas padre agosto,
Gigante de luengas barbas
Y de cabellos hirsutos,
Que orlan con guirnaldas húmedas
La flor del loto y los juncos,
Y que, de la urna volcada,
Entre raudales fecundos,
En lugar de renacuajos,
Cocodrilos echa al mundo.
Las carrozas faraónicas
De nácar y de oro fúlgido,
Mis fuertes flancos rozaron
Entre explosiones de júbilo,
Y hoy chocar contra ellos veo
Modesto coche de punto
Alquilado á toda prisa
Para llevarse al rey último.
Un tiempo, vi en largo séquito
Sacerdotes taciturnos
Llevando el sagrado Bari,

De las deidades trasunto,
Entre estandartes simbólicos
De misteriosos dibujos;
Hoy veo, pilar profano,
Que entre dos fuentes me encumbro,
En sus landós reclinadas
Cortesanas de alto rumbo;
Veo, de Enero á Diciembre,
Desfilár el burgués vulgo,
Yendo á la Cámara ufanos
Diputados cejijuntos,
Yendo al Bosque de Bolonia
Lindos Alfredos y Arturos.

¡ Oh, qué horribles esqueletos
Encerrará en sus sepulcros
Este pueblo irreligioso
Que en sus féretros y túmulos
Sin bálsamos ni vendajes
Tiende á sus pobres difuntos,
Sin sagrados hipogeos
Que los guarden incorruptos,
Y por siglos ordenadas,
Leguen al tiempo futuro,
Todas las generaciones
Que vivieron en el mundo!

¡ Tierra augusta y consagrada
De los misteriosos cultos
Y de los mal descifrados
Jeroglíficos oscuros!
¡ Tierra donde las esfinges
Yacen en reposo mudo,
Las fuertes garras clavando
En los pedestales duros;
Donde la cripta retumba
Bajo del suelo profundo;

Donde la torcaz paloma
Anida en los rotos muros;
Con lágrimas de granito,
Egipto, yo te saludo!

Alfredo de Musset

LUCÍA

«Un sauce en el cementerio
Plantaréis cuando yo muera.
Es su lloroso follaje
Simpático á mi tristeza,
Y en mi humilde sepultura,
Será su sombra ligera.»

Una noche de Abril, solos y juntos
Estábamos los dos. Al lado de ella
Me senté. Melancólica la frente
Inclinó sobre el clave, y por las teclas
De marfil deslizábase su mano,
Aun más blanca. Sonaba blanda y trémula
La vibración, como apacible brisa,
Que pausada los árboles moviera
Porque no despertasen en sus frondas
Los pájaros dormidos. Halagüeña
La dulzura, algo triste, de la noche
Gozosos percibíamos, disuelta
En el perfume de las flores suave.
Las encinas del parque soñolientas
Apenas se movían. Escuchábamos
El nocturno silencio. Medio abiertas
Las persianas, dejaban libre el paso
Al tibio ambiente enervador. Desierta
Estaba la campiña, mudo el viento,

Y ante el misterio de la noche excelsa,
Juntos los dos estábamos, y á solas,
¡Y contábamos quince primaveras!

A Lucía miré. Pálida y rubia,
¡Cuán hermosa la vi! Nunca más bellas
Las humanas pupilas contemplaron
La inmensidad de la celeste esfera,
Ni en espejo más claro reflejóse
Su azul sereno. La ideal belleza
De aquella niña me embargó el sentido.
Era mi único amor; pero quererla
Como á una hermana presumía, ¡tanto
Era cándido y puro todo en ella!
Callamos largo rato. Entre mis manos
Tenía yo su temblorosa diestra;
Por su límpida frente pensadora
Pasar veía sueños y quimeras;
Y al sentir sosegados mis latidos,
Comprendí cuánto alivian toda pena
La juventud del rostro y la del alma,
De ventura y de paz seguras prendas.
Brilló la luna en el augusto cielo,
Y en un cendal de luz la dejó envuelta;
Ella, viendo su imagen en mis ojos,
Cantó, sonriendo con sonrisa angélica.

.
.

¡Armonía! ¡Armonía! ¡Hija sagrada
De la aflicción! ¡Consoladora lengua
Del amor, que inventada por el genio,
Nos dió Italia, y que á Italia descendiera
Del alto cielo! ¡Idioma misterioso
Del corazón, el único que expresa
El pensamiento sin rasgar sus velos,
Ni exponerlo á miradas que le ofendan!

¿Quién sabe, quién, lo que comprende y dice
 Infantil virgen que al amor despierta,
 En tus suspiros armoniosos, tristes,
 Como su corazón, que los engendra,
 Y cual su dulce voz, halagadores
 Y penetrantes? Sorprenderse dejan
 Las lágrimas que asoman, y el relámpago
 De la pupila; en el misterio queda
 Lo demás para el mundo, cual los ecos
 De la noche, las olas y las selvas.

Estábamos los dos juntos y á solas.
 Miré á Lucía. Triste y plañidera,
 La romanza aún vibraba, estremeciendo
 Nuestras entrañas. La gentil cabeza
 Sobre mis hombros apoyó. ¿Sentías,
 Pobre niña, el gemido de Desdémona
 Dentro del tierno corazón? Llorabas.
 Triste dejaste que en tu boca ingenua
 Se posasen mis labios. ¡Fué mi beso
 Un beso dado á tu dolor! Serena
 Lo recibiste tú. Pálida y fría,
 Como yo te abracé la noche aquella,
 Poco después lleváronte á la tumba;
 Pálida, fría, marchitada y yerta,
 ¡Oh mi casto capullo! ¡Una sonrisa
 Tan dulce cual tu efímera existencia,
 Fué tu plácida muerte, y en la cuna
 A Dios fuiste devuelta!

.

«Un sauce en el cementerio
 Plantaréis cuando yo muera.
 Es su lloroso follaje
 Simpático á mi tristeza,
 Y en mi humilde sepultura,
 Será su sombra ligera.»

A PEPA

De noche, cuando en la muda
Alcoba te dice adiós
Tu madre, y medio desnuda
Te inclinas, Pepa, sin duda
Para encomendarte á Dios ;

En esas horas benditas
Que el infeliz busca y ama,
Cuando sin duelos ni cuitas,
La papalina te quitas
Y miras bajo la cama ;

Cuando el sueño halagador
Derrama sus sombras densas,
Y todo duerme alrededor,
Dime, Pepita, ¿en qué piensas?
Dime ¿en qué piensas, mi amor?

En la sublime heroína
De un drama, probablemente ;
En esa magia divina
Que la esperanza imagina,
Y la experiencia desmiente.

Acaso es un relamido
Galán, atento y rendido ;
Quizá, en pueriles visiones
De juguetes y bombones ;
¡ Tal vez en un buen marido !

¿En qué piensas, niña? Dí.
¿En tu ilusión adorada?
¿En el traje que hoy te vi?
¡Ay! quizás piensas en mí;
Quizás no piensas en nada.

Uhland

MACÍAS, EL ENAMORADO

Macías, á quien le llaman
Todos el Enamorado,
En la torre de Arjonilla
Por su amada está llorando.
Con un conde poderoso
A la fuerza la casaron;
Su trovador está lejos
En cárcel triste encerrado.
Tras los hierros de su reja
Canta su destino infausto;
Para escucharle, detienen
Los viandantes el paso.
Pliegos que llenó de coplas,
Arroja de cuando en cuando.

¿Repitió algún pasajero
Sus melancólicos cantos?
¿Los pliegos llenos de coplas,
Los vientos diseminaron?
Noticias tuvo su amada
De aquel penar tan amargo;
Su esposo, tenaz espía,
Lo observaba todo cauto.
—«Si está cautivo, decía,
¿Cómo me inspira cuidado?»

Un día toma sus armas,
Monta su mejor caballo;
A Granada se dirige,
Y sin tregua ni descanso,
De la torre de Arjonilla
Llega ante los muros altos.
Macías, tras de la reja,
Canta su amor contrariado,
Y al mismo tiempo la cítara
Pulsa con esperta mano.
Ya está sobre los estribos
Erguido el conde; ya el brazo
Su lanza impulsa; ya el hierro
En la torre ha penetrado;
Ya el buen Macías ha muerto,
Como los cisnes, cantando.

Seguro de su victoria
Marcha el conde. ¡ Triste engaño!
Murió el cantor que él odiaba,
Mas no murieron sus cantos.
Por toda la España vuelan,
Cual banda de alegres pájaros;
Cual trinos de ruiseñores,
Para todos suenan gratos;
Solamente para el conde
Son alaridos satánicos.
En medio de los festines
Le inspiran temores vagos;
Cuando duerme, le despiertan
Con horrible sobresalto.
En su jardín, en su alcázar,
En la calle, oye lejanos
Los gemidos de una cítara,
Y cual funerales cánticos
Las dulces y apasionadas
Coplas del Enamorado.

José Autram

A UNA CRIADA ANTIGUA

Estás bien ; no te vayas, no te muevas,
No te levantes del humilde asiento ;
La labor sigue que entre manos llevas
Junto al velón humoso y macilento.

Bañan mis ojos lágrimas al verte,
Mudo el labio, el espíritu en reposo,
La rueca hilar, contenta con tu suerte,
En este hogar tranquilo y silencioso.

Las obscuras virtudes que atesoras,
Modesta abnegación, bondad sencilla,
Dan á tus mustias sienes pensadoras
La vaga majestad que en ellas brilla.

Rugó el tiempo tu frente, y tu mirada
Luce sin alegrías ni reproches,
Como la triste lámpara velada
Que enciendes para mí todas las noches.

Al compás del reloj que los instantes
Cuenta, de la escalera en el rellano,
Vienes y vas con pasos vacilantes
Repitiendo tu esfuerzo cotidiano.

El trabajo es en ti santa costumbre ;
Nunca esperas que el alba te despierte ;
Tu alma dócil, la dura servidumbre
En ministerio del amor convierte.

¡ Esclava del hogar! ¡ Sierva sublime!
Tu ejemplo admiro y á la vez me apena;
La esclavitud tu voluntad no oprime;
Tu libre corazón sólo encadena.

La hermosa primavera de la vida,
Aquel tiempo feliz, pronto olvidado,
Al contemplar tu imagen bendecida
Surge del negro fondo del pasado.

¿ Recuerdas tú nuestra florida aurora,
Cuando, rompiendo en limpia carcajada,
La risa, sin cesar, franca y sonora,
Regocijó la paternal morada?

Estaba junta la familia: el padre
Y los hijos, dichosos; centinela
Alarmada y fatídica, la madre,
Porque siempre el amor teme y recela.

Tras las horas de estudio, atronadores
Tornaban nuestros juegos y alegrías,
Y no sin inquietudes y temores,
Haciendo tú calceta nos seguías.

Al correr caprichosos y alocados,
Tu ojo avizor por todos vigilaba;
Tenías de las madres los cuidados,
Pero su dulce orgullo te faltaba.

Desde entonces son tuyos nuestros goces,
Nuestras penas también; pero discreta,
La humildad de tu estado reconoces,
Y dicha ó aflicción, tienes secreta.

De cada fatal golpe, el eco triste
En tu fiel corazón mudo guardaste;
Tú, con la viuda, viuda te sentiste;
Huérfana con los huérfanos quedaste.

Cada vez que, aterrándonos, la muerte
Entraba en nuestro hogar, pálida y fría,
Tú fuiste quien veló, serena y fuerte,
Al que su último sueño ya dormía.

Del tiempo aquél, hundido en lo profundo,
Tú, pobre vieja, quedas solamente,
Cual venerable abuela, con un mundo
De trémulos recuerdos en la mente.

Esas memorias, para ti benditas,
Llevas del corazón en el sagrario,
Como flores que hallamos ya marchitas,
Pero aún perfuman el cerrado armario.

Te gusta hablar de los ancianos graves,
De los niños alegres y felices;
El cuarto en que nacieron, tú lo sabes;
La alcoba en que murieron, tú la dices.

Por eso conmovido te contemplo,
Turbada el alma, y húmedos los ojos,
Columna sola y última de un templo,
Del que restan no más tristes despojos.

De aquel pasado, que jamás olvido,
Del alma de mis padres, buena y santa,
Algo en ti queda, para mí querido,
Algo que me trastorna y que me encanta.

Cuando junto al hogar, con golpe seco
Suenan tus pasos en las duras losas,
Pienso ecuchar, estremecido, el eco
De aquellas lejanías venturosas.

¡Bendígote, mujer sencilla y grande,
Que no supiste odiar! Hasta la muerte
Sumisa y fiel, esperas que te mande,
Yo, que afanoso estoy de obedecerte.

Leconte de Lisle

UNA PUESTA DE SOL

En lejanas espléndidas riberas
Que blando besa el mar siempre en reposo,
Elevándose al cielo dos palmeras,
En él columpian su penacho airoso.

Como un nabab, que en siesta perezosa
El soñoliento espíritu regala,
Sobre la arena de color de rosa
Duerme á su sombra un tigre de Bengala.

Y como en el terrestre paraíso,
A los erguidos troncos, dos serpientes
Les dan, tornasolando el fugaz viso,
Espirales de luz resplandecientes.

En un golfo tranquilo, allí cercano,
Que selva secular orla á su antojo,
Un bizantino alcázar alza ufano
Sus torres, de ladrillo azul y rojo.

Negros cisnes, abriendo el ala obscura
A la caricia de las brisas grata,
Dan al agua movable bordadura
Al pie de la soberbia escalinata.

El horizonte es limpio, ilimitado;
Y no vibra en el claro firmamento
Nada más que el latir acompasado
De las palmas mecidas por el viento.

De pronto, sobre el cielo de Occidente,
Rok, el ave fantástica se eleva;
Arde en su pico el sol resplandeciente;
Haces de rayos en las garras lleva.

Desciende brillador sobre su pecho
El astro-rey, antorcha del espacio,
Entre un raudal, en chispas mil deshecho,
De oro y de fuego, de ámbar y topacio.

Sobre las leves nubes ondulantes,
Cual Niágara de luz, vierte sus ondas,
Y esparce entre relámpagos vibrantes
Rotos jirones de encendidas blondas.

Y allá en el septentrión, donde brumoso,
Extiende ya el ocaso su penumbra,
Yérguese Orión, el lóbrego coloso,
Y sus miembros atléticos encumbra.

Certero cazador, el arco tiende
Con diestra audaz; dos pasos se adelanta,
La silbadora flecha el aire hiende
Y al ave Rok traspasa la garganta.

El ave Rok, las alas sacudiendo,
Baja rodando al mar, como una tromba,
Cae desplomado el sol, y al choque horrendo
Su disco estalla cual abierta bomba.

En volutas de luz la inmensa hoguera
Hasta el cenit sus ráfagas envía,
Y al punto vuelven de la azul esfera
En lluvia torrencial de pedrería.

El fúlgido raudal, en lontananza
Cubre la tierra de inflamada alfombra,
Y una última explosión al viento lanza
Torbellinos de púrpura y de sombra.

La noche, apoderándose del cielo,
Entenebrece su ámbito profundo,
Y su manto de negro terciopelo
Cubre la muda soledad del mundo.

Baudelaire

ELEVACION

Sobre valles, vergeles y praderas,
Sobre las escarpadas cordilleras,
Sobre los lagos, sobre el mar sonoro,
Sobre las nubes y los astros de oro,
Más allá de los límites del cielo,
Más allá de las últimas esferas,
Extiende audaz mi espíritu su vuelo.
Y cual buen nadador, que sin recelo
Se abandona al vaivén que lo acaricia,
Surca tranquilamente
La inmensidad con varonil delicia.

Alma mía doliente,
Deja detrás el corrompido ambiente;
Sube á purificarte á las alturas;
Bebe la luz, en ellas extendida,
Cual divino licor de linfas puras.
¡ Feliz aquel que, de la triste vida,
De brumas siempre llena,
Con las alas del águila atrevida,
Logra volar á la región serena!
¡ Feliz quien su exaltado pensamiento
Todos los días, al brillar la aurora,
Eleva al firmamento,
Cual matinal alondra voladora,

Y al cernerse entre claros resplandores,
Comprende sin esfuerzos y sin dudas
El misterioso idioma de las flores
Y de las cosas mudas!

PAISAJE

Para componer mis églogas
Sin que las salpique el cieno,
Vivir de tejas arriba,
Como un astrólogo, quiero.
Vecino de las campanas,
Escucho, como entre sueños,
Los sonoros y solemnes
Himnos que lanzan al viento.
La barba hundida en las manos,
Desde mi ventana veo
Los talleres rumorosos,
De coplas y charlas llenos,
Las erguidas chimeneas,
Los campanarios soberbios
(Que si París fuese un buque,
Sus mástiles fueran ellos),
Y allá arriba en lo más alto,
Los ilimitados cielos,
Que á la eternidad remontan
El medroso pensamiento.

¡Cuánto me agrada, al ocaso,
Ver encenderse, á lo lejos,
La lámpara en la guardilla,
La estrella en el firmamento,
Y la luna, que derrama
Su luz, propicia al misterio!
Veré aquí la primavera,
El verano ardiente y seco;

Veré el otoño brumoso;
Y cuando venga el invierno
Con sus monótonas nieves
Y sus despiadados hielos,
Puertas juntaré y ventanas,
Atrancaré bien mi encierro,
Para elevar entre sombras
Mis alcázares quiméricos.
Volveré á ver horizontes
Azulados y risueños;
Veré jardines floridos,
Veré surtidores frescos,
Que lloran lluvia de lágrimas
Sobre el mármol blanco y terso;
Veré pájaros cantando
Día y noche; veré besos...
Cuanto el dulce idilio tiene
De más pueril y más tierno.
En vano el motín odioso
Hará temblar con su estruendo
Mis vidrieras; del pupitre
No levantaré por eso
La cabeza, ensimismado
En los dulces embelesos
De evocar la Primavera
A medida del deseo,
De hacer surgir en mi alma
Creadora un sol espléndido,
Y aspirar la tibia atmósfera
De mis cálidos ensueños.

Enrique Heine

LORELEY

Estoy triste, muy triste, sin que entienda
La razón ni el por qué.
Fija tengo en la mente una leyenda
Que en la infancia escuché.

Era frío el crepúsculo; rodaba
Tranquilo el Rhin; el sol
Las cúspides remotas alumbraba
Con su último arrebol.

Allá, en la cima, en trono diamantino,
En fúlgido sitial,
Peinaba sus cabellos de oro fino
Doncella celestial.

Peinábanlos con peine también de oro,
Cantando una canción,
Cuyo eco singular, triste y sonoro,
Turbaba el corazón.

Surcó un barquero la corriente undosa;
Oyó el dulce cantar,
Y contemplando á la doncella hermosa,
Fué en el escollo á dar.

Tragó el río la barca y el barquero,
Y esa tirana ley
Sufre siempre quien oye el lisonjero
Cantar de Loreley.

ENSUEÑO

Todas las noches en feliz ensueño
Hermosa y melancólica te miro;
Tú me sonríes y con loco empeño
Me prosterno á tus pies, lloro y suspiro.

Contemplas dolorida mi quebranto,
Doblas después la cabecita rubia,
Y las divinas perlas de tu llanto
Los ojos vierten en copiosa lluvia.

Y me das de ciprés rama siniestra,
Y una palabra dejas en mi oído;
Y despierto azorado, y en la diestra
Falta la rama, y la palabra olvido.

MIS CANCIONES

¡ Están emponzoñadas mis canciones!
¿ No lo han de estar, mi amor?
Tú mataste mis dulces ilusiones
Con tósigo traidor.

¡ Mis canciones están emponzoñadas!
¿ No lo han de estar, mi bien?
Llevo en el alma sierpes enroscadas;
Te llevo á ti también.

EL MENSAJE

—«Paje, ensilla mi alazán,
Monta en él con vivo afán,
Y corre sin detenerte
Hasta el magnífico y fuerte
Castillo del rey Duncán.

»Escóndete en un rincón
De cualquier camaranchón,
Y dí á un mozo, de pasada;
—*Dos las hijas del rey son,*
¿De ellas, cuál la desposada?

»Si te contesta—¡ojalá!—
La morena, vuelve acá,
Vuelve pronto, en són de fiesta;
Si *la rubia*, te contesta,
Entonces, no hay prisa ya.

»Vuelve, más pide primero
Una sogá al cordelero,
Y después—¡la pena me ahoga!—
Triste y mudo mensajero,
Ven y dame aquella sogá.»

Teodoro de Banville

PENTESILEA

Cuando sintió por la tremenda herida
Escapársele sangre, vida y alma,
Al cielo dirigió Pentesilea
Los fieros ojos, que encendió la audacia,
Y los cerró por siempre. Los guerreros,
Sosteniendo su frente altiva y pálida,
A la tienda de Aquiles la llevaron.
Desprendiéronle el casco en que ondulaba
Aún el penacho que en la lid el viento
Sacudía gallardo; la coraza
Quitáronle también, y tan purpúrea
Como brilla, al abrir una granada,
Su rojo fondo, apareció en el blanco
Femenil seno la espantosa llaga.
En sus labios la cólera aún hervía;
Y como en espumosa catarata
El desbordado río se despeña,
Así sobre sus hombros y su espalda,
Cayó en revueltos bucles esparcida,
Su negra cabellera ensangrentada.

Clavó adusto en su víctima los ojos
El matador; mas pronto pena amarga
Le ablandó el corazón, y compasivo
Admiró á la guerrera de las largas
Crenchas flotantes, que á ningún esposo

Acarició jamás, y que igualaba
En beldad á las diosas. De repente
Rompió á llorar. La convulsión volcánica
Duró, de sus sollozos, largo rato;
Largo rato el diluvio de sus lágrimas
En la frente cayó de la amazona,
Cual lluvia torrencial que un lirio baña.

Aquellos que surcando el mar estéril,
Para batir á Ilión, la que resguardan
Cien torres, en la flota acompañaron
Al invencible Aquiles, las entrañas
Sintieron de terror estremecerse
Al ver llorar á quien jamás llorara.
Sólo Tersites, jorobado y cojo,
A quien orlan no más la frente calva
Cabellos rasos cual silvestres hierbas,
Con lengua de escorpión estas palabras
Al héroe dirigió:—«De nuestros jefes,
Esa mujer audaz dió muerte infausta
A los mejores. Las aqueas huestes,
Hizo retroceder hasta la escuadra,
Y arrojaron sus flechas á la Estigia
Tantos gerreros nuestros como arrastra
Desatado huracán hojas marchitas.
¡Y tú gimes, cobarde, como brama
El cervatillo temeroso, y lloras
A esa mujer con femeniles lágrimas!»

Escuchó Aquiles el horrible ultraje,
Y despertó con la espantosa rabia
Del león que en las líbicas arenas
Siente de pronto el aguijón que clava
Maligno insecto en la sangrienta herida.
Miró al bufón monstruoso cara á cara,
Alzó el puño cerrado, y en su cráneo
Lo desplomó como terrible maza.

Murió Tersites: su cabeza floja
Abrióse, en cien pedazos destrozada,
Como vasija que al salir del horno
Disgusta al alfarero, que arrojándola
Airado contra el muro, le hace añicos;
Y como el buey, cuya testuz quebranta
Golpe mortal, el mofador, exánime
Rodó por tierra. Con crecientes ansias,
A la muerta amazona contemplando,
El noble Aquiles sin cesar lloraba.

Carducci

LA LEYENDA DE TEODORICO

El castillo de Verona
Bate el sol con vivos rayos ;
El són del cuerno retumba
En el valle solitario.
El Adigio caudaloso
Corre por los verdes prados ;
El rey godo Teodorico,
Triste y viejo, toma el baño.

Recuerda cuando fué á Tulna
De Crimilde enamorado,
Y la sala del banquete
Se trocó en guerrero campo ;
Cuando en la doncella hermosa
Clavó su espada Hildebrando,
Y de la fúnebre fiesta
Sólo él volvió libre y salvo.

Contempla el sol fulgurante,
Contempla el Adigio claro,
Contempla el halcón doméstico
De la torre en lo más alto ;
Las montañas, ruda escuela
De sus juveniles años,
Y las fértiles llanuras
Que sus armas conquistaron.

La voz súbita de un paje
Suena fuera de los claustros:
—«¡ Señor, un ciervo hermosísimo!
Otro no hay que valga tanto:
Son de acero sus pezuñas,
De oro sus cuernos gallardos».
El rey, cazador intrépido,
Sale del agua en un salto.

—«Mis perros, mi javalina,
Mi daga», pide gritando.
La sábana que lo envuelve
Toma por túnica y manto.
Los pajes le siguen; huye
La res como sér fantástico.
Junto al monarca de pronto,
Relincha negro caballo.

Es negro como los cuervos;
Sus ojos, como relámpagos;
El arzón bien puesto lleva;
Monta el rey ágil y rápido.
Miedo sienten sus lebreles,
Lanzan ladridos extraños,
Contemplan al rey dudosos
Y dejan marchar á su amo.

Entonces, el corcel negro
Sale á escape, como un dardo;
Lejos de todo sendero
Vuela, subiendo y bajando.
Anda que andarás, frenético,
Montes atraviesa y llanos;
Apearse el rey quisiera,
Pero no puede pararlo.

Seguíale un escudero,
El más fiel y el más anciano,

Lanzando entre aquellos riscos
Clamores desesperados.

—«Oh noble rey de los godos,
Te seguí en tus días faustos,
Te seguí en tus malandanzas;
Pero nunca corrí tanto.

»Teodorico de Verona,
¿Dónde vas desenfrenado?
¿Volverás á tu castillo,
Donde te están esperando?
—Mal corcel me tocó en suerte;
Bestia pésima cabalgo.
No más la Virgen María,
Si he de volver, sabe cuándo.»

Tiene la Virgen María
En el cielo otros cuidados:
Tiende sus velos azules
A los mártires, que impávidos
Dieron á la fe y la patria
Sus vidas en holocausto;
Y Dios fulgura su cólera
Sobre el monarca tiránico.

Anda que andarás: el potro
Pasa riscos y peñascos;
En la noche se sumerge,
Se encabrita hacia los astros.
El dorso del Apenino
Se alza entre sombras cercano;
Y cuando el día alborea,
Ruge la mar allá abajo.

A Lípari ved, en donde
Guarda su fragua Vulcano.
¡Cuál truena y relampaguea
El fuego oculto en sus antros!

Al llegar el corcel negro,
Un relincho desgarrado
Lanza al cielo, y en el cráter
Abisma al jinete infausto.

De la costa calabresa
¿Qué surge en los cerros ásperos?
No es el sol, es ancha frente
Que ciñen cabellos blancos.
Es un rostro en que sonríen
Martirio y esplendor santos;
Es el rostro de Boécio,
El gran senador romano.

Sully-Prudhomme

MI PROMETIDA

La esposa, la adorable compañera
Destinada á llenar el alma mía,
Sé que ha nacido ya, sé que me espera;
Pero no la conozco todavía.
Su vida ciñen en angosta esfera
El deber y la edad. Es su morada
Un cuartito muy fresco y aliñado,
Y allí da sus lecciones aplicada,
Sin perderla su madre de su lado.

Seguid esa tarea meritoria,
Habladle mucho, oh madre, del Dios bueno
Y de todos los santos de la gloria.
Hacédmela creyente convencida,
Y cuando oiga sonar el primer trueno,
Encienda la candela bendecida.
Quiero que sea grave y recogida;
Cuanto más dulce y fiel, más me acomoda.
Yo, para defenderla—¡ esa es mi palma!—
Tengo mi sangre toda;
Para amarla y servirla, toda el alma.

¡ Prometida invisible! Ya te adoro
En tu retiro oculto,
Y ante el ara nupcial te rindo culto.
De todo tu pasado soy el dueño,

Aunque tu nombre ignoro.
Mis ojos no te ven, te ve mi ensueño,
Y en quererte y mimarte pongo empeño.
—«¿Qué es lo que quieres? ¡Tómalo, bien mío!
Hoy abrigate bien. Deja que abroche
Tu ropón... Hace frío;
Es tarde: no salgamos esta noche».
Por probar que eres mía, tengo antojos
De amo y señor á veces, y fingiendo
Malhumor, cariñoso te reprendo;
Mas, si arranco una lágrima á tus ojos,
Pidiéndote perdón, caigo de hinojos.

En el verano, á la hora en que desmaya
El sol, y á su crepúsculo declina,
Con traje de ligera muselina,
Te sentarás en la remota playa,
Porque no hay cosa alguna
Para el esposo nuevo placentera,
Como llevar la hermosa compañera
A gozar libre y lejos su fortuna.

¡Y pensar que mi vida
Está en desierta soledad sumida!
¡Y que quizás hoy mismo, entre la gente
Que pasa ante mi vista indiferente,
Brillen sus ojos de celeste lumbre,
Y que yo no los vea y nuevamente
La arrastre la confusa muchedumbre!
Acaso la vi ya, la encontré bella,
Y al pasar exclamé: «¡Gentil doncella!»
Tal vez vayamos por la misma vía,
Y á pesar de mi anhelo delirante,
Sin vernos ni encontrarnos todavía,
Vamos, ella detrás y yo delante.
Y tal vez nada valga que algún día
Se cruce con su ruta mi sendero,
Porque ¿quién se propasa,

Cuando una virgen por su lado pasa,
Para decirle audaz:—«Sois la que espero?»
Yo sé cuánto es penosa
Esa declaración. En mi camino
Encontré una mujer dulce y hermosa;
Creí que mi destino
La esposa prometida me enviaba,
Y exclamé con aliento soberano:
«¡ Sois vos! ¡ Sois vos!» Sin duda me engañaba,
Pues retiró la mano.
Desde entonces, callada, el alma mía
Contiene su ansiedad, y á Dios, que envía
Para el dulce himeno de las flores
El céfiro ó la ráfaga, confía
Dar la nupcial corona á mis amores.
A no ser que la muerte pavorosa
Que nuestros planes trunca,
Me haya robado, aún niña candorosa,
La que naciera para ser mi esposa,
Y no habré visto nunca.

EL BÚCARO ROTO

El búcaro en que muere esa flor pura,
Un golpe de abanico lo quebró;
Y tan ligera fué la rozadura,
Que ni el más leve ruido se advirtió.

Pero la breve, imperceptible grieta,
Con marcha lenta y precisión fatal,
Prosiguiendo tenaz su obra secreta,
Rodó todo el circuito del cristal.

El agua fué cayendo gota á gota,
Y la espléndida flor marchita veis;
Aunque nadie lo sabe ni lo nota,
Roto el búcaro está: ¡no lo toquéis!

Así, á veces, la mano más querida
Nos roza sutilmente el corazón,
Y lenta se abre su secreta herida,
Y se mustia la flor de su ilusión.

Todos lo juzgan sano, entero, fuerte;
Mas la oculta lesión creciendo va.
Nadie su mal desconocido advierte;
Pero no lo toquéis: ¡roto está ya!

Ernesto de Hervilly

EN EL JARDIN

Las cinco. Me levanto;
Salgo al jardín: ¡qué plácida frescura!
¡Qué grata soledad!, ¡qué dulce encanto!,
¡Qué paz tan deliciosa y tan segura!
Surgió ya la mañana;
Pero ningún vecino todavía
Se asoma inoportuno á la ventana.
El sol su primer rayo nos envía,
Y caprichoso encaje
De luz borda en el húmedo follaje.
Todo es hermoso y puro. Clavo ansiosa
La vista en una rosa,
Que sin temor ni agravios
Coquetuela á la vez y candorosa,
Ofréceme á través de la enramada,
Recién abiertos sus carmíneos labios.
Me acerco y la corola delicada
Para mí exhala su exquisita esencia.
Avergonzado pienso, y confundido,
Que por el mero azar de mi presencia
El virginal tributo he recibido;
Que con premio sobrado
Pagada está mi matinal visita,
Y, todo colorado,
Le digo: «Usted perdone, señorita».

Goppée

PARA NO ENVEJECER

¿Sabes, oh mi adorada y hermosa compañera,
Que dura ya diez años nuestro constante amor,
Y que ésta, de la vida, triste ó feliz carrera,
Seguirla no podría, si el peso no sintiera
Del brazo con que buscas mi brazo protector?

Tu indefinible encanto, dulce tirana mía,
Por siempre á tus antojos esclavizó mi ser,
Desde aquel venturoso é inolvidable día
En que nuestras sonrisas de amor y de alegría
Uniéronse en un beso de arrobador placer.

Aunque anhelaba ansioso la dicha que poseo,
Efímero ser pudo su goce embriagador;
Caprichos momentáneos siembra el fugaz deseo;
Mas ¡ay! ¡cuán pocas veces del loco devaneo
Brotó la flor perpetua del verdadero amor!

Sabíamos cuán fácil surge el ingrato olvido;
Los rápidos adioses los conocimos bien.
«Por siempre», para mí era vocablo sin sentido;
«Este amor tan dichoso, tan bien correspondido,
Acabará mañana», pensabas tú también.

En nuestros corazones ardieron otras llamas;
Pero un fuego más vivo purificólas ya.

Es nuestro amor, cual nido de pájaro en las ramas:
De míseros despojos, que unieron nuevas tramas,
De pluma suelta y pajas marchitas, hecho está.

Con atención continua, con cariñoso anhelo,
Sobre él velamos siempre solícitos tú y yo.
Pero en los días tristes, cuando se nubla el cielo,
Pienso, con silencioso y amargo desconsuelo,
Que demasiado aquesta felicidad tardó.

Bien lo ves: envejezco, mi amor. Por la pendiente
Que al borde de la fosa nos lleva lentamente,
Con pie cansado y débil voy resbalando ya.
Mira: el sañudo invierno, sobre mi mustia frente
Vertió un copo de nieve, que no se deshará.

Y tú, la siempre hermosa, que embargas mis sentidos,
Ya no eres niña tierna, ni pimpollito en flor.
Desde que en red de amores fuimos los dos prendidos,
Pasaron ya diez años, diez años bien cumplidos;
Cuéntalos con los dedos, y los verás mejor.

Mas si pasión constante nos da goces supremos,
Si tan felices somos, ¿qué importa envejecer?
El uno para el otro, ser jóvenes podemos,
Y alcanzar de la dicha los límites extremos,
Amándonos mañana más y mejor que ayer.

¿Ves esos dos esposos, decrépitos amantes,
Risueños, mudo el labio, tranquilo el corazón?
No se separan nunca. Contempla sus semblantes
Y observarás en ellos facciones semejantes:
A fuerza de estar juntos, ya casi iguales son.

Cual ellos, descendamos también, prenda querida,
La rápida corriente que nunca vuelve atrás;
No nos separen nunca los trances de la vida;
Y así, aunque envejezcamos, pareja siempre unida,
Ni yo podré notarlo, ni tú lo notarás.

De nuestro fiel cariño será la merced ésta.
Como lozanas flores de sempiterno Abril,
En las almas constantes amor se manifiesta;
Sonrisas juveniles al labio helado presta,
Y á los cansados ojos viveza juvenil.

La pasión en las almas, de las que fué señora,
Guarda en el fondo siempre la chispa abrasadora,
Cual ascua aún encendida del apagado hogar;
Y la costumbre, buena y honrada servidora,
Nunca entre las cenizas la dejará apagar.

Ultimas golondrinas de nuestras primaveras
Serán ¡ay! los recuerdos de una época mejor;
Y á la vejez odiosa pondrémosle barreras,
Queriéndonos por siempre, queriéndonos de veras,
¡Oh vida de mi vida!, ¡oh reina de mi amor!

RECUERDOS DE DINAMARCA

(A la princesa D...)

En silencioso parque escandinavo
De abetos siempre verdes, donde el cierzo
Sobre terraza espléndida, las flores
Azota y dobla en los marmóreos tiestos,
Una virgen bellísima, de añoso
Tronco augusto y real vástago nuevo,
Blanca y gentil princesa, de ojos claros,
Tranquila, inmóvil, en el jaspe terso
Del artístico alféizar apoyada,
Mira el azul del Báltico á lo lejos.
Su traje de satén es como nieve,
Y orlan su hermosa faz blondos cabellos
De aquel rubio ideal, áurea corona
De juveniles frentes bajo el cielo
Del Norte. Está de pie; ciñen su talle
Y á tierra bajan rígidos los gruesos
Pliegues de su vestido. Es cual fantasma
De una reina encantada. Ni arde fuego,
Ni hay, en sus ojos, luz. Parece un lirio
Al tibio sol de media noche abierto.

Allá, en el tiempo aquel en que vagaba
Por las islas danesas, conoceros,
Princesa, no logré: mas vuestro nombre,
Repetido por todos (y que quiero
Callar aquí) mi espíritu agitaba
Con doloroso afán. Enojo y tedio
Mi obscura estirpe me causaba entonces,

Y aún hoy (¡cuán loco!) al recordaros pienso,
En amores reales, é imagino
Ser vuestro ilustre prometido. Llego
Del país de las nieves y los cisnes,
Y me reciben con honores regios.
Príncipe soy, un czarevitch muy rubio,
Adolescente, casi niño. Al pecho
La gran placa prendí del Elefante
Como agasajo á vuestro padre. Y vengo
A pedir vuestra mano. No gastamos
Enfadados preámbulos. Dispuesto
Por los embajadores está todo;
Y cuando llega el crítico momento,
La escuadra rusa y la danesa flota
Empavesan sus mástiles á un tiempo;
Son cien estrepitosos cañonazos
El madrigal cantado en nuestro obsequio,
E izadas á la vez nuestras banderas,
Brillan las dos unidas en el cielo.
¡Perdonad! Fuí modesto caminante
Que ignorado pasó. Ni pude veros,
Ni me visteis tampoco. No pensasteis
Que toda una mañana con pie incierto,
Un turista poeta, divagando
Por vuestro parque silencioso, en sueños
De exquisita ilusión, os evocaba.
Nunca, nunca sabréis con qué embeleso
Os vió pálida y rubia, última Ofelia,
Y cuál brillaban, claros y serenos,
Vuestros ojos cerúleos, contemplando
Azulear el Báltico á lo lejos.

Gátulo Mendes

EL LEON

—«Cristiana soy», en el pretorio dijo
Con fe santa y sereno regocijo,
Y doblar la rodilla
No quiso, ni cumplir los ritos sacros,
Ante los impasibles simulacros
De duro palo ó de grosera arcilla.
Aplicando el pretor leyes severas,
La condenó al suplicio de las fieras;
Y como era doncella muy hermosa
Y bajaba la frente avergonzada,
Al ver que fijó en ella, codiciosa,
El juzgador la lúbrica mirada,
Aquel infame, sin guardar respeto
Al rubor que la escuda,
Añadió á su tiránico decreto:
—«Vaya al Circo desnuda.»

Desnuda, con su casta cabellera
Cubriendo el albo seno, entra ligera
En el Circo. Al momento,
Sale un león en rápida carrera
De su cubil, indómito y hambriento,
Y olfatea su presa jadeante.
El pueblo, sin alarmas ni congojas,
Con insensatos celos ve delante
La blanca virgen de las fauces rojas,

Y arde en su rostro arisco
La lujuria del beso ó del mordisco.
Ella sujeta siempre sus cabellos
Para velar su desnudez con ellos ;
La fiera las quijadas
Abre, por el furor desencajadas ;
La cristiana—«¡ León!» dulce murmura,
Y él, al oír su voz tímida y pura,
En el suelo se tiende ante la bella,
Tranquilo, sin soberbia, sin enojos,
Y como está desnuda la doncella,
Púdicos cierra los audaces ojos.

EL NIÑO Y LA ESTRELLA

. En el fondo de un cubo de agua clara
Un niño vió una estrella rutilante ;
Tan pequeña la vió cual si brillara
Entre diáfanos velos un diamante.

—«Dadme esa hermosa estrella, madre mía»,
Dijo, y al punto en los maternos brazos,
Rompió á llorar con pertinaz porfía,
Y su polichinela hizo pedazos.

Víctor Hugo pasaba ; la querella
Oyó, miró al infante con cariño,
Y piadoso exclamó:—«¿ Por qué la estrella
No se la dais, buena mujer, al niño?

—Se la diera, señor, de buena gana,
Si cogerla pudiese el brazo nuestro,
Como las flores que hay en mi ventana.
—Veremos ; aguardad», dijo el Maestro.

Dirigióse al buen Dios que allá en la cumbre
Del cielo azul su trono tiene fijo
En regio alcázar de perpetua lumbre.
—«Quiero una estrella ; ¿ me la dais?», le dijo.

Dios contestó:—«Servirte no podría
Sin sufrir inquietudes y desvelos.
No hay astro innecesario en la armonía
Del concertado coro de los cielos».

Y repuso el Maestro, que en la ciencia
De los sonidos es doctor profundo:
—«Nadie de ese astro notará la ausencia
En la caja de música del mundo.

»Y es para un niño débil é inocente.
—¿Me lo devolverá?—Seguro.—¿Intacto?
—Yo respondo». Y el astro refulgente
Víctor Hugo cogió tras aquel pacto.

Lo entregó al pequeñuelo caprichoso
Diciendo:—«Aquí lo tienes», y al oído
Le añadió con acento cariñoso;
—«Y si lo rompes tú, di que yo he sido».

Verlaine

MI SUEÑO FAMILIAR

Tengo á menudo un sueño lisonjero,
Encanto de mi vida,
Sueño de una mujer desconocida
Que me ama tanto como yo la quiero.
En su visión frecuente
No es la misma; tampoco es diferente.
Sólo para ella es cristalina mi alma;
Ella, no más, sus tempestades calma
Con el blando rocío de su lloro.
¿Es rubia ó es morena? Yo lo ignoro.
¿Su nombre? No lo sé; pero adivino
Que es tan dulce y sonoro
Como el nombre adorable de la amada
Que al constante amador robó el destino.
Es cual la de una estatua su mirada,
Y su voz, grave, trémula, pausada,
La voz recuerda que nos fué querida
Y está ya para siempre enmudecida.

CANSANCIO

¡ Dulzura, más dulzura, y más dulzura!
Tu transporte febril, oh hermosa, calma;
Sienta bien á la amante muchas veces
La ternura tranquila de una hermana.
Sean arrulladoras tus caricias,
Blando tu aliento, dulce tu mirada;
Más que el abrazo loco y delirante,
Vale un beso sin fin, que nos engaña.
Pero tu tierno y fiel corazón de oro,
Tú me lo dices, la pasión inflama...
¡ Desoye á esa vil pécora! La frente
Sobre mi frente pon; tu mano enlaza
Con mi mano; repite el juramento
De eterno amor, que romperás mañana,
¡ Y hasta que luzca el día respiremos,
Mi fogosilla incauta!

PASEO SENTIMENTAL

Sus resplandores supremos
El crepúsculo irradiaba,
Y los pálidos nenúfares
Movían sus frescas ráfagas,
Los nenúfares siniestros
Que entre las flexibles cañas
Trémulos resplandecían
Sobre las dormidas aguas.
Yo iba solo, errante, triste
Con mis penas y mis ansias,
A lo largo del estanque
Entre sauces y espadañas,
Donde la bruma indecisa
Fingía enorme fantasma,
Tétrico, desesperado,
Que gemía y que lloraba
Con la voz de las cercetas
Que, sacudiendo las alas,
Llamábanse dando gritos
Entre sauces y espadañas,
Donde yo iba solo y triste
Con mis penas y mis ansias.
Y el sudario de la sombra
Cubrió con sus negras gasas
Los supremos resplandores
Del día que agonizaba,
Y los nenúfares pálidos
Que entre las flexibles cañas
Siniestros resplandecían
Sobre las dormidas aguas.

Aicart

LA ALBORADA

A ti, hermosa Margarita,
Te cantaré esta alborada.
El tamboril ya palpita.
Escúchala, prenda amada.

—Siempre es igual tu canción;
¡No la puedo soportar!
Si su aborrecido són
No cesa, me arrojo al mar.

—No, con tan fiero desdén,
Podrás escapar de mí.
Me echaré á nado también
Y te traeré pronto aquí.

—Por tu amenaza, intranquila
No estoy, nadador ufano;
Me convertiré en anguila
Y resbalaré en tu mano.

—Burla, niña picaresca,
La anguila al buen nadador;
Pero el pescador la pesca,
Y yo seré pescador.

—Agua pura de una fuente,
Seré, que corriendo va.

—Cauce yo, que á la corriente
Dulce lecho siempre da.

—Seré yo rosa bermeja
Que brilla en jardín ameno.

—Yo seré entonces la abeja
Para dormir en tu seno.

—Seré estrella...—Y yo la nube
Gasa sutil y flotante
Que hasta el astro de oro sube
Para velar su semblante.

—Aunque posible eso fuera,
Inútil será tu intento,
Yo seré una monja austera,
Encerrada en el convento.

—Para mi afán temerario
Es inútil precaución;
Yo seré el padre vicario
Y te oiré en confesión.

—No importa que abra la puerta
De mi celda el capellán;
Yo seré una pobre muerta;
Las monjas me llorarán.

—Muerta, no podrás huir;
Yo seré la tierra fría,
Y te habrá de recibir,
Y serás por siempre mía.

—Ya en tu voz no encuentro agravios;
Me ha conmovido tu amor.
Estampa un beso en mis labios
Y tú serás mi amador.

Riehepin

AL AMOR DE LA LUMBRE

El invierno pasado ; cuánto fué crudo!
Nadie de sus rigores librarse pudo ;
Pero un sol encendía nuestro aposento:
El amor que nos daba vida y contento.
; Cuán bien nos defendieron de las heladas
Las paredes, de besos todas guatadas!
Los témpanos polares en viva hoguera
Nuestro más leve soplo los convirtiera.
Mirábamos gozosos en los cristales
Las hojas y las flores, jamás iguales,
Que siguiendo del frío la crüel marcha
En jardines de hielo finge la escarcha.
Mirábamos el triste campo desierto
Por sudario de nieve siempre cubierto ;
Y esa impresión penosa crecer hacía
Con egoístas goces nuestra alegría.

Del país nebuloso de los catarros,
Tosiendo y escupiendo, pisando barro,
Venía, dando tumbos, el viejo Enero,
Vertiendo el agua á chorros capa y sombrero,
Y los perros hambrientos, enronquecidos,
Le servían de heraldos con sus aullidos.
Le aguardamos riendo tras la ventana,
Y cuando nos tiraba copos de lana,
Le decíamos:—«Entra, picaronazo ;

Ya verás si te espera flojo bromazo.
Tus narizotas, rojas como un pimiento,
Se desharán al fuego de nuestro aliento».

Y hasta que el sol brillante de primavera
Traspasó con luz áurea nuestra vidriera,
Liquidando la nieve y el hielo en torno,
Estuvimos tranquilos en aquel horno,
Bien apelotonados y bien felices
Como en nido de plumas dos codornices.

Guy de Maupassant

LAS OCAS

Todo está lóbrego y mudo;
Ni un solo pájaro se oye;
Blancos, bajo el cielo opaco,
Se extienden campos y bosques,
Y no más los negros cuervos,
De su presa buscadores,
Hincando el pico en la nieve
Aquella blancura rompen.
De pronto, clamor confuso
Se oye allá en el horizonte,
Y se acerca, viene y llega
Con bruscas palpitaciones.
Es la tribu de las ocas
Que cual dardos voladores,
Alargando el cuello flaco,
Rasgan el aire veloces,
Azotándolo ruidosas
Con precipitados golpes.
La que las guía, cruzando
Mares, llanuras y montes,
Para que aviven la marcha,
Para que el vuelo redoblen,
Arroja de vez en cuando
Un graznido desacorde.

La volátil caravana,
Como cinta suelta y doble,

Ondulando va en el aire,
Y se despliega y se encoge,
Y ensancha el extenso triángulo,
Que jamás se descompone.
Mientras, sus pobres hermanas
Con paso trémulo y torpe,
Por el frío entumecidas,
Los anchos prados recorren;
Niño harapiento las guía,
Y van, á su imperio dóciles,
Meciéndose cual si fueran
Pesadas embarcaciones.
De la voladora tribu
Oyen los agrios clamores;
Yerguen la cabeza, miran
Al cielo; absortas é inmóviles
Las ven pasar y perderse
Entre las nieblas. Entonces
Quieren seguirlas, y en vano
Sus alas flojas y pobres
Agitan. Desesperadas,
Oyendo de aquellas voces
El reclamo, despertarse
Sienten, al tremendo choque,
La libertad primitiva
Dormida en sus corazones,
Y la fiebre del espacio
Y de otros climas mejores.
Sobre la nieve aturcidas.
Marchan sin saber á dónde,
Y lanzando como locas,
Sus gritos desgarradores,
A las libres compañeras
Largo tiempo les responden.

Bourget

TARDE DE VERANO

El cielo de poniente
Brillaba claro, limpio, transparente;
Resplandecía trémula una estrella.
Tus ojos llenos de risueña calma,
Dejaban ver el fondo de tu alma
Tranquila, dulce y bella.
Cruzábamos los dos con paso incierto
Tu reducido huerto:
Al apoyar tu brazo sobre el mío,
Sentía un delicioso escalofrío;
Y que estábamos solos en el mundo
Yo pensaba, en mi loco desvarío,
Y tú también, en tu éxtasis profundo.

Bajo un árbol frondoso
Nos sentamos. ¡Qué plácido reposo!
Ciñó tu talle, trémulo, mi brazo,
Y estreché silencioso
Por largo tiempo el adorable lazo,
Sin atender al bulle-bulle inquieto
De la ciudad enorme y vocinglera,
Sonando en torno del florido seto
Que embalsamó feraz la Primavera.
Había en tu mirada
Algo de pena oculta y mal velada;
Yo sufría también tristes antojos.

Por mi melancolía contagiada,
Cerraste al fin los soñolientos ojos.

Olvidarme podrás ; á otras amantes
Podré adorar, y ráfaga ilusoria
Serán nuestros amores inconstantes ;
Mas guardaremos siempre en la memoria
Estas tardes, que han sido nuestra gloria.
Más que los largos, incendiarios besos,
Más que las locas noches, agobiadas
De amorosos excesos,
Más que las frases mil embriagadoras
A tu oído lanzadas,
El goce puro y apacible y blando
De estas tranquilas horas
Será lo que recuerdes suspirando.
Y yo te miraré siempre presente,
A mi lado, apoyada suavemente
En mis hombros la lánguida cabeza,
Como en el dulce y ya lejano día,
Cuando absorto en tu amor y en tu belleza,
Cual si fueses mi hermana te quería.

Lemaitre

EL DON JUAN ÍNTIMO

Siempre que alguna niña casadera,
Víctima de un capricho pernicioso,
Hace llorar á la que el ser le diera
Para seguir al escogido esposo,

Por muy poco que la haya conocido
Y me haya impresionado su hermosura,
Aunque sólo una vez me haya tendido
En un salón la mano suave y pura,

No puedo reprimir el sufrimiento
Que súbito me roba paz y calma;
Celos no son el malestar que siento,
Pero ese malestar me oprime el alma.

Y nunca de sus ojos brilladores
El rayo perturbó mi fantasía;
No nos ligaron vínculos de amores;
Llamarla infiel y falsa no podría.

.

Pero hay algo exquisito que fenece,
Algo cándido y tierno que se trunca,
Algo que no renace ni florece,
Y que ella recobrar no podrá nunca;

La luz que arde en sus ojos sin mancilla,
La castidad que su pureza ignora,
Algo que pulcro y delicioso brilla
Como el fulgor celeste de la aurora.

Dama será: su serenada frente
No encenderán los tímidos sonrojos;
Brillará su beldad más esplendente,
Mas perderá su hechizo á nuestros ojos.

Dulce es al labio el fruto sazonado;
Pero encierra la flor más grato aroma.
¡Adiós, talle gentil, no profanado!
¡Rostro al que el fuego virginal asoma!

Luto insensato el corazón me inunda
De lo que encanta al vulgo enternecido:
La virgen, presa de nupcial coyunda,
Colgada al brazo del novel marido.

La luz radiante, que de alegres modos
Brilla feliz en su mirar risueño,
Embeleso, hasta ayer, era de todos,
Pues no era nadie su señor y dueño.

De ella también, sin intención siniestra,
Gocé, cual los demás, embelesado;
Hasta ayer era mía y era vuestra,
Y á vosotros y á mí nos la han robado.

Un galán, de trivial cortesanía,
Ganó su amor, y concertó su boda;
Y aunque he de confesar que no era mía,
Que me la quite así, no me acomoda.

Me usurpa ese fatal desconocido
Suerte feliz, que acaso me aguardaba;
El horizonte inmenso ha reducido
Donde mi sueño encantador flotaba.

Te compadezco, víctima hechicera
De ese dichoso mozalbete insulso;
Yo, mucho mejor que él, te comprendiera,
Y te amaría con supremo impulso.

¡Tiernas doncellas, cuya gracia adoro!
Cuando el traje vestís de desposada,
Y dais el sí, vuestro mejor tesoro,
A cualquier boquirrubio que os agrada,
Una dolencia invade el alma mía
Que no disfrazan tenebrosos velos...

Aunque yo comprenderlo no quería,
Tiene un nombre ese mal, llámase celos.

Sed infinita en ansias borrascosas
Al humano deseo aguijonea...

¡ Os amo á todas, vírgenes hermosas!

¿ Es esto una locura? ¡ Que lo sea!

Mi pobre corazón, nunca en reposo,
Guarda y oculta en su recinto breve
Un don Juan contrariado y temeroso,
Que quisiera llorar, y no se atreve.

León Dierx

LÁZARO

Y Lázaro, á la voz de Jesucristo,
Se despertó. Descolorido, tétrico,
De un salto en las tinieblas levantóse,
Y en la estrecha mortaja medio envuelto,
Temblando y tropezando salió afuera.
Sólo, grave y sombrío, marchó luego.
Sombrío, grave y solo, por las calles
Lentamente vagó con paso incierto,
Como si algo buscara, sin que nunca
Encontrarlo pudiera. Como un ciego,
Contra las pequeñeces de la vida
Chocaba lastimándose. Siniestros
Bajo su frente pálida entornaba
Los ojos sin fulgor, cual si el recuerdo
De la luz celestial los deslumbrase
Y no pudieran ver más que hacia dentro.
Andaba vacilante, como un niño;
Lúgubre, como un loco. Desde lejos
Se apartaban las gentes al hallarle.
Nadie hablaba con él; y era su aspecto
Como el de un desdichado que se asfixia
En ambiente mefítico. Al estruendo
De la ciudad, indiferente; absorto
En la visión de halagador ensueño,
De su propio secreto horrorizado,
Sin romper nunca su fatal silencio,

Iba y venía sin cesar. A veces
Temblaba con febril sacudimiento,
Y extendía la diestra, y su palabra
Iba á brotar. Pero invisible dedo
Le cerraba los labios. En Betania,
A todos, niños, jóvenes y viejos
Inspiraba pavor. Pasaba grave,
Sombrío y solo siempre. Daba miedo
Su mirada de espanto á los más bravos.
Nadie podrá decir tu atroz tormento,
¡ Oh, huésped de la tumba, que á la vida
Volviste un día, como nadie ha vuelto,
Oprimido por fúnebre sudario,
Cual por cilicio agobiador! ¡ Horrendo
Resucitado, que en la obscura fosa
Repugnantes gusanos ya mordieron!

¿A los pobres afanes de este mundo
Podías tú atender, tú, que el secreto
De la ciencia vedada á los mortales
Lograste conocer? Apenas vuelto
De la sombra á la luz, vino la sombra
A cegarte otra vez, inerte espectro
Cruzando entre los hombres siempre en lucha,
A su amargura y á su goce, ajeno.

¡ Cuántas veces, á la hora en que la sombra
Llena el espacio silencioso, huyendo
De los hombres, los brazos levantando
Al sumo Dios, sobre el dorado cielo
Se destacó su trágica figura!
¡ Cuántas veces, oh Lázaró, te vieron,
Grave, sombrío y solo, andar errante
En torno de los tristes cementerios,
Pensando taciturno y rencoroso
Con loca envidia en los dichosos muertos
Que en sus lechos de piedra descansaron
Para no levantarse nunca de ellos!

Rostand

LA CAPILLA

Sé de una capilla pulcra y elegante
Donde á media noche, feliz y triunfante,
Yo la condujera, trémulo de amor.
Luciría el ara transparentes blondas;
El incienso, al cielo, subiría en ondas;
Cubriría el piso deshojada flor.

Sobre el fondo de oro, las Madonas puras
Alzarían pálidas hacia las alturas
La mirada en éxtasis de fe y de piedad;
Los parpadeantes, pequeñuelos ojos
De los blancos cirios, titilando rojos,
Resplandecerían en la obscuridad.

Resplandecerían entre las guirnaldas
Que, vistiendo el coro con flotantes faldas,
Gruta fingirían de fresco verdor;
Seto de azaleas y de rosal blanco
A los dos consortes dieran paso franco
Formando un florido y amplio corredor.

Serían las flores todas olorosas,
Nardos y violetas, jazmines y rosas,
Muchas azucenas, mimosas también.
Seguiría el órgano sonando muy piano,

Cual soplo de brisa que se oye lejano,
De los incensarios el blando vaivén.

Un coro invisible lento cantaría
Una religiosa, dulce melodía
Que llegase apenas al sagrado altar;
Mezclando el incienso su esencia á las flores,
Perfumes nos diera tan embriagadores
Que nos causarían tierno desmayar.

Ella ostentaría, como nupcial velo,
Dando marco de oro, á su faz de cielo,
Suelos los cabellos, que yo aún no besé.
.

Para que se cumplan mis votos de amante,
Sé de una capilla, pulcra y elegante...
Pero de la esposa que amo, nada sé.

Porque es un soñado país fabuloso
Donde mi adorada luce el rostro hermoso
De celeste virgen entre olas de tul;
El país lejano de la Fantasía,
Al cual no ha llegado nadie todavía,
Y en donde florece la camelia azul.

LOS NENÚFARES

Esta mañana, al despuntar la aurora,
En el estanque azul que su luz dora,
Los nenúfares blancos florecían.
Unos sobre el espejo transparente
Al soplo embalsamado del ambiente
Los temblorosos vástagos mecían.
Otros, que aún no han podido
Enarbolar el tallo sumergido,
A flor del agua abrían el capullo,
Y las linfas su beso repetido
Les daban y su arrullo.
Otros, más tardos en surgir, quedaban
De la tranquila alberca en lo más hondo,
Y en el lóbrego fondo
Sus cálices cerrados ocultaban.

Mis pensamientos son como esas flores.
Unos brotan completos, arrogantes
Y se alzan vencedores,
Como aquellos nenúfares triunfantes
Que al vaivén de la brisa
El botón abren con feliz sonrisa.
Otros, que del nivel no se levantan,
Y bogan en mi mente suspendidos,
Son los que más me encantan,
Los más hermosos y los más queridos;
Son como los nenúfares flotando
Con dulce enervamiento
Del agua halagadora al roce blando.

Pero dentro de mí percibo y siento
Agitarse en constante movimiento
Tropel de pensamientos inseguros,
Que está engendrando misterioso germen,
Cual los otros nenúfares oscuros
Que aún en el fondo del estanque duermen.

NOTAS BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS

NOTAS BIOGRAFICAS Y CRÍTICAS

EXPLICACIÓN SOBRE ESTAS NOTAS

Me decidió á escribir las presentes *Notas* la carta que copio á continuación:

«Barcelona, 15 de Febrero de 1909

Señor don José Sanchis Sivera, canónigo.

Muy señor mío y de todo mi respeto: Voy á publicar un libro, que se titulará *Teodoro Llorente, su vida y sus obras*. Quiero contribuir con él al homenaje que Valencia ofrece á su poeta. Cuento con un excelente trabajo sobre ese tema, escrito por su paisano y amigo el Excmo. Sr. D. Juan Navarro Reverter. Es una elocuente semblanza del hombre y el escritor; servirá de prólogo al libro. Contendrá éste después una escogidísima Antología de los versos de Llorente, los originales en castellano y en valenciano, y los traducidos. Pero necesito, para completar la obra, algo más: detallados apuntes biográficos.

Estos no me los puede procurar más que persona unida al poeta valenciano por íntima amistad y continuo trato, á quien él no niegue noticia que se le pida. Me han dicho que en ese caso está usted, y como, además de reunir esas circunstancias, es usted escritor reputado, me atrevo á solicitar su ayuda para el indi-

cado objeto. No me desairará usted, tratándose de honrar á persona á quien usted estima tanto.

Con este motivo se ofrece á sus órdenes y b. s. m.,

F. Granada, editor».

El encargo que me hacía en la carta anterior el señor Granada, era para mí inexcusable. Lo he cumplido con la mejor voluntad, habiendo debido al afecto que me profesa el señor Llorente, facilidades para llevarlo á cabo, aunque no tantas como yo hubiera querido, pues en algunos extremos, que redundan en honor suyo, ha restringido modestamente las noticias que pudo darme. Pero creo que resulta bastante completa su biografía, bajo el aspecto literario, en las notas que siguen á continuación.

JOSÉ SANCHIS SIVERA

TEODORO LLORENTE

SU NACIMIENTO ; SU FAMILIA ; SU EDUCACIÓN

Teodoro Llorente y Olivares, nació el día 7 de Enero de 1836 en Valencia, calle de Serranos, número 29, donde ahora están instaladas una Casa de Socorro y una escuela pública. Como indican sus apellidos, su familia no era de abolengo valenciano. Sus progenitores por la línea paterna, eran en el siglo xvii hidalgos riojanos, establecidos en Rincón del Soto. Allí nació el sacerdote escritor don Juan Antonio Llorente, autor de la *Historia de la Inquisición*, de quien tanto se habló á fines del siglo xviii y comienzos del xix. En aquel tiempo, un individuo de esa familia se había trasladado á Navarra, fundando casa en Olite. De allí vino á Valencia el bisabuelo del niño cuyo nacimiento queda anotado, y su estirpe arraigó aquí bien. Pero nuestro Llorente, hijo amantísimo de Valencia, valenciano por los cuatro costados, cree que en él existe algo que revela aquel origen septentrional. No hay en su carácter todos los rasgos propios del levantino, la jovialidad, la expansión, la viveza, y mucho menos, la inconstancia, de que algunos nos acusan. Parece que procedan de otra raza su índole reflexiva, reconcentrada, tenaz, y algo de soñador y de melancólico que hay en el fondo de su ser. Le admira, le deslumbra, y le embelesa este paraíso valenciano, que tantas veces ha cantado; pero confiesa que en medio de sus resplandores de color, de luz, de alegría, cierta propensión, que juzga atávica, atrae su espíritu hacia los países del Norte, hacia los cielos bru-

mosos, las praderas frescas y verdes, y los bosques frondosos y húmedos.

Don Antonio Llorente y Llácer, abuelo de don Teodoro, era persona grave y muy bien quista en Valencia, empleado en el ramo de Rentas, con buen sueldo, pero sin otro patrimonio. Tuvo bastantes hijos y á todos dió lucida carrera civil ó militar. Felicísimo, uno de ellos, fué abogado; pero no le atraía esta profesión: aficionóse á la agricultura, y la explotó bien, adquiriendo posición desahogada. Casó joven con doña María Olivares, y vivió feliz con tan buena esposa. Y ahora referiré los curiosos detalles del nacimiento de su segundo hijo.

Ensangrentaba á España la guerra civil: de Valencia iba todas las semanas una compañía de la Milicia nacional á dar guarnición al castillo de Murviedro. Don Felicísimo, de ideas muy «moderadas», como entonces se decía, era liberal al cabo, y teniente de una compañía de cazadores. Estaba en aquel castillo, cumpliendo su semana de turno, cuando su joven compañera sintió próximo el advenimiento de un hijo muy deseado, porque el primero había fallecido teniendo pocos meses. Y mientras el ciudadano teniente de cazadores empuñaba el fusil tras las almenas saguntinas, en su modesta casa de Valencia nacía su segundo vástago. Cuando regresó, se lo presentó su mujer con la alegría de todas las madres. El lo contempló y dijo sonriendo: —«*Mariquita, es lletget* (es feíllo). ¡Y á Mariquita le parecía un sol! —«¿Qué nombre le pondremos? ¿Felicísimo?»—Y ambos rompieron á llorar acordándose del recién perdido, que llevó el nombre de su padre, según la costumbre más seguida.—«Busquemos, pues, otro nombre. ¿Qué Santo es hoy? A ver el almanaque: San Teodoro, monje. No está mal». Y por eso el futuro poeta llevó este nombre helénico, «don de Dios».

Antes de ir á la escuela, su madre le enseñó á leer; apenas supo leer, cogió los libros como patrimonio suyo, y ya no los soltó en toda su vida. Este fué el primer rasgo de su carácter. El estudio le absorbió desde los

años infantiles; nunca supo jugar á pelota, ni á saltacabrilla, ni hacer rodar el trompo, como los otros chicos. Leyendo, siempre leyendo, se le pasaban las horas. Entre sus muchas poesías inéditas, tomé nota de una, que se refiere á ese singular aspecto de su niñez. Comienza así:

«Yo era un niño aplicado y obediente.
Viendo el aplomo en mi semblante escrito,
Los amigos de casa, buena gente,
Exclamaban:—«¡ Parece un hombrecito!»

—«¡ Este chico será pozo de ciencia!»
Decía entusiasmado mi maestro,
Afirmando su propia suficiencia
Con ese augurio, para mí siniestro.

¡ Cuántos libros ponían en mis manos!
¡ Con qué inquietud los devoré anhelante!
En ellos, para todos los arcanos,
Busqué luz, sin hallar jamás bastante.

En la mesa clavados ambos codos,
La sién febril entre las manos frías,
Fijos mis ojos en el libro, y todos
Mis afanes en él, pasé los días ;

Pasé los días de mi triste aurora,
Mientras á mi anhelar indiferente,
El sol su viva luz fecundadora
Lanzaba inútil en mi mustia frente.

Al abrir Mayo las brillantes flores
Llamando á su alrededor áureos enjambres,
Ajeno á sus aromas y colores,
Contaba yo sus pétalos y estambres ;

Y aunque á las mariposas no seguía
Por los jardines en sus blandos vuelos,
Llamar ya lepidópteros, sabía
A esas flores volantes de los cielos.

.

«Tuve una educación equivocada, me dijo alguna

vez, hablando de aquellos tiempos; por excesivo cariño mis padres no querían contrariarme; me dejaban todo el día con los libros en la mano, evitándome otro cuidado, facilitándomelo todo. Quizás se desarrollaba así mi mentalidad, pero á coste de otras energías, que después me hicieron falta para la ruda práctica **de la vida.**»

LLORENTE EN LA ESCUELA

El futuro poeta fué un escolar modelo por lo estudioso é inteligente. En la primera enseñanza era el orgullo de sus maestros. Con el título de *Un recuerdo de Arolas*, publicó muchos años después en el primer tomo del ALMANAQUE DE «LAS PROVINCIAS» memorias de aquella edad, que no creo inoportuno recordar aquí:

«Cuando yo iba á la escuela, dice, el sueño dorado, la suprema felicidad de los niños era obtener los premios que les daba la Sociedad Económica de Amigos del País. Aún continúa esta patriótica asociación premiando los adelantos de los maestros y la aplicación de los discípulos; pero hoy día, con el establecimiento de muchos colegios donde se prodigan las recompensas á los alumnos, con el solemne reparto de medallas que hacen también el Ayuntamiento y otras corporaciones, han perdido su exclusiva importancia los premios de la Económica. Distribuíanse entonces en el Paraninfo de la Universidad, y acudían á la fiesta de la niñez la sociedad más escogida de Valencia, las autoridades superiores y las personas notables.

»¡Qué efecto producía en la imaginación de los niños aquella solemnidad! Yo la tengo aún grabada en la memoria con la viveza de las primeras impresiones. Todo el año, en el lóbrego recinto de la escuela, sobre los duros bancos de madera en los que pasábamos inmóviles largas horas, haciendo *palotes* ó aprendiendo de memoria la gramática, soñábamos en la noche venturosa en que por manos de hadas benéficas, se abrían á los niños buenos y aplicados las puertas de aquel fan-

tástico templo del saber. Las luces, la música, la elegancia de las señoras, los negros fracs ó los uniformes de los caballeros, las grandes bandejas de plata en que estaban amontonadas las medallas, con sus anchas cintas blancas y azules, colores de la Purísima, la imagen de esta ideal Patrona de España, allá en lo más alto, los extraños y severos personajes, cuyos retratos nos miraban cariñosamente desde los augustos muros, todo ello producía un efecto de fascinación y atolondramiento en nuestro ánimo infantil, difícil de describir, pero facilísimo de comprender. La presidencia estaba en lo alto, como aún está en el renovado Paraninfo, y se subía á ella por dos estrechas escaleras laterales, que desaparecieron al restaurarse el salón. Subir aquellas escaleras, era para los niños de *illo témpore*, subir al último cielo. Parecíanme á mí la cumbre de la gloria aquellas alturas, donde bajo dosel magnífico, tras la mesa cubierta de rojos damascos, sentábase el respetable barón de Santa Bárbara (Q. S. G. H.), director entonces de la Económica. Con su aspecto caballeresco, con sus venerables canas, con la banda blanca y amarilla que le cruzaba el pecho, con la placa, que centelleaba á mis ojos, más que la estrella matutina, aquel noble anciano que, con una palabra de cariño, ponía la medalla en el pecho de los niños, parecíame un personaje sobrehumano, que *exprofeso* surgía de no sé dónde, la noche de la Purísima, para premiar las largas horas de martirio sufridas en el lóbrego recinto y sobre los duros bancos de la escuela.

»No achacarán mis lectores á inmodestia que les diga ahora que era yo niño juicioso y aplicadillo. Han pasado tantos años, que puedo hablar ya de lo que entonces era, como si se tratara de otro. Mi excelente maestro, don Salvador Suay, á quien me place consignar aquí este recuerdo de gratitud, tuvo empeño en que conquistase yo todos los premios de los Amigos del País: la medalla de primera y segunda clase, la medalla de oro, que era, como ahora, premio único; la corona

de laurel, que era también único y extraordinario. Gracias, más que á mis estudios, á sus desvelos, fuéronme otorgadas aquellas entonces preciadísimas preseas, y en tan corta edad, que se aumentó con ello la satisfacción del buen maestro. ¡No digo nada de la de mis amantes padres! Cuando en 1844, á los ocho años, se me adjudicó la medalla de oro, estuvieron á punto de enloquecer.

»Acostumbrábase entonces que algunos de los niños premiados dieran públicamente las gracias; y aprendían de memoria al efecto un romance ó unas décimas, confeccionadas, como Dios quería, por algún poeta ramplón. El niño de la medalla de oro era de rigor que declamase en la tribuna su correspondiente arenga poética.»

Esta «arenga poética» la encargó el padre del niño triunfador al poeta Arolas, y este es el motivo de haber escrito Llorente el artículo de recuerdos juveniles, al que pertenecen los anteriores párrafos. Por cierto que aquellos versos no pudieron ser recitados. Este percance lo refiere así Llorente con gallarda donosura:

«Mis ilusiones tuvieron entonces final desastrosísimo. Sufrí un terrible desencanto, que me afligió mucho más que los que he tenido después en materia menos parva. Quedaron perfectamente aprendidos los versos del padre escolapio, y los recitaba con una vocecilla atiplada, que no descontentaba enteramente á mi buen profesor. Pero el hombre propone y Dios dispone. Cuando ya estaba compuesto y emperejilado para ir á recibir la ansiada medalla, un pícaro dolor de muelas dió al traste con toda la satisfacción del laureado. Asistí mohino y cabizbajo á la función, apretando las mejillas con ambas manos, para no turbar la solemne ceremonia con un incivil berrido. Recibí el premio sin que oyese la felicitación obligada del noble barón de Santa Bárbara, y con ojos melancólicos, empañados por una reprimida lágrima, vi que permanecía desierta la tribuna de las

congratulaciones, después de adjudicada la medalla de oro.»

Al año siguiente ganó el estudioso niño la corona de laurel, y entonces sí que tuvo la satisfacción de recitar solemnemente los versos que para el caso había compuesto don Vicente Boix.

LLORENTE EN LA UNIVERSIDAD

SURGE EL POETA EN EL ESTUDIANTE DE DERECHO

El año 1845 comenzó á regir el nuevo plan de estudios que transformó la enseñanza pública en España, y aquel año, precisamente, comenzó nuestro poeta lo que entonces se llamó Filosofía, y después se ha llamado Segunda Enseñanza. Estos estudios se cursaban en el mismo local de la Universidad. En aquel solemne recinto entró, pues, Llorente cuando tenía nueve años, y allí siguió su carrera durante los trece que se invertían precisamente hasta obtener la investidura de abogado: cinco cursos de Filosofía, uno de Ampliación y siete de Leyes. Había en el curso de Llorente cuatro «gallitos» (como se llamaba en la charla estudiantil á los alumnos que más despuntaban), y los cuatro honraron á la Universidad de Valencia: Trinitario Ruíz Capdepón, que tantas veces ha sido ministro; Bienvenido Oliver, jurisconsulto consumado, que tantos servicios prestó en la dirección del Registro de la Propiedad, y es hoy uno de los más doctos Académicos de la Historia; Gerardo Estellés, que aunque dejó los libros por la agricultura, conservó siempre su ilustración y representó en las Cortes la industria vinícola; y Teodoro Llorente. Este, para ser «gallo» en las clases de Derecho, no necesitó afanarse mucho; era para él la cosa más sencilla, y como tenía tanto afán de saber, se matriculaba en todas las asignaturas que eran compatibles con las de su curso obligatorio, así fuesen de la facultad de Letras ó de

Ciencias. Las físicas y naturales le atraían mucho: de buena gana hubiese sido zoólogo ó botánico.

A los catorce años escribió sus primeros versos: un amor infantil se los dictó. Al principio, esta afición la cultivó casi como un secreto, para él sólo; ni buscó maestros que le dirigieran, ni compañeros con quienes compartirla. Cuando tenía diez y siete años, tuvo el atrevimiento de escribir un drama, y en su casa quedaron asombrados de la obra. Su padre, entusiasmado, la llevó á un actor muy popular que actuaba entonces, y se llamaba arrogantemente don Juan de Alba; éste admitió la obra, y *Delirios de Amor* se representó en el Teatro Principal, haciéndole una ovación al autor sus condiscípulos y amiguitos. Esto le abrió las puertas de la publicidad, y desde entonces se contó en Valencia con el joven poeta Teodoro Llorente. Había ejercido Boix, y aún ejercía, el magisterio de la literatura valenciana; la generación anterior á Llorente fué alumna de aquel fogoso romántico. Sus discípulos escribieron, bajo su dirección, un librito de amargas lamentaciones, que se tituló *El mundo suspirando*. Pero el romanticismo pasaba ya de moda y no atraía al nuevo poeta. Tres reputados literatos de tendencia distinta, fueron, no sus maestros, pero sí sus consultores: don Pascual Pérez y Rodríguez, docto humanista, escolapio exclaustrado como Boix, y que fué también el primer consultor de Querol; don Manuel Benedito, jurisconsulto y hombre político, que conservó siempre el gusto de las bellas letras, y de quien guarda Llorente grata memoria porque puso en sus manos las poesías de Lamartine, y Aparisi Guijarro, el que valía más de los tres, y que acogió con paternal cariño á aquel muchacho, en quien vió un verdadero poeta. Tenía copiosa y selecta librería, y siempre que iba Llorente á verle, volvía á su casa cargado de libros, un tesoro para él. El buenísimo don Antonio, fatigado de la pesadez del bufete y las impertinencias de sus clientes, desarrugaba el entrecejo cuando veía llegar al joven escritor, y á veces le hacía entrar

en su despacho reservado, y decía á sus pasantes:—«No pase nadie ; si me buscan, digan ustedes que tengo una consulta importantísima», y pasaba el rato con su complacido visitante, charlando y leyendo versos.

Pero el mayor impulso que recibió la aptitud poética en Llorente, fué su amistad con otro joven de su tiempo, estudiante también de la Facultad de Derecho: Vicente W. Querol.

LLORENTE Y QUEROL

En el prólogo que escribió Llorente para la segunda edición de las *Rimas*, de Querol, habla de una manera muy sentida de la amistad íntima que unió á los dos poetas valencianos, y de la curiosa circunstancia que le dió origen. Dice así:

«En aquel período, ya lejano, de nuestra historia contemporánea, que llamaron los políticos bienio progresista, cuando Espartero, receloso de O'Donnell, era aclamado todavía por los batallones de la Milicia Nacional; cuando entusiasmaban al público las zarzuelas de Barbieri ó Gaztambide, las comedias de Eguilaz y las novelas de Fernández y González; cuando la reina Isabel ceñía con laurel de oro la frente octogenaria de Quintana, era yo un estudiantillo que seguía los cursos de Derecho en la Universidad de Valencia, y gozaba en ellos algún ascendiente, debido, no tanto á mis estudios del *Digesto* ó las *Partidas*, como á un incipiente y modestísimo renombre de escritor y poeta. Algunos temas retóricamente explanados en las aulas, algunos versos y articulejos insertos en periodiquillos literarios, y un drama, muy romántico y muy malo, representado en el Teatro Principal con aplauso de los amigos, y del cual nadie ha vuelto á acordarse (ni su propio autor), habíanme dado autoridad bastante para considerarme casi maestro de otra gente más menuda. De aquí, la institución de un tribunal que yo presidía, para juzgar en frecuentes certámenes las obras de los versificadores noveles, *La expulsión de los moriscos* fué el asunto para una leyenda, dado en uno de aquellos concursos, y ori-

gen de gratísima sorpresa para los juzgadores. Entre un fárrago de composiciones insulsísimas, apareció una, que nos dejó deslumbrados: poesía lozana y exuberante brotaba en todas sus páginas, y había en ella versos tan valientes y gallardos como las siguientes octavas reales:

Sobre ardiente caballo del desierto,
De vagarosa crin, que al viento flota,
De gualdrapas finísimas cubierto,
Y que tascando el freno, raudo trota,
Un caballero va; tal vez incierto
Su pensamiento vaga, pues se nota
Tristeza oculta en la mirada ardiente
Do brilla el fuego que en el pecho siente.

Chocan sus armas contra el temple puro
De la armadura; la robusta lanza
Con hierros de Milán, de acero duro,
Lleva en la cuja; presuroso avanza;
A su alazán impele, que seguro
Sobre las quiebras rápido se lanza,
Y mira en torno y apresura el paso:
Venganza busca en su furor acaso.

»Embelesados con la lectura de estos versos, acordamos honores extraordinarios al poeta vencedor, y resonó su nombre en todos los ámbitos de la Universidad. Pero ¡oh, sorpresa! al día siguiente corría con igual celeridad siniestro rumor. Susurrábase que la poesía no era original del autor que aparecía premiado. Indignóme aquella suposición; juzguéla calumniosa, y quise saber quién era el malandrín que usurpaba ajenos lauros. Dijéronme que se llamaba Querol. ¿Querol? No había oído aún aquel nombre. Señaláronme al sujeto en los patios de la Universidad: era un muchacho de mi edad, pálido, delgaducho, de aspecto enfermizo, con la frente despejada, los ojos grandes y algo saltones, el mirar entre vago y altivo, el labio desdeñoso, el

cabello lacio y largo, como lo llevaban Espronceda y Zorrilla en sus buenos tiempos; el traje enteramente negro; tipo de artista ó de poeta. Pero tan mal prevenido lo miraba que me pareció un facineroso. Dirigíme á él; habléle airado; contestóme altanero. Iba á acabar el encuentro en mal; mediaron otros; aclaróse lo ocurrido. Al cabo de diez minutos nos separamos con una carcajada y un abrazo. Yo estaba encantado y confundido: el poeta premiado por el tribunal infalible, era el plagiario; el muchacho pálido y delgaducho, el de la lengua cabellera á la romana y la negra vestimenta, era el autor de los aplaudidos versos, y desde entonces mi mejor amigo, llamábase Vicente W. Querol (1).

»Desde entonces, y para siempre. Durante veinte años, apenas nos separamos un solo día: juntos proseguimos nuestros estudios literarios, juntos ideamos nuestras primeras obras, y juntos escribimos algunas de ellas; juntos trazamos nuestros planes para el porvenir. Vivíamos vida común. Interrumpiéronla las duras exigencias de la realidad. Querol tuvo que dejar su querido país natal; logré yo la dicha de permanecer en él. Pero de lejos continuaba nuestro pensamiento en comunicación constante, y volver á reunirnos era nuestro mutuo anhelo. Pasar juntos, con otros buenos amigos, el último tercio de la vida; consagrarlo, sosegado ya el espíritu, á los amores ideales de la juventud, al arte, á la belleza, á la poesía; ese era nuestro sueño consolador. ¡Dios no ha querido que se realizase! ¡Con ese sueño en la mente, víctima de él quizás, ha muerto mi inmejorable amigo; y este lazo que nos ligaba, y que la muerte tampoco ha roto, es el único título con el cual puedo unir en este volumen mi humilde nombre al suyo, ya glorioso!»

Recordando Llorente los felices tiempos de su ju-

(1) *La Peña de los enamorados* titulábase aquella leyenda de los albores poéticos de Querol. Escribióla á los diez y seis años. No se publicó. Algunos de sus amigos la conservan manuscrita.

ventud, en que se entregaban Querol y él á sus primeros trabajos literarios, dice en la carta á su amigo, que sirve de prefacio á la traducción del *Fausto*:

«¿Te acuerdas de aquellos alegres días, cuando nos encontrábamos en los claustros de la Universidad, y olvidando la *Instituta* de Justiniano, ó el *Ordenamiento* de Alcalá, nuestras almas, como pájaros que ven la jaula abierta, volaban juntas por los cielos esplendurosos de la poesía? ¿Te acuerdas de la fiebre con que leíamos y devorábamos cuantos versos caían en nuestras manos, produciéndonos igual entusiasmo las patrióticas odas de Quintana, las borrascosas inspiraciones de Espronceda, ó los legendarios relatos de Zorrilla? Antiguos ó modernos, clásicos ó románticos, españoles ó extranjeros, todos los vates nos atraían, nos arrasaban, nos llevaban lejos de este mundo, abriéndonos las puertas del mundo ideal. Epopeya y drama, epigrama y oda, idilio y elegía, todo nos lo apropiábamos, todo nos lo queríamos asimilar, sin que bastase nada al impaciente anhelo. El antiguo Parnaso, con el que nos habían familiarizado los preceptores, fué pronto estrecho para nosotros; y á los poetas castellanos, sabidos de memoria, sucedieron los vates extranjeros: Dante, Petrarca, Tasso, bajaban de las espléndidas cimas de la gloria para guiar nuestros pasos; Camoëns nos señalaba el dorado camino de Oriente; Corneille y Racine nos iniciaban en la pomposa majestad del teatro francés; Chateaubriand nos revelaba el nuevo mundo de las fantasías románticas; Lamartine encendía en nuestra alma el calor de una sensibilidad delicada y triste; Víctor Hugo arrebatava nuestra imaginación con el ímpetu de su genio desbordado.

Y aún queríamos más y más poesía; aún nos atraían con fuerza irresistible los fantasmas del Septentrión, que envuelve Ossian entre nieblas y tempestades, y las sangrientas tragedias de los Nibelungos, y los personajes vivientes y apasionados de Shakespeare, y el infierno tenebroso de Milton, y los cielos brillantísimos

de Klopstok, y las leyendas conmovedoras de Schiller, y las concepciones épicas de Goethe, y los lamentos sarcásticos de Byron. ¿Te acuerdas? En nuestro punzante afán, hallábamos pálidas, desabridas, insuficientes las traducciones españolas y francesas de esos autores; queríamos penetrar más adentro en sus obras fascinadoras, comprender y forzar su sentido literal, encontrar y absorber la médula de su pensamiento; y cuando veíamos abierto ante nosotros el texto original, aquellas palabras exóticas y enrevesadas, henchidas de sílabas impronunciabiles, nos provocaban y atraían, como á Edipo la esfinge tebana, y con el arranque de la mocedad irreflexiva, nos lanzábamos á descifrar aquellas para nosotros sacratísimas letras. ¿Para qué las gramáticas, empedradas de reglas enfadosas, ni los ordenados vocabularios? Nuestra impaciencia no consentía más que el indispensable léxicon para buscar el sentido de las palabras desconocidas. Pasando los ojos incesantemente de los oscuros versos al grueso diccionario, hojeado y descuadernado con mano calenturienta, fiando en nuestra intuición mucho más de lo justo, transcurrían sin sentir largas horas, en las que del fondo negrísimo de aquellos extraños vocablos, iban brotando, como de los pliegues de espesa niebla, las encantadoras imágenes que quedaban grabadas con rasgos de luz en nuestra imaginación, abstraída en su suprema belleza, tan arduamente conquistada.»

PRIMERAS TRADUCCIONES DE POETAS EXTRANJEROS

POESÍAS SELECTAS DE VÍCTOR HUGO

En el *Proemio* del libro *Poetas franceses del siglo XIX*, relata Llorente sus primeros trabajos de estas traducciones. Dice así:

«Amante apasionado de la poesía en mi primer juventud, después de haber devorado (esta es la palabra propia) cuantos versos vinieron á mis manos de nuestros ingenios españoles, de los autores italianos, y de los clásicos franceses, todavía me produjeron honda impresión abriendo á mi espíritu nuevos y vastos horizontes, los vates contemporáneos del país vecino, Lamartine y Víctor Hugo sobre todos. La elevación y serenidad majestuosa del cantor de las *Meditaciones* y las *Armonías poéticas*, su misticismo contemplativo, su ternura melancólica, me transportaban á una esfera de idealidad arrobadora, y aun me arrebatában con mayores vuelos la fantasía prodigiosa, la audacia, la variedad flexible é inagotable del poeta-apóstol, que proscrito entonces en Jersey, semejava unas veces apocalíptico profeta, y otras tierno y dulcísimo soñador. Admiraba más á Víctor Hugo; amaba más á Lamartine. Quería asimilarme la poesía de uno y otro, y con este objeto, por pura fruición propia, sin ulterior propósito, di en traducir sus versos. ¡Qué horas tan deliciosas, y á veces tan inquietas, huyendo de las gentes, á solas conmigo mismo, pasé ocupado en aquella dificultosa labor!

A nadie la daba á entender; temía que la profanasen ojos extraños.

»Tenía emborronado un rimerito de cuartillas, cuando lograron verlas algunos de mis amigos más íntimos; halagáronme sus elogios, y entonces caí en la tentación de publicar mis traducciones. Uno de mis maestros, Aparisi y Guijarro, llegó á escribir para las de Lamartine, un prólogo que insertó en su periódico *El Pensamiento de Valencia*. Era esto en 1858: fui entonces por primera vez á Madrid, aún estudiante, llevando en la maleta el abultado paquete de mis versos. Encontré allí protectores benévolos: Pedro Antonio de Alarcón, á quien había conocido en Valencia, y que se ufanaba de patrocinar á Vicente Querol, quiso prestarme igual merced. Al contrario de Aparisi, ponía á Víctor Hugo sobre Lamartine, y quiso que se publicasen primero sus traducciones. Encargóse de ello la imprenta de *La Discusión*, periódico en que escribía entonces el futuro autor de *El Sombrero de tres picos*. Pero faltaba un prólogo de algún escritor de muchas campanillas, que recomendase al novel poeta-traductor. Alarcón me presentó con este objeto á Castelar, famoso ya en aquel tiempo. También al orador republicano le gustaba amparar á los muchachos cultivadores de las letras. A mí me recibió muy bien, me abrió de par en par las puertas de su casa, y escribió el prólogo encomiástico.

»Con aquel prólogo salieron á luz mis *Poesías selectas de Víctor Hugo, traducidas en verso castellano*, en edición modesta y pobre, hecha sin duda de mala gana y por puro compromiso. Tuve, á pesar de ello, un momento de juvenil satisfacción al ver mi libro; á los tres meses renegaba de él. Veía claras y patentes las faltas de mi traducción. Para expresar con exactitud el sentido de la poesía original, descuidé la forma; no brillaban en ella la galanura y la gallardía propias de la versificación castellana. Arrepentíme de haber dado á la estampa obra tan imperfecta. Por fortuna, aquella edición, casi inadvertida para la crítica, desapareció

pronto. No sé si vendió ó sirvió «para envolver alcara-vea»; lo cierto es que hace muchos años no se encuentra aquel libro en parte alguna: baste decir que Menéndez Pelayo, conocedor de cualquier papel impreso en España, confiesa no haberlo visto nunca. Ocioso es añadir que las traducciones de Lamartine quedaron en cartera.»

Las poesías selectas de Víctor Hugo no fueron tan mal recibidas como indica Llorente. Entre sus papeles viejos, he hallado periódicos de aquel tiempo que hablan muy bien de aquel libro. Por cierto, que uno de ellos, á la vez que elogia los grandes méritos del traductor, tacha de deficiente el prólogo de Castelar, de quien sospecha que no tenía «el don de comprender y sentir la poesía, ó por mejor decir, los versos».

PRIMEROS VERSOS VALENCIANOS DE LLORENTE

En una nota de la primera edición del *Llibret de versos* dice Llorente:

«La idea de versificar en valenciano me la inspiró la lectura del *Gayter del Llobregat*, del señor Rubió y Ors: éstos fueron los primeros versos catalanes modernos que conocí, y quedé tan hechizado de aquel nuevo lenguaje poético, que no podía sacármelo de la cabeza. Mis primeras composiciones valencianas sólo pertenecen al renacimiento por el idioma (y éste aún encogido), no por el pensamiento, que respondía al platonismo amoroso y sentimental que me hizo escribir muchos versos en mi juventud. La influencia de Petrarca y Lamartine, mis autores predilectos en aquel tiempo, se ve en aquellas poesías.»

La que primero compuso Llorente, comenzaba así:

Com l'ambició va en busca dels triunfos de la guerra,
Com l'avaricia busca, per totes bandes l'or,
Jo, trist y solitari, buscant vaig per la terra
Un cor pera'l meu cor.

A don Pascual Pérez y Rodríguez, que era uno de los maestros de Llorente, le llamaron mucho la atención ésta y algunas otras de aquellas composiciones; era entonces (1857) director de una hoja cotidiana titulada *El Conciliador*, é insertó en sus columnas tres de ellas, recomendándolas como una novedad muy satisfactoria. Veía apuntar en estos versos del joven Llorente el renacimiento literario de la lengua valenciana.

LLORENTE Y DON MARIANO AGUILÓ

Llorente dedicó su primer *Llibret de versos* á don Mariano Aguiló. He aquí lo que dice en esta hermosa *Endressa*:

«Buena ó mala la inspiración que ha engendrado mis versos valencianos, la encendió, más que otro alguno, aquel bibliotecario, literato eruditísimo y á la vez genial poeta, que vino á Valencia hace ya cerca de treinta años, y permaneció algunos cuantos en la ciudad del Miguelete. ¿Os acordáis? Cuando la campana del Colegio del Patriarca, con sus campanadas tan argentinas, señalaba la hora de salir del aula, dos estudiantillos, separándose de los bulliciosos grupos de sus camaradas, subían corriendo la escalera de la biblioteca, como si les faltara el tiempo; entraban, y sin detenerse en las mesas de los lectores, penetraban resueltos en el departamento reservado, donde se guardan las joyas bibliográficas, los ejemplares únicos, los incunables, los códices primorosamente iluminados, los pergaminos antiquísimos, los manuscritos originales. Allí os encontraban, estudiando siempre afanoso el nacimiento y la gloriosa historia de la literatura valenciana. Allí os encontraban, restableciendo el texto alterado de un *esparsa* de Ausias March, investigando el origen legendario de las gestas de Tirante el Blanco, buscando las costumbres de otra edad en las satíricas *cudoladas* de Jaime Roig, ó su fe vivísima en las canciones místicas de Corella. Lleno el corazón de aquella poesía, ¡cómo la derramabais á torrentes en el espíritu de los dos escolares, más devotos de las Musas que de la *Instituta* y el *Digestum*! Había

llegado ya á ellos el eco del renacimiento lemosín. Habían leído ya los primeros libros de versos catalanes, habían escuchado ya en la misma Valencia á aquel precursor que se llamaba Tomás Villarroja, digno de figurar al lado del gran Aribau, y que, hace ya cuarenta años, escribía versos tiernísimos en *oblidada llengua dels seus avis—més dolsa que la mel*; y tenían abierta la inteligencia á aquella poesía, tan vieja y tan nueva á la vez; pero les faltaba oír á un apóstol de aquel evangelio literario, un apóstol que inflamara sus almas y los hiciera comulgar en la santa comunidad de los trovadores nuevos.

Esta misión de apóstol, ¡cuán bien la cumplisteis! Todo un mundo, que estaba muerto y enterrado bajo aquel montón de libros empolvados, revivía al fuego de vuestra palabra, y se levantaba glorioso y resplandeciente. Reyes guerreros ó legisladores, caudillos famosos y sabios letrados, teólogos doctísimos y monjes ascéticos, artistas y poetas, nobles y ciudadanos, toda la ilustre estirpe de nuestros antepasados, llevando en la mente la fe viva de Jesucristo, en el pecho el amor de la tierra, y en los labios la que llamamos dulcemente *lengua materna*, desfilaba ante mis ojos mientras con nosotros platicabais comentando un pasaje del código que teníais en las manos, repitiendo algún romance encontrado en un rincón de las montañas, ó contándoles aquellos viajes que antes que nadie pensara en crear las sociedades de excursionistas, habíais hecho, yendo á solas y á pie, de pueblo en pueblo, revolviendo papeles viejos en los archivos abandonados, estudiando los orígenes y adelantos del arte en las iglesias románicas y góticas, sorprendiendo las tradiciones históricas y la poesía popular en la boca de la abuela que adormece á los niños con las canciones de antaño. Abriendo después unos gruesos cartapacios, llenos de letra menuda, nos mostrabais los tesoros literarios producto de aquella recolección; las relaciones interminables de libros catalanes, valencianos y mallorquines, el riquísimo cancione-

ro con centenares de coplas y *corrandas*, oraciones y romances, en los que la poesía popular toma todas las formas y colores; el diccionario—; en proyecto entonces y hoy todavía!—con millares de palabras, recogidas amorosamente aquí y allá, por todas partes, á las orillas del Ter, á las del Llobregat, en las playas de Mallorca ó en las de Valencia, en los arrabales de las ciudades, en las payesías de los campos, ó en las escondidas cabañas de los bosques. «¿Y se ha de perder toda esta riqueza? exclamabais medio orgulloso y medio afligido; «¿se ha de menospreciar este idioma glorioso en la Historia y que hablan aún algunas millonadas de hombres desde el Pirineo hasta los palmerales de Elche? ¡Oh, no, no será! Vosotros, los hijos de Valencia, la ciudad del arte, la ciudad de la poesía en los antiguos Estados de la Corona de Aragón, vosotros tenéis que marchar al frente de la cruzada del renacimiento». Así hablabais, y animados los tres por el fuego de aquellas palabras, formábamos mil generosos proyectos: estampar de nuevo los libros olvidados, rehacer las crónicas de Valencia, dar á conocer sus tesoros artísticos, restaurar el *Gay saber* en los Juegos Florales, y otras muchas cosas, algunas de las cuales se hicieron entonces, otras se han hecho después, y otras aún se han de hacer y se harán, con ayuda de Dios.»

Cuándo, cómo y porqué fué Llorente periodista

«El día que terminé la carrera y recibí con la solemnidad que entonces se acostumbraba la investidura de licenciado en Derecho, fué el más triste de mi vida. Me felicitaban mis padres, mis deudos, mis amigos; me felicitaba, tímida y ruborosa, la rubia valencianita de quien estaba perdidamente enamorado, y yo temblaba y palidecía, como si el sol hubiese caído del cielo, y todo fuese negro y obscurísimo ante mí.»

Esto se lo he oído contar varias veces á Llorente. —«¿Por qué», le preguntaba, y me decía que los trece años de escolar habían sido para él tiempo feliz. Los estudios de la carrera eran ligeros y le daban vagar para sus aficiones literarias. El deber fácilmente cumplido, la existencia tranquila, el espíritu sereno; ningún cuidado por el momento; el mañana... dejándolo para mañana. Todo eso, había concluído; la vida se presentaba ante él con sus asperezas, sus luchas, sus incertidumbres, y para que el porvenir le abriese las puertas, tenía en las manos el diploma para ejercer una profesión que no le inspiraba afecto alguno. Pero había que doblegarse á las exigencias de la realidad. Se inscribió en el *Ilustre Colegio de Abogados*, fué al bufete de un reputado jurisconsulto á «pasar la práctica», y defendió ante la Audiencia, por turno, á los procesados pobres. «En dos años de ejercicio, me decía, gané un pato y dos fúlicas, que me regaló un barquero de la Albufera, granuja rematado, á quien logré que absolviesen los señores del margen, de no recuerdo qué fechoría». Para mayor con-

trariedad murió el jurisconsulto cuyo bufete frecuentaba Llorente, y se hallaba éste dudosísimo sobre el rumbo que debía tomar, cuando ocurrieron las circunstancias que vinieron á determinarlo.

Corría el año 1860: había venido de Madrid, como profesor de Economía política en nuestra Escuela Industrial, don Mariano Carreras y González, hechura y secuaz del famoso Calvo Asensio, que lo tenía de redactor en *La Iberia*. Encontró aquí á don Luis de Loma y Corradi, contador de la Fábrica de Tabacos, que presumía también de periodista por ser sobrino de don Fernando Corradi, el fundador de *El Clamor Público*. Encontráronse y se entendieron: convinieron en que Valencia estaba muy atrasada, y que ellos eran los llamados á regenerarla. ¿Cómo? Publicando un periódico liberal, muy liberal, como buenos progresistas puros que eran los dos. Los progresistas estaban entonces divididos; los de más peso formaban parte de la Unión liberal, y les llamaban «resellados»; los más intransigentes y exaltados (ó que no habían podido entrar en aquella Unión), eran «los puros», como nuestro Loma y nuestro Carreras. Su periódico se llamó *La Opinión*; emprendieron su publicación con entusiasmo, pero á los pocos meses se convencieron de que su obra regeneradora no era digna de esta «atrasada» provincia. Ni aquel diario tenía suscriptores, ni ellos medios para sostenerlo.

A la sazón dominaba ya en Valencia «el mundo de los negocios», y casi también el de la política, don José Campo, el futuro marqués. Auxiliar suyo y sagacísimo consejero era don Ramón Ferrer y Matutano, hombre de gran cultura y de gustos exquisitos, que apreciaba mucho á Llorente y á Querol, y quería protegerles. Inspiró á Campo la idea de adquirir *La Opinión* para convertirla en órgano del partido conservador, y esto fué dicho y hecho. Inmediatamente fué nombrado Llorente director del transformado periódico, y el mismo día se expedía el nombramiento de secretario del ferrocarril

de Valencia á Almansa y Tarragona á favor de Vicente W. Querol, que había comenzado á ejercer de abogado, con tan poco gusto como su compañero de tareas literarias. Entrambos aceptaron de mil amores su nueva posición. Así fué Llorente periodista, por no ser abogado. Esto sucedía en Febrero de 1861.

La Opinión, dirigida por nuestro poeta, vivió cinco años. En la prensa valenciana fué una verdadera novedad y le marcó nuevos caminos. En torno de su director se agrupó gran parte de la juventud intelectual; el periódico extendió sus horizontes. No fué una mera gaceta de noticias, ni una hoja de controversia política: la literatura, el arte, la ciencia, la vida social, la vida económica, lo agradable, lo útil, todo discretamente expuesto, llenaron sus columnas. Aquello agradaba al público; pero llegó un día en que la simpática publicación no agradó á su opulento propietario, por no convenir á sus negocios sostener un órgano de determinadas ideas políticas; y en Enero de 1866 murió *La Opinión*.

EL PERIÓDICO «LAS PROVINCIAS»

Cuando don José Campo quiso que cesase *La Opinión*, ofreció á su director un buen puesto en su casa mercantil. No convenía esto á Llorente; ni se creía con aptitud y vocación para esa clase de tareas, ni se avenía á que un periódico bien recibido por el público desapareciese por conveniencias de su propietario. Consultó con su hermano Felicísimo, que le ayudaba en los trabajos de redacción, y con el regente de la imprenta don José Domenech, y contando con su parecer favorable y su cooperación, pidió á Campo, como única recompensa de sus servicios, que le cediese la publicación. El banquero se la cedió de buen grado con la condición de que cambiase de título, de que apareciese como un periódico nuevo. Como Llorente, con entera libertad ya podía desarrollar sus planes periodísticos, en los que entraba como misión muy principal, dar á conocer en Madrid lo que se pensaba y lo que se quería fuera de Madrid, adoptó el título de *Las Provincias* para su periódico, que salió á luz el 31 de Enero de 1866.

La Redacción la formaban los siguientes señores: director, don Teodoro Llorente; redactores, don Eduardo Atard, don Antonio Polo de Bernabé, don Rafael Ferrer y Bigné, don Manuel Ramírez y Bonet, don Felicísimo Llorente y Olivares, y don José Luis Domenech, secretario de la redacción. Colaboradores, don Vicente Lassala y Palomares, don Eduardo Pérez Pujol, don Juan Reig y García, don José Royo y Salvador, don Augusto Belda, don Bienvenido Oliver, don Joaquín Serrano Cañete, don Jerónimo Flores, don Leonardo

Calvo, don Luis Fabra, don Francisco Galán y Sancho, don Tomás Solanich, don José Barceló, don Enrique Todo, don Miguel Amat, y don José Aguirre y Matiol.

El prospecto expresaba extensamente los propósitos del nuevo periódico. Comenzaba así:

«España padece plétora de política.

»En ningún país del mundo se habla tanto, en favor ó en contra del gobierno, como en España: en ningún país del mundo hay tantos partidos, ni tantas fracciones, ni tantos grupos, ni tantos periódicos, ni tantos hombres públicos. Tampoco ninguna nación ha tenido, como nosotros, en estos tres últimos años siete graves crisis ministeriales, siete gobiernos diferentes, siete trastornos en la administración pública, con sus obligados episodios de manifestaciones pacíficas ó casi pacíficas, alborotos, conspiraciones y hasta una seria sublevación militar.

»La confusión ha sentado sus reales en el campo de la política: los antiguos partidos se desorganizan y fraccionan; la idea cede el lugar á la personalidad; la ambición atropella á la consecuencia, y olvidada toda formalidad política, se buscan hoy y se alían los que ayer se separaron y se combatieron. Parece que en esta Babel el interés egoísta del momento sea la única voz de inteligencia que comprende la mayor parte de los hombres de partido.

»Y ¿qué hace el país en presencia de esta creciente y amenazadora erupción de las pasiones políticas? El país, que creyó hace pocos años haber llegado la época del desarrollo tranquilo y fecundo de los poderosos gérmenes de su grandeza y bienestar, mira disiparse el sueño de oro; ve olvidados sus verdaderos y permanentes intereses por los que en el poder ó la oposición necesitan todo su tiempo y todas sus armas para una lucha sin tregua ni término; observa en todas partes la inquietud, el malestar, la alarma, la crisis económica enlazándose con la crisis política, los peligros de mañana agravando las dificultades de hoy; y en tan lastimosa

situación, la inmensa mayoría de las personas que constituye la fuerza y el nervio de la patria, se aparta con dolor ó con desdén del palenque político, abriendo así la puerta á las bastardas ambiciones que se apoderan de la cosa pública.»

Después de pintar de este modo el estado del país, explicaba Llorente (autor de este prospecto), lo que iba á hacer *Las Provincias*:

«Vamos á hablar al país de sus propios intereses; pero no seremos eco de ninguna de las parcialidades militantes. Todas ellas tienen sus órganos en la prensa: no les disputamos su misión; la nuestra es otra: Venimos á ser la voz de los que callan. Venimos á ser, en lo que nuestras fuerzas permitan, la voz del país que quiere ser justa, prudente y económicamente gobernado, la voz del propietario que desea paz y seguridad, del agricultor que anhela ensanchar su mercado, del industrial que busca facilidades para su fabricación, del comerciante que necesita libertad para su tráfico, del consumidor que sufre las consecuencias de las trabas económicas y los impuestos absurdos, del obrero, cansado de ver que son muchos los que le halagan y adulan, y pocos los que prudente y eficazmente trabajan por mejorar su condición moral y material.

»Nuestro lema será:

»*Menos política; más protección á todos los verdaderos y legítimos intereses sociales.*

»No traspasará, sin embargo, nuestro apartamiento de las banderías militantes, los justos límites de la razón y la prudencia. La política es una necesidad de las naciones, y mucho más cuando el país interviene en su propio gobierno. Y como para nosotros es una utopía, generosa pero irrealizable, la conformidad de todos los ciudadanos en unas mismas ideas políticas, los partidos son, en nuestro concepto, legítimos y necesarios. Lo que creemos tener derecho á exigirles, en nombre de los intereses supremos del país, es que sobrepongan á sus pasiones, á sus caprichos, á su egoísmo, aquellos sa-

grados intereses, cuando ellos pueden recibir en la lucha menoscabo.»

Hablaba después de la misión de la prensa en los términos siguientes:

«Los periódicos, según las leyes de guerra dictadas por el espíritu de bandería, han de ser *ministeriales* ú *oposicionistas*. Obre como quiera el gobierno, tiene seguros el aplauso de los unos y la reprobación de los otros. Para aprobar ó combatir los actos del poder, no se toma en cuenta su bondad intrínseca, sino la actitud que respecto á las personas que lo ejercen ha adoptado el periódico. Así la prensa olvida los altos deberes de la imparcialidad hasta convertirse en una *claque* vergonzosa, organizada para aplaudir ó para silbar, de un modo ruidoso é indigno, á determinados gobiernos.

»¿Es que se ha perdido ya la gravedad, el decoro y el seso, en este formal y juicioso país, tan circunspecto y digno en otros tiempos? ¿Es que todos nos hemos vuelto locos? ¡Ah! poco esperamos del juicio de los hombres de partido; pero como aun quedan muchos, quizás más de lo que se cree, que no lo son, nosotros, buscando su apoyo, queremos tomar por lo serio la misión de la prensa para con el poder, del que debe ser eterno y severo vigilante; y seguros de que no tendremos la dicha de lograr un gobierno dotado del raro privilegio de acertar en todo, y confiados en que no llegará nuestra desgracia al extremo de sufrir otro que en todo yerre, no seremos nunca periódico ministerial, no seremos nunca periódico de oposición. Independientes siempre, aplaudiremos y censuraremos, con mesurada imparcialidad, actos determinados, según los juzguemos beneficiosos ó perjudiciales para el país, prescindiendo por completo del color político del gobierno que los lleve á cabo.»

No es posible copiar todo lo que hay de muy interesante en este prospecto, explicación exacta de la conducta de *Las Provincias* en su larga vida. Mencionaré,

no más, lo que consignaba respecto á los intereses valencianos:

«Valencia tiene desgracia en las altas regiones gubernamentales. Mientras otras provincias miran prevenidas sus aspiraciones con vigilante solicitud, Valencia hace infructuosos esfuerzos para obtener lo que de justicia se le debe, y fácil nos fuera presentar ejemplos de la ineficacia de sus fundadísimas reclamaciones.

»De todos esos agravios, presentes ó futuros, venimos á pedir justicia un día y otro y otro, al distraído gobierno; y después de pedir justicia, pediremos lo que todo poder político debe á los intereses del país, pediremos la protección y el fomento, de que tan necesitada está en muchos ramos la riqueza pública en general y muy especialmente la de nuestras desatendidas provincias.

»Para ello solicitamos, y en gran parte hemos obtenido ya, la cooperación de todos los buenos patricios que deseen la felicidad de Valencia. Esta obra de unión, si llegamos á realizarla, será el satisfactorio premio de todos nuestros esfuerzos.

»¡Ojalá pudiéramos contribuir nosotros á tan lisonjero resultado! Para alcanzarlo estamos dispuestos á hacer todo lo que de nosotros dependa; comenzando por renunciar al monopolio en la realización de nuestro pensamiento. No queremos ser los únicos abogados de Valencia; no, levantamos una tribuna á donde puedan subir á defenderla los que son más dignos que nosotros de este honor.

»Fundamos, en conclusión, un periódico para todos los buenos valencianos; sus columnas les ofrecen lugar para el decoroso debate de los intereses públicos: la gloria de los resultados que pueda obtener nuestra empresa, será de los que se dignen acudir á nuestro bien intencionado llamamiento.»

La obra magna de realizar estos empeños la llevó Llorente sobre sus hombros durante treinta y nueve años, sin desmayar nunca, ni aún en las épocas de ma-

yor peligro. Hasta 1898 la propiedad del periódico fué exclusivamente suya; en aquella fecha formó sociedad con su impresor don Federico Domenech; en 1904, sintiéndose ya fatigado de tan ímprobo trabajo, dejó la dirección de *Las Provincias* y cedió la empresa á su socio. Conserva, sin embargo, el título de *Director honorario*, y es el consultor obligado de la redacción, á cuyo frente está su hijo Teodoro Llorente y Falcó.

NUEVAS TRADUCCIONES

«LEYENDAS DE ORO»—«AMOROSAS»

En el *Proemio* de la traducción del *Fausto*, dice Llorente:

«Las exigencias de la vida práctica me hicieron olvidar aquellos gustosos trabajos de la juventud, hasta que, largos años después, Aurelio Querol, hermano del poeta, que con el editor Pascual Aguilar, había emprendido la popular *Biblioteca Selecta*, me pidió original para ella. Quise complacerle, y lo busqué en los legajos, cubiertos ya de polvo, de mis versiones de los grandes poetas extranjeros. Tuve que corregirlas mucho, casi renovarlas. En los volúmenes de aquella biblioteca, titulados *Leyendas de oro* y *Amorosas*, entre las de otros autores alemanes é ingleses, insertáronse bastantes poesías de Lamartine, Víctor Hugo y Musset. De uno y otro volumen se han hecho varias ediciones, que han corrido mucho por España y las Américas. Pero no contienen más que una pequeña parte de mi antigua versión de aquellos poetas; la porción mayor quedó inédita.»

La primera edición de *Leyendas de oro* salió á luz el año 1875. La *Biblioteca Selecta* ha hecho tres ediciones más; la última en 1908. El periódico *Las Provincias* hizo, para regalo á sus suscriptores, otra edición en 1879, aumentada con algunas poesías, que no figuraban en aquéllas. *Amorosas* se publicó en 1876. Tuvo igual

éxito: la *Biblioteca Selecta* ha hecho tres ediciones, y se prepara para la cuarta. Los poetas traducidos en el primero de estos libros, fueron Goethe, Schiller, Uhland, Byron, Longfellow, Lamartine y Víctor Hugo; en el segundo, Goethe, Schiller, Byron, Lamartine, Víctor Hugo, Alfredo Musset y Heine.

LA TRADUCCION DEL «FAUSTO»

En la carta á Querol, que puso Llorente al frente de esta obra, relata cuáles fueron su origen y sus vicisitudes hasta su publicación. Dice así, refiriéndose á su primera juventud:

«De aquella feliz edad datan—tú lo sabes bien—mis primeros ensayos de traducción del *Fausto*. Ajeno estaba entonces á la idea de publicarla: ponía en versos castellanos los pasajes que más me impresionaban del poema de Goethe, para apoderarme mejor de ellos. Algunos años pasaron sin que conociesen aquellos fragmentos más que los amigos de mi mayor intimidad: parecíame tan grande el atrevimiento, que solamente podía disculparlo la ausencia de toda pretensión. Publicáronse después en revistas literarias trozos aislados; y críticos benévolos instáronme para que completase la traducción; pero la época dichosa de los fecundos ocios había pasado para mí, y aquel ensayo quedó casi olvidado.

»Diez años ha, las azarosas vicisitudes de nuestra pobre España producían tal tensión en mi ánimo (afectado por el deber de relatarlas cotidianamente), que, como distracción saludable de las enojosas tareas del periódico, incliné la atención á nuestros estudios de la juventud, y puse la mano nuevamente en el *Fausto*. ¡Cuán descontento me dejaron aquellas mis primeras versiones! Parecíame, sí, que no reproducían del todo mal el tono de la famosa tragedia de Goethe; que los soliloquios ó diálogos castellanos daban una idea aproximada de ella; mi obra en su conjunto, tomada en globo

me producía bastante buen efecto—perdona la inmodestia;—pero al descender á los pormenores, al examinarla escena por escena, al compulsarla verso por verso ¡qué serie de contrariedades y desencantos!

»Presentábaseme, como imperdonable profanación todo apartamiento, no ya de la idea del autor, sino de la expresión ó el molde en que la vaciara: consideraba libertad excesiva y hasta licencia pecaminosa todo aquello en que la frase traducida se separaba—como había de separarse muchas veces en una versión rimada—del texto original.

Esto, aparte de la difícil comprensión de algún punto obscuro, de las variantes entre las traducciones francesas de Saint-Aulaire, A. Stapler, Gerado de Nerval y Enrique Blaze, y la italiana de Andrés Maffei (que á pesar de estar escrita en verso, dióme luz en algunos pasajes que aquellas no me habían aclarado), impúsome un trabajo minucioso, reflexivo, frío, de corrección y lima, con el cual—francamente te lo digo—no sé si habrá ganado ó perdido la traducción. Habrá ganado, desde luego, en fidelidad y en expresión exacta; pero me ha sucedido con frecuencia tener que sacrificar á esas condiciones los versos que me parecían más agradables, tener que rehacer con dificultad trabajosa trozos en los que había corrido fácil la pluma, dándoles cierto carácter de naturalidad espontánea.

»Incierto y dudoso todavía de mi trabajo, dílo á conocer entonces á algunos de nuestros primeros escritores y críticos, que le otorgaron su *exequatur* de una manera muy honrosa para mí. Diría aquí sus nombres en disculpa de mi atrevimiento, si no temiera que lo considerara alguien como pretendida imposición al fallo del público soberano. Baste consignar que aquellos autorizadísimos sufragios—y como dije al principio, tus ruegos y los de otros amigos cariñosos—moviéronme á dar á la prensa lo que no se había escrito con ese objeto. Aun pasaron algunos años, aguardando ocasión, que no me ofrecía mi vida atareada, de dar la

última mano á la obra, y de emprender otro trabajo, al cual tengo que renunciar al fin y al cabo.

»El poema de Goethe es digno de estudio detenido, y ha sido objeto, en Alemania sobre todo, de tantas disquisiciones y comentarios, que llenan muchos volúmenes (1). Como sucedió con la *Divina Comedia* en Italia, y está sucediendo con el *Quijote* en España, ese espíritu exegético se ha llevado quizás al extremo de buscar oculto sentido y propósito trascendental en aquello que escribió el autor muy ajeno á tan hondas intenciones; pero, si hay bastante de caprichoso y fútil en tales supuestos, no deja de ser interesante algo y aún mucho en los escolios de esas obras maestras del ingenio humano. Quería yo hacer también algo en ese sentido; y con la fácil ayuda de unos cuantos autores, poco conocidos en España, que esperan la consulta en un estante de mi librería, lisonjeábame de adquirir á poca costa nombre de erudito, si no ingenioso y profundo comentador. Pero lo dejé para lo último, y ahora me falta tiempo por las prisas que me dan los editores de la *Biblioteca de ARTES Y LETRAS*, encargada de esta publicación. No hay más remedio, pues, que dejar la erudición en el tintero, y convirtiendo en prólogo para el público ésta que comenzó siendo carta para ti sólo, decir en pocas palabras lo que, ampliamente explanado y repleto de citas, nombres y fechas, hubiera podido ser estudio preliminar á la versión castellana del *Fausto*.»

(1) E. Dünzer, que hace más de diez años comentaba el *Fausto*, hizo un catálogo de cien comentadores anteriores á él.

TRADUCCION DE LAS POESIAS DE HEINE

En el prólogo que precede á la primera edición de estas traducciones, da Llorente, acerca de ellas, la siguiente explicación:

«La fama de Enrique Heine creció con su muerte; su poesía llenó el orbe literario y tuvo en todas partes un tropel de imitadores. Su permanencia en París, y su naturalización en aquel centro del movimiento intelectual de Europa, facilitaron la propaganda de su escuela. El vate alemán, conociendo muy bien el idioma francés, jamás lo usó para sus escritos: abominaba su amanerado estilo poético y su monótona metrificacón. Pero ayudó eficazmente á buenos hablistas franceses, como Gerardo de Nerval y Teófilo Gautier, en la traducción de sus obras al idioma de Racine y de Molière, empresa difícil por la originalidad y atrevimiento de su frase alemana. *«Es intento arriesgadísimo siempre, escribía, reproducir en prosa y en una lengua de procedencia latina, una obra métrica compuesta en idioma de origen germánico. El pensamiento íntimo del original se evapora fácilmente en la traducción y no queda más que algo parecido al «resplandor de la luna disecado», como ha dicho un malicioso que se burla de mis poesías traducidas»* (1).

»Estas traducciones francesas, cuya deficiencia proclama el mismo autor, son las que han dado á conocer en España, donde abundan poco los amantes y cultivadores de las letras que puedan leer su texto original.

(1) Prólogo de Heine á la traducción francesa de sus poesías, publicadas con el título de *Poèmes et Legendes*, París, 1885.

Pero aún así, sin poder aspirar todo el aroma de esas flores, tan frescas y lozanas, contemplándolas secas y descoloridas, como las que guardan los botánicos en sus herbarios, han gustado tanto de ellas nuestros ingenios, que muchos se han dado á copiarlas y contra-hacerlas. Y como las imitaciones suelen pecar de insípidas y pesadas, han puesto á uno de nuestros más vigorosos poetas en el caso de protestar contra esos «suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas, y su prematuro hastío de la vida» (1).

»Esta justa crítica del rebaño de los plagiarios no amengua el valor altísimo de las creaciones de Heine, ni puede referirse tampoco á los poetas que, con inspiración propia, han seguido su camino. Uno tenemos en España que figura con razón entre los primeros de nuestra época: el insigne y malogrado vate sevillano, Gustavo Adolfo Bécquer. Por más que su biógrafo y panegirista (2) haya negado que imitase al poeta alemán, basta leer las obras de uno y otro para convencerse de lo contrario. Sería el caso más extraordinario de inspiraciones coincidentes la igualdad del asunto principal, la analogía de sentimientos, la identidad de tono y la semejanza de formas métricas, que hay entre las *Rimas* de Bécquer, y el *Intermezzo*. Intercaladas muchas de aquellas poesías en una perfecta traducción castellana del libro de Heine, no se notaría diferencia entre ambos autores. Esto basta para la gloria del poeta sevillano; no hay que atribuirle una originalidad difícil de sostener (3).

(1) Núñez de Arce, prefacio de los *Gritos del combate*.

(2) Don Ramón Podríguez Correa, en el prólogo de la segunda edición de las obras de Gustavo A. Bécquer.

(3) El señor Rodríguez Correa, admitiendo que hay mucha semejanza entre Enrique Heine y Gustavo Bécquer, busca diferencias entre ellos, diciendo que el primero es más independiente, indicación vaga cuyo sentido no comprendo bien, y el segundo más artista, en lo cual no estoy conforme. Si el arte se toma en su acepción general, como procede en este caso, no co

»Poesía que encontraba tanto eco en los corazones, había de inspirar á sus admiradores el deseo de verterla al idioma castellano. Fué el primero que tentó la empresa quien más dotes tenía para darle glorioso remate. Don Eulogio Florentino Sanz, el autor de *Don Francisco de Quevedo*, que supo dar al gran satírico español algo del amargo humorismo de la poesía del Norte, se prendó de los *Lieder* de Heine, cuando su misión diplomática en Alemania le permitió estudiar de cerca aquella literatura. Al año siguiente de la muerte del gran poeta, el *Museo Universal*, de Madrid, publicaba algunas de sus composiciones puestas en verso castellano por tan concienzudo traductor. Aquel periódico las presentaba al público como una gratísima novedad y añadía: «*Nadie mejor que el señor Sanz pudiera ser el intérprete español de Heine, por los muchos puntos de contacto que existen entre estos dos poetas, según podrán notarlo nuestros lectores al repasar algunas de estas canciones que, aún traducidas del alemán, parecen más bien originales del autor del «Quevedo» y «Achaques de la vejez»* (1). Las traducciones publicadas en el *Museo Universal* son excelentes, en efecto, y si el señor Sanz hubiese completado su obra, no hubiéramos tenido que probar fortuna los que luego, con menor aptitud, hemos acometido la misma empresa.

»No he de juzgar yo los ensayos que desde entonces se han hecho en España para traducir á Heine: diré

nozco poeta alguno que aventaje á Heine en sentimiento artístico. Dice también el señor Correa, y en esto va mejor encaminado, que el deseo de ser original y de alardear de excéntrico y escéptico, hizo desconocer al poeta alemán la unidad, que es el arte (y pase esta afirmación inexacta por incompleta), como lo prueban sus poemas *Germania* y *Lázaro*. Es verdad, pero esto no prueba nada contra el evidente reflejo que se nota en las *Rimas* de Bécquer, no de estas obras del último período de Heine, sino del *Intermezzo* y *El Regreso*, inspiración de su juventud.

(1) Quince son las poesías de Heine que dió á luz entonces el Sr. Sanz, y están bien escogidas entre las mejores del *Intermezzo* y *El Regreso*, con alguna otra, como el bellissimo romance titulado *El Mensajero*. El *Museo Universal* las publicó como comienzo de una serie que había de continuar; pero no fué así, por desgracia de las letras españolas.

solamente que, si no todas, la mayor parte de estas versiones no proceden del original alemán, sino de la traducción francesa, lo cual, si no es un obstáculo insuperable para el asunto, lo dificulta mucho (1). El fallo supremo del público no ha sancionado como definitivas las traducciones hasta ahora publicadas, y deja abierto el camino á los que, por aficionados á estos trabajos, aunque desconfiados de salir airosos donde otros tropezaron, emprendemos tan ardua tarea. Por lo que á mí toca, aliéntame la indulgencia con que ha sido tolerado mayor atrevimiento: en quien ha puesto la mano en el *Fausto* de Goethe, no parecerá tan grave desacierto rehacer en nuestro idioma las poesías de Heine. Debo confesar, sin embargo, que la obra no es menos ardua: hay en el vate de Dusseldorf una difícil facilidad que engaña. Le caracterizan la naturalidad de la expresión, la limpidez del estilo, la sobriedad del lenguaje, la ausencia completa de toda ampulosidad, de toda afectación, de toda vana retórica. Son sus canciones, de muy pocos versos casi todas ellas, como diminutas y trans-

(1) El mismo *Museo Universal* insertó en 1867, número XVIII y siguientes, una traducción en verso del *Intermezzo* de Don Manuel Gil Sanz; lleva la fecha de 1861. En 1873 se publicó en Madrid, con el título extraño é impropio de *Joyas prusianas, Poemas de Enrique Heine*, un volumen de traducciones, también en verso, de don Manuel María Fernández; este escritor tiene la franqueza de confesar que traduce del francés; contiene su obra el *Intermezzo* el *Regreso* y la *Nueva Primavera*. El mismo año, en uno de los tomitos de la *Biblioteca Universal*, entre otras poesías líricas alemanas, vertidas al castellano por Jaime Clark, se incluyeron cincuenta y un cantares y siete romances ó leyendas de nuestro poeta. Son estas versiones muy superiores á las anteriores por estar más ceñidas al texto original y mejor comprendido el sentimiento del autor; pero es pobre la forma poética castellana. La acreditada *Biblioteca clásica*, que publica don Luis Navarro, ha dado en 1883 un tomo de traducciones en verso de obras de Heine, con el título de *Poemas y Fantasías*. Comprende el *Intermezzo*, *El Mar del Norte*, *El Regreso*, *Nueva Primavera* y *Hojas caídas*, y es el traductor el joven y aventajado poeta valenciano, mi querido amigo don José J. Herrero, que se propone dar en un segundo tomo *Atta Troll*, *Germania*, el *Romancero* y otras poesías del mismo autor. No he podido ver una traducción del *Intermezzo*, publicada, según me dicen, en una revista literaria, por D. Angel Rodríguez Chaves; ni otra del reputado literato americano, señor Pérez Bonalde. Este va á publicar en Nueva York todo el *Buch der Lieder*, traducido en verso.

parentes copas de purísimo cristal de Bohemia, con elegancia suma talladas, en las que brilla y centellea un sorbo de licor, dulce y embriagador unas veces, como la ambrosía de los dioses, amargo otras veces como el absintio de los hombres. Servido en el rústico cacharro de una mala traducción, ha de perder, por lo menos, la mitad de su atractivo: la dificultad de conservar el laconismo y la pulcritud de esta forma, tan artística y tan natural al mismo tiempo, es el escollo en que han tropezado todos los que han traducido á Heine en castellano. Tiene la lengua alemana copiosísimo caudal de palabras compuestas; expresa con una sola de ellas las ideas más complejas; pinta un cuadro con una sola pincelada. Esto le da cierta semejanza con la griega, y permite, como aquel idioma, enriquecer el lenguaje poético con frases de sorprendente belleza, que adquieren tanta flexibilidad como brillantez cuando maneja ese idioma un artista de la palabra como el autor del *Intermezzo*. Ved aquí un ejemplo: en *El Mar del Norte* nos dice que bebiendo en la taberna de Bremen, ve dentro del vaso lo que sueña su fantasía, y sobre todo ello la imagen de su amada: *Das Engelköpfchen auf Rheinweingoldgrud*, «Aquella cabecita—de—ángel sobre el—fondo—de—oro—del vino—del—Rhin». Cuatro palabras no más y un solo verso en el texto original; pruebe el lector á decir lo mismo en castellano, y verá como necesita dos versos, por lo menos, y una docena de palabras.

»Una traducción rimada no puede ser más que una aproximación á la obra traducida; puede quedar el traductor á cien leguas de ella; puede acercarse mucho, pero nunca bastante para cumplir completamente su propósito. Hay también diversas maneras de hacer estas traducciones, desde la imitación y la paráfrasis, que sólo toma los pensamientos capitales del autor para darles expresión distinta, hasta la traducción ceñida y literal, que adopta la misma forma métrica del original, y sigue su frase y su dicción en cuanto es posible. En mi sentir, la traducción poética exige la reproducción

exacta de los pensamientos y las imágenes de la obra traducida, pero también la incubación propia de la obra traducida en el idioma del traductor. No basta poner palabras castellanas en lugar de las alemanas, ni substituir la sintaxis de una lengua por la otra; hay que adivinar cómo hubiera dicho en castellano el autor alemán lo que se intente traducir, si en lugar de su idioma natal, hubiera hablado el nuestro. Este procedimiento es el que usé en la traducción del *Fausto*, y el mismo he seguido ahora, porque alguna objeción que se me ha hecho, no ha podido convencerme de que fuera vicioso ó impropio.

»Hacer castellano á Heine, en la palabra, no en la idea, es también el propósito de esta obra. Contiene las mejores producciones, en concepto mío, de aquel gran poeta, ó por lo menos, las que me son más simpáticas, las que mejor expresan el alma soñadora, atormentada ya, pero no abatida por las decepciones y las dudas, como lo estuvo después. Pocas supresiones he hecho en el texto del *Libro de los Cantares*, tal como se publicó la primera vez. Sólo he prescindido por completo de los *Sonetos*, porque en esta composición la forma es obligada, y encerrar en un soneto castellano cada uno de los diez y seis que hay en el libro, me parece difícilísimo sin notable alteración del texto. Los *Ensueños* están todos en esta traducción; de los *Cantares* y los *Romances* he substituído algunos pocos, que perdían su efecto al ser traducidos, por otros agregados en los *Apéndices* que publicó después el mismo Heine. En el *Intermezzo* y el *Regreso*, sus obras capitales, no he querido quitar nada, ni aun aquellas composiciones que suprimió el mismo autor al publicarlas en francés. Para el efecto artístico de la obra, quizás hubiera convenido hacer estas supresiones; para conocer al autor en todas sus fases, vale más dar el texto completo. También está completo el de las poesías del viaje al *Hartz*.

»Si gustase al público este libro, quizás me atrevería

á completar en otro volumen la españolización de las poesías de Heine. *El Mar del Norte*, *Nueva Primavera*, algo del *Romancero* y de sus últimas producciones, ofrecerían sabrosísima lectura á los amantes de la poesía, si acertara yo á conservar en la versión castellana alguna parte de la admirable belleza del original; é hicieran quizás amar á un poeta que tanto padeció, y que, como dice discretamente uno de sus admiradores en España (1), no fué *el hombre de las contradicciones*, sino *el hombre de las contrariedades*.»

El propósito que Llorente anunciaba en el párrafo anterior, lo cumplió, y en la nueva edición que en 1908 hizo de sus *Poesías de Heine* la casa editorial F. Granada y Compañía, de Barcelona, añadió *El Mar del Norte*, *Nueva Primavera* y otras composiciones.

(1) D. José del Perojo, en la *Revista Europea*, 1876.

Opinión del Sr. Menéndez y Pelayo sobre las traducciones de Llorente

En el *Preámbulo* de la última edición del *Llibret de versos*, dice así, refiriéndose á Llorente, el competentísimo crítico:

«Un alma tan poética como la suya, tan afectuosa y comunicativa, no puede menos de estremecerse al contacto de la inspiración ajena y mezclarla con su propia inspiración. A casi todos los grandes poetas del siglo XIX, y aun á muchos de segundo orden, ha tributado espléndido homenaje, poniendo en rima castellana sus más selectas obras, ó las que más se conformaban con nuestro gusto y mejor podían adoptarse á nuestra lengua. De este modo ha contribuído, más eficazmente que nadie, á la educación literaria de nuestro pueblo, introduciendo con parsimonia y discreción elementos nuevos, no por medio de secos análisis y adaptaciones crudas, sino haciendo verdaderamente españolas las composiciones que traduce, lo cual no es desfigurarlas, sino infundirles una segunda vida poética y aclimatarlas bajo distinto cielo. Así, merced á la sabia industria del señor Llorente, parecen los *Lieder* de Enrique Heine emanaciones espontáneas de nuestra lírica popular, refinadas y sutilizadas por el arte. Así, algunas escenas del *Fausto*, traducido por él, tienen resonancias de la dramaturgia calderoniana. Así, Byron, parece que se despidе de su ceñuda altivez y se hace más tratable y humano en los versos de su imitador. Así, las baladas de Schiller entran en el amplio cauce de nuestra poesía narrativa, sin desmentir su prosapia germánica, pero con cierto sabor de romance. No hay que decir que la

arrogante y triunfal elocuencia poética de Víctor Hugo se encuentra como en su propia casa en aquella lengua que tanto celebraba y que tanto obró en él por sugestión infantil, aunque la conociese tan poco.

»Voz unánime de lectores y de críticos es la que proclama á don Teodoro Llorente príncipe de nuestros traductores poéticos en la era moderna. Ni sé de ningún otro contemporáneo, salvo el italiano Andrés Maffei, que haya sabido dar propia y adecuada vestidura á inspiraciones tan diversas. Y no se tenga por empleo subalterno de la actividad literaria este de la traducción, pues no sólo es viril gimnasia del estilo y del metro, la cual nunca han desdeñado los grandes poetas, sino creación de una forma nueva y personal del intérprete, cuyo hallazgo presupone recóndito sentido de la belleza, fantasía dócil para asimilársela, y dominio absoluto de la técnica. Todas estas dotes ha de poseer, en grado eminente, el que intenta trasladar versos ajenos, trocándose, hasta cierto punto, en colaborador de quien primero los escribió, y entrando á participar de los reflejos de su gloria.»

Dificultades que ha encontrado la renovación de la poesía valenciana

En el primer *Llibret de versos* explica Llorente los obstáculos con que tropezaba el renacimiento literario al que se consagró con tanto entusiasmo. Dice así:

«Pensamiento es éste (el cultivo literario de la lengua valenciana) al que no faltan contradictores aquí mismo, en la tierra de Ausias March, menos aferrada á su idioma que Cataluña. Dicen estos adversarios del renacimiento, que es trabajo perdido esforzarse en hacer vivir una lengua muerta; pero á los que así razonan, ya les expliqué mi sentir en cuestión tan debatida.

»*Lengua muerta es la latina, que no habla hoy nadie, aunque para ciertos usos se conserva en los libros; pero ¿lengua muerta la lengua valenciana? Salid á la calle, oid á los primeros que pasen, y sabréis si es lengua muerta; id de pueblo en pueblo por nuestro reino de Valencia, y veréis que está tan viva como el jilguero más cantador. Lo que estaba medio muerto es su cultivo literario, y esto es lo que renace, lo mismo aquí, que en Cataluña y Mallorca, y lo mismo pasa en Francia, en Italia, en Inglaterra y en otras naciones muy avanzadas y cultas, en distintas ramas lingüísticas que se apartan más ó menos del idioma general.*

»*¿Es esto un mal? No comprendo por qué. Crear nuevos idiomas fuera una locura, fuera agravar aquella penitencia impuesta á la humanidad soberbia en la torre de Babel; pero, si hay un pueblo que mantiene y habla una lengua propia, que expresa en ella sus sentimientos, que á ella debe sus primeras ideas; que en ella tiene el órgano más natural de su inteligencia, ¿por qué opo-*

nerse á que el cultivo de ese idioma lleve un rayo de luz y poesía á los que la aprendieron de los labios maternos? ¿Qué daño hace que haya un instrumento más en la grandiosa orquesta de las modernas Musas? (1).

»Eso fuera bueno, han replicado algunos, si escribierais los versos en lengua que todos entendiesen, en el valenciano que ahora se habla. Pero ¿para qué sirven, si no para calentarse los cascos unos cuantos eruditos filólogos, esas poesías anacrónicas, empedradas de palabras extrañas, sacadas de libros que el pueblo no comprende?

»Observación es esta digna de ser atendida y contestada. Teníamos aquí en Valencia una lengua viva y una literatura muerta; porque, aunque nunca se ha dejado de escribir en valenciano, los populares autores de romances y coloquios, y los que después llevaron esta lengua al teatro y al periodismo satírico y festivo, la usaron sin estudiarla ni pulirla, corrompida y bastardeada, como la encontraban en labios de la gente indocta, y bárbaramente castellanizada en la ciudad, donde no ha podido defenderse, como en los pueblos más retirados, de la invasión del idioma oficial. Una lengua en tal estado, es impropia de toda poesía, que no sea completamente familiar. Hay que reanudar la tradición literaria, y esto ofrece dificultades. ¿Se han de adoptar de nuevo las palabras perdidas y olvidadas? ¿Se ha de renunciar, por miedo de no ser comprendido, al vocablo valenciano propio cuando éste ha sido substituído por otro castellano? ¡Cuántas dudas á cada renglón que se escribe! Hay muchas dicciones que se han perdido en unos puntos y en otros se conservan, que los ciudadanos de Valencia ya no emplean, y algunos no las conocen, y que apenas salimos al campo las encontramos vivas y significativas. Formar con estos elementos una poesía popular y literaria á la vez, que agrade en los Ateneos y Academias y que sea comprendida y sentida por la

(1) Discurso de apertura de la sociedad *Lo Rat-Penat* en 1879.

gente que tiene por lengua suya la valenciana y que en ella se ha criado y quiere criar á sus hijos, no es obra de un día, pero tampoco tan dificultosa y larga como «la obra de la catedral», si me permitís usar, para cosas valencianas, este modismo bien valenciano. Y la prueba es lo que se ha adelantado desde aquellos tiempos de que hablábamos antes. Poquísimos éramos los que escribíamos versos en lengua valenciana culta ó literaria, y pocos también los que á gusto los leían. Ahora esa afición está ya popularizada. Valencia tiene un grupo numeroso de cultivadores de su restaurado idioma. Tiene en *Lo Rat-Penat* un centro entusiasta de ese movimiento patriótico, y en sus ya famosos y lucidísimos Juegos Florales la prueba de que la nueva poesía encuentra grata resonancia en el sentimiento público.»

LLORENTE Y LOS POETAS CATALANES

Los poetas catalanes simpatizaron mucho con Llorente desde que éste dió á conocer sus versos valencianos. En 1861 envió á los Juegos Florales de Barcelona una composición titulada *Vinticinch anys*, que obtuvo un primer accésit. De mayor premio la consideró digna el ilustre maestro Milá y Fontanals. Aún recuerdan algunos de los que entonces eran discípulos suyos en la Universidad, que les leía en clase aquellos versos, y les decía:—«El joven valenciano que los ha escrito será una gloria de nuestra renaciente poesía». Después cuando Aguiló habló en Barcelona con entusiasmo de Querol y de Llorente, cuando éste fué allá y buscó el trato y la amistad de los que iban al frente del movimiento catalanista, todos le recibieron con fraternal afecto. Fué, como dice bien Navarro Reverter, uno de los suyos. Le invitaban á todas sus solemnidades y fiestas, y asistía gozoso á ellas; aunque no hubiese este motivo, cuando podía disponer de algunos días, se presentaba en la ciudad condal, buscaba á sus amigos en *aquella reconocida del café de Pelayo*, de que habla en su *Endressa del Llibret de versos* á Aguiló, y los *companys* preparaban en seguida alguna agradable excursión en obsequio de su huésped valenciano. Ixart, en una de sus crónicas literarias *El año pasado* (la correspondiente á 1886), después de hablar de algunos poetas de valer que visitaron á Barcelona, dice: «Llorente no debe figurar en la lista de los parientes lejanos, que vemos poco. Llorente es, además de hermano, vecino. Vive en la misma casa, pero en otro cuarto. No acude sólo á las grandes so-

lemnidades del año. Como vecino que es, en cuanto se improvisa un almuerzo, se le llama á su propia puerta, y sube, sin necesidad de salir á la calle. Se cuenta con él para todo. El, por su parte, si adorna su estantería con un nuevo libro, no tiene más que avisar, y lo leemos; si encarga, con otros vecinos suyos, una estatua para Valencia, vamos á verla diariamente al taller del escultor, como si fuese cosa nuestra. Testigo Vallmitjana, que ha suspendido millones de veces su tarea de modelar el caballo de don Jaime para enseñarlo á los amigos de Llorente».

Para demostrarle su afecto y lo mucho en que estiman sus méritos literarios, le habían ya nombrado mantenedor de los Juegos Florales en 1866, y en 1880 le dieron la presidencia de este Consistorio, honor que reservan á los autores de primera fila. Aquel año asistió á las solemnísimas fiestas del Milenario de Montserrat, y en el certamen que entonces se celebró, obtuvo uno de los premios ofrecidos por el episcopado de Cataluña.

De los elogios que la obra poética de Llorente obtuvo repetidas veces en el antiguo condado catalán, no es posible dar idea en estas *Notas*. Sólo voy á consignar, porque es como resumen de ese juicio, debido á persona cuyo voto pesa allí mucho, lo que recientemente ha dicho Mosén Jaime Collell.

«Hace dos años que don Teodoro Llorente, fundador y director del periódico de Valencia *Las Provincias*, celebraba el cuarentenario de periodista, y este año, felizmente, ha podido celebrar el cincuentenario de sus primeros versos valencianos. Y decimos *felizmente*, porque en verdad es un caso notabilísimo que un poeta, al cabo de cincuenta años de tener trato con las Musas, conserve todavía el arte de versificar con tanta frescura de imaginación como lo acaba de hacer el eximio escritor valenciano, dictando la jugosa y ática glosa *Visanteta*, que le ha valido el premio de la *Flor Natural* en los últimos Juegos Florales de la hermosa ciudad del Turia. Es este un aniversario que merece ser festejado

por todos los que aman la lengua catalana y se interesan por el enaltecimiento de la gran patria, cuyos límites señaló con su espada y fundió en la suprema unidad del lenguaje, el gran rey don Jaime, y nosotros, que, á más de ser fervientes admiradores de Llorente, nos honramos hace ya mucho tiempo con su amistad, queremos consignar hoy especial recuerdo á los últimos méritos del hombre que es sin duda la más legítima y pura gloria de Valencia, y que siempre ha estado unido con firme y dulce vínculo al renacimiento de Cataluña. El, bien pronto, en los albores de su florida juventud, percibió el hálito que en Mallorca hizo vibrar las liras de los Aguiló, y en Cataluña hizo descolgar las arpas de los trovadores, con los cantos semi-proféticos de Aribau y de Rubió, y muertos prematuramente sus compatriotas y coetáneos, Querol y el vehemente Pizcueta, Llorente ha representado y personificado, de la manera más digna y más perfecta, el genio de su raza y el carácter de su pueblo.

»Personalidad como la de Llorente, yo no creo que exista alguna semejante en España. Periodista del temple de Mañé y Flaquer, pero con mayor intensidad de labor cotidiana, el director de *Las Provincias* ha sido esclavo de su deber profesional, y aunque adherido por convicción y por educación al partido conservador, no ha vencido nunca la disciplina política su independencia de pensador, ni su albedrío de rectísimo patricio. Y ese varón, que ha vivido más en el ambiente viciado de una redacción, que en su casa, donde encontró siempre el suave calor de la familia para descansar de la fatiga diaria, ha sabido levantar el vuelo frecuentemente á las regiones serenas de la poesía, dándonos composiciones como *La Barraca*, que harán perdurable su memoria; despertando el espíritu regional con sus trabajos históricos; creando la sociedad de *Lo Rat-Penat*; siendo el alma de todas las excursiones que sus compañeros han hecho en el reino de Valencia y fuera de él; teniendo tiempo para todo dentro de las veinticuatro ho-

ras del día; mostrando siempre en su conversación franca é ingenua el calor del poeta y el golpe de vista del arqueólogo; ofreciéndonos en las diversas facetas de su compleja personalidad al artista de refinado gusto, al historiador de erudición esmaltada por exquisita cultura literaria, al pensador reposado y al narrador de facundia asombrosa; al enamorado fiel de la antigüedad, y al periodista siempre atento á recoger las palpitaciones de la opinión á cada instante, y sobre todo eso, al ferviente patricio que siente latir fuertemente su corazón solamente al pensar en la Virgen de los Desamparados, ó al oír pronunciar el nombre fragante de Valencia.»

Respecto al carácter propio de la poesía de Llorente comparada con la de los catalanes, dice muy bien el señor Navarro Reverter que los críticos de hoy confirman lo que expresó Ixart sobre las diferencias que hay entre ellas. Don Manuel de Montoliu, uno de los que sobresalen en la juventud literaria de Barcelona, tratando este asunto dice así:

«La poesía de Llorente es un verdadero arquetipo de lo que sería la poesía valenciana, si ésta llegase á tomar vuelo: una revelación más de la risueña fecundidad de aquella tierra privilegiada: una fruta más, de brillante matiz y de suavísimo sabor, de aquella huerta valenciana, rincón olvidado del Edén: un reflejo más de este mar latino, tan diáfano y juguetón.

»La poesía valenciana y la mallorquina, vienen á ser una suavización de la nuestra, la gracia nacida de la fuerza; son suave perlear de flautas frigias, que vienen á fundir en un acorde dulcísimo el puntear algo áspero de nuestros dedos en las cuerdas del arpa patria. Quizás sea la influencia más prolongada del elemento oriental en aquellas tierras, ó la naturaleza más sonriente, lo que haya contribuído á neutralizar allí la rudeza primitiva de la raza. Valencia, además de esta influencia oriental posible, ha conservado en el conjunto de sus manifestaciones artísticas un carácter más latino que el de sus hermanas. Y no hay más que recordar que Va-

lencia fué la puerta principal por donde «penetró triunfalmente en España la Italia literaria y artística», y que «un rayo de la luz del Renacimiento se reflejó en la Atenas del Turia», como dice el mismo señor Llorente (1). Esta influencia puede verse en dos de las poesías de Llorente, *Canzoneta amorosa* y *Vora'l barranch dels Algadins*. Son un nuevo y espontáneo florecimiento de la sutil y delicada *Stanza* italiana, heredada de los provenzales.

»La poesía de Llorente es, en fin, un caso moderno y viviente de latinismo en nuestra literatura; un espejo de disciplina y de ponderación poética, donde nos convendría mirarnos con frecuencia: un ejemplo de fuerte supervivencia de la antigua levadura clásica de nuestro Renacimiento, de la cual podemos sacar enseñanzas muy provechosas para las nuevas orientaciones de nuestra poesía.»

(1) *Valencia*, págs. 142 y 236, tomo I y II respectivamente.

El felibrige y la cigarra de oro. — Mistral y Llorente

Cuando Mistral y algunos compañeros suyos fueron á Barcelona en 1868, y fraternizaron con nuestros poetas, quiso extenderse á Cataluña, Valencia y Mallorca la asociación que formaban los poetas provenzales, y que del nombre de *felibre* que éstos se daban, tomó el de *felibrige*. Forman esta asociación dos categorías de autores, los nuevos *felibres*, cuya insignia es la flor llamada en Francia *pervenche* y en España *vinca pervinca*; los mayores, á quienes corresponde la *cigarra de oro*, y está al frente de todos ellos, el jefe, *capoulié*, que ostenta la *Santa estrella*, de siete rayos. Mistral, que durante muchos años fué *capoulié* efectivo, ahora lo es honorario. Hubo tres *majourals* valencianos: Llorente, Querol y José María Torres; éste, bibliotecario de nuestra Universidad, no era poeta, pero sí conocedor muy erudito de la lengua y la literatura valenciana.

La visita hecha por los provenzales á Barcelona, fué devuelta con motivo de las *Fiestas latinas* que se celebraron con suntuosidad en Montpellier el año 1878, en las que fué Reina de los Juegos Florales la joven esposa del *capoulié*, dignísima representante de la belleza provenzal. A estas fiestas asistió también Llorente, llevando la representación de los poetas valencianos. De todo esto nació una amistad muy cariñosa entre el gran poeta provenzal y el autor del *Llibret de versos*. Mistral tiene alto concepto de él, como lo demuestran las dos cartas que copio á continuación:

«Maillane (Bouches du Rhone) 12 Agosto 1903.

»Mi querido Llorente: He leído con viva emoción el delicioso relato de vuestra visita al poeta de Maillane. Esa prosa tan natural es también poesía, y esta poesía es la flor de vuestro gran corazón benévolo. La Musa, hija de Dios, os ha conservado joven. A todo lo que describís, da vuestra pluma la frescura y la vida que el rocío de Mayo esparce sobre toda la naturaleza.

»He leído con encanto vuestro *Llibret de versos* donde el cielo de Valencia resplandece con toda su luz, donde la lengua de Valencia se me presenta pura y clásica, y soberanamente armoniosa. La cuestión tan delicada de los idiomas regionales, la tratáis con un tacto, una moderación y una sensatez, que no imitan siempre nuestros queridos amigos de Cataluña. *Se pren mai de moujes emé de mèu qu'emé de fêu* (1); tenéis razón. De la lira, habéis escogido la cuerda de oro. Esa cuerda (lo creo como vos lo creéis) triunfará siempre sobre la cuerda de hierro.

»En vuestra *Salutació als poetes de Catalunya, Mallorca y Provensa*, como en vuestro exquisito soneto *A la Mar Mediterránea*, como en todos vuestros versos, encuentro más naturales, más genuinos, más sencillos, que en ningún otro poeta, los acentos de este idioma que nos es común á todos bajo los nombres de lemosín, catalán y provenzal.

»¡ Gracias, mi querido amigo! Mi mujer y yo no olvidaremos nunca el gran honor que nos habéis hecho, trayéndonos lo que os es más caro en el mundo, vuestra esposa y vuestros hijos, á los que os rogamos que comunicuéis nuestros más gratos recuerdos.

»Por despedida, un abrazo de vuestro,

Federico Mistral.»

(1) Se cogen más moscas con miel que con hiel. Adagio provenzal.

«Maillane (Provenza), 8 julio 1907.

Habéis hecho muy bien, querido Llorente, en publicar los *Versos* de nuestra *Juventud*. Encuentro deliciosos estos versos castellanos nacidos en la Huerta de Valencia, y la lengua española, en labios del gran poeta valenciano, ha adquirido una frescura, una dulzor y una suavidad completamente especial. Estoy embelesado y me siento orgulloso de haberos inspirado el encantador «romancillo» *El nido de jilgueros*. Esta exquisita miniatura del canto II de *Mireya* es una pequeña obra maestra que deberá figurar en las antologías de la poesía española. ¡Gracias, muchas gracias, amigo mío!

.

Querido felibre bilingüe, recibid mis plácemes, con mi saludo para todos los vuestros y mi homenaje á vuestras amables damas.

F. Mistral».

Llorente ha dedicado á Mistral el *Nou Llibret de versos*. Dice así la dedicatoria:

Poeta coronat d'eternals llors,
Que'n les potents mans tens nostres cors,
Jo't duch, arreplegant cantars dispersos,
Com un pomell de valencianes flors,
El meu llibret de versos.

LLORENTE EN LAS LUCHAS POLITICAS

El señor Navarro Reverter, en el hermoso estudio que ha hecho de la personalidad de Llorente, ha reducido más que ningún otro el capítulo que dedica á su intervención activa en la política. Ha hecho bien, porque esa intervención, aunque ocupa casi quince años de su vida, fué en ella un episodio de menor interés, y el más ajeno á su carácter, á sus gustos y á su significación propia. Por completar su biografía (objeto de estas *Notas*) recopilaré aquí sobriamente las noticias de esa fase de su existencia.

Era el propósito de Llorente periodista, permanecer apartado de los partidos militantes y rechazó hasta 1874 cuantos ofrecimientos se le hicieron para figurar en las corporaciones de elección popular. Aquel año, derribada la turbulenta república por el golpe de mano del general Pavía, el gobierno provisional nombró Ayuntamientos y Diputaciones provinciales. Quiso que en la de Valencia hubiese, al lado de los representantes de partidos que aceptaban aquel orden de cosas, elementos sociales prestigiosos sin carácter político, interesados en restablecer el orden y la paz. En este concepto fué nombrado el poeta valenciano diputado provincial, y creyó que, como un sacrificio, debía aceptar el nombramiento. Este fué ratificado cuando triunfó la Restauración.

En Valencia, sus partidarios estaban divididos en dos grupos, que por diferenciarse hasta adoptaron una ligera variación en el nombre. Había *alfonsinos*, acaudillados por el marqués de Casarramos, y *alfonsistas*, cuyo jefe era el conde de Almodóvar; aquéllos, más

exigentes y retrógrados; éstos más tolerantes y conciliadores. Llorente no pertenecía á los unos ni á los otros, pero simpatizaba más con los segundos. Al llegar el día del triunfo se unieron, aunque guardando muchos recelos. Cuando hubieron de elegirse las primeras Cortes de la Restauración, formaron la candidatura para toda la provincia los prohombres del partido dominante: el gobierno la devolvió señalando una falta en ella: no estaba incluído Teodoro Llorente. El gobernador, que era entonces don Antonio Candalija, contestó que Llorente no había solicitado su inclusión; el gobierno replicó que, sin solicitarla, debiera haberse hecho, y le encargó que se le ofreciese y se esforzase en hacérsele aceptar. A muchos hubiese tentado este ofrecimiento: el director de *Las Provincias* lo rehusó rotundamente. Poco después uno de los candidatos, por disgustos que alteraron su salud, se retiró. Era ya otro el gobernador, el señor Fernández de Cadórniga; el gobierno le encareció mucho que el distrito vacante fuese para Llorente, venciendo á toda costa su resistencia. Inútil fué; el severo periodista repitió su negativa. Y mientras se encumbraban en el Parlamento oscuros personajes, que poco habían hecho por restablecer la normalidad en España, permanecía muy tranquilo en la redacción de su periódico provinciano quien tantos y tantos sacrificios hizo con este patriótico objeto. Solamente aceptó, sin gusto, la elección de Diputado provincial por el distrito del Mar en 1877, porque el gobierno declaró que su abstención completa de los cargos públicos, era considerada como hostilidad á la Restauración.

¿Cómo llegó á cambiar esta resolución tan firme y obstinada? La política conservadora tomó mal rumbo en Valencia; dominó en ella un caciquismo que disgustaba á muchos. En 1885 el descontento era general, y los disidentes, afectos á las doctrinas que entonces comenzaba á manifestar don Francisco Silvela, buscaban y obtenían su apoyo. Llorente simpatizaba también con

las tendencias de Silvela. Para luchar con el marqués de Casarramos, jefe del partido conservador, pidieron auxilio á Llorente, á quien querían ponerlo al frente de aquella agrupación. Llorente se resistió mucho, dudó después, accedió por fin, no aceptando empero más que el segundo lugar: quiso que fuese el primero para el marqués de Montortal, hombre de grandes prestigios y grandes simpatías. Así se creó el partido silvelista valenciano, tan potente y tan brillante durante algunos años. El marqués de Montortal fué su representante; Llorente su asesor: nada hacía el marqués sin contar con él.

Navarro Reverter consigna cómo, al subir al poder los conservadores en 1890, Silvela exigió á Llorente que fuese al Congreso. Entonces fué diputado por el distrito de Sueca. Cuando la escisión entre Cánovas y Silvela, siguió á éste con entusiasmo y decisión, y obtuvo ruidoso triunfo en las elecciones de Valencia, el año 1893. Decía Cánovas: «¡ La hidra del silvelismo tiene su cabeza en Valencia; allí hay que cortársela!» Y Sagasta, que gobernaba entonces, le ayudaba en su deseo. La lucha fué encarnizada: tomaban parte en ella todos los partidos; empleáronse estupendos ardides para derrotar á Llorente. No lo lograron: dos puestos de la candidatura fueron para los republicanos, ya dominantes en Valencia: el otro para el candidato silvelista. En las elecciones de 1898 fué elegido Senador por la provincia; pero aquellas Cortes duraron muy poco, y Llorente no llegó á tomar asiento en la Alta Cámara.

En 1895 había fallecido el marqués de Montortal: Llorente tuvo que aceptar la jefatura del partido conservador en Valencia; pero esto no le placía, y estuvo trabajando para librarse de tan grave carga, hasta que encontró nuevo jefe en don Fernando Núñez Robres, hermano político del difunto. El se retiró de todo papel activo en la dirección del partido, recibiendo en prueba de alta consideración el título de Presidente honorario de la Junta provincial. Hubo nuevas elecciones en 1899,

siendo Silvela presidente del Consejo de ministros, y contra toda su voluntad fué de nuevo diputado por el distrito de Liria.

Juzgábase ya libre de la para él enojosa acción política, cuando tras un período de mando de los liberales, volvió al gobierno en Diciembre de 1902 Silvela asociado con Maura. Llorente impuso una negativa absoluta á volver al Parlamento, y el deseo justificadísimo de vivir tranquilo y retirado, puesto que el partido conservador valenciano tenía ya jefe que lo dirigiera. Pero hubo la desgracia de que, á los pocos días, este jefe enfermó de tal manera, que ya no había que contar con él. Silvela pidió á Llorente como favor supremo, como favor último, que tomase otra vez la dirección del partido. Era indispensable; no había otro hombre. Aquello era exigir un esfuerzo penosísimo; pero, en verdad, no podía ser desatendida la petición. El fatigado y sin duda ya desencantado político se resignó, y obtuvo el triunfo más señalado de su vida pública. Se vió entonces lo que no se había visto en el partido conservador valenciano después de la Restauración; por única vez, todos los grupos, antes divididos, que lo formaban, todas las personas que lo componían, sin excepción alguna, aclamaron con el mayor entusiasmo la jefatura de Llorente.

Satisfecho éste con esa confianza, trazó un plan para la tremenda lucha electoral que se preparaba; el gobierno, sin oír razones, adoptó otro. Habían surgido aspiraciones personales contradictorias; Maura, ministro de la Gobernación, desconocía el estado de Valencia, y quería aplicarle procedimientos desatinados; Silvela, siempre débil de carácter, se dejó llevar por intrigantes ambiciosos: Llorente hizo lo que cumplía á su decoro: renunció la jefatura que como un sacrificio á la causa conservadora y á la amistad de Silvela había aceptado, y dejó que los acontecimientos viniesen á darle la razón.

Y se la dieron muy pronto: las elecciones, por no haber seguido el plan de Llorente, fueron un desastre

para el gobierno, y así lo hubo de confesar el mismo Silvela, que con laudable sinceridad le escribía poco después:

«Tenía usted razón, querido amigo; estábamos equivocados, y no hemos podido hacerlo peor que lo hemos hecho».

PRIMER HOMENAJE DE VALENCIA Á LLÖRENTE

El banquete popular con que fué obsequiado Llorente el día 5 de julio de 1903, fué un homenaje muy significativo, porque en él estuvo representada toda Valencia, sin distinción de clases, profesiones y colores políticos. El *Almanaque de Las Provincias* lo relató en estos términos:

«Con motivo de haber terminado el director de *Las Provincias* su obra *Valencia, sus Monumentos y Artes, su Naturaleza é Historia*, la sociedad valencianista *Lo Rat-Penat* acordó solemnizar este acontecimiento literario con la reimpresión del *Llibret de Versos*, publicado en 1885 y agotado ya hace algunos años.

No juzgando, sin duda, aquella sociedad que honraba así bastante á su ilustre presidente honorario, pensó rendirle otro tributo, y para ello solicitó la cooperación del Ateneo Científico, que se la otorgó con entusiasmo. Juntas ambas sociedades, acordaron la celebración de un banquete en honor del señor Llorente, invitando á otras sociedades de Valencia y á cuantas personas quisieran asociarse á dicho acto.

La iniciativa de *Lo Rat-Penat* y el Ateneo fué acogida con gran entusiasmo; bastaron pocos días para que las listas de suscripción se llenasen de firmas, y hubo necesidad de cerrar la mano y dejar á no pocos descontentos, por apremios del local y del servicio de la fonda. El banquete se celebró el día 5 de julio.

Pensóse que no pasaran de doscientos los comensales, y aun así llegaron á trescientos. Fué un movimiento de simpatía muy halagador, que justamente hubo de

enorgullecer al autor de *Valencia*, pues no sólo se inscribieron distinguidas personas, sino gran número de corporaciones y sociedades, entre ellas el Claustro Universitario, Instituto general y técnico, Colegios de Abogados, Notarial, de Procuradores, Academia de Bellas Artes de San Carlos, Conservatorio de Música, Sociedad Económica de Amigos del País, Colegio de las Escuelas Pías, Cámara de Comercio, Chambre du Commerce Française, Sociedad de Agricultura, Ateneo Mercantil, Sociedad Instructiva de Maestros Carpinteros, Société Française de Bienfaisance, Sociedad de Autores Dramáticos, Círculo Valenciano, Academia Cavanilles, Institución para la Enseñanza de la Mujer, Escuelas de Artesanos, Círculo de Porta-Coeli, Orfeó *L'Antigor*, y todos los periódicos diarios de Valencia.

El local elegido para dar el banquete fué la Glorieta, en el paseo central que ahora sirve para sala del teatro de verano instalado en aquel hermoso paseo. La mesa presidencial se colocó en el escenario, convertido en hermoso macizo de arbustos y flores, destacándose en el centro la bandera de *Lo Rat-Penat*, inclinada sobre el busto de Ausias March y el escudo de Valencia.

Ocupaba el centro de la mesa presidencial el señor Llorente, que tenía á su derecha al presidente de *Lo Rat-Penat*, señor barón de Alcahali, al gobernador civil don Alfonso González Núñez, y al presidente de la Diputación don José Alberola. Se sentaron á la izquierda el presidente del Ateneo Científico, Artístico y Literario, don José Puig y Boronat, el alcalde accidental don Manuel Cort y el rector de la Universidad don José Machí.

En las tres mesas paralelas á los palcos tomaron asiento los comensales. La banda de música de la Casa de Beneficencia, colocada en el escenario y oculta entre el follaje, ejecutó selectas composiciones. Al servirse el champagne, el secretario de *Lo Rat-Penat*, don Facundo Burriel y G. de Polavieja, leyó la siguiente carta del

Presidente del Consejo de Ministros á don Teodoro Llorente:

«Madrid, 4 julio 1903.

»Excmo. Sr. D. Teodoro Llorente.

»Mi querido amigo: Me asocio de todo corazón á la hermosa fiesta que en honor de usted ha de celebrarse mañana, y ya que no pueda, como hubiera sido mi gusto, concurrir á ella, le remito la credencial de la Gran Cruz de Alfonso XII, que á propuesta del gobierno se dignó ayer S. M. conceder á usted, y le felicito por tan honrosa distinción muy cordialmente.

»Créame siempre su antiguo afectísimo y buen amigo, que b. s m.—*Francisco Silvela.*»

El gobernador civil, señor González Muñoz, acto seguido dió lectura al Real decreto, siendo recibida esta lectura con grandes y prolongados aplausos.

El rector de la Universidad, don José Machí, pronunció á continuación breves y sentidas frases en honor del señor Llorente, y anunció que se consideraba honrado al imponerle la banda de la Gran Cruz de Alfonso XII, cuyas insignias le había entregado para este objeto el buen valenciano Excmo. señor don Francisco Peris Mencheta.

El doctor Machí entregó la placa de la orden al señor barón de Alcahalí, y éste se la colocó en el pecho, sobre el corazón, al señor Llorente, que, muy emocionado, le abrazó. Fué una escena conmovedora, coreada por una estruendosa salva de aplausos.

Seguidamente el secretario de *Lo Rat-Penat* dió lectura á las adhesiones recibidas hasta aquella hora. Estas eran muy numerosas, procedentes de Madrid y de todas las regiones de España, y algunas del extranjero, y firmadas, muchas de ellas, por los nombres más ilustres en las letras, el periodismo y la política,

El presidente de *Lo Rat-Penat*, señor barón de Alcahalí, y el del Ateneo Científico, don José Puig y Boronat, pronunciaron luego elocuentes discursos apolo-géticos, siguiendo en términos más breves, pero no me-nos afectuosos, el gobernador de la provincia, el alcal-de accidental, el presidente de la Diputación y el rector de la Universidad.

Hizo después otro discurso muy elocuente, en honor del poeta festejado, el canónigo magistral doctor don Juan Garrido, y brindaron á continuación en el mismo sentido el director del popular semanario *El Palleter*, don Francisco Castell, en nombre de la prensa de Va-lencia, Madrid y de Barcelona, y don Francisco Peris Mencheta. Este dijo que sobre todos los méritos litera-tos del director de *Las Provincias*, para él había otro más grande, y era que de un modesto *picapredrer* ha-bía hecho un periodista regular, y que toda su carrera se la debía al señor Llorente, siendo su discípulo más antiguo.

Don José Segarra, redactor de *El Radical*, después de saludar al señor Llorente en nombre de aquel periódico, dijo que había recibido del gran poeta de Proven-za, Federico Mistral, el encargo de leer y entregar al autor del *Llibret de versos* los siguientes versos

«*Per lou Felibre Teodor Llorente:*

A moun fraire rouman, au poeto flouri
de la Cieutá di flour, á Teodor Llorente,
feu de tot cor presente
la flour de l'amistá, que sente é que ressent
per Valenço d'Espagno é lou fieu qu'a nourri!

F. Mistral.

Maiano en Prouvenço, 27 de Jun 1903.»

Esta fué una sorpresa muy agradable, que todos aplaudieron con entusiasmo.

También brindaron el actor señor Ruiz de Arana, en nombre de la Sociedad Española de Actores, en términos muy entusiastas; el laureado pintor don José Benlliure, en nombre de los artistas, los cuales, dijo, habían recibido siempre benévola acogida de parte del señor Llorente, y el señor Borso y Llaudes en nombre del Círculo de *Porta Cœli*.

Intercaladas con los brindis, leyéronse poesías. El canónigo de Segorbe, señor Sanchis Sivera, leyó unas inspiradas décimas del padre Rabaza, de las Escuelas Pías; el señor Serrano Clavero, una composición suya, que fué ovacionada; el señor Aguirre, una suya y otra del señor Greus, muy sentidas; el señor Cebrián, leyó también otra suya, muy inspirada; el señor Zapater, un bonito soneto; el señor Thous (D. Gaspar), una quintilla, que fué muy aplaudida, del director de *El Noticiero*, don Casto Llopis, y el señor Monzó (de Albaida), hizo una improvisación poética que mereció también grandes aplausos.

Muchos de los concurrentes pidieron que se leyera alguna poesía del señor Llorente, y el señor Palanca, poeta laureado por *Lo Rat-Penat*, dió lectura, de una manera magistral y muy sentida, á la titulada *Testament*, que es la última del *Nou llibret de versos*.

La lectura de esta poesía produjo profunda impresión en el auditorio, que la interrumpió con ruidosos y grolongados aplausos.

Acto seguido se levantó el señor Llorente, haciendo lo mismo todos los concurrentes, y profundamente emocionado, dió las gracias por las manifestaciones de que era objeto.

Comenzó expresando su reconocimiento á S. M. el Rey por la concesión de la Gran Cruz de D. Alfonso XII, al gobierno que la había propuesto, á los senadores y diputados por esta provincia, que la habían pedido, y á Valencia en general por el afecto y la simpatía que le demostraban. Añadió que fué siempre enamorado de Valencia; que ha procurado servirla en una campaña de

cerca de medio siglo en la prensa periódica, y que siempre creyó que cuando pudiese soltar dignamente la espada y plegar la tienda, aún le quedaría algo que hacer; algo tan honroso como aquella reñida contienda, y más satisfactorio.

«Hay, dijo, muchas cuestiones que nos dividen y separan en distintos campos, y es legítima esa lucha cuando defiende cada cual sus honradas convicciones; pero hay también algo, mucho, que nos une á todos: el amor á España, el amor á Valencia, nuestras madres cariñosas; el amor al arte, el amor á la poesía, que enaltecen y subliman al espíritu humano. Y así como el pobre inválido del ejército, retirado á su aldea natal toma la guitarra, humilde representación para él de los idealismos poéticos, y forma corro cantando coplas, que encuentran eco unánime en todos los corazones, yo cantaré lo que es nuestro sentimiento común, lo que tiene por emblema nuestro *Rat-Penat*, la fe, la patria y el amor.

»Al veros aquí reunidos, en esta mesa fraternal, yo me creo ya representante, modestísimo representante, pero representante al fin, de aquellos nobles y santos ideales, y pienso que la manifestación de hoy puede influir mucho en que dé yo por terminada mi obra de pelea, y comience la obra de paz y de unión, que ha de ser la empresa de mis últimos años, consagrados al bien común y á la gloria de esta Valencia, á la que tanto amo.»

Los aplausos impacientes que habían interrumpido el sentido discurso del señor Llorente, estallaron al concluir de hablar en una prolongada salva de aclamaciones. Los que estaban cerca del festejado poeta, le abrazaron con efusión; sonaron vivas ruidosos á Valencia y á Llorente, y terminó el banquete disputándose los concurrentes la satisfacción de apretar la mano ó estrechar entre sus brazos al autor de *Valencia* y del *Llibret de versos*.

Los periódicos valencianos, que se habían asociado

á aquella manifestación, relataron la fiesta, tributando grandes elogios al poeta é historiador valenciano, y otros de Madrid, Barcelona y las principales capitales de España le dedicaron artículos encomiásticos. Siguió recibiendo también el señor Llorente felicitaciones expresivas, entre las cuales agradeció mucho, por su importante significación, una tarjeta de nuestro dignísimo prelado, que dice así:

«Felicito cordialmente al sabio poeta, el Excelentísimo señor don Teodoro Llorente, por el merecidísimo homenaje que le ha rendido Valencia el día 5 del presente mes, en el que me hallaba ausente de esta capital.—Su afectísimo amigo, que le bendice, *El Cardenal-arzobispo de Valencia*.—10 de Julio de 1903.»

Las Bodas de oro de Llorente con la poesía valenciana

El año 1907 se cumplieron cincuenta de la composición y publicación de los primeros versos de Llorente en lengua valenciana. Sus compañeros de *Lo Rat-Penat* le dirigieron con este motivo el siguiente mensaje, escrito, por supuesto, en aquella lengua:

«Al Excmo. Sr. D. Teodoro Llorente y Olivares, Presidente honorario de *Lo Rat-Penat*. La Junta directiva de *Lo Rat-Penat* cree interpretar los sentimientos de todos los amantes de las glorias valencianas, tributándoos en este día, y precisamente en esta solemne fiesta de los Juegos Florales, un homenaje de admiración, afecto y gratitud, para celebrar el 50.º aniversario de la publicación de las primeras composiciones poéticas que escribisteis en nuestra querida lengua materna. Con este objeto, y aprovechando la ocasión de entregaros Valencia por tercera vez la simbólica Rosa, que representa nuestros ideales, acordó ofreceros una corona de laurel, insignia de honor y gloria, rogando que se digne dárosela á la Reina de la Fiesta designada por la egregia Dama S. A. R. la Infanta doña Isabel, que enaltece con su presencia nuestros Juegos Florales.

»Al tomar este acuerdo, experimenta *Lo Rat-Penat* tan gran satisfacción, que su cumplimiento será uno de los actos más gratos de su existencia. Y es que, si la Naturaleza os dió una familia que os ama, la Poesía os da otra, no menos amorosa, formada por todos los discípulos, en quienes habéis avivado el amor á la patria y el culto de la belleza. Todos traen el júbilo y el entusiasmo de su alma á las *Bodas de Oro* del maestro.

Durante cincuenta años no habéis cesado en vuestra gloriosa tarea, haciendo revivir el dulce idioma y la poesía de Ausias March, Corella y Jaime Roig, y dándoles el sentido adecuado á nuestro tiempo.

»Vuestros versos han levantado muchas veces el espíritu de los valencianos y han hecho latir dulcemente nuestro corazón. La Parca ha sido cruel para *Lo Rat-Penat*: de todos los que primero os siguieron en la tarea de restablecer la pureza de nuestro idioma y aplicarlo de nuevo al servicio de la literatura, no queda nadie. Sólo al ilustre autor del *Llibret de versos* lo tenemos aún, como patriarca de nuestro renacimiento, como maestro, y más que maestro, como padre de todos los que hoy trabajamos y luchamos á la sombra de la bandera, hace ya cincuenta años gloriosamente levantada.

»Por todo eso, os rogamos, insigne poeta, que os dignéis aceptar la corona de laurel tan justamente ganada, y que de todo corazón os ofrecemos. Guardadla cuidadosamente, y esto será la prueba de que cuando repitáis aún (y sea por muchos años) vuestros melodiosos cantos por la gloria de Valencia, por la gloria de Dios, por las más altas aspiraciones de la humanidad, por los sentimientos más tiernos y puros de nuestro corazón, os alentará la adhesión entusiasta, el cordial afecto y la admiración respetuosa de vuestro querido *Rat-Penat*.

Valencia, 30 de Julio de 1907.

El barón de Alcahalí, presidente; *José Sanchis Sivera* y *José Nebot*, vicepresidentes; *Santiago Cebrián Ibor*, *José Bodría*, *Carlos Sarthou*, *Félix Izquierdo*, *José E. Serrano Morales*, *Federico Domenech*, *Julio Oltra*, *Facundo Burriel* y *G. de Polavieja*, *José Penichet*, *Francisco Almarche*, *Luis Cebrián Mezquita*, *José María Zapater*, *José Martínez Aloy*, *Manuel Gil Gay*, *Francisco García Collado*, *Francisco Vilanova*, *José*

Bellver, Lamberto Alonso, Julio Cebrián Mezquita, Pedro Ferrer Calatayud, César Santomá, Emilio Roig, Roque Chabás, Francisco Martí Grajales, Manuel Muñoz Barrachina, Antonio de Cidón, Ramón A. Cabrelles, Manuel Giner San Antonio.»

BIBLIOGRAFIA

Damos á continuación la nota bibliográfica de los libros escritos y publicados por Teodoro Llorente.

POESÍAS SELECTAS DE VÍCTOR HUGO, *traducidas por Teodoro Llorente*. Madrid, 1860. Imp. de Juan Antonio García.

Un tomo en 4.º menor de 284 págs.

EL CORSARIO, *poema de lord Byron, traducido del inglés en verso castellano por don Vicente W. Querol y don Teodoro Llorente*. Valencia, 1863. Imp. de La Opinión á cargo de José Domenech.

Un tomo en 4.º menor de 104 págs.

ZAIRA, *tragedia de Voltaire, traducida en verso español por don Teodoro Llorente*. Barcelona, 1868. Establecimiento tipográfico editorial de Salvador Manero.

Forma parte del *Teatro Selecto Antiguo y Moderno, Nacional y Extranjero* coleccionado por don Cayetano Vidal y Valenciano, tomo V, *Teatro francés Antiguo*.

LEYENDAS DE ORO. *Poesías de los principales autores modernos vertidas en rima castellana por Teodoro Llorente*. Volumen V de la *Biblioteca Selecta*, publicada

por don Pascual Aguilar. Valencia, 1875, imp. de José Domenech.

Se han hecho cuatro ediciones de esta obra, siempre corregidas y aumentadas por el autor, la última en 1908. Un tomo en 16.º de 256 págs. Además se hizo en 1879 otra edición muy aumentada en la *Biblioteca Familiar* del periódico *Las Provincias*. Valencia, imp. de Domenech. Un tomo en 8.º mayor de 240 págs.

AMOROSAS. *Poesías de los principales autores modernos puestas en rima castellana por Teodoro Llorente*. Forma el volumen de la *Biblioteca Selecta*. Valencia, 1876, imp. de José Domenech. Un tomo en 16.º de 214 páginas. Se han hecho tres ediciones en la misma Biblioteca.

VIAJE DE S. M. DON ALFONSO XII á las provincias de Levante y Mediodía de España y visita á la Escuela de instrucción en el año 1877. Cartas para el periódico *Las Provincias*, por su director don Teodoro Llorente. Valencia, 1877. Imp. de José Domenech. Un tomo en 4.º menor de 290 págs.

1867 y 1878. *Cartas sobre las dos últimas Exposiciones Universales de París y apuntes de viaje, por Teodoro Llorente*. Valencia, 1879. Imp. de J. Domenech. Un tomo en 8.º de 440 págs.

FAUSTO, tragedia de Juan Wolfgang Goethe, traducida en verso por don Teodoro Llorente. Barcelona, 1882. *Biblioteca de Artes y Letras*. Ilustración de A. Liezen

Mayer, R. Seitz y A. Schmitz. Primera parte. Imp. de F. Giró. Un tomo en 8.º de 316 págs.

POESÍAS DE HEINE. *Libro de los Cantares. Traducción en verso, precedida de un prólogo por Teodoro Llorente. Biblioteca Artes y Letras.* Barcelona, imp. de Daniel Cortázar, 1885. Un tomo en 8.º mayor ilustrado, de 256 págs.

Se ha hecho una segunda edición en 1908.

LLIBRET DE VERSOS, *escrit per Teodor Llorente, soci de Lo Rat-Penat.* Valencia, 1885. Imp. de Domenech. Un tomo en 8.º de 198 págs.

FÁBULAS DE LA FONTAINE, *ilustradas por Gustavo Doré. Traducción de don Teodoro Llorente.* Barcelona, 1885. Montaner y Simón, editores. Imp. de esta casa editorial. Un tomo en folio ilustrado de 374 págs.

VALENCIA, *por don Teodoro Llorente.* Clichés de A. García. Grabados de Joarizti y Mariezcurrena. Dibujos á pluma de J. J. Zapater y P. Llorente. Cromos de J. J. Zapater. Barcelona, establecimiento tipográfico editorial de Daniel Cortezo y C.^a. Dos tomos en 4.º publicados en 1887 y 1889, de 876 y 1064 páginas respectivamente.

NOU LLIBRET DE VERSOS, *escrit per Teodor Llorente, Mestre en Gay Saber.* Valencia, 1902. Estampa de Frederich Domenech. Forma parte de la *Biblioteca de Lo*

Rat-Penat. Un tomo en 8.º de 268 páginas, con el retrato del autor.

FAUSTO. *Segunda edición ilustrada por los mejores artistas alemanes, revisada por el traductor y seguida de una reseña de la segunda parte de la tragedia*. Barcelona, 1905. Montaner y Simón, editores. Imp. de esta casa editorial. Un tomo en 4.º de 368 páginas lujosamente ilustrado.

TEODOR LLORENTE. POESÍES TRIADES. Barcelona, 1906. *Biblioteca popular de L'Avenç*. Imprenta de la misma casa editorial. Un tomo en 8.º de 100 págs.

POETAS FRANCESES DEL SIGLO XIX, *traducción en verso castellano por don Teodoro Llorente*. Edición ilustrada. Barcelona, 1906. Montaner y Simón, editores. Imprenta de esta casa editorial. Un tomo, artísticamente ilustrado en 4.º de 398 págs.

VERSOS DE LA JUVENTUD *por Teodoro Llorente, 1854 á 1866*. Madrid, librería de Fernando Fe, 1907. Imprenta de Domenech. Un tomo en 8.º de 288 páginas, con el retrato del autor grabado por don Bartolomé Maura.

ENRIQUE HEINE. *Poesías traducidas en verso castellano y precedidas de un prólogo por Teodoro Llorente*. Nueva edición corregida y aumentada con el *Mar del Norte*, *Nueva Primavera* y otras composiciones. Bar-

celona, 1908. F. Granada y C.^a, editores. Imprenta de esta casa editorial. Un tomo en 8.º de 288 páginas.

LEYENDAS DE ORO. *Poesías de autores modernos vertidas en rima castellana*. Segunda serie. Valencia, 1908. Biblioteca Selecta de Aguilar, tomo Imprenta de Vives Mora. Un tomo en 16.º de 256 páginas.

ALMANAQUE DE «LAS PROVINCIAS». Comenzó á publicarse en 1880 y continuó hasta el presente año, de modo que lleva ya XXX tomos publicados, de unas cuatrocientas páginas cada uno. Aunque no lleva nombre de autor, es escrito y confeccionado por el señor Llorente, que puede considerarse como su verdadero autor. Tomos en 8.º mayor de unas cuatrocientas páginas. Imprenta de Domenech.

TITULOS Y CONDECORACIONES

El Excmo. Sr. D. Teodoro Llorente es Abogado del Ilustre Colegio de Valencia, Fundador y Director efectivo treinta y nueve años y ahora Director honorario del periódico *Las Provincias*, y Cronista de Valencia.

Ex diputado á Cortes y ex diputado provincial.

Caballero Gran cruz de las Reales Ordenes de Isabel la Católica y de Alfonso XII, caballero de la Real Orden de Carlos III y Oficial de Academia en Francia.

Académico numerario de la Real Academia de San Carlos de Valencia; Académico correspondiente de las Reales Academias Española, y de la Historia en Madrid, de Buenas Letras de Barcelona y de Sevilla.

Presidente honorario de la Asociación de la Prensa valenciana, de la Sociedad *Lo Rat-Penat*, del Círculo valenciano de Buenos Aires; ex presidente del Ateneo Científico y Literario de Valencia; Mestre en Gay Saber, Mayoral del Felibrige de Provenza.


LA FAMILIA DE LLORENTE

Las *Notas bibliográficas* que aquí terminan, se refieren, no más, á la vida pública y literaria del señor Llorente. De su vida privada, tan digna y honrosa como aquélla, nada digo, por no ser éste el objeto del presente trabajo. Para completarlo bajo aquel aspecto, me limitaré á consignar las noticias siguientes:

Llorente no ha tenido más que un hermano, Felicísimo de nombre, como su padre. Aún vive, y es ahora Inspector del Timbre en Alicante.

Casó nuestro poeta á los veinticinco años con doña Dolores Falcó y Serrano, que, por fortuna, es todavía su fiel y amorosa compañera. De este enlace, además de algún hijo muerto en la niñez, nacieron: Pascual, que se mantiene soltero; María, casada con D. José María Bernal y Peris, Depositario de Fondos provinciales; Irene, que casó con D. Francisco Monleón y Torres, Oficial primero de la Diputación provincial, y murió en el primer año de su matrimonio; Teodoro, que es hoy Director de *Las Provincias*, casado con doña Matilde Monleón y Torres; y Josefina, casada con don Honorato Berga, Jefe de sección de la secretaría del Ayuntamiento de Valencia.

Los hijos casados de Llorente le han dado ya ocho nietos, uno sólo varón.

Biblioteca  Valenciana



31000007478640